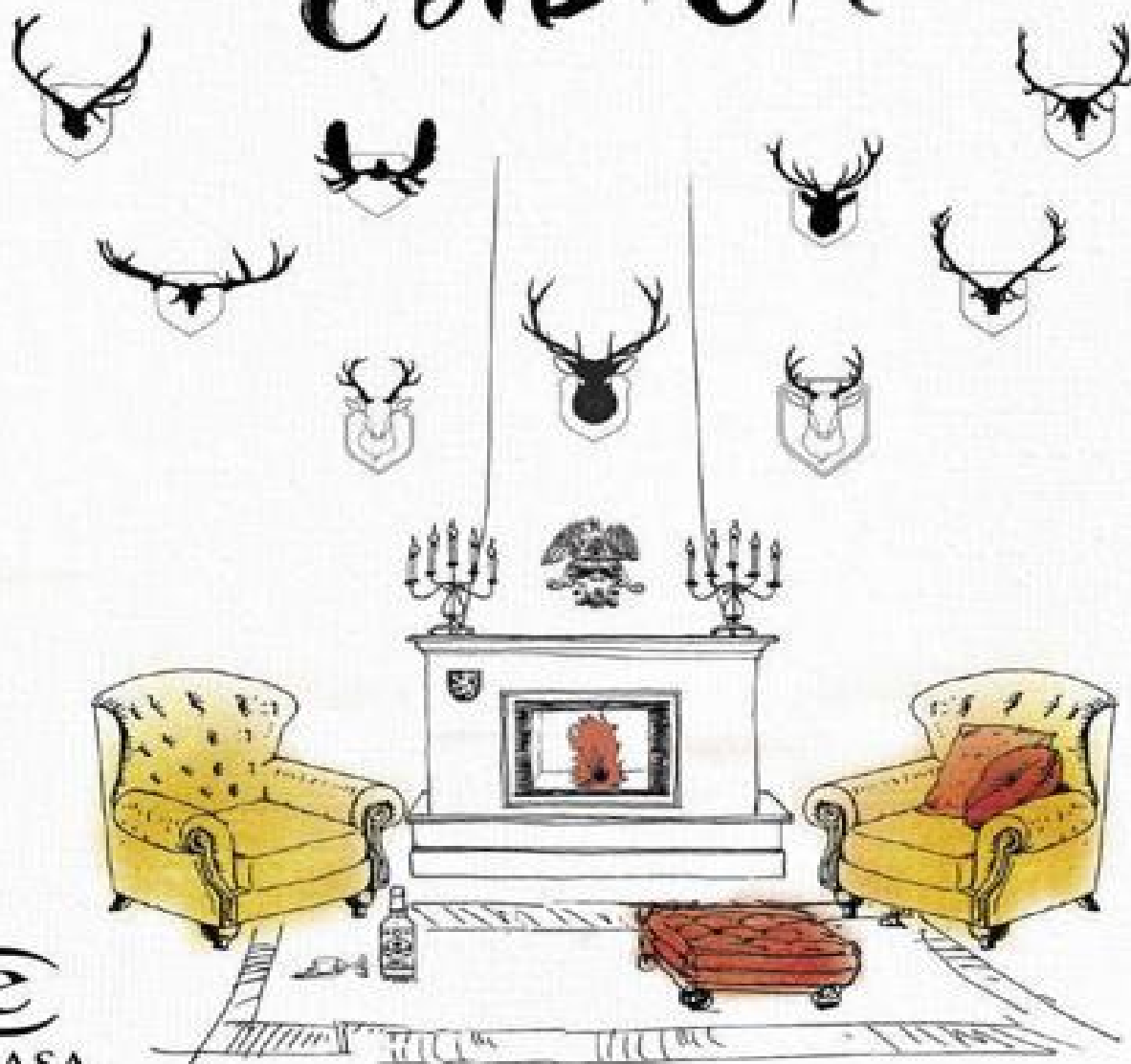


Ana R. Cañil

Masaje para un cabrón



Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Primer cuaderno](#)

[Segundo cuaderno](#)

[Tercer cuaderno](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Al abuelo Joaquín y la nieta Alba.
A Carlota y a Javier. Al doctor Estefanía.*

*Primer
cuaderno*

Para uso de _____

Coloquio _____

Son las tres y media de la mañana. Estoy en la cocina, sentada en la mesa, y ya me he hecho una taza de café. Descafeinado con agua y un poco de leche. La doctora dice que no tome ningún tipo de cafeína, que pierdo facultades. Dice facultades para no decir nervios, de eso estoy segura.

No tengo miedo, porque oigo al monstruo roncar como un cerdo, durmiendo la curda que trajo anoche. El muy cabrón lo volvió a intentar en cuanto vio que me iba a la cama. Me fui antes de que terminara el capítulo de *Isabel*, mientras él se peleaba con las espinas del chicharro —es barato y siempre tengo la esperanza de que se atragante con alguna—, pero al rato vino tras de mí. Náuseas de su olor, aunque sigue sin empinársele, a Dios gracias. Intentó hacérmelo con las manos en plan burro y yo le dejé e incluso fingí con un apretón de piernas como si atinara, pero hace años que no da una. Me volvió a llamar guarra, puta y no sé qué otras gilipolleces, pero logré quitármelo de encima diciéndole que me hacía pis. Me fui al baño, abrí el armarito y ver la caja de Trankimazín me dio seguridad; me tomé otro y a la piltra de espaldas al asco. Cuando vea a Cruz esta semana tengo que preguntarle cuál es el mejor plato para disolverle la caja entera y que no lo note en el sabor.

Escribo lo primero que me viene a la cabeza, porque Irene la médico dice que me ayudará. Y también porque hoy recorreré otro camino. No puedo contar más hasta la hora de comer o la noche, tengo que irme para coger el tren desde La Serna, donde está mi casa, hasta Méndez Álvaro y allí el metro hasta la plaza de Castilla. Un viaje largo, para mí tan largo como el empezar una nueva vida. Ese es mi sueño. Después de un calvario de cinco años, tengo un trabajo. Limpiando, pero un trabajo. Voy a dejar el boli, me daré una ducha rápida. Madre mía, qué uñas tan destrozadas tengo... Para lo que han quedado mis manos. Hace tiempo —tan poco y tanto tiempo—, cuando me levantaba con el ánimo como hoy, la rabia me daba una mezcla de desesperanza y de fuerza. Me miraba mis dos manos, finas, dedos largos, uñas y palmas cuidadas, seguras, admirada de las maravillas que eran capaces de hacer con unos simples movimientos: amar, querer, cuidar, transmitir calma y sosiego, energía. Me pasaba las yemas de los dedos por la cara, me apretaba las sienes aún tumbada pero despierta, y era capaz de incorporarme para empezar el día comiéndome el mundo. Todo, todito, todo aquello de lo que disfrutaba lo había logrado yo. Bueno, casi todo. Una parte se añadió cuando conocí a ese otro

que aún ronca a mi lado por las noches. Entonces era una persona, aunque siempre fui yo la que más tiraba del carro. Aún puedo ver un rayo de luz naranja, que se colaba por las rendijas de las persianas echadas y el encaje de mis queridos visillos —son de Lagartera—, y que me bastaba para saltar de la cama y ganar estas horas de la madrugada que son mías, solo mías. Solo que ahora doy asco.

No, asco no. Eso es lo que él quiere, que me dé asco. El único que me da asco es él y los que le han arrastrado a convertirse en muerto viviente. Lo dejo, tengo el café helado y voy a ver si no hago ruido. No quiero despertar a Analidia. Al cabrón, da lo mismo. Sigue roncando.

A las doce del mediodía ya estaba de vuelta en casa. Ha sido todo tan extraño... He cogido el tren con la Juana a las cinco y once clavadas —es el primero que pasa y nuestra estación es La Serna—, y me he quedado de una pieza. A esas horas ya hay gente que se va para Madrid. Pese a los años que llevo viviendo aquí, nunca había tomado el tren de madrugada, y ya traía gente de las dos estaciones anteriores, Humanes y Fuenlabrada. Mi amiga me ha dicho que hace dos o tres años subían muchos más: albañiles, fontaneros, electricistas que no llevaban sus furgonetas de diario a Madrid porque no tenían donde aparcar. Las cuadrillas se iban reuniendo en las paradas más cercanas a Atocha, donde ya agrupados se dirigían a sus destinos de trabajo. Sobre todo, a las urbanizaciones de chalés y bloques dormitorio que han crecido como setas a las afueras de Madrid, en todas las direcciones. Da igual hacia Toledo que a Guadalajara o a Burgos. Ahora son cajas fantasma, con ojos negros sin pestañas y bocas sin pintar que un día iban a haber sido ventanas o puertas.

La Juana es una buena amiga. Ha visto la cara que he puesto con lo de los chalés y ha cambiado de tema. En un susurro me ha señalado a las tres mujeres, jóvenes y viejas —bueno, como yo, rondando los cincuenta—, que llevaban una bolsa de plástico con una bata y unas zapatillas. En una asomaba la tela de color café con leche, igual que la que ella me ha prestado. Son de la misma empresa de limpieza que nosotras, aunque puede que no vayan al mismo sitio.

Hay otras, quizá media docena más, que, según me ha dicho, iban al centro de Madrid también para limpiar oficinas de grandes empresas o de ministerios. Me ha presentado a las tres que deben de tener la bata como la

mía. Bueno, han sido ni fu ni fa. Quizá es porque aún iban dormidas. O porque son amigas de la chica a la que yo voy a sustituir y han adivinado mis sentimientos. No lo he contado, me precipito en las ideas. Hoy he empezado a hacer una suplencia de una mujer a la que parece que le han encontrado algo malo en la tripa. Quiera Dios que vaya para largo, y que esa mujer me perdone, no deseo que se muera. Pero, de todas formas, está fija y le van a pagar por la Seguridad Social, según sé, y yo lo necesito.

Tras las presentaciones, todas han vuelto a cerrar los ojos mientras yo no podía dejar de mirar alrededor. Hasta el vagón me parecía diferente. Más nuevo, más moderno, aunque con los asientos ya muy rozados. Y las estaciones. Parque Polvoranca, Leganés, Zarzaquemada. En Polvoranca me he acordado de los años tan malos que pasé cuando mi Tasio iba por allí. Pablo y yo nos asustamos, aunque él nunca ha tenido buena mano con el hijo. Pero creo que eso ya quedó atrás. Cada semana, en cuanto hablo con él por el skype, le miro bien a los ojos, le pido que se acerque a la cámara y no se le nota nada, ni los ojos rojos ni la voz cargada. Parece feliz, quizá solo algo preocupado por mí.

No sé por qué le llamo Pablo al cabrón con el que me casé. O sí. Porque cuando he venido a media mañana —él no tenía ni idea de la hora a la que yo iba a volver el primer día— y he abierto la puerta despacio pensando que mi Ana estaba aún durmiendo, me he quedado sobrecogida. Estaba sentado en el sofá con la cabeza entre las rodillas, llorando como un niño. Había sacado el aspirador, el recogedor y el cepillo, y se limpiaba los mocos con el paño del polvo.

Pero ahora no quiero hablar de eso. Tengo que escribir más rápido y no perderme en los detalles, aunque la médica Irene dice que es lo que más importa. Los detalles de mis penas y mis alegrías, ahora que puedo volver a tenerlas. Lo primero que se me venga a la cabeza, que no lo va a leer nadie, solo su amigo el psiquiatra. Pero para mí eso basta. Me gusta escribir. Una vez tuve un diario, con cerradura y todo, que me regaló un amigo de mi padre, un viajante. Yo tenía doce o trece años y lloraba continuamente mientras lo escribía, parece que estoy viendo los borrones de tinta o de lápiz corridos con mis lágrimas. Era muy romántico, me sentía muy desgraciada porque el chico que me gustaba no me miraba nunca... Hay que ver, lo que es la vida.

En fin, debo centrarme y contar mis primeras impresiones del trabajo. Mi primer día de fregona. De limpiadora, que ofende menos. Si no hubiera tenido que cerrar mi salón de belleza, si el cabrón hubiera sabido parar a tiempo con

las putas obras de la puta urbanización...

Ya estoy otra vez soltando tacos. Antes no hablaba así, las monjas del colegio me hubieran partido la boca y en el salón de Casilda —Silda para nosotras, mi mejor jefa, la única maestra— solo estaba permitido el lenguaje correcto y en susurros. Tengo que dejarlo. Se ha ido a echar la partida y volverá mamado, pero yo me voy a acercar ahora a La Sirena a tomar un descafeinado. Es el primer día en meses que no he ido con las chicas de la compra a tomar el café. Luego me pasaré por el Dia, a por huevos.

Buenos días, Cuaderno. He decidido llamarte así porque necesito dirigirme a alguien y como no conozco al doctor amigo de la médica Irene, voy a pensar que le llamo Cuaderno. Como los cuadernos azules del colegio, los que se usaban antes de ir al internado de Getafe. Traían escrita la palabra en negro, con una C de pata larga muy grande que, con un poco de suerte, disimulaba la mancha que había dejado el bocata de fuagrás o de sardinas.

Son las tres y media de la mañana otra vez. Ayer me sobró tiempo mientras esperaba a la Juana en la estación y pensaba en lo que había escrito y la aventura que empezaba con lo de ir al nuevo trabajo, y me sentí bien. Muy bien, mierda. Madre de Dios, tengo que dejar de escribir y decir palabrotas. Si las monjas nazarenas de Jesús me oyeran... Bueno, en realidad las digo por culpa de la madre Hortensia, aquella que nos pegaba tanto por hablar mal o llevar el cordón del zapato desatado. Una parte de mi adolescencia consistió en rebelarme contra las monjas y el machismo usando las mismas palabrotas que los tíos, haciéndome un chico. Eso lo comprendí más tarde, al llegar al salón de Silda. Ella me descubrió que los buenos modales eran mucho más agradables que los exabruptos. Además, nos lo imponía el trabajo. Recuerdo que de las primeras cosas que me espetó, al segundo día de estar allí y cuando se me cayó un frasco al suelo con su correspondiente «¡Hostia!», fue: «¿Qué? ¿Te sientes muy machota y poderosa diciendo esa ordinariez? Aquí será la primera y la última vez, Tasia». Y así fue, aunque algunas de nuestras mejores clientas no se privaban de hablar mal, porque en ellas quedaba muy cercano, muy popular, como si fueran igual que nosotras. Cuántas cosas expresan las palabras, aunque sean sueltas. Ahora debo lavarme la boca con lejía, porque en cuanto me vine aquí y abrí mi propio salón, incorporé a mi vocabulario algunos tacos para ponerme a tono con mis clientas más jóvenes y modernas. Volví atrás recuperando el lenguaje bruto, eso sí, cuando ellas me daban pie y para hacerme la enrollada.

Ya desbarro. Hoy me había propuesto que mientras tomaba el café contaría al Cuaderno quién soy. Me llamo Anastasia, tengo cuarenta y ocho años, estoy casada y tengo dos hijos, Ana y Tasio. Vivo en Fuenlabrada, en una zona muy guapa, la de la urbanización del Naranjo, de lo mejorcito de por aquí. En la

avenida de Cantabria número 8, en un chalé adosado precioso. Lo decoré yo. Me encanta aún esta cocina con encimera roja de Silestone —era carísima— que instalé cuando nadie aún por aquí sabía lo que era el Silestone; los muebles son gris claro y mis electrodomésticos iban a haber sido de acero inoxidable, como los de las cocinas de IKEA o las que venían en algunas de mis revistas favoritas para decorar y en las casas de *¡Hola!*, aunque en Fuenlabrada no hay mar ni playas blancas ni palmeras, pero tenemos las piscinas de Pinto, que con la M-50 están a tiro de piedra. Claro que ya ni las puedo pagar.

Pero te hablaba de amueblar casas con gusto y yo no tenía dinero para comprarme las revistas francesas, que eran las que me gustaban. Silda las dejaba en la sala de espera del salón de belleza y yo las devoraba. Me gustan las casas y mi cocina. Si tuviera tiempo y me quedara aquí, vería como el sol sale desde mi ventana, entre la nada y los otros chalés que están a la izquierda. Este es mi territorio, otro lugar que perderé... El cabrón, cuando estaba terminando de elegir los electrodomésticos, ya me dijo que bajara el pistón, que eran muy caras las neveras de acero inoxidable. Preferí comprar el aparador de Tailandia o de China, con esos herrajes y lacado en rojo, tan chulo. Teníamos un amigo medio *jipioso*, que conocí a través de los del Duende Verde —ya ha cerrado, pero allí compré los dormitorios de mis hijos—, que se traía los muebles asiáticos en contenedores, ¡y me hizo tanta ilusión quedarme con el rojo y una cama tailandesa para mesita de centro! Fue a buen precio, porque ya le costó darles salida. Me contó que por más que insistía en que eran de hacía siglos —mencionaba a las dinastías Ming o Chang o Chung, que yo no tengo ni idea—, ya no era posible colocarlos en el barrio de Salamanca, así que decidí que era una oportunidad. Mejor que el frigorífico de acero inoxidable. Fueron unos miles de euros, pero eran muebles de los que veía en las casas del *¡Hola!* Enormes ventanales y terrazas con mesas tailandesas, tumbonas de teca, un mueble lacado en rojo con dibujos, palmeras, arena blanca y el mar como paisaje de fondo. ¡Qué tiempos! Incluso alguna vez soñé con tener algo así por Murcia. Nunca imaginé el tamaño de lo que nos amenazaba.

Es más, yo seguía mirando en los almacenes de por aquí para decorar las cocinas de los adosados que él estaba construyendo. Hasta entonces había tenido mucho éxito con los pisos y chalés sueltos que iba arreglando. Comenzó como tantos otros, con chapuzas pequeñas, lo que le dejaba el curre diario en una buena empresa constructora. Como era un manitas, los fines de semana

arreglaba pisos de amigos; luego empezó con algún chalé, casitas pequeñas para conocidos. No es por nada, pero los dos teníamos gusto, él a lo tosco, en lo de recuperar el estilo antiguo de las casas de nuestros viejos en los pueblos, porque trabajó ayudando a los curas a restaurar iglesias y eso le dio caché, gusto por lo antiguo con sabor, y distinguía una viga de castaño con siglos detrás de la teñida, un ladrillo árabe de las imitaciones. Yo aprendí mucho de las clientas del salón de belleza. Silda se había hecho con las damas más influyentes y glamurosas de Madrid. Las nuevas ricas y las viejas de apellido, y eso se pega si eres un poco espabilada, que yo siempre lo fui.

Sería por enero del 2009 cuando comenzaron los comentarios sobre que los adosados —*adobados* decía yo como gracietta, y ya no tiene ninguna— de la urbanización no se estaban vendiendo tan bien como él había previsto. Es más, hasta muy tarde no me dijo que no había vendido ni uno. No lo pillé, me limité a repetirle lo que le había dicho cuando se puso por su cuenta para terminar de forrarse, según decía él. «Quien mucho abarca... Pablo, que tú eres un buen maestro de obras, pero no un tío para los números», le insistía yo. Se puso bruto con lo de que yo le frenaba, pese a que me había dado de todo: la casa estupenda que tenemos —ahora embargada y de la que nos desahuciarán salvo algún milagro—, el crédito para montar mi propio salón después de casarnos. Debí tomar nota cuando empezaron aquellos reproches. Se recontaba la historia como le apetecía, porque la de las buenas ideas siempre había sido yo.

A los pocos meses de venirnos aquí comprendí que ir todos los días desde Fuenlabrada hasta Argüelles —donde estaba mi trabajo— era imposible, más si me quedaba embarazada como me pasó. Me costó mucho dejar a Silda después de seis años a su lado. De ella lo aprendí todo, hasta un poco de brujería. Además, yo ganaba un buen sueldo, tenía mis ahorros. En fin, me convenció con lo de que montara mi propio salón en el barrio, que crecía tan rápido. Y sí, me dejó pedir el crédito para comprar el local, pero las letras mensuales las pagábamos igual que el piso, entre lo que ganábamos los dos. Enseguida tuve gente porque instalé buenas cabinas de masaje, buenas camillas y butacas para los cuidados de la cara, los pies, las manos. Soy —o era— una gran esteticista. Me resistía a incluir la peluquería que podían hacer otras muchas en el barrio. Todo lo puse con gusto, con cuidado en los detalles, desde la pintura del local a las salas, las toallas, los olores... Por entonces ya

estábamos en la aromaterapia; Silda me había enseñado el poder de los olores, el bienestar que transmiten junto con la limpieza y asistí a un curso de un fin de semana.

Ay, Señor, cómo me enrolló. ¿Qué le importará esto al psiquiatra? Se me va la pinza cuando me pongo a recordar. Bueno, quería decir que he sido esteticista —lo soy aún, siempre lo seré—, y quiero que conste que acabé el bachiller en el Jesús de Nazaret de Getafe. Allí había muchas hijas de huérfanas, pero yo no. Llegué gracias a una beca que me gané porque era lista y mi madre más. A través de un viajante, amigo de mis padres, un tipo que llevaba un coche lleno de colas de bacalao saladas y tías para repartir por las tiendas de la sierra y por los colegios, y a quien le encantaba mi madre, nos contó cómo pedir una beca a las monjas nazarenas. Mis padres siempre hablaban de mis notas. La maestra, doña América —me gustaban ella y su nombre, era muy guapa—, decía a mi padres que yo era lista, pese a lo traviesa. Pero de esto hace tantos años...

Me hice esteticista de verdad estudiando tres años en una academia de la calle Goya de Madrid. Allí un día apareció Silda, una bruja gallega de manos hechiceras. Cuando se sentó en mi silla y dijo: «Hazme la cara, lo que sepas o lo que se te ocurra», yo no tenía ni idea de que aquella mujer iba a cambiar mi vida. Otras tres compañeras le habían hecho ya lo mismo. ¡Qué tía! Luego supe que hacía no mucho que había regresado de París, donde trabajaba ni más ni menos que en los salones de las hermanas Carita. Allí había conseguido prestigio justo por las habilidades de sus manos. Morena, menuda, atractiva y con estilo —pelo negro muy a lo *garçon* y ojos azules—, las francesas la explotaron a lo bestia durante más de una década, cuando ser una española currante en aquel ambiente tenía lo suyo. Pero ella se convirtió en la mejor esponja que pasó por los míticos salones de La Maison de Beauté. Les copió desde su estilo hasta sus trucos. Supo salvaguardar su dulce acento gallego y la seducción que ejercían sus manos sobre las clientas. Lo comprobé en más de una ocasión, años después, cuando desde la embajada francesa en Madrid nos llegaban damas recomendadas desde el Carita de la rue Faubourg Saint-Honoré. En fin, ya contaré más de esa vida de mi jefa. Siempre nos gustaba escucharla, porque todo lo que venía de París nos transportaba a vidas elegantes, sonidos de frufú en los vestidos de seda, guantes que se deslizan por manos alargadas... Yo pensaba que Audrey Hepburn y Jackie Kennedy

eran francesas. En fin... La jefa me aclaró que solo Jackie tenía mitad de francesa.

Madre mía, cómo pasa el tiempo con esto de escribir y qué lío me monto con los recuerdos. Hoy no me ducho, que ayer lo hice y luego sudé mucho limpiando las habitaciones del hotel. Cuando volví a casa tan contenta, creo que me entristeció verle a él tirado, sucio y llorando, y el olor a sobaco que yo desprendía al levantar el brazo para recoger la mesa. La suciedad me recuerda a lo asqueroso, que no a lo pobre. Si la pobreza es limpia, huele a lejía, a jabón Lagarto, a estropajo de esparto, que era a lo que olían los zaguanes de mi pueblo cuando volvíamos en verano.

No me queda mucho tiempo, pero luego te contaré por qué me llamo Anastasia y cómo se me ocurrió poner a mis hijos, cuando aún tenía buen humor, Ana y Tasio. ¿Lo pillas?, que diría mi Ana. Partí el nombre en dos, aunque no sé si esto le interesará mucho al doctor. En honor a la verdad, tendría que contarle que a mi hija a lo de Ana le añadí Lidia, que era como quería llamarla mi suegra, es decir, que en parte cedí ante ella por evitar bronca, pero, claro, la niña se quedó con Ana a secas para todos, que Analidia es muy largo. Quizá eso tenga algún significado, que con los psiquiatras nunca se sabe.

Llevo todo el rato escribiéndote, Cuaderno, y no te he contado nada de cómo fue el viaje en tren de ayer. De la cara del hombre que me presentó la Juana a la vuelta y de lo alucinada que me quedé cuando llegué a mi nuevo trabajo, el hotel EuroMadrid Castle. Me cogí la tarjeta para poderlo escribir hoy aquí bien, que sé que los nombres extranjeros mal escritos son de paletas, de poca cultura. Tiene cinco estrellas y lo han abierto en las torres más lujosas que he visto en mi vida, cerca de la plaza de Castilla, en Madrid.

Cuaderno, me tengo que ir. Me fogueo los bajos con la ducha de mano y me lavo los dientes. Pero hoy me voy a pintar un poco y a peinar mejor. El tío de ayer iba muy limpito.

Ya estoy de vuelta, hemos comido y he recogido la cocina. Mi hija se ha ido para la universidad —ella es mi orgullo, nuestra primera universitaria en la familia, aunque últimamente estamos a bronca diaria— y Pablo a echar la partida. Desde que ayer le pillé llorando porque no sabía funcionar la aspiradora —eso me dijo y sin insultarme—, hemos entrado en una tregua. No durará mucho, pero quiso hablar conmigo. En vez de tirarme lo que tuviera en la mano como acostumbra —por una vez era el trapo del polvo lleno de mocos, así que no me aparté como las otras veces—, dejó el arma en el sofá, se limpió con la manga —el jersey luego lo tengo que lavar yo— y me volvió a pedir perdón por lo inútil que era él y no yo. Que lloriqueaba por la aspiradora. Hice una cosa bien. En vez de ir y quitarlo todo del medio, le dije que seguro que era la bolsa que estaría llena de polvo y que Ana no la habría cambiado. Le enseñé cómo se abría y ya está. Me enternecí cuando se puso a pasarla por la alfombra. Claro que la alfombra lo que tenía era un montón de restos de comida, palillos de las banderillas que se había zampado a saber cuándo, un par de chapas de cerveza, migas... «Va a joder la aspiradora Rowenta, con lo que me costó», pero me callé y me fui a cambiar. No hay más que contar, salvo que ni recuerdo cuándo se acostó y que me ha dejado en paz. Así que he dormido casi cinco horas y media, y ahora acabo de dar una cabezada mientras ponían el tiempo.

Es que es poner el tiempo y cerrármeme los ojos, me da un gusto... Pero ahora me he levantado, y aquí estoy, Cuaderno, porque no soporto el programa ese de la Toñi y la gente a la que lleva para hacer llorar. Odio la falsa caridad y cómo manejan el agradecimiento de la desgracia ajena, cómo lo cuenta y cómo utiliza la desesperación por las circunstancias, cuando tenemos derecho a nuestras ayudas que nos han robado los de siempre...

Me enrolló de nuevo, ahora con la política. Iba a contar lo de ayer. Me encantó el trayecto en tren, era como si hiciera años que no iba a Madrid, y cuando bajamos en Méndez Álvaro, aquello me pareció jauja. Y eso que Fuenlabrada ha cambiado mucho en los últimos quince o veinte años y tenemos de todo... Pero se me cayeron las bragas cuando nos bajamos en el metro del barrio de Begoña, tras el trasbordo, y entramos en el hotel. Madre

mía, esas cuatro torres, todas iluminadas aún como si dentro hubiera gente y eso que eran las seis de la madrugada. Ya el cuarto de cambiarnos, nuestras taquillas, todo me pareció bien..., pero cuando acompañé a la Juana —la encargada, una flaca y estirada, seca, pero dice mi amiga que muy justa, me dejó ir con ella— para limpiar el *hall* y el comedor para cuando empezaran a dar los desayunos, mientras se vaciaban las primeras habitaciones... Joderrrr, la vista me dio hipo.

Si por fuera me pareció que estaba en una película de esas americanas, con unos rascacielos tan enormes que se me caían encima, por dentro el negro del mármol —bueno, o la piedra que sea—, los sillones de líneas modernas —así lo describirían en las revistas— y la combinación de lo oscuro con lo blanco o gris o beige muy claro, me produjeron mareos. Qué elegante es el negro y qué nobles las maderas oscuras, y qué cabronada tener que limpiar dos veces, una con un líquido especial y otra con los trapos de abrillantar, pero sin comerte la piedra.

Lo emocionante vino cuando entré en el restaurante de arriba, en la planta 31, adonde la Juana me llevó en un segundín, porque estaban limpiando otras compañeras y aprovechamos mientras se vaciaban las primeras habitaciones, de gente que se iba para coger aviones a sitios como París, Londres, Singapur, China, Buenos Aires... Las chicas se ríen de mí por mi boca abierta cuando oigo hablar de esos lugares. Y eso que algunas clientas del salón de Silda viajaban mucho, pero China o Singapur, jo, me apabullan. Me han contado que ahora hay mucha gente que viene de China y Rusia, y que son bastante guarros, aunque sean ricos. Se puede saber casi todo de un hombre o de una mujer por los restos que dejan en su dormitorio de hotel, dice la Juana...

Pero estaba con el restaurante. Subimos cuando despuntaba un poco la luz naranja que trae el alba y fue increíble la sensación que sentí, una oleada de recién resucitada me recorrió el cuerpo. Ya digo que está en el piso 31 y la altura me produce una emoción que no sé describir. Se iluminaban las montañas del Guadarrama que ya tienen nieve, porque este año una de las pocas noticias buenas que ha habido es que para los Santos ya nevió en Navacerrada y Los Cotos. Hace años que no subimos a esquiar —desde que Ana y Tasio han crecido; además, ya no lo podríamos pagar—, pero siempre me quedo colgada de las manchas de la nieve al norte de Madrid.

Desde esa altura del restaurante miré todo aquello y decidí vivir, asombrarme por algo tan bello que sucede cada día, como la salida del sol. A mis pies, el hospital La Paz, orgullo de Franco y donde se murió. Desde muy

pequeña, avistar la torre del hospital desde el asiento del autobús significaba estar en Madrid. Entrábamos por la carretera de Burgos, de siempre la Nacional 1, y atrás dejábamos las calles embarradas y estrechas del pueblo, cuya principal distracción era mirar los coches que subían o bajaban al norte de España. Poco imaginaba entonces que, años más tarde, mi pobre pueblo quedaría sumido en la nada cuando se construyó la autovía, desviando el tráfico. La de mañanas y tardes que habré pasado jugando al truco. Tenía una china preciosa, verde y blanca, el trozo de una loseta de terrazo de una casa en obra. Saltar a la goma se me daba peor. De fondo a nuestros gritos, oíamos murmurar a los abuelos sobre tal autobús que iba a San Sebastián o tal camión que viajaba a Francia. Seguro que a París, pensaba yo, y luego mi abuelo me decía que no, que muchos se quedaban en la frontera de los Pirineos o en Bayona...

Anda que hasta dónde me he remontado en la trastienda de mi cabeza para hablar de La Paz y de lo pequeña y ridícula que me parecía ahora desde la planta 31 del Castle, con un restaurante donde la gente que comía y cenaba iba y venía de Rusia o de Pekín, que ahora se dice Beijing, según mi Ana. La de cosas que pueden dar las alturas y el olor a comida del Solvoretta. Las chicas se rieron de mí otra vez, porque al principio yo entendí que el nombre era Polvoretta y me parecía muy poco apropiado para un restaurante.

No sé si me gusta la decoración del sitio, la verdad. Negro en las paredes y blanco en los manteles. Claro que los ventanales lo dicen todo, pero es un poco sosa, aunque el techo me pareció muy imaginativo, elegante. Cuelgan mariposas y otras cosas, pero todo se lo come la visión de las luces sobre La Paz, los pueblos al fondo y las montañas con las cimas blancas. Eso es lo que más recuerdo de ayer. Eso y la decoración de las habitaciones, tan grandes, tan limpias sin trastos pequeños —creo que voy a tirar todas las mierdas de figuronas, figuritas, cuadrillos y cuadrillos que tengo por la casa, tiene razón Ana. Aunque para lo que me queda de estar aquí—. Abres las cortinas enormes, con el plástico foscurit no entra la luz, y los coches y la gente desde arriba parecen muñecos del Lego; la pared es de cristal y se ve el cielo que te come en la habitación... Eso a tan solo cuarenta minutos de Fuenlabrada, donde la cutrez nos está comiendo las almas.

Es que no puedo parar, en cuanto me embalo con algo me asaltan los ramalazos malos. En conjunto, querido Cuaderno, fue una buena mañana pese a

lo nerviosa que estoy. No me costó nada controlar cómo limpiar las habitaciones, poner las bandas sanitarias, cambiar las toallas, revisar las moquetas, no se haya quedado el semen de algún guarro o algún preservativo. Las chicas dicen que aparecen las cosas más insospechadas. Me advirtieron sobre lo que se pierde en las habitaciones. Dinero, pendientes, relojes... Se pierde o se olvida, pero las normas del hotel —yo ya lo suponía y la Juana me había advertido— son superrestrictas en eso. En fin, que no voy de lista, pero aprendí a la primera. Tenemos quince minutos para hacer una habitación, con lo cual es imposible limpiar a fondo. Eso ya me lo había dicho la Juana, así que si los clientes no se han ido, lo que hacen las chicas —y yo debo también— es poner la aspiradora a sonar, mientras lavamos los baños por encima y estiramos las colchas. Lo más importante son las almohadas y los cojines —que es lo primero que ve la revisora de planta—, en las camas y sin arrugas.

Luego están los baños. Ojo a los pelos, y ya. La Juana se maravilló de lo perfectas que dejé las toallas, los jabones, los *kleenex*, todo colocado al milímetro, porque luego pasa la gobernanta y hay que dejar una tarjeta diciendo quién ha hecho esa habitación, tanto para la revisora como para el cliente, por si hay alguna queja. Las chicas me advirtieron de que las cosas son más complicadas en las plantas vip, pero he salvado el pellejo.

A las doce nos tomamos un café todas juntas en una cafetería que hay cerca de La Paz y del metro, y nos volvimos para el tren. Me sentí muy bien, lo reconozco. Solo me puse triste cuando la Juana me presentó al hombre ese de la mirada caída, Javier creo que dijo que se llamaba. No Javi, Javier especificó la Juana. Había cubierto el turno de camarero de guardia de la noche y de los desayunos —el hotel tiene servicio las veinticuatro horas del día—, y me entristeció su aspecto, tan guapo y limpio, pero alicaído. Tiene canas y arrugas, pero le quedan bien. Aunque tengo pocas ganas de mirar a los hombres —por no decir ninguna—, no sé, este tiene algo. Está apaleado de otra manera, no rendido como Pablo o los de mi barrio.

Tengo que hacer algo de comida, luego sigo.

Querido Cuaderno, debo organizarme. No puede ser que en el día en que me toca escribir lo que me ha pasado pierda el tiempo contando lo de ayer. Luego se me olvidan los detalles y la médica Irene dice que son muy importantes. Estoy sentada en la taza del baño, por si viene este antes de la partida de cartas y husmea lo que hago. Voy a tener que prescindir de la cabezadita del telediario, porque pierdo el hilo y con el rato de la madrugada no me llega. Ahora me vuelvo a enrollar para retrasar el momento en que tengo que escribirte que todo lo contenta que vine el primer día se me ha jodido hoy. No sé cómo, después de los palos que me ha dado la vida, todavía me entusiasmo por alguna cosita que hago bien. Ayer hice las habitaciones fáciles y con la Juana, pero hoy me han dejado con otra que vive en Cuatro Caminos y dicen que ha sido aparejadora y está arruinada —como todas—, divorciada y con tres hijos. Está llena de rencor, pero así deberíamos estar todas. Nos han tocado los apartamentos, sí, porque hay habitaciones —a partir de los pisos más altos— que son apartamentos, pisitos a los que solo les falta la cocina. Tienen salón, baño y ducha, habitación y cama enorme —hay camas de hasta 1,60 o 1,70 de ancho—, y a eso lo llaman suites.

Bueno, yo he visto casas de lujo en mis buenos tiempos con Pablo. Precisamente, las de los arquitectos municipales de Fuenlabrada, Getafe, Villaverde. Diáfanas y con tabiques de cristal, todas de líneas rectas y limpias, pero más blancas. En el hotel todo es oscuro. También he podido ver casas de otros, las de los clientes de los primeros grandes chalés que hizo Pablo, pero pintaban las paredes de colores, amarillo, melocotón o rojo, a veces verde. Y eran de desmayo, pero esto es otra cosa.

Sigue sin gustarme el marrón el negro y todo oscuro, por más que las habitaciones tengan muros de cristal. En fin, me enrolló. He metido la pata porque la tipa se ha dado cuenta inmediatamente de que no he hecho el curso con la empresa para contarme lo mínimo sobre servicio de habitaciones y demás, y la Juana ayer no me dijo nada sobre informática.

El caso es que en la cabecera de la cama hay un cuadro de cosas que casi podrían ser el tablero de un ordenador, del iPhone o del iPad de mis hijos. No me ha sorprendido la carta de almohadas —nosotros estuvimos esquiando en un hotel en los Alpes suizos donde la tenían—, qué coño se habrá creído la aparejadora. Lo de las camas era blanco, de batista, de hilo, y edredones de

plumas y almohadas de diferente grosor y relleno; y yo sé bastante francés gracias a las nazarenas de Getafe y a que a veces lo hablaba con Silda; he viajado en cruceros con mis hijos; he estado en París y Londres y otros sitios, como Atenas. Porque cuando empezamos a progresar y los niños ya no eran tan pequeños, cuando el actual cabrón que tengo por marido era aún el hombre al que amé y le gustaba viajar, decía que era cultura, como estudiar, bueno para los chicos. Él siempre se arrepintió de no haber terminado los estudios, pero hizo la FP en Buitrago y salió con una maestría que le sirvió para despegar. Pero no nos enseñaron a aterrizar.

A lo que iba. Al hacer las camas he tocado el tablero de botones como de ordenador que hay en la cabecera y han saltado la música y las luces. A partir de ahí, se ha liado una buena. La tele, el aire acondicionado, la graduación de las luces, el internet, parece que por apagarlo he descolocado todo. La otra estaba en el baño, y ha venido y, sin mediar palabra, me ha retirado de un codazo, con una cara de rabia y unos ojos que expresaban a las claras lo inútil que soy.

Inútil ella. Si yo hubiera sido aparejadora y me hubiera forrado con mi marido arquitecto, no estaría divorciada, majeta, y de limpia en un hotel, por muchas cinco estrellas que tenga. Lo peor es que me he encontrado pidiendo perdón y me ha dicho que acabara el baño, pero allí he tenido otra bronca con los grifos de la bañera, la ducha que está aparte y los lavabos. Se abren de mil formas y graduar el frío y el caliente es para ingenieros. Le ha dicho luego a la Juana que lo único que he colocado bien han sido las *amenities* —me lo sabía, son los menudillos del baño, jabones, toallitas, colonias, vamos, las mierditas que me encantaban y que todavía tengo guardadas de cuando viajábamos— y las toallas. A partir de ahí, el resto de la mañana ha sido una tortura. Parecía que todo me iba a salir mal y me ha salido mal. He tardado más de lo que debía y me he dado cuenta de que tenía que haberme sentado con la Juana más tiempo y repasar bien lo que había que hacer, porque esto es tan moderno que hace falta ser ingeniera para no meter la pata.

Claro que ingenieras puedo encontrar pronto, porque si la que me ha tocado hoy era aparejadora, las hay también que trabajaban de oficinistas, de profesoras. He conocido a una bióloga y a una arqueóloga, que hizo las prácticas en Atapuerca, un sitio que me encantó cuando fui en una excursión a llevar a Ana y Tasio. La de miles de años que llevamos sobre la tierra, lo que

hemos avanzado en la cosa material y lo poco que hemos aprendido de coco y sensibilidad.

Pero la aparejadora me ha caído fatal y me ha amargado la mañana. Pertenece a un grupo de esas —son de otra parte de la empresa de limpieza que trabaja en el hotel— que les cuesta depilarse, teñirse y hacerse las cejas. Ni un gramo de pintura en la cara, con lo cual la amargura se le notaba aún más. Desde el primer momento, cuando abajo en el reparto me ha tocado con ella, me ha destrozado con la mirada mientras se quitaba el vaquero ancho y el jersey negro, sinsorgo. Es evidente que mi pelo rubio y mi mecha morada, mi corte más largo de un lado que de otro, mis labios perfilados y mis cejas bien depiladas no le han gustado. Por no hablar de mis mallas ceñidas —es que aún me las puedo permitir, eso lo tengo claro, tengo un culo y unas piernas que me he trabajado bien toda la vida— y mis deportivas. Además, hoy me había colocado unos *up*, de esos que levantan bien el culo y que ya venden en los chinos. La he visto como me miraba en las taquillas. Yo lo sé, sé que tengo algo del estilo choni de las series españolas de la tele, pero no soy la Belén Esteban ni llevo *pirsin*, nada más que los cinco de una oreja y los tres de la otra, pero con bolitas y brillantitos.

Muchas veces acoplo mi estilo a lo que hay en mi entorno. Desde que puse el salón de belleza en Fuenlabrada, decidí que el mejor escaparate para vender mis cosas era yo misma, pero siguiendo el consejo de Silda, sin ser nunca más elegante que las clientas, y lo que en mi barrio entienden por elegante tiene poco que ver con lo que entendían las señoras a las que atendía en Argüelles, en La Maison de Silda: mujeres de la aristocracia, de banqueros y empresarios y alguna artista de renombre, periodistas famosas. Las mías eran mujeres de albañiles manitas elevados a maestros de obras que se creían arquitectos, de fontaneros que alguna denominaba ingenieros de cañerías o de electricistas que de chispas habían pasado a ser poco menos que primos de Edison, el que inventó la luz o la bombilla o las dos cosas, creo.

Cuando nos llegaban cosas nuevas de París, de Carita, Silda nos hacía probarlas primero en nosotras mismas. Aún recuerdo mi primera mascarilla de colágeno, ¡Dios, qué placer! Qué pieles se nos quedaban. Luego había que explicárselo a las clientas de alto copete, pero dejándoles claro que a ellas les quedaría mucho, muchísimo mejor aún, dada la exquisita piel que cada una tenía. Así que cuando abrí en Fuenlabrada, hice algo parecido: darme mascarilla, tinte, uñas y decir que mi aspecto, mi piel, mi aire eran solo una pequeña parte de cómo iba a lucir en ellas. Me ajusté a sus gustos, les di lo

que ellas querían que les diera, sensación de seguridad, majestuosidad, pero al estilo de las series americanas de la tele, no de los salones o las tiendas de la calle Serrano, pendientes del *Vogue* y de Isabel Preysler.

Al venirnos a vivir aquí, al *adobadito* del Naranjo —una de las pocas urbanizaciones de chalés que hay en Fuenlabrada—, me hice un estudio de mercado del entorno y del perfil de las mujeres que tenían dinero, que prosperaban. Todas muy parecidas a mí, de esas que han sido medio pobres, de barrio de las afueras de la capital con padres de pueblo o de pueblo ellas mismas; ahora avanzaban a lomos de los cables de la luz del marido, de los váteres que instalara su ingeniero de fontanería o, como yo, de los tabiques y vigas bien restaurados y los solados de lujo que pusiera el manitas de Pablo. Las había también que tenían a camioneros o carniceros por marido —de estas sobreviven unas cuantas—, y con esos mimbres elegí el sitio donde abrí mi negocio. Me fue bien enseguida. Adonde fueres haz lo que vieres, decía mi abuela.

Si el cabrón me hubiera hecho caso, otro gallo nos cantarían ahora. Aunque si yo no hubiera estado ciega, aún mantendríamos mi salón, a pesar de que la cosa no está para mascarillas, masajes y cremitas. Me hubiera ido adaptando, de eso estoy segura. Pero no se le ocurrió nada mejor que poner mi negocio como garantía de la puta urbanización que nos iba a hacer ricos... Que si Fernando Martín, el de Martinsa, había partido de cero; que si el de Sacyr, el Luis del Rivero ese también había empezado de cero, y el del Real Madrid... Anda ya, ¡que mi Pablo iba a dar el pelotazo como esos! Me los conozco, porque este cabrón se ha leído todo de ellos y antes se compraba los periódicos de economía, los de color naranja. En Silda teníamos un par de clientas casadas con nuevos ricos de esos de la construcción, de los de mansiones en Sotogrande y en Marbella que espantaban a los que tenían pedigrí, pero a su vez les hacían la pelota porque los necesitaban. Recuerdo como una de mis clientas ricachas se descojonaba de su marido porque iba a la reuniones con un periódico de economía en inglés, aunque no tenía ni puta idea de inglés. Pues igual. Pablo se plantaba a tomar el café en el bar de abajo con el *Cinco Días* y el *Expansión*, se daba pote mirando la bolsa e incluso intentó comprar acciones de Terra, pero nos salvamos porque una de mis señoras me dijo que ni se me ocurriera. Que la bolsa no era para los pobres, así, tal cual, y lo entendí a la primera. Es que cuando pienso lo que hemos sido y para lo que hemos quedado... Claro que muchos de esos ricachos modélicos están ahora metidos en líos de corrupción y cárcel...

La aparejadora de esta mañana seguro que trabajó para alguno de esos... y ahí está, tirada por su propio marido. Aunque ella ha tenido el valor de largarse con los hijos y yo aquí estoy temiendo cada noche y cada mañana, tan asombrada de vivir con un tío al que no conozco desde que se quedó en el paro —y va para cuatro años— e incapaz de mandarle a la mierda o de matarle, que es lo que me gustaría cada vez que llega bebido, cada vez que me quiere meter mano y es incapaz porque está alcoholizado, cada vez que me grita y me culpa de la mierda en que se ha convertido.

Sí, dicen la médica Irene y la enfermera Cruz que estas son las cosas de las que debo desahogarme, querido Cuaderno, pero me duelen tanto... Dicen que estoy aguantando malos tratos, con lo que yo he sido, con la doctrina que reparto entre mis propias amigas sobre la violencia de género. Porque hubo un tiempo, mientras montaba el salón, que entre obra y pintura, me convertí en una asidua de los cursos municipales y autonómicos sobre violencia, racismo, asesoría para montar un negocio... Vamos, que nunca me quedé comiéndome los mocos y la sopa del marido.

Ya estoy otra vez con lo que fui y no soy. Justo hoy, cuando ayer había levantado la cabeza, me doy cuenta de que soy otra mierda o eso me ha parecido bajo la mirada de la aparejadora... Yo sé que todo es porque me asalta lo de que ella tiene una carrera y yo un simple oficio, pero si yo no tuviera tanto orgullo, fijo que encontraba trabajo más rápido que ella en las peluquerías que quedan para hacer caras y manos en Fuenlabrada, que no lo va a encontrar en la vida a no ser que se largue al extranjero como mi Tasio y otros muchos. Encima, más vieja que los chicos que emigran.

En el tren de vuelta, contándole a la Juana lo que me ha pasado, se me han saltado las lágrimas, pero por el amor propio herido. Y de rabia, porque ayer no debí confiarme en lo bien que me había salido todo. Además, yo sé que mi amiga se la está jugando por mí, porque para conseguirme la suplencia de urgencia que hago, ella ha dicho que yo tenía práctica, confiando como confía en que he arreglado y decorado las casas de tantas amigas del barrio y de Getafe y de Villaverde... Cuaderno, pensarás que qué tendrá que ver eso con hacer habitaciones en un hotel. Pues que sé cómo limpiar una casa recién acabada tras una obra, que eso sí que me lo preparé muy bien cuando Pablo empezó a entregar las primeras viviendas. He llegado a tener dos o tres mujeres a mi cargo que limpiaban las casas tras las primeras obras y a las que

enseñé rápido cómo quitar cemento, yeso; y luego yo aconsejaba a las nuevas dueñas cómo decorar. Si ellas lo querían, claro, que somos muy nuestras y hay mucha horterera. Entre las ricas y las pobres, que conste, porque anda que no he masajeadado yo caras de horteras por muy ricas que fueran. Yo decoraba si querían, porque Pablo se lo ofrecía cuando entregaba las llaves. Sí, hasta trabajábamos en equipo, y no hace tanto tiempo.

Cuando en el tren se me han llenado los ojos de agua, la Juana me ha tranquilizado y me ha dado otros cuantos consejos más. Lo primero, que me deje de pamplinas y no pierda el tiempo en los fregoteos del baño; todas lavan los vasos y las tazas del té con la misma esponja con que limpian la taza del baño y el lavabo, excepto en las habitaciones vip y las suites de lujo, que los carritos llevan los vasos ya envueltos en plástico y con tapas blancas de cartón. Menos remilgos, amiguita, me dice la Juana. Pero ¿y los pelos que se quedan en la taza, por no hablar de la mierda del váter?, se me ha ocurrido preguntar. «Eres idiota, Tasia, das la vuelta a la esponja, el lado verde para la mierda de la taza del váter y el lado blando para las tazas, los vasos, la bañera, los lavabos. Tienes que acelerar en la limpieza y dejar bien colocaditas las bobadas, como los tés, los cafés, la tetera y los jabones. Como hiciste ayer. Y estira las sábanas, salvo el día que te toque cambiarlas. Mira la sábana de abajo y si está manchada, la giras y pones los pies en la cabecera y punto pelota». No le he dicho que si alguna vez vuelvo a dormir en un hotel, cosa que dudo, fregaré cada cosa que encuentre con lejía antes de llevármelo a la boca y revisaré las sábanas con lupa. Puede que hasta me lleve una mía en la maleta. ¡Pero qué chorradas digo! Eso no volverá a pasar; en fin, que la Juana me ha puesto una mano en la rodilla y me ha dicho que el lunes hay un curso corto de la empresa para enseñar a nuevo personal contratado y le ha dicho a la encargada que me apunte. Sí, a esa que es tan seca pero justa.

Tras la charla, todo en voz bajita, se ha vuelto a mirar al compañero. Es que de nuevo hemos vuelto con Javier el Triste. Es amable y simpático pese a su cara de pena; vive cerca de la estación de Fuenlabrada, así que se baja una parada después que nosotras. Mi amiga me ha contado que también está separado. Cerraron una casa rural, uno de esos hoteles con encanto donde la mujer y él invirtieron los ahorros de toda la vida —eran funcionarios y hijos por oposición en los nuevos ministerios—, pero también les ha cogido el toro, solo que ella se ha largado con otro y le dejó con todas las deudas. Por lo

visto, el hotelito, monísimo, estaba entre Santander y Asturias, cerca del río Nansa. Nosotros hicimos una vez senderismo por allí, cuando Pablo y yo éramos novios, la ruta del Cares, aunque creo que no es lo mismo, pero sí está cerca. El hombre vive ahora con sus padres y debe de ser de mi edad. Pero es que a sus padres les han estafado con eso de las preferentes, como a muchas de mis antiguas clientas de aquí del barrio. Si es que tengo un Bankia muy cerca de mi salón —bueno, tenía—, enfrente de la cafetería La Sirena.

Manda cojones, qué historias. Es que lo que no entiendo es cómo no hemos cogido aún las metralletas y hemos volado las cajas, los bancos, las constructoras y a los gobernantes... Ya no soporto las noticias ni verles la cara, hasta en el café con las chicas, si hablan de política, agarro el portante y me las piro. Me irrita más la política que los partidos de fútbol y las broncas entre el padre y el hijo por el Madrid y el Barça. Mi Tasio, que para joder es del Barça, dice que es un error, que eso nos pasa por haber creído en ellos alguna vez y que a él no le va a pasar. Ahí tengo otro frente abierto, porque aunque ya está en Londres trabajando de camarero y lo ha conseguido pronto, está pendiente de qué pasa entre el padre y yo. Me lo ha dicho mi Ana... Yo creo que allí ha dejado de fumar tanto porro y bebe menos cerveza. No nos pide dinero.

Me canso, Cuaderno. Son más de las seis y voy a bajar a tomar un café con las chicas. Me consuelan las penas de las demás. Y sus alegrías, porque también hemos aprendido a reírnos de nosotras mismas. Me da tiempo antes de la cena, y veremos cómo llega el cabrón.

Ya estoy otra vez aquí. Anoche llegué pasadas las ocho. Me entretuve con las chicas, pero me dio tiempo a hacerles de cena una tortilla de patata y calentar sopa del cocido del otro día. Solo comió Ana, que viene tarde de la universidad, y se marchó rápido a ver al novio. Desde que se fue Tasio, sale en cuanto acaba de cenar, sin fumarse el cigarro conmigo (yo ya no fumo más que el pito de la noche), y estoy segura de que lo hace para no coincidir con su padre ni verle con la curda, pero le quiere mucho y siente pena, cosa que no siento por mí porque piensa que cuando se quedó Pablo en el paro no le apoyé lo suficiente. ¡Qué injusticia! De esto hace ya cuatro años y ella tenía quince, estaba en plena pelotera diaria conmigo, aunque ahora tampoco sabemos reconducir la situación. Y cómo me duele, porque la adoro. Es muy inteligente, pero muy dura conmigo.

Arrastro muy mal esa herida de mi hija. Más desde que no está Tasio. Tuvo una adolescencia difícil —y eso que yo estaba avisada por mis amigas de lo complicadas que son las chicas—, pero reconozco que tampoco se lo puse fácil. Sus doce y trece años me pillaron en mal momento. Tenía otras cosas mejor que hacer que aguantar su soberbia, sus malas formas y caprichos. Me estaba comiendo el mundo y quería más. Ya está bien, Tasia, déjate de cuentos. Yo sé que lo he hecho mal con ella. Vale, y ella conmigo. Prefiero no hurgar en la herida.

Te escribía que anoche, pasadas las diez, en el primer intermedio de Wyoming me fui a la cama con el Trankimazín. Me pongo el móvil debajo de la almohada para no despertarle con el ruido al levantarme tan pronto, pero le dejé otra vez tirado en el tresillo y con la tele puesta. Ronca y apesta. Antes por lo menos creo que olía a whisky o cubata, ahora a vino agrio. Pero desde que he empezado a trabajar parece que me deja en paz. Salvo el otro día, no ha vuelto a intentar nada y, desde que le pillé con la moquera por la aspiradora y me dijo lo que me quiere, parece que se mantiene a distancia. No me fio y hasta me da un poco de rabia, porque últimamente me consolaba odiarle y maldecirle y, sobre todo, planear cómo matarle. He leído muchos libros de Agatha Christie, aunque ella no deja que los asesinos se salven. También leía a escondidas las novelas de Corín Tellado de mi madre, que siempre acababan con un beso, y ahora sé que todo es mentira.

Bueno, que me pierdo como siempre. Cuaderno, que te iba a escribir que ayer me fui a ver a las chicas a la cafetería. Llevo tres días en que no coincidimos por la mañana en La Sirena tras la compra o antes, después de dejar a los chicos en el colegio. Me explico. Yo ya no tengo chicos en el colegio —los míos fueron al Julio Verne y los de otras van al Enrique Tierno—, pero desde que me quitaron el negocio, nos echábamos de menos y me encuentro con ellas en la cafetería. Como ahora no voy a poder ir —por el momento—, pues me asomé al café de la tarde, cuando han terminado de recoger la cocina y algunas van a por los hijos o los nietos al cole.

Hoy me he alegrado de verlas. Todas me han recibido muy bien, aunque con una cierta envidia por las cosas alucinantes que les he contado del lujo del hotel. Salvo Matilde, la profesora de *gym* del Natur-San, mi gimnasio. Bueno, ahora ya no puedo pagar ni la mensualidad del *gym*, aunque mi pobre amiga insiste en que vaya, como hace medio Fuenlabrada, que seguir con el pilates también quita las penas. Se van a arruinar más de lo que ya están. No hago más que ir adelante y atrás, Cuaderno, pero es que no lo tengo fácil. La verdad es que he sido el centro de la conversación, hasta que LaJose se ha metido a hablar, porque le hemos preguntado por la mala cara que traía. Dice que ha estado toda la mañana en el ambulatorio porque su chico pequeño estaba muy constipado. LaJose tiene tres y creo que el pequeño tiene como cinco años, total que hoy, como tenía décimas, en vez de mandar a LaManuela, su madre, que apechuga con todo, ha ido ella con el niño al médico. Se ha peleado con él, porque le ha recordado que el niño sigue sin decir bien la «rrr» y no le da volante para llevarle a un logopeda o lo que necesite.

El doctor le ha vuelto a explicar que el niño es aún muy pequeño para eso, que espere un par de años y que le siga diciendo palabras con muchas erres. Mi amiga le ha contestado que eso es lo que hace todos los días, que cada vez que entran y salen a comprar le dice al niño: «Hijo, repite conmigo: Carrefourrr, Carrefourrr». LaJose se ha cabreado porque al médico le ha dado un ataque de risa y dice que ese tío no se ríe de ella por muy doctor que sea.

Pero más se ha cabreado aún cuando Matilde y yo nos hemos tronchado tanto como el médico, porque hay que ver con qué gracia y mala hostia lo ha contado. Además, LaJose es de un pueblo de Badajoz y el acento se las trae. Pese a los años, no se le ha corregido. Yo creo que porque su madre, LaManuela, vive con ella. Es viuda y todo un personaje. Tiene pensión, lo que les viene muy bien, porque el marido de LaJose también está en paro. Madre e

hija se alimentan con los dichos del pueblo y marcan el acento cuando están cabreadas o juntas. También hacen las dos cosas a la vez, estar juntas muy enfadadas. Con LaJose nos reímos muchísimo, pero tiene muy mala leche y ayer fue difícil hacerle entender que el médico tenía razones para reírse con ella, no de ella. Traté de explicarle lo del francés y también lo choni que debía de ser el ejemplo de erres, pero no hubo manera, eso no lo ponen en *Aída* o *Aquí no hay quien viva*.

Salí del café con Matilde y a ella sí que le conté un poco más lo que me ha impactado el trabajo en el hotel. En unos años, desde que dejé Argüelles y la gente que frecuentaba el salón, la gente rica se ha hecho mucho más rica. El que tan cerca de nosotras haya un sitio como ese del hotel y las otras torres, todas hechas por arquitectos famosos y con gente multimillonaria dentro, oficinas increíbles... No sé, le dije que es como si me hubiera ido a Nueva York sin dejarlas a ellas y volviera cada noche a mi casa. Por desgracia. Matilde se ríe de mí. Ha entrenado a alguna gente de las que frecuentan sitios así. Ahora se dice *coach*, *personal coach* nos contó un día, cuando llegó eufórica porque la había llamado una pareja muy famosa, de los que habían pasado por el *Gran Hermano*. Pero además, hay otros hoteles de lujo del centro de Madrid desde donde les llaman a ella o a su marido cuando algún ejecutivo extranjero o gente importante va a estar unos días aquí y quiere hacer *footing* o lo que sea, viendo paisaje. Los entrenan hasta por el Retiro. Ese trabajo extra, que está bien pagado, les permite mantener el gimnasio aquí, donde la gente ya no puede pagar las cuotas mensuales. Pero tuvieron que aparcar su sueño de la cadena de gimnasios por lo mismo que todos, la crisis.

Enrolladas en ese tema, Cuaderno, le hablé del tren, de las otras de la bata *caféconleche* y de la pena que me ha dado estos días el camarero de Fuenlabrada. Creo que no ha entendido muy bien por qué me da pena ese y no otros, como los que tenemos en casa. De poco ha servido que le explicara que es otra cosa, parece domesticado, triste y muy limpio. Y me asombra que su mujer le haya dejado tirado. Nosotras estamos rodeadas de hombres que se han pegado el castañazo y se están volviendo piltrafas muchos de ellos, pero no nos atrevemos a dejarlos.

Discutimos Matilde y yo. Discutimos otras muchas veces, porque con ella y con Julia, la cuidadora de la guardería desde hace años —la conozco desde que llevaba a mis hijos y la pobre no ha podido acabar la carrera universitaria

por falta de tiempo y de dinero—, es con las que mejor me entiendo, porque también nos gusta leer y a veces nos intercambiamos novelas y somos del club de lectura de Manuela Bravo, la librera. La Juana también es mi amiga, pero más de las otras, de las de batalla. Nos queremos mucho, porque cuando abrí el salón la contraté para que me ayudara con el ambiente de fondo. O sea, con lo que hace un local confortable, un sitio agradable al que gusta ir. Tener siempre las velas encendidas cerca de las dos cabinas, el poleo, la manzanilla, el té o el vaso de agua servido en bandeja individual con un posavasos de tela y puntilla debajo; las toallas para la cara húmedas y calientes, la calefacción o el aire acondicionado en su punto, las revistas de la sala de espera al día, abrir la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y murmurar las palabras amables. Le gustaba, aunque le pagaba poco, pero se sentía importante con los detalles y fue feliz en un momento malo de su vida, cuando su marido y su hijo emprendieron vuelo propio en la carpintería y ella pilló una depresión brutal al quedarse sin su niño, al que había dedicado su vida. Me admiraba, por eso se ha dejado ahora la piel y se ha arriesgado para conseguirme la suplencia del hotel.

Madre de Dios, son casi las cuatro y media y tengo que hacerme aún la ducha de bajos, que no soporto luego el olor a sudado. El cabrón sigue durmiendo en el sofá. Debo añadir que anoche me fui inquieta por el aviso que me dio Matilde de que tuviera cuidado con el camarero triste. Mi amiga es idiota, no he cambiado con el tal Javier ni media docena de frases.

Han pasado algunos días, querido Cuaderno. Te he fallado porque hay veces que estoy rendida, pero me doy cuenta de que necesito escribirte y creo que ya nunca te abandonaré. Eres consolador, pero siempre que tenga un rato a solas. Y los busco por necesidad.

Estoy aquí a las seis de la mañana, en mi cocina, en mi mesa maciza de pino, ovalada y desplegable hasta para ocho, porque la compré pensando en comer aquí todos, oliendo mis guisos. Tengo mi café al lado y me siento bien. A menudo me entretengo fabricando en mi cabeza cuadros, fotografías como las que veo en las revistas, en las series de televisión o en el cine —cuando todavía íbamos al cine—, porque me ayudan a sentirme mejor. Pienso en cómo sería mi cabina ideal de masaje o cómo reharía mi cuarto si me librara del cabrón, si un día logro que la palme. Hace tiempo que descubrí lo importantes que son los pequeños detalles. Fue cuando estudiaba esteticista y me enseñaron a dar masajes, a utilizar mis dedos y mis manos para transmitir a los demás. Luego me enteré por Silda que eso se llamaba karma —o algo así— entre las finas. Ella lo tenía, yo también, aunque un poco menos o distinto. Me gusta tocar a la gente, sobar con mimo. Cuatro pasadas de las yemas de mis dedos por una cara pueden dar felicidad, mis palmas cuidando cada músculo del rostro que tengo debajo pueden hacer milagros en el alma estragada de una mujer, descompuesta, cansada.

Hoy libro después de una semana de trabajo y me gusto por primera vez en mucho tiempo. Me consuela esta cocina y esta casa, mi casita que elegí y planeé con tanto cuidado y que ahora me van a quitar. Es la primera vez en mi vida que he tenido una casa llena de luz, orientada al amanecer en la cocina y al sol de la tarde en el salón-comedor, como debe ser. Mi habitación y mi baño están encima, así que me levanto con la luz del alba. Y ahora también escucho al monstruo cuando va al baño o baja la escalera. Dentro de un rato entrará el sol por esta ventana que da al patio delantero, a mi abeto pequeño, a la calle ahora mismo vacía, y también veré a la Rosa, la vecina de enfrente, que ha arruinado su porche de vigas envejecidas —por algún tiempo sentí envidia— clavando las barras de los tendederos de un extremo a otro de las vigas y ha pegado dos enanos coloridos, como maceteros, en las mochetas de la entrada. De nada le sirvieron las revistas que le presté ni las cosas que aprendió las veces que me la llevé a limpiar y amueblar alguna casa. Ha

quitado las butacas de madera del Carrefour y ha puesto las verdes de plástico, espantosas. Dice que en las de madera se oxidan los herrajes y que se doblan mal, no hay manera de hablarle del Tres en Uno. En fin, a ellos no les va mal. Él sigue con su trabajo en una tienda de Movistar y ella en Mercadona. Es encargada, son más jóvenes, no se metieron en negocios propios. Eso es lo que yo querría, que mi Tasio hubiese estudiado telefonía, telecomunicaciones o informática, y entrase en una de esas grandes empresas..., pero así es la vida.

O no, la vida no es así, ni tiene por qué ser así. Gracias a Dios, lo he recordado esta semana, y aunque lo tengo bastante digerido, todo se me revuelve pensando que esta cocina, mi cocina con sus visillos de cuadros blancos y amarillos, del mismo color que la pared donde están la pila y la vitro, con mis armarios con vitrina en la parte alta, gris claro, immaculados... Este sitio donde he sido tan feliz a ratos, mi auténtica habitación en la casa, va a estar habitado por otra mujer que no sea yo y gracias a la mala cabeza del cabrón. ¿Cómo no voy a pensar en quitármelo de encima?

Esta semana de trabajo de nuevo ha sido un chute en mi moral para recordarme que no soy una mierda, cosa que yo ya sabía, pero que en los últimos tiempos se me olvidaba. Gracias a eso, he aparcado mi obsesión por investigar los mejores métodos para cargarse a alguien y no dejar rastro. Me encantan las viudas negras y además hay muchas, muchísimas a las que nunca han atrapado y viven felices como perdices sin sus cabroncetes. El otro día encontré una noticia que contaba cómo una colombiana se untó el chichi con un veneno diluido en una mermelada para que su cabrón de chulo o marido se envenenara al comérselo. Fue una lástima, porque él se mosqueó cuando ya se había puesto a la tarea, no tanto por el sabor raro como por la docilidad y las buenas formas de su mujer, algo a lo que ella no acostumbraba en los últimos tiempos. Qué descuido el de esa mujer, una idea tan original, y por precipitarse, lo ha estropeado todo. A mí no me pasaría eso, tendría que haber probado antes con la mermelada de fresa y luego con la de naranja amarga, poquito a poco. Veneno de entrada canta mucho, y más si llevas meses y meses a hostia limpia con él. El tipo avisó a la policía al sentir la extraña sensación de que se le dormía la lengua y a ella la han pillado. La noticia no contaba con qué métodos había comprobado el asunto la policía, pero sentí mucho que ella fracasara. Pese a cómo ha arruinado la fórmula la colombiana, yo la tengo

almacenada en la recámara de mi coco.

He estado días sin escribir por cansancio, disgusto y falta de tiempo. Me han pasado cosas buenas y cosas malas. Primero las malas: el cabrón ha vuelto a las andadas, se emborrachó otra vez como una cuba, y de nuevo vino a por mí, a machacarme, según llegó a mediodía a comer. No eran ni las dos y ya entró cargado. Lo noté por el ruido de la llave en la cerradura. No me asusté porque cuando mi hija está en su habitación, él se comporta, pero yo creo que ni sabía la hora que era. De entrada, nada más abrir pegó una patada al cubo de la fregona con lejía, que estaba en la puerta del servicio de aquí abajo. Yo estaba limpiando la chimenea del salón y procuré no moverme, aunque me imaginé lo que había hecho nada más oírle jurar en Dios. Llegó trastabillando, diciendo que le pongo trampas por toda la casa y le mandé a tomar por culo y que se fuera a la cama a dormir la mona.

Pero quería comer. Me callé, me vine a la cocina y, aunque las judías aún estaban duras, le serví un plato, confiada todavía con que se fuera a dormir, porque cuando viene tan borracho su estómago no aguanta nada de comida. Me largué de nuevo a rematar la chimenea, que me gusta tenerla impecable, brillantes los ladrillos y la piedra del hogar, porque por Navidades la pienso encender para despedirnos de ella. Las voces sonaron por toda la casa y oí cómo se estampaba el plato en el suelo. Aún sin darme miedo, pensando que Ana estaba arriba y lo oiría, volví aquí y al entrar me cogió por el brazo y me empujó contra la pared de azulejos, de nuevo insultándome porque se había quemado y las judías parecían balas, decía; le señalé con la mano arriba, susurrando que la chica estaba en su cuarto, pero le dio igual. Ya estaba intentando meterme mano por arriba y por abajo, me agarraba por la garganta, llamándome zorra. Antes de que apretara más, grité. Grité como nunca antes lo había hecho, deseando que mi hija bajara y viera de lo que era capaz su padre, porque mi hija no quiere verlo, y desde que Tasio se marchó, me siento sola y tengo más miedo.

Y grité porque hacía meses y meses que no tenía fuerzas para ello, puede que años, de lo derrotada que estaba y a veces aún estoy. Ya no, ya no, que vuelvo a ser yo. El tener trabajo, saber que tenía dinero mío de nuevo; que podía dar un portazo y marcharme a buscar a la Juana, a dormir en su casa porque no soy una inútil y nunca lo he sido, me ayudó a gritar para que Ana bajara, para que los vecinos se enteren de lo que pasa, como en tantos otros

hogares de alrededor, que es que yo no sé cómo no pasan más muertes todos los días si estamos todos desesperados. Grité porque estoy viva y no muerta, como a veces he pensado, cuando quería suicidarme y me daba igual que este cabrón se fuera de putas para ver si le funcionaba el pito aún, porque dice que la culpa la tengo yo y no la puta crisis y sus ínfulas, que si hubiera mantenido los pies en el suelo, algo habiéramos salvado. Gritando, sentí que volvía en mí, que todavía tengo cabeza. Toda mi vida he pensado y tirado para adelante y no voy a dejar que me machaque más, que es lo que ha estado a punto de suceder, y gracias a la médica y a Cruz soy capaz de verlo ahora...

Debí de gritar tanto y tanto, tan fuerte, porque a veces he deseado tener un piso con paredes de papel para que los vecinos me ayuden y mi hija no haga como que no oye lo que sucede entre su padre y yo... Grité hasta que, esta vez sí, sentí sus pasos corriendo por la escalera y sus gritos preguntando qué pasaba. Y ello me libró de una hostia segura, porque le dejé seco, parado por la fuerza de mi aullido. Creo que incluso por segundos se asustó.

Según entró Ana en la cocina, me soltó, le acarició el pelo y se abrazó a ella balbuceando que yo le estaba matando, que las judías estaban asquerosas, que... yo qué sé. Salió trastabillando hacia las escaleras para subir al dormitorio y mi hija se fue a ayudarlo, algo que me dolió en el alma, se me partió el corazón, porque ni siquiera me preguntó cómo estaba yo. Ella dice que yo logro sacarle de sus casillas, que no hago más que humillarle desde el primer día en que se quedó en el paro, que no le he apoyado lo suficiente. Y yo es que alucino. A veces no sé si me odia más él o mi hija, que no quiere ver lo que pasa aquí, porque siempre piensa que Pablo es la parte débil, que yo puedo con todo. Te lo digo de nuevo, Cuaderno, me desahogo. Pero es que desde que entró en la adolescencia, las cosas no han hecho más que complicarse entre nosotras, porque encima coincidió con que la vida de nuestra familia se venía abajo, padre y madre sin trabajo, el dinero que falta en casa de la noche a la mañana. Adiós a las fiestas de cumple de lujo que había tenido hasta ahora, adiós a las cosas de marca, a los filetes casi a diario y vuelta a las patatas guisadas que no habían probado nunca. Era yo quien tenía que decirles que no a todo, que ya no hay dinero, que ya no se puede llenar la nevera de lo que les da la gana, que ya no pueden hacer excursiones los fines ni comprarse el plumas más caro. Tampoco supe explicárselo, metida como estaba en mi propio asombro. Con Tasio fue distinto; es más mayor, había estado ayudando a su padre, veía lo que había alrededor cada día. Mi Tasio.

Querido Cuaderno, dejo a mi hijo, porque me pongo a llorar. Lo de Pablo y las judías es la cosa más mala que me ha pasado desde que dejé de escribirte, pero ahora mismo me siento mejor. Soltarlo aquí me hace bien, tenía razón la médica, aunque no sé si le entregaré esto algún día al psiquiatra. También me ha ayudado mucho el haber retomado las charlas con Cruz, la enfermera. Es tan maja. Hizo también cursos de asistencia social, porque creo que había alguna asignatura en su carrera que lo trataba, según me contó un día. Le interesó lo de los malos tratos por cosas suyas, de su infancia. Fue ella quien me hizo ver como yo, precisamente yo, estaba a punto de apechugar con el maltrato.

No quiero seguir con eso, que me hace daño y estoy mejor. La otra cosa que me corroe es el embargo de la casa. Vino otro aviso del banco y he quedado ya con los de antidesahucios, gracias a la Juana y Javier el Triste.

Antes de ayer, en el tren, le enseñé a la Juana el aviso y me empezó a hablar de los de la lucha contra los desahucios, que aquí en Fuenlabrada son muy activos, pero hay gente que oculta lo que está pasando por vergüenza, como hago yo. Hablábamos bajito, pero en un momento alguien nos susurró a la espalda que él los conocía muy bien. Giramos la cabeza y era el hombre triste. La Juana nos presentó y le hizo una seña de no hablar alto, porque venían las otras tres batas *caféconleche* que trabajan con nosotras y a la Juana no le entusiasman por cotillas y *correydiles*. El Triste dijo que se bajaba con nosotras en La Serna y así nos invitaba a un café en la estación y luego se iba andando para su casa. Bueno, para la casa de sus padres. Cuando le toca el turno de noche, como esta semana, se echa a dormir después de comer y así se recupera muy bien, que llegar a casa ahora, a media mañana y meterse en la cama no le va.

El caso es que Javier tiene una amiga en la comisión antidesahucios —creo que también se llama la PAH— y hemos quedado para ir a verla mañana por la tarde, así me da tiempo a reunir esta mañana toda la documentación, la tengo recopilada y guardada en una carpeta de mi cómoda. Tengo que revisar si Pablo guarda más cosas, aunque ya no hace caso ni de un solo papel. Nosotros tenemos pagada parte de la hipoteca, porque tuve la buena cabeza —ya cuando vi que la urbanización de adosados no tiraba— de amortizar un buen pellizco con los cobros de los dos últimos grandes chalés en la sierra que este cabrón vendió tras reformarlos. Cuando el agua nos llegó al cuello, le ofrecí a la caja

que se quedará con la casa, pero no basta. Teníamos que seguir pagando la deuda que nos queda aunque nos vayamos. Y encima, por mucho que bajen más los intereses de los créditos hipotecarios, el de nuestra hipoteca no cae, porque nos coge una cosa que se llama cláusula suelo, que por debajo de no sé qué interés no se nos rebaja. Como ves, Cuaderno, he aprendido, pero no es bastante. Nos vieron cara de gilipollas, eso está claro, porque nos la han clavado por todos los sitios. Pero de esto hace ya más de cuatro años y hace meses y meses que pagamos como podemos, tirando de los ahorros de mis padres, pero ya no dan para más. Hasta luego, ya me voy encabronada, como cada vez que me pongo con esto de los números. Me dan ganas de vomitar o de asesinar, o las dos cosas.

Amanece en mi cocina y la luz naranja entre las nieblas me pone de buen humor. Tasio decía que no era niebla, sino mierda de la contaminación, pero a mí me da igual. A veces necesito contarme las cosas de forma más bonita, porque no puedo más. Cada día amanece, eso es verdad, aunque la vida sea una mierda, pero nadie me cobra aún por mirar desde mi ventanal de la cocina. El banco lo intenta, pero que se joda, ya no tiene de dónde chuparme. Me gustan estas horas aquí sola y hoy puedo hacer lo que me dé la gana, porque hasta las diez o las once que me vaya a la compra y a tomar el *café* con las chicas, el tiempo es mío. Tengo que limpiar los cristales y los azulejos del baño de mi dormitorio —aún salpicados un poco tras la última vomitona del borrachuzo—, pero la verdad es que Ana mancha poco y todo lo que tiene de borde conmigo lo tiene de ordenada para la casa y sus cosas. Claro que ya tiene diecinueve años. El otro día dijo que cualquier día se las pira a vivir con el novio, porque no nos aguanta más. Eso es lo que me soltó tras bajar de meter a su padre en la cama. Se marchó a la universidad sin comer.

En fin, que no me amargo con estos dos. Que hoy tengo un día estupendo y voy a salir en cuanto recoja la casa, mientras este duerme la melopea, que anoche no nos hablamos, pero sentí que venía como todos los días. A menudo me entran muchas ganas de cambiarme de habitación, de irme a la de Tasio y dormir separados, pero me da miedo que entre a por mí y Ana se entere de la bronca una madrugada. Los cuartos de los chicos están tabique con tabique, enfrente del nuestro. Aunque quizá mi hija debería enfrentarse de verdad a lo que pasa.

Cuaderno, hoy voy a contarles a las chicas lo más fantástico de todo lo que me ha pasado en el Castle. He decidido llamar así al trabajo porque suena muy inglés y le da un toque, ¿no? Por otra parte, se llama así. Ayer, por fin, pude conocer la zona del *spa*. La Juana y otra chica entraron conmigo, como para limpiar, pero llevándome a la rastra. Olía a humedad y a cloro, a aceites de baño y a cremas con aroma de madera o de campo húmedo, pero todo estaba lleno de vaho. Una oleada de recuerdos al salón de Silda me recorrió el cuerpo. Me taparon los ojos y me acompañaron un trozo a tuestas, ya te digo. Cuando me quitaron la toalla que envolvía mi cabeza, me quedé de una pieza. Una enorme bañera, para mí una piscina, aunque pequeña, o una alberca enorme, parecía que derramaba agua desde el piso más alto por el tabique de cristal hasta el suelo de Madrid, con todas las vistas alrededor, la sierra con más nieve, los coches como hormigas, el cielo con nubes y claros... Alucinante, rodeado de tumbonas, toallas, albornoces, zapatillas, perfumes, sala de masaje, duchas con chorros de agua en todas las paredes, paredes de madera mezcladas con otras de hermosos azulejos. No podía hablar de lo bonito y lujoso que era todo. Tuve unas ganas enormes de sumergirme en esa agua tibia desde donde se contempla el mundo, porque destilaba algo especial. Solo que llegó el encargado de los masajes, un cachas rubio que se cree alguien, y tuvimos que disimular recogiendo toallas. Se quedó la otra chica, la Juana y yo nos fuimos.

En el trabajo ha sido una semana estupenda, salvo por mis complejos y mis manías. Desde que fui al cursillo de tres horas el otro día, donde me enseñaron las cosas que no sabía con una encargada de esta empresa que limpia tantos hoteles, no he tenido más problemas. Al contrario, la Seca, la gobernanta, parece estar contenta conmigo, porque según le ha dicho a la Juana, tengo un don especial para dejar las cosas como se debe, bien dobladas; las colchas y las butacas, bien colocadas; los mandos de la tele o el calentador para el té, dispuestos con mimo. Le ha dicho que si no fuera por la edad, podría servir muy bien para el servicio de habitaciones, que tengo un gusto innato. Y sí, creo que todo eso es verdad, por más que me joda lo de la edad, que para eso no debería haber edades, sino experiencia. La Juana ha aprovechado y le ha contado que sé hacer muchas más cosas, que soy una excelente esteticista que tuvo su propio salón, un local muy chulo que cerré, no por la crisis de las clientas, sino por otros asuntos como la mala suerte de mi marido.

Luego está lo de esta tarde con Javier y lo de los desahucios. Por nada del

mundo quiero hacerme ilusiones, pero si pudiera conservar mi casita, si encontrara alguna forma. O que se la queden y nos den el dinero que ya habíamos pagado, o una parte de ello... Lo sé, sueño, pero el Triste dice que los de la comisión antidesahucios están logrando cosas. Nos lo explicó ayer en el café y cuando lo contó parecía menos alicaído, aunque no es que transmitiera mucha fuerza con ese tono de voz tan bajo que tiene. Pude observarle más de cerca, pero me cuesta sostenerle la mirada. Mira demasiado de frente. Ya sé lo que me gusta de él, sus ojos negros y directos, su piel curtida y la barba oscura, cerrada, que le pone sombras en las mejillas y el bigote. También es verdad que llevaba casi un día en pie, sin dormir. Pero con aspecto siempre limpio, sus arrugas alrededor de los ojos y una nariz un poco grande pero sin las venas azules de Pablo, de los borrachines. Las canas en las cejas igual que en las sienes... No sé, es un hombre agradable, aunque como otro cualquiera, ni gordo ni flaco, sin tripa cervecera pero con un poco de curva. Es que incluso ayer, pese a que no había dormido, lucía limpio y olía bien. Tiene los dientes blancos, como si nunca hubiera fumado. No sé cuánto tiempo hace que Pablo no huele bien ni se debe lavar los dientes.

Me voy, que llego tarde al café.

Ha sido un día muy largo desde que te he dejado esta mañana. No sé bien por dónde empezar. Quizá por donde lo dejé, cuando me he ido a La Sirena a ver a las chicas. He llegado cuando LaJose y su madre LaManuela tenían una pelotera gorda. Matilde me ha hecho una seña para que no interrumpiera, aunque debía de estar oyéndolas todo el mundo, y eso que estaba a tope, porque eran cerca de las once.

La bronca ha sido porque LaJose tiene una hermana, viuda de un camionero que la dejó bien situada y con una niña. Tenía un piso y un apartamento, un almacén de materiales y dinerito en la caja. Vamos, que no podía pedir más. Encima, ella es muy joven y está de buen ver, aunque para mí es un poco ordinaria y pomposa. Iba a mi salón, siempre con estampados de animales salvajes y cadenas doradas, *receñía* pero resultona a tope, redonda y con todo bien puesto. Rubia de bote, claro. Bueno, yo la dejé de ver cuando tuve que cerrar el negocio, pero parece que se ha enamorado de un prenda que le está sacando toda la pasta. El tipo se llama Augusto, es mulato y está casado con una nigeriana y tiene tres niños, pero dice que se está separando y que por el día va a su casa solo para dar de comer a sus hijos, que le da pena su mujer. Según LaJose, lo único que hace es sacarle el dinero a su hermana, quien casi a diario envía a LaManuela a por la niña al colegio y le dice que se la lleve a casa de LaJose y LaManuela. La niña se queda ahí dos o tres días, mientras la madre se tira al negro. Mejor al revés, el negro se tira a la hermana de LaJose y le saca la pasta.

LaManuela, como está mandado, disculpa a su hija. Tiene ocho hijos —el último de cuando ya llevaba algún tiempo siendo viuda— y mogollón de nietos a los que cuida, mientras ella asiste allá donde puede, porque su pensión se va en dar de comer a todos los que viven en la casa de LaJose, donde hay un marido alfeñique en paro. Todos sus chicos tienen problemas y los ha criado solita. Otro día te hablaré de ella, Cuaderno, porque yo la quiero mucho. LaManuela dice que el tal Augusto se va a separar, que se lo dice todos los días a su hija, y que va a adoptar a la niña; en fin, pelotera va y viene, porque LaJose repite que su madre es una ingenua, que su hermana se quedará con otra tripa del mulato macizo y todas a cargar de nuevo. Seguramente tiene razón, pero me sienta muy mal cuando hace las alusiones a eso de «cargar de nuevo», que claramente se refieren a su propia madre y a su

hermano pequeño, sin padre conocido. Pero me cabrea, me duele que siquiera se lo insinúe, porque todos chupan de esta pobre y grande Manuela. Yo creo que no pegó una buena hostia a su hija cuando dijo eso porque estábamos en la cafetería y porque, a pesar de su escasa educación en las letras, LaManuela tiene un no sé qué de saber estar, de eso con lo que se nace y le ha curtido la vida.

Puede ser que la hermana de LaJose —no me acuerdo del nombre, Cuaderno, es como Chuli, Chuchi, Chupi— se deje sacar los ojos por el mulato, que no es nigeriano sino guineano, que vino a España para ser jugador de fútbol del Getafe o algo parecido, pero no puede tratar así a su madre... Cuaderno, te cuento esto para que veas que no soy la única que tiene una vida complicada, que mis amigas también se llevan lo suyo, las pobres.

Cuando ha terminado la discusión, o hemos logrado que dejen de dar voces, hemos empezado con el trapicheo del Lexatín, el Orfidal y el Trankimazín, porque algo teníamos que darle a LaManuela, que ha empezado a respirar aceleradamente para no tirarse al cuello de su hija. Le sienta muy bien el Trankimazín, y en cuanto se lo hemos ofrecido, se lo ha tomado con otro descafeinado. Cada una de nosotras tiene sus aficiones y a menudo discutimos sobre con qué dormimos mejor o si la depre se nos arregla antes con la paroxetina o la fluoxetina. ¡Qué tiempos aquellos en que hablábamos de las bolas chinas y alguna contaba la experiencia del marido con la Viagra!

Desde que empezaron los recortes en la sanidad, los médicos se han puesto más burros con los antidepresivos. Un doctor que va al gimnasio le dijo el otro día a Matilde que esta es una sociedad dopada, por culpa sobre todo de las mujeres como nosotras. Que si nos ponemos tristes por las dificultades que tiene todo el mundo, nos diagnosticamos una depresión y les pedimos ansiolíticos; si no dormimos porque nuestros hijos no encuentran trabajo o el marido está en el paro, vamos a por Orfidal, y si nos tenemos que examinar del carné de conducir y tenemos nervios, les exigimos Lexatín. Que está harto de explicarnos que esas cosas son la vida, no la crisis. Matilde le dijo que no, que en muchos casos es también la crisis, que lo ve todos los días en su propio negocio, donde la gente se borra porque no hay para pagar cuarenta euros al mes que vale ahora la cuota del gimnasio, que no hacen más que rebajarla con ofertas cada poco. También le espetó que muchos hombres lo pagan con el alcohol y con sus mujeres y por eso ellas acuden a los ambulatorios.

Me cabré con el médico —es del de abajo, no el del Naranjo—, porque lo que tiene que hacer es salir un día a dar una vuelta por la calle y ver lo que hay a su alrededor. Ahora, en vez de ser una ciudad dormitorio parecemos una ciudad tanatorio, con gente andando por la calle triste, sonada, que somos como los muertos vivientes de *The Walking Dead*, aunque mi Tasio decía que eso pasaba también en Madrid, y entre sus amigos, y entre los padres de sus amigos de Leganés, Villaverde... Estamos sonados porque nos lo han quitado todo, hasta la dignidad, y eso me subleva, aunque estoy llena de contradicciones. Si la crisis es la culpable, ¿quién soy para juzgar a mi cabrón? Si las cosas nos hubieran seguido yendo bien, ¿él se hubiera transformado en el monstruo que es? No, seguramente no. Hubiéramos seguido juntos, sin las pasiones de hace veinticinco años, pero contentos como tantos matrimonios. Solo que entonces, si Pablo es una bestia por culpa de la situación que nos rodea, yo no puedo tener estas ganas de matarle, de dejarle tirado, de odiarle.

Es asombroso, pero de esas cosas he hablado con Javier cuando hemos ido a la entrevista con su amiga de la comisión antidesahucios, que ha ido bien —son muy amables—, pero lo tengo complicado, porque mi casa es un adosado estupendo y aún no somos pobres de solemnidad; en fin, que no pasamos hambre y pagamos luz y agua. De poco sirve que sea porque mi madre me envía de su cartilla y de la mía. Está a nombre de ambas, porque mi padre, de pequeña en el pueblo, me abrió una cartilla de ahorro para meter todo el dinero que me daban en propinas y ellos cada mes me hacían un ingreso; tenía ahorros desde la primera comunión y, cuando nos casamos, no quise sacarlo. Se lo dejé allí por si mis padres lo necesitaban. Qué cosas, yo les necesito ahora a ellos y mi madre ha estado pagándonos la mensualidad de la hipoteca de su bolsillo hasta hace poco, ya te lo he dicho. La luz y el agua salen de mi cuenta de la primera comunión, como siempre la hemos llamado.

De todas formas, he rellenado unos papeles con la chica de la comisión contra los desahucios, para tenerlos listos para el juez, y me ha dicho que me apoyarán en lo que puedan. Si yo quiero y cuando me avisen de la fecha del desahucio, ante mi casa aparecerán decenas de personas a defendernos, porque cumplo todo esto que me ha dado en un papel y que paso a copiar, para que veas que soy una desgraciada, una gilipollas, y el cabrón con el que me casé, más idiota aún que yo. Y nos creíamos tan listos. Cumplo todos los

requisitos de esta lista para que me defiendan los antidesahucios, pero para los listos solo viví por encima de mis posibilidades. Mira:

—«Si tuviste que hipotecarte de por vida para acceder a una vivienda». Firmé por cuarenta años.

—«Si te machacaron con la idea de que “alquilar era tirar el dinero” y que “el precio de los pisos nunca baja”». Nos machacó, a Pablo y a mí, el del banco.

—«Si te sientes engañado por la clase política al completo que durante años negó que en España existiera una burbuja inmobiliaria». Nos ha fastidiado que si me siento engañada, hasta el final.

—«Si los precios carísimos del alquiler te empujaron a endeudarte hasta las cejas». Bueno, aquí, no sé, me gustaba tener mi casa y sí, pagábamos tanto de alquiler como de letra de hipoteca.

—«Si los bancos te cobraron comisiones de escándalo, te endosaron seguros por la cara y te estafaron con cláusulas abusivas». Ja, nuestra hipoteca tiene cláusula suelo, ya te lo he dicho.

—«Si te ves obligad@ a elegir entre pagar la hipoteca o llegar a final de mes». Esto ya te lo he contado a ti antes.

—«Si has ido al banco para acogerte a la moratoria ICO del gobierno y has descubierto que el banco puede negártela. Vamos, que no sirve para nada». Aquí me he reído por no llorar con la amiga de Javier, porque fue lo primero que hicimos. Ni recuerdo los argumentos para negárnosla.

—«Si tu banco te echa a la calle y encima te reclama parte de la deuda pendiente». En ello están, por eso he ido a ver a estos de los antidesahucios.

—«Si tu banco solo te ofrece como única salida aumentar la deuda y encima te maltrata». Nos maltrata, pero como ya no tenemos nada ni nos ofrece aumentar la deuda.

¿Eh, Cuadernito, qué te parece lo lerda que soy? ¿Y mi pariente? Todos los puntos de esa lista para pedir ayuda los cumple esta menda, que está aquí ensuciándote con tinta azul de Bic, y que ya no lloro, porque no me quedan lágrimas. Bueno, y porque esa muchacha y Javier me han animado mucho, ya sea por eso de que mal de muchos consuelo de tontos. La prueba de que soy boba, aunque esté saliendo de la modorra en la que me sumergió tanta mierda y depre, es que me ha tranquilizado leer la lista, que parecía hecha para mí. Y otros millones de españolitos, decían Javier y su amiga. Ella comentó que

podemos ganar muchos meses antes de que nos echen. Si nos echan. Hace tiempo que vivo al día.

Los de la comisión antidesahucios lo que intentan es dar la vuelta a la situación. Demandan al banco por las cláusulas abusivas y dice la amiga de Javier que pueden retrasar hasta cuatro años la ejecución de la hipoteca. Para conseguirlo hay que actuar contra el banco por esos abusos escondidos en los contratos de préstamo con garantía hipotecaria. La chica me ha contado que el noventa por ciento de las hipotecas están llenas de letra pequeña con detalles así, aprovechando la ignorancia o la buena fe de millones de idiotas como nosotros.

El problema es que para plantear una demanda tengo que hablar con el cabrón de mi marido, y eso no me apetece nada. Pero nada de nada. No sé explicarte muy bien las razones, Cuaderno, pero algo me dice que este ni va querer ni me va a apoyar. Y para ser sincera, tampoco sé si quiero hacer algo a medias con él, es que no le soporto ni siquiera para ir a la vuelta de la esquina. Claro que eso no se lo he dicho a Javier ni a su amiga.

A la salida hemos seguido charloteando sobre la entrevista y la conversación que traíamos al principio, así que nos hemos ido a dar una vuelta por el parque de La Paz, entre la casa de sus padres y la mía. Más bien cerca de la mía, pero dice que a él le gusta andar y se ha venido porque hacía tiempo que no paseaba por aquí. Hasta el parque está más triste y deteriorado. Es invierno, sí, pero ya no funcionan los cauces de agua que me recordaban a las caceras del pueblo en mi infancia. Dice un jardinero que los arreglarán en primavera.

Cuando Pablo me convenció para venirmos aquí, la verdad es que me enseñó esto en primavera y con la mitad de pisos que hay ahora, que me gusta más. El centro del pueblo aún era muy pueblo y la iglesia de San Esteban, lo único para mirar. Ahora también. Era el final de los ochenta y se alargaban el metro y el tren, abrían centros culturales —estamos muy orgullosos aquí del Tomás y Valiente—, colegios, guarderías. Los socialistas hacían caso a Serrat y nos descubrían que el sur también existe, como decía una concejala que fue clienta mía. Al principio pregunté qué se podía ver por aquí así, que fuera bonito para dar una paseo, hacer alguna excursión. Como en mi zona tenemos la muralla de Buitrago o El Paular y tantas ermitas. Pero nadie sabía gran cosa de la historia del pueblo, solo que su nombre se debe a una fuente labrada que

construyeron los moros, que fueron dueños de estas tierras. Eso lo sé porque asistí a una charla en la Casa de la Mujer. Cuando empezaron a llegar tantos moros, una profesora dio una conferencia contra el racismo y contó que en realidad estas tierras habían sido de los árabes, y en la Reconquista, los reyes castellanos los echaron a lo bruto y trajeron familias cristianas. Hubo chicas a las que no les gustó nada la explicación, porque por esa regla de tres, comentó una, cuando dicen que Andalucía es suya tienen razón. De poco sirvió que la profesora intentara contemporizar, nos molesta aún que haya niños moros en las escuelas, aunque muchos se han ido con esto de la crisis. Pero cuando pasó lo del 11-M todo se complicó aún más, era inevitable mirarles con miedo.

Hacía frío, ese frío seco de aquí, del sur de Madrid, que me mata. A veces este frío me recuerda la sensación triste de los primeros días en el patio de las nazarenas de Getafe, todo de cemento, con su único árbol. No había verde por ningún sitio; siempre he preferido vivir al norte de Madrid. Cuando acabé el colegio compartí con mis amigas el piso de Cuatro Caminos, pequeño pero luminoso. Tres habitaciones enanas con dos camas, todas estudiantes alquiladas. Pero yo iba hasta Goya directa en el metro, a estudiar esteticista y peluquería al salón escuela. Solo eran cuatro o cinco estaciones.

Me enrolló, Cuaderno, creo que para no contarte lo nerviosa que me puse con el paseo por el parque de La Paz hasta mi casa. No porque me fuera a encontrar con nadie, ni siquiera con Pablo, que en esos momentos ni me acordaba de él, sino porque la voz ronca y baja de este hombre triste me emociona. Debe de ser que hace tanto tiempo que un hombre no me trata con mimo, que agradezco cualquier cosa, por eso he de tener cuidado. Me invitó a un café y yo evité la cafetería de las chicas. Entramos en un bar de la avenida de las Provincias y luego nos despedimos. Dice que esta semana, como tiene el turno cambiado, lo mismo va alguna mañana a tomar un café al sitio de enfrente de La Paz donde paramos cuando salimos. Que tiene que hacer alguna cosa por la plaza de Castilla y así nos venimos juntos.

Me inquieta no saber cuántos años tiene, aunque desde luego ronda los cincuenta, si no los pasa, pero se debe de cuidar. Todavía tengo prejuicios con la edad, lo sé. Me tranquiliza que sea más o menos como yo. ¡Pero qué cosas se me ocurren!

Nada más llegar a casa, aprovechando que el cabrón no estaba, he hablado por el fijo con Matilde y me ha reñido. Que por qué iba a estar preocupada porque este hombre me haga tilín, que me deje de bobadas, que por qué no iba a ligar yo si siempre he sido bien mona y tengo un cuerpazo bien duro... Que

qué tendrán que ver los sofocos de la premenopausia, que lo muy sano que sería para mi cabeza y mi cuerpo darme un revolcón con alguien que no sea el bruto de mi marido... Me he puesto colorada mientras Matilde me hablaba, porque yo soy consciente de eso, lo sabía y no me atrevo a decírmelo. También he agradecido que no me recordara su aviso del primer día, de que hablaba raro sobre el camarero triste. Pero cuando he venido a casa, lo primero que he hecho ha sido mirarme bien en el espejo de la entrada, a ver cómo estaba, después de trabajar y con horas por ahí, que llevo en pie desde las tres y media de la madrugada. Y eso que me paso el rato esforzándome por no atusarme el pelo o repintarme los labios, no sea que vaya a creer que soy una coqueta fácil.

Lo que he visto reflejado no está mal, más allá de que hoy tenga la moral muy alta. Mido 1,70, soy castaña, ahora voy teñida con unas mechas rubias y caoba —a los dos días de ir al hotel me quité el mechón morado— y ya necesitan retoque, porque me crece mucho la raíz. Tengo un pecho y una cintura aceptables para mis años, porque siempre he hecho mucho ejercicio y he cuidado mi planta como corresponde a una buena esteticista; tengo los ojos de color miel —expresión de Pablo cuando éramos novios— y grandes; a veces, con la luz del sol o a la orilla del mar se me ponen verdosos. Mi boca es algo grande, pero los labios aún son bonitos, rellenos sin necesitar bótox. Tengo uno de los dientes paletos partido en una esquina desde que me caí jugando al rescate en el pueblo, antes de enviarme al internado. Debía de tener ocho o nueve años. Me raspaba la esquinita del diente roto con la lengua por instinto, para limar las asperezas, y no fui consciente de más. Hasta que en plena adolescencia tuve un primer novio —el del diario que me hacía llorar porque tardó mucho en mirarme— que me dijo que ese trocito roto y mi lengua asomando le volvían loco. Tardé en entender, pero luego no he hecho nada por eliminar la costumbre y el gesto se me ha quedado de por vida.

A veces, sin darme cuenta, estoy con el móvil enviando un mensaje o leyendo una revista en un sitio, ya sea en una consulta o en el autobús, y noto los ojos en mi cara y luego en mis tetas. Y es porque algún tío me está mirando cómo repaso con la lengua mi diente roto y la punta me asoma entre mis labios fruncidos, porque estoy concentrada. Dicen que es de lo más erótico, y sí, hace tiempo que yo lo sé. No ha habido pretendiente que no se quedara con mi hociquito y la lengua rozando la punta rota, mientras les sonreía con los ojos, divertida. A Pablo era algo que le trastornaba, pero ayer con Javier no usé esas coqueterías, porque ni tengo edad —creo yo— ni tengo fuerzas. Me da

vergüenza y he perdido práctica, eso está claro. Además, él es el primer tipo que me echo a la cara que no me habla de mi diente despuntadito.

Estaba con mi pinta. Suelo ir ajustada, pero procuro no hacer expresión labial con la entropierna, algo que les encantaba a algunas de mis clientas, y el día que lo descubrí me dio vergüenza hasta a mí. Y sé combinar los colores, eso desde luego. Ni loca me pondría un amarillo con rojo aquí, aunque ahora sí que uso el naranja con el verde o con el rojo. Me encantan los vaqueros, y más si son esos últimos, los *up* que me levantan bien el culo. Estoy entre la talla 42 y la 44 en los Zara y H&M y llego a la 46 en las boutiques de marca, pero como ya no tengo dinero para entrar a comprar, eso que dejo de sufrir. Pongo estos datos porque si el Cuaderno es para una señora psiquiatra y no un señor, le darán una idea de que soy una mujer que siempre he procurado cuidarme, incluso después de los partos. Por mí y por los demás, por mi trabajo y por el de mi marido. Mi Ana dice que a veces me visto con ropa poco apropiada para mi edad —pero ella bien que me roba camisetas— y mi Tasio me encuentra siempre guapísima. Le echo mucho de menos.

Me llamo Anastasia porque así se llamaba mi abuela, la madre de mi padre, que se murió unos meses antes de que yo naciera. De pequeña el nombre me producía espanto y me resultaba muy paleta, porque una señora vieja y humilde del pueblo, siempre sucia, también se llamaba así. Hasta que llegué al colegio, y Gloria, la profesora de literatura del Jesús de Nazaret, me contó que era un nombre precioso, muy raro y que había heroínas de grandes escritores con ese nombre.

Fueron Gloria y su amiga Cristina, la profesora de francés, las que me enseñaron que Anastasia también se llamaba la única hija del zar que decían que se había salvado de los comunistas e insistieron en que no dejara nunca que me acortaran el nombre. Tenía que ser Anastasia entero, no Anas ni Tasia, pero eso no estaba en mi mano. En mi familia y para mis amigos yo era Tasia, y hoy también me gusta el nombre corto. Me reconcilé con él, primero, con la película de la hija del zar; luego, mis hijos la vieron en dibujos animados y mi prestigio subió mucho entre ellos, porque no era un nombre normal. Y empezaron a contar con gracia cómo yo había partido mi nombre entre mis dos hijos. A Tasio hace poco que le regalé la película del carbonero que se llamaba así y que tanto me gustó hace años. Le encantó y se la ha llevado a Londres.

Ya son casi las cuatro y media. Me voy a la ducha. Hoy me darán noticias de la chica a la que sustituyo, que parece que iba a informar sobre el resultado de sus pruebas.

Querido señor Cuaderno, estoy feliz, aunque me da miedo estarlo. También siento vergüenza, porque mi felicidad se basa en el mal ajeno. Antes de irme ya te había escrito que se sabría algo sobre los males de la chica a la que sustituyo. Bueno, pues la pobre tiene un cáncer de colon complicado, parece que cogido muy a tiempo, pero la Seca me ha dicho que va a tener que estar de baja unos meses, como mínimo hasta la primavera, ¡y estamos a las puertas de la Navidad! Que si podía quedarme, que yo le gustaba, pero que mis condiciones laborales no podían ser las de la Juana ni las de las otras, que llevaban muchos años y a mí me sacaban del paro. Tenía que ir a la oficina de empleo a avisarlo, aunque hace tiempo que agoté mi paro, pero a la empresa le hacen descuentos. No he llorado con el notición de milagro. Hay que ver cómo han bajado mis humos. Si hace cinco años me hubieran dicho que iba a estar eufórica por seguir limpiando en un hotel a costa de que otra mujer siga enferma... Pero así es la vida y supongo que esto es la guerra.

Para colmo, Javier ha ido a buscarme —bueno, en teoría, a buscarnos— a la cafetería a la salida del turno y se ha venido con nosotras en el tren. Al subir, se ha sentado el primero, algo que es raro en él, puesto que cuida las formas, y me ha dicho: «Siéntate a mi lado», y me han temblado las piernas y el estómago me ha dado un vuelco. Qué vergüenza. Hasta me he puesto roja, estoy segura, pero la Juana me ha empujado contra el asiento, a su lado, y ella se ha puesto enfrente. Como los dos son tan listos —más que yo, creo—, él, que sabía que las otras compañeras escuchaban, ha comentado que teníamos que hablar de lo de la comisión de desahucios. La Juana las caza al vuelo, le ha guiñado un ojo y ha dicho que ella también estaba muy interesada. Yo, callada, he escuchado como él contaba a la Juana de qué conoce a su amiga —ella ya lo sabía— y lo bien que creía que nos habían tratado el día anterior. Constantemente se volvía hacia mí, preguntándome cosas para que metiera baza en la charla. Pero creo que también para disimular cómo su muslo y el mío se pegaban a ratos y cómo me rozaba la rodilla y el hombro. Y lo hacía como si nada, por eso yo no me he apartado, por si hacía el ridículo. Parezco una adolescente estúpida, porque aún me queman el brazo y la pierna por ese lado.

Mi amiga —es una gran amiga— se ha bajado y ha dicho que se tenía que ir sola a la Galería de las Provincias, porque había un local de los muchísimos que hay cerrados que se lo dejaban para guardar trastos. Las dos le hemos contado a Javier con la ilusión y la marcha que se abrieron esas galerías, con noventa y nueve locales. Nunca llegaron a estar todos ocupados, ahora solo hay una docena abiertos, pero el señor de El Zapatones —un zapatero amable, amigo de la Juana— le ha avisado de que hay uno que se alquila a un precio excelente, una ganga.

La Juana tiene unas manos primorosas y sabe hacer un punto de cruz maravilloso y también borda. En las manualidades de un taller del ayuntamiento aprendió a tapizar cajas, marcos y asientos, banquetas y respaldos con sus telas bordadas. A veces hace cosas preciosas, con escabeles también y sillitas con nombres de niños recién nacidos, los tapiza en el respaldo. Hubo un tiempo en que vendía algo entre los conocidos y yo expuse algunas de sus cosas en el salón, entre los estantes con las cremas caras. Incluso juegos de cepillos y peines, forrados con las iniciales a punto de cruz, y tuvo algunos encargos. No lo ha dejado, pero ahora comparte espacio con los hombres de su casa, parados. Quiere que la parte que acondicionó para ella en el garaje sea para su hijo y su marido, que están ampliando la mesa de carpintería que tenían y ahora le sacan rendimiento, cepillando y arreglando muebles. El chico trabajaba en el Duende Verde, la tienda de muebles juveniles donde yo compré los dormitorios de mis hijos, creo que ya te lo conté, ya desaparecida. Y el taller donde estuvo el padre toda una vida, desde que empezó como aprendiz de carpintero, también. Hubo un tiempo, al principio, en que se encargaron de la carpintería de los pisos y las casas de Pablo, pero luego se distanciaron. Aquí cada uno sobrevive con las chapuzas que puede. Como al hijo se le acabó el paro hace tiempo y al padre en unos meses, se montan el taller en el garaje que es más grande que los locales de las Provincias. Javier ha sonreído cuando le ha dicho a la Juana que como los del desempleo se enteren, estamos haciendo fraude. ¡Mecagüen la leche!, ha gruñido la Juana, que solo le ha faltado ponerse en jarras. ¿Y cómo coño quieren qué paguemos la hipoteca, si entre los tres no ingresamos ni mil ochocientos euros? Yo me he callado, porque o me callo o en esos momentos me pasa como en la cafetería con las chicas, empiezo a hablar de coger la metralleta o de gasear a todos los cabrones que nos han traído a esto. Vale, que me disparo.

La Juana nos ha dejado solos con la disculpa esa de ir al local en las Provincias —yo sé que podía ir cualquier día a verlo por el horario del zapatero— y el Triste y yo nos hemos tomado un café en la estación. El sitio se llama Desayuno con Encanto, y me ha dicho que está hasta las mismísimas partes de lo de con encanto. Que él puso su casita rural «con encanto» y las guías de turismo eran igual, hoteles con encanto... Ha empezado a hablar con su voz bronca y baja de las palabras manoseadas que se vuelven malditas, como *encanto*, *magia* o *vivir por encima de nuestras posibilidades*. Es más culto de lo que parece, he pensado. Y ahí ya me ha ganado, me ha llegado muy hondo, le he sentido alma gemela. Tiene un tono que me remueve el corazón, me da penita igual que sus ojos tristes. Ha contado que perdió su piso y su negocio —y yo sé que la mujer se largó— y que ahora está saliendo del túnel poco a poco, que yo me tenía que animar. Como si mi aspecto fuera tan triste como el de él. Aunque yo me he atrevido a decirle que tampoco es que él tuviera una pinta de ser la alegría de la huerta, que más bien, con perdón, parecía un perro grande, mojado y apaleado. Se ha reído con la comparación y a partir de ahí hemos seguido como si fuéramos amigos de hace más tiempo.

En sus tiempos jóvenes quería haber sido aventurero, viajero del mundo, dice, aunque terminó currando en una caja de ahorros, donde se aburría como una ostra. Llegó a la caja porque su abuelo era empleado de una caja postal en Unquera. De hecho, sus abuelos eran uno de Cades y otra de Camijanes, dos pueblecillos muy chicos entre Cantabria y Asturias, al lado del río Nansa. Antes de trabajar en la caja postal, su abuelo era el cartero de la zona y, cuando las cajas postales se hicieron cajas de ahorros, su padre también entró a trabajar en la de Santander. Creo que ese es el lío que me contó. Habían hecho cursos de contabilidad a distancia y llevaban también seguros o algo así. Cuando a él le ofrecieron que hiciera auxiliar administrativo, mientras estudiaba para ser guía turístico del mundo, cayó en la trampa y entró en otra caja de ahorros, pero en Madrid, donde su padre tenía un conocido. Lo que es la vida, esa primera caja en la que trabajó aquí era Caja Madrid, la que luego ha liado todo eso de las preferentes y ha llevado la desgracia y la ruina a su familia, porque todos tenían sus ahorros allí metidos ¿En dónde los iban a tener sino en el sitio en que habían currado toda la vida?

Cuando ya estaba arrepentido de haber entrado en la caja y no lograba sacar el segundo curso de la escuela de turismo, conoció a su mujer en otra sucursal de la misma marca o cadena, porque hacían reuniones por zonas y ellos

estaban entre Chamberí y Cuatro Caminos. Los dos prepararon juntos más exámenes para subir dentro de la caja y aprobaron, se casaron y ya está. Hasta que descubrieron que no tenían hijos y que su vida era un espanto. Todo esto, claro, según Javier, que yo no lo sé. Al menos, dice él, tuvieron la suerte de que les gustaba muchísimo el monte, la playa, el verde, el desierto, lo que fuese con tal de no estar en Madrid.

Viajaban constantemente como mochileros y senderistas por toda España y cada vez se les hacían más pesados los domingos por la tarde y pensar en el regreso el lunes siguiente. En la oficina a las ocho de la mañana. Eran los tiempos de éxito de las casas rurales a lo largo y ancho del país, todo el mundo salía fuera —madre mía, Cuaderno, te cuento esto como si fuera hace un siglo y todo sucedía ayer como quien dice—, la gente que tenía una casa en el pueblo la transformaba en una hospedería, había subvenciones. El Triste recorrió con su parienta su tierra de cuando era pequeño, desde los Picos de Europa y toda la costa de Santander hasta Bilbao. Se quedaron a veces en el pueblo de sus abuelos, Cades, donde estaban restaurando una antigua ferrería que, seguro y dado lo espectacular del sitio, atraería turistas, pensaron ellos.

Total, para no hacer el cuento tan largo, que se tiraron al monte y compraron una casona en ruinas, como un antiguo palacio al lado del Nansa y a las afueras del pueblo de los abuelos.

Empezaron las obras y, hartos de regresar a Madrid cada domingo, la mujer y él pidieron sus indemnizaciones en el trabajo en vez de pedir una excedencia, al tiempo que se instalaban en la casa del abuelo, porque la abuela había muerto al poco de conocerla su mujer. Una hermana de Javier, soltera y la única, se trasladó a cuidar al abueluco, dice él, y luego llegaron ellos dos para seguir de cerca las obras de la casona. Aquello bullía, toda la costa, desde Euskadi a Galicia se cubría con hotelitos rurales, casas rurales con buenas subvenciones, planes para el turismo de playa y de montaña; se abrieron las cuevas de El Soplao —una maravilla que aseguraba aún más si cabe el futuro de su casa rural—, y ellos se decidieron. Se apuntaron a cursos de turismo rural y de turismo de costa, se aprendieron las rutas de los barcos que vienen de Inglaterra a Santander, las posibilidades de la zona para los vascos —entonces aún aterrorizados por los asesinatos de ETA—, que buscaban sitios de tranquilidad en Cantabria —la ruta de las cuevas—, y así montaron un lugar que se llamaba el Palacete del Nansa, con una docena de habitaciones, que por lo que cuenta eran preciosas.

El resto es historia, porque se empeñaron hasta las cejas en créditos para

las obras y para ponerlo a tutiplén —me contó que ellos también tenían cartas de almohadas y toallas de lujo, sábanas blancas de hilo y algodón y cubertería de diseño— y terminaron las obras para el 2010, cuando ya todo estaba cayéndose a trozos y el turismo iba en picado. Además, ni él ni la mujer resultaron buenos para las relaciones públicas ni la cocina, aunque contaban con la hermana soltera de Javier, que se llama Pili. Guisaba bien, pero se llevaba mal con su cuñada. No le daba tiempo a cuidar del abuelo y a estar todo el día en la casona, decía ella. Y decía con razón, según su hermano. Para colmo, la hermana también se puso enferma. Tiene solo un riñón, porque la tuvieron que operar del otro, quitárselo y está delicada.

En fin, que los problemas, la crisis y el cielo gris y la lluvia acabaron con ellos. Ella se las piró —no me ha dicho con quién— y le dejó con el pastel de todas las deudas. Reconoce que lo pasó fatal, lo perdió todo y volvió con sus padres a Fuenlabrada porque con su hermana y su abuelo se asfixiaba. Ha estado yendo al psiquiatra —he tomado nota—, pero un amigo que conoció en los cursos de turismo le ha metido en el hotel. Me ha contado así, a grandes rasgos, pero sin detalles sobre la mujer. Me ha gustado que no la juzgue, cuenta las cosas sin echar la culpa a nadie, salvo que le he notado algo triste cuando hablaba de la relación entre la hermana y su esposa. Pero no ha dicho si era guapa o fea, sucia o limpia, lista o tonta. Solo su mujer.

Le he escuchado con atención, a veces con esfuerzo porque me tenía que inclinar para seguirle esa voz bronca y baja que tiene. Dando por hecho que estaba hecha polvo, me ha puesto una mano encima de las mías y me ha dicho que de esto se sale, y que gente como él y como yo merecemos tirar hacia adelante. Aunque no sea más que por no dar la razón a los hijos de puta que nos han traído hasta esta situación; porque mantiene que él no ha vivido por encima de sus posibilidades, como dicen los políticos, sino que solo intentó ser un emprendedor —se ríe cuando lo dice—, eso que quieren los gobernantes que seamos ahora para emplearnos a nosotros mismos y borrarlos de la lista del paro.

Te insisto, Cuaderno, que es listo y culto, y oyéndole me ha atacado el pánico de si yo estaría a su altura para responderle. Hace años podía ser, ahora he bajado tanto mi listón, tanto en el lenguaje como en mis pretensiones y mis aires...

El momento más temido ha venido cuando me ha preguntado por mí, por qué

aparecía siempre tan atemorizada. Me he encogido de hombros, he intentado no meter mi punta de los labios en el hueco del diente y le he contestado que soy una choni más, de las muchas que hay en la periferia de Madrid —y en el centro, me ha corregido entre risas bajitas—, a la que la puta crisis y un marido cobarde han dejado en la cuneta. Naturalmente, con mi inestimable ayuda.

Me he lanzado a contarle sobre mi vida, mis esperanzas, mis estudios de esteticista y peluquería, mis buenas notas de joven, mis sueños con Pablo, mis hijos, cómo Pablo empezó a progresar y yo le animaba, hasta que me di cuenta tarde de que íbamos al desastre. En fin, Cuaderno, tantas cosas que te he contado ya a ti, pero ha sido la primera vez en que, para no cargar todo contra el cabrón —él había sido muy elegante con su mujer—, me he puesto a hablar no solo de los problemas que tiene Pablo con el paro, el tiempo libre y los entornos —«¿Bebe mucho, no?»—, me ha preguntado. Se lo he confirmado con la cabeza—, también he confesado que yo no he sido buena; que cuando vi que Pablo iniciaba la caída empecé a tomarle manía y desprecio, porque, pese a mis esfuerzos, se obsesionó en seguir queriendo ser alguien, nada más y nada menos que el Florentino Pérez, el Luis del Rivero o el de Martinsa, que ya ves. No le he dicho que leo todo sobre las viudas negras y sobre cómo asesinar sin dejar rastro; lo que me divierte pensar en cómo le voy a matar mientras intenta follarme, lo cual es imposible para un borrachuzo de mierda impotente, aunque hay otras maneras de hacerme daño. Me aparto del tema, que me dan asco esos recuerdos.

Le he hablado también del concejal de obras, Gerardo el Trepá, que nos vendió un terreno que iba a ser recalificado de inmediato. Según Pablo, le había dado el chivatazo porque ya eran amigos, troncos, como aquel que dice. ¿Cómo no me di cuenta? Tronco del clan del Trepá de un día para otro, la familia más mafiosa al sur de las llamadas ciudades dormitorio de Madrid. Nosotros éramos unos mindundis, debimos mosquearnos con tantas facilidades. Pero la verdad es que a Pablo le pidió un precio de ganga para lo que había en la zona y le gestionó el crédito con el director de la sucursal, que precisamente era su amigo y el nuestro. Llegó la recalificación, sí, pero a finales del 2010 y cuando la burbuja había estallado y hasta el tal Zapatero tenía que asumir que la palabra crisis era de verdad.

Pese a todo, Pablo siguió adelante, a la desesperada, sin decirme nada. El sinvergüenza de director de la sucursal le financió la última —y única— serie de chalés pareados cuando las otras constructoras empezaban a suspender

pagos, a irse a la mierda, cuando los periódicos advertían cada día de la que se nos venía encima. Qué digo, le financió y refinanció con nuestro patrimonio de veintiún años de matrimonio como garantía: mi negocio lo primero, los dos pisos que habíamos guardado en una de sus promociones para mis hijos, mi casa. Todo ha volado, excepto este adosado embargado. En este punto, miré a los ojos a Javier, y ya.

Para mi gran cabreo, se me han llenado los ojos de lágrimas y he retirado mis manos cuando he visto que él avanzaba con las suyas para tranquilizarme. No quiero que nadie me tranquilice. Otra vez me he visto en una película rápida los últimos cinco años y me ha entrado por el cuerpo una oleada de rabia, ira, calor y ganas de romperlo todo, así que le he preguntado que por qué a mí; por qué a nosotros, que no somos unos canallas; por qué a mis amigos; por qué a la gente que hay a mi alrededor, a mis amigas que se matan por criar a sus hijos y cuidar a los suyos; a mis clientas que venían de abajo, de madres y abuelas emigradas de Extremadura o de Castilla-La Mancha en la posguerra o en los años sesenta y setenta, que por fin vieron como sus hijos podían ir a la universidad, y ahora, sus nietos vivirán tan mal como ellos. O peor. Casi toda éramos gente humilde que empezábamos a alcanzar nuestros sueños, con este puto chalé *adobadito* que me ha chupado el alma, con mi negocio; o a mi vecina con la tienda para bebés; o a Matilde y su marido con su primer *gym* que iban a convertir en cadena; o el bar de debajo de mi casa, que sus hijos estaban en la universidad y ya no pueden pagar la matrícula más que a uno. Pagan la del chico, pero la chica, que tiene novio, se queda para ayudar en la barra y en la cocina a sus padres, que por mucho que esté en segundo de veterinaria no encuentra nada mejor y no da el dinero para la matrícula. Imposible de pagar. Por qué nos llevan por delante a los que estábamos dejando de ser pobres después de toda la vida miserable de nuestros abuelos, bisabuelos, tatarabuelos. He maldecido a todos los hijos de puta del mundo que han transformado a mi marido en el gran cabrón, cobarde y borracho que es.

Javier me miraba fijamente, sin pararme hasta que se me ha estrangulado la voz; ha pagado, me ha cogido del brazo y hemos salido. De nuevo, me ha llevado hacia el parque de La Paz, cogida fuerte por el codo y pidiéndome que me tranquilizara, que estaba muy bien eso de desahogarme, pero sin llorar. Sonriendo, me ha aconsejado que dijera las palabrotas en susurros, que sonaban más finas. Me ha hecho reír, quizá porque es la primera vez que le veo la cara iluminada y los ojos brillantes.

Así nos hemos contado nuestras vidas, y así estoy hoy aquí, encerrada en la habitación de mi Tasio, viendo como el sol va camino de la media tarde e ilumina este cuarto con el viejo póster de Buzz Lightyear y las cosas de mi hijo; pero él ya no está, también por culpa de esta vida cabrona.

Y ya que estoy llorando, voy terminar de contarte que fue en este cuarto, haciendo la maleta de mi Tasio para emigrar a Inglaterra, donde mi alma se murió otro poco. Cada par de calcetines que le metía, cada calzoncillo y camiseta que le planchaba y le doblaba, cada zapato que le envolvía en gamuzas, iban regados de mis lágrimas, por no hablar de cuando a escondidas le puse entre la ropa los chicles de melón que tanto le gustan, los Mars que le metí en cada zapato que yo le compré en Carrefour —sí, ese con el que LaJose entrena la r de su hijo—, sabiendo que en cada pliegue del pantalón tan planchado, en cada camisa —solo me dejó meterle dos— se iba mi vida. ¡Qué dolor y qué odio sentí! Cómo me acordé de las abuelas de mi pueblo, que, en los veranos, sentadas en los poyatos tomando el fresco al atardecer, hablaban de cuando habían hecho el petate a sus hijos para la mili, camino de Ceuta o Melilla. Otras, las más viejas, se acordaban de sus hermanos, abrazados a la madre, antes de partir a la dichosa Guerra Civil; y cómo aquellas mujeres se quedaron quebradas, amputadas de por vida cuando los hijos no volvieron. Lloré por cada madre que ha tenido que enviar a un hijo muy lejos. No podía parar de sollozar, sabiendo que esos brazos que tan a menudo me escondían tras una pelea violenta con su padre ya no iban a abrazarme en mucho tiempo. Quizá años. O nunca. Y todo ¿por qué? ¿No podía mi hijo haberse quedado con su trabajo aquí? ¿Cómo pude consentir que se pusiera a currar con Pablo, por mucho que le necesitara, en vez de enviarle a la universidad, mi sueño y el de sus abuelos? Dinero, quería dinero propio como sus amigos y su padre le quería con él, para no tener que pagar otro jornal. Los que nos castigan ahora con los recortes ¿no podían hacer algo por recuperar a nuestros hijos? Ninis los llaman, porque ni estudian ni trabajan, aunque quieran. Ninis los de arriba, que no tienen ni conciencia ni palabra.

Su cuarto aún huele a su colonia y he sido incapaz de lavar la colcha donde nos sentamos la última vez con la maleta abierta, hace ya casi un año. Yo ahogada por los sollozos y él diciéndome que no se iba a la guerra, que la guerra estallaría en casa si se tenía que quedar y enfrentarse a su padre. Que iba a encontrar trabajo, que se lo había dicho su amigo, y yo, apoyada en su

pecho mientras me pasaba la mano por el pelo, oía su corazón acelerado y cómo me besaba el pelo y reprimía un sollozo un tío más grande que un castillo. «Venga, mamá. Se van muchos. Encontraré curro y así aprendo inglés. De paso, evito las broncas con papá, que un día nos vamos a matar».

Oh, Dios, qué dolor, qué dolor, qué dolor. Nunca pensé que mi hijo, la alegría en persona, fuera capaz de decir algo así. No me dejó ir al aeropuerto, ni por supuesto a su padre. Ana le acompañó en el coche de su novio. Desde ese día, solo yo sé la de veces que me he tirado encima de esta cama, sobre su colcha, llorando, abrazando al tigre de peluche que le regaló su abuela nada más nacer. Vaya mierda, estoy a moco tendido.

Me bajo, que al borrachuzo le he dejado dormitando ante la tele hace rato y no le he oído. Claro que debe de pensar que me he largado con las chicas, no sabe que estoy en esta habitación. Hoy tengo que planchar.

Segundo

cuaderno



Para uso de _____

Colegio _____

Parece que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te escribí. Tanto que he decidido empezar uno nuevo con una tapa de casitas, como los que usaba en la escuela a veces. Ahora los hacen otra vez y me he dado el capricho. Pero por dentro es idéntico para no confundirme y que no nos sintamos extraños. En el primero no me quedaban más que un par de hojas, y tengo mucho que contarte. Creo que ya solo podría escribir en hojas como estas, a una raya y con tu portada de mi infancia y la escuela. Es como volver a la adolescencia, a la confesión. He comprado más cuadernos preciosos por fuera.

Han sucedido tantas cosas en unas semanas... La vida me ha puesto boca abajo, me ha sacudido arrastrándome con las yemas rozando el suelo, como cuando mi abuelo el ateo me sujetaba por los tobillos en el patio de su casa y, antes de ponerme a hacer la carretilla, me decía: «Tasia, toca el suelo con la punta de los dedos, que de la tierra nace todo y no del cielo, como dice tu abuela». Desde ahí abajo, desde el suelo, he sentido por qué la tierra acoge la nieve, se bebe el agua y mis lágrimas, para que su olor húmedo que trepa a través de la hierba y el tronco empapado sea capaz de pintar bonita cualquier situación que de otra forma resultaría odiosa.

Te explico, Cuaderno. Hace semanas que me he acostado con Javier, he echado los polvos más maravillosos del mundo y he sido capaz de gemir al mismo ritmo que un hombre. Al principio acepté muerta de miedo. No podía soportar que nadie entrara dentro de mí, ni que me rozaran siquiera con los labios o los dedos tras la brutalidad del cabrón que todavía es mi marido. Ahora, el recuerdo del amor huele a campo y a humo, suena a pájaros y a ruido de hojas en los árboles. ¡Madre mía, estoy como cuando soñaba con las enamoradas de mi primera adolescencia en las novelas rosas! Sí, es como me siento. Cada vez que le preguntaba por la historia de amor de alguna clienta famosa, Silda decía que Corín Tellado me había llenado la cabeza de pájaros que encima cantaban mal.

Se reiría mucho si ahora supiera que yo, la que se hacía la finolis desde hace años, me he ido un fin de semana de tienda de campaña, en pleno invierno, a un refugio en la sierra, en Peñalara. Fue debajo de un saco de alta montaña —me enterneció, porque se fue a por él a Decathlon—, con nuestras cabezas fuera de la tienda, mirando las estrellas y casi bajo cero, rodeados de

la más completa soledad y desnudos dentro del saco térmico, donde fui capaz de dejarme llevar de nuevo por las caricias de un hombre; de sentir su boca en mi nuca y todo su peso en mi espalda, con sus arremetidas dentro de mí, mientras sus manos me sujetaban las tetas o las caderas y yo arañaba con mis uñas la tierra mojada porque logré sacar la cabeza y los brazos por la cremallera de la tienda a medio abrir y, mientras miraba la oscuridad, adivinaba los peñascos, lanzaba mis quejas y gritos de placer. Por un momento pensé que espantaba a algún lobo que me miraba desde la oscuridad, porque dicen que han vuelto a la sierra de Guadarrama. Aún hoy, con el recuerdo, soy capaz de ponerme boca abajo en la cama y de frotarme sin usar las manos. Y sin darme asco, solo pensando en él, en que nunca imaginé que casi cincuenta pudiera volver a dolerme el estómago y a templármelo la entrepierna, aunque sospecho que esto no suena muy fino, pero me temo que estos cuadernos ya no serán para el psiquiatra. Mi psiquiatra es ahora mi amante. Me entusiasma la palabra, me hace sentirme mala de verdad y no gilipollas, que es como me sentía hasta ahora. Aunque él se ríe de mí cuando le digo que ahora sé ser mala de verdad. Me dice que no tengo ni idea de lo que es ser mala y yo pienso que aún no me conoce. Mejor.

Las cosas han sido más fáciles de lo que esperaba. Nos acostamos un día, a media mañana, en una pensión en Lavapiés que me gusta muchísimo y donde Javier ha alquilado una habitación. Dice que cuando tiene que empalmar el turno de noche con el de después de la comida pierde mucho tiempo en irse hasta la casa de sus padres. Yo me callo, ya sabrá él qué hace con el dinero, aunque le cuesta muy barata. Es un piso grande de una viuda, como las pensiones de antes. Eso de salir de trabajar y cuando coincidimos en los turnos, antes de tomar el tren, pasarme por allí y acostarnos, hacer el amor como animales ya experimentados y pese a todo con ganas, saber que luego tengo un rato hasta que tome el tren para mi casa, nos hace felices. Además, la habitación actúa sobre mí como un afrodisíaco o algo así, porque está encima de una tienda de ropa y especias indias, árabes, lo que sea, y huele a canela, azafrán, incienso, sándalo, picante. Los olores me hacen pensar que estoy en Marruecos o en Estambul —estuve en mi otra vida—, mientras nos embestimos el uno al otro como si tuviéramos veinte años. Me he atrevido a ponerme encima de él y hundirle dentro de mí al ritmo de mis caderas y mi trasero, olvidándome de meter mi barriga, que cuelga donde no debe por la

cicatriz de la cesárea para Ana. Después del primer día, este tío me ha enganchado a tope. Me asombra cómo había olvidado lo poco que se necesita para tener sosiego y sonreír. Bueno, qué tontería digo, lo que yo tengo ahora es mucho, tengo cariño y sexo. No me atrevo a escribir amor.

Me llevó a Lavapiés diciéndome que había alquilado el cuarto porque necesitaba independencia de sus padres, que mientras llegaba a Fuenlabrada, echaba una siesta del carnero —las de por la mañana— y comía para volver, no descansaba nada. Puede ser, pero sospecho —y mucho— que se ha alquilado el cuarto para que estemos allí juntos. Yo fui a ver la habitación temiendo y queriendo lo que iba a pasar. Necesitaba ponerme a prueba, saber si lo que sentía cuando este hombre me rozaba, me tocaba la mano, me besaba, iba a ser igual cuando entrásemos en la rutina, cuando ya no fuese tan cuidadoso y el amor se convirtiese en algo mecánico y sin ternura. No es igual, es mejor, porque gracias a sus trucos, a sus mimos, a sus cuidados y preparativos lentos y suaves, ocupándose solo de mí, de mis tetas algo venosas y de mis muslos con celulitis —aunque no mucha para mi edad—, olvidándose de él, me quita todos mis miedos y me da los mejores orgasmos de mi vida. Dice Irene la médica —le he pedido un volante para el ginecólogo — que, además, me está ahorrando dinero en el psiquiatra.

Lo que yo no le he dicho a mi amiga la doctora todavía es que, con Javier en mi vida, cada vez se me hace más insufrible la presencia del otro cabrón. Hasta mi hija me hace más daño. A medida que su padre se vuelve más piltrafa, peor me trata ella a mí, como si yo tuviera la culpa de lo que le pasa a él. Pero yo ya les he dicho que igual que me fui con la Juana a limpiar un hotel a Navacerrada un fin de semana —es la bola que les metí cuando me marché al refugio de Peñalara—, también me quedo ahora en Lavapiés a dormir algunos días en casa de una amiga, porque empalmo unos turnos con otros. Mi hija intuye que me quedo en casa de una amiga para no verlos a ellos, pero lo último que se le ocurre es que me he echado un amante (es que me encanta la palabra). Ventajas de parecerle una vieja y de pensar que más allá de los cuarenta no hay vida. Un día estábamos viendo el telediario, y una periodista joven dijo: «La anciana, de cincuenta y un años». Ante mi exclamación —¡a los cincuenta y un años para la tele eres una anciana!—, Ana no perdió la oportunidad de recordarme que solo me faltaban un par de cumpleaños para ser una vieja. Habrá que ver adónde van ellas con los cincuenta.

Me atropello escribiendo, Cuaderno. Son las tres y media de la madrugada y he dormido en casa. Pero ahora ya duermo en el cuarto de Tasio. Nada más volver del fin de semana con Javier en el monte me metí aquí, porque si me toca de nuevo, me pellizca las tetas, me muerde o me sujeta la garganta con una mano mientras me soba con la otra, ya no soy capaz de aguantar y terminaré matándole con lo primero que tenga a mano. Ni fantasías ni supuestos para huir de la realidad, que es lo que dice la médica que hago. Le mato de verdad y me quedo tan pancha.

Reventaría este juegucito que me traigo con la médica. Un día le comenté que desde que no soporto al monstruo en que se ha transformado Pablo, en vez de dormirme tirando tabiques y reformas en mi salón de belleza o en mi casa, lo hago ideando cómo puedo matar al marido sin dejar ni un rastro. Ella se parte de risa conmigo. Le digo que se tiene que morir de forma natural, claro, porque hasta yo he aprendido que lo más difícil es hacer desaparecer un cuerpo, a no ser que seas el bestia de Carcaño, que no es mi caso. Por ahora.

Es asombrosa la facilidad con que ella me sigue el rollo. Me ha contado que no soy la única, que es un asunto que tiene miles de años de antigüedad. Ya lo hacían mujeres importantes, como Cleopatra, que mató a su hermano-marido y se quedó tan contenta ella. Siempre ha habido tipas listas, auténticas, que se deshacían de los maridos con astucia. O bien porque ellos eran inaguantables, tiranos, maltratadores y creían que las mujeres eran sus esclavas, o bien porque ellas querían más poder, dinero y tener más amantes. Esas eran más bien las de las casas ricas, casadas por compromiso. Ahora han cambiado muchas cosas, pero solo de puertas afuera, que las víctimas de los malos tratos siguen estando ahí. Solo que cada vez nos damos más cuenta de en qué consisten esos malos tratos.

Los tipos al estilo de Pablo son los cadáveres vivientes de Fuenlabrada o de cualquier ciudad o pueblo de clase media o baja. Creo que incluso hay más, porque nos los han echado encima con la crisis. Ahora te los encuentras a media mañana en los bares, ya sea dándole al carajillo, o con chándal y deportivas haciendo que van a correr después de dejar a sus hijos o nietos en el colegio, aunque de estos hay menos. Como el mío hay muchos, de esos que eran buena gente y que el paro y sus desgracias les han hecho animales y maltratadores; pero más aún son las mujeres que les aguantan por miedo, lo que ha estado a punto de pasarme a mí. En esto han derivado las charlas con la doctora y nuestra Cruz, la enfermera, la íntima de la médica Irene y mi primera amiga en el centro de salud, que vive cada día enfrentada a casos de mujeres

que no reconocen que están siendo vejadas por sus parejas, porque dan por hecho que eso es lo normal o porque no tienen adónde ir ni dinero ni nada. Resulta que la asistente social del centro está de baja, con una depresión horrible desde hace años, y con esto de los recortes no la han sustituido. Como a Cruz le interesa la violencia de género de siempre, sabía y sabe mucho de estas cosas, el director del ambulatorio dio orden de derivar hacia ella a las posibles maltratadas. Debo decir que no le importa, es una gloria para el ambulatorio y el barrio.

Conocí a Cruz hace tiempo, cuando, por recomendación de la doctora, fui a contarle que tenía una cliente en la peluquería que estaba siendo maltratada por el marido. O eso sospechaba yo. La médica Irene opinaba que era mejor avisar a su enfermera que a la asistente social, que enseguida se precipitaba hacia los protocolos y asustaba a las mujeres sin querer. Cruz generaba más... ¿cómo decían ellas? Sí, empatía. Le expliqué que un día la mujer aparecía con una brecha en la cabeza, otro con marcas en el cuello. De dedos, no de chupetones. Se las descubría cuando le limpiaba el cutis o le masajeaba el pelo y se quejaba sin querer. Una vez observé que tenía una quemadura de cigarrillo por encima del escote. Ya te digo, me fui a consultar a la doctora, que está muy acostumbrada a tratar con extranjeras en el ambulatorio. Esta era una joven mulata, de padre nigeriano, guapísima. En Fuenlabrada hay bastantes nigerianos, bueno, ahora con la crisis y tras la redada aquella donde encontraron lo de la trata de mujeres, menos.

Estaba con esa mujer, la de la quemadura de cigarrillo. Al cabrón del marido le gustaba que se alisara el pelo afro y le daba dinero para la peluquería cada semana. Pienso que pretendía que lo llevara liso para que no se le vieran las marcas del cuello. La habían casado con muy pocos años.

Con la doctora y Cruz aprendí mucho de malos tratos. Por culpa de ellas y del cursillo que hice en la Casa de la Mujer, empecé a dar tantos sermones entre mis clientas. Es increíble lo que se cuenta en una cabina de belleza. En fin, qué tiempos aquellos, quién me iba a decir a mí entonces en qué me iba a convertir yo.

Te quería decir, Cuaderno, que a la doctora le hacen gracia mis pesquisas para saber cómo podríamos eliminar a un marido piltrafa sin dejar rastro. Yo

tomo notas de internet y ella me recomienda libros y medicinas. Es una lástima que el arsénico o la cicuta estén en desuso. En la película de *El conde de Montecristo* había una madrastra mala que estudiaba a fondo las plantas venenosas y sabía cómo usarlas. Me encantó, aunque creo que yo lo haría mejor. Pero desde que descubrí a Teofania de Adamo y a su hija Giulia se han convertido en mis heroínas. Inventaron la famosa agua Tofana, que mataba a los indeseables —o deseables, depende de las circunstancias— sin dejar rastro, con una planta que se llama algo así como cimbalaria. Aunque Teofania acabó muy mal, su hija Giulia —que fue la importante— mantuvo las espadas en alto y ayudó a tantas mujeres a librarse de sus maridos que no dejaría de ser una santa si el demonio tuviera capacidad para santificar. O si Dios fuera de otra manera, que no sé por qué deja que los malos ganen tan a menudo. Las Tofanas organizaron una asociación entre mujeres que suministraban el agua «milagrosa» asesina a maridos puñeteros. Se hizo famosa en la historia con rapidez, pese a que entonces no había teléfono ni internet y el correo iba en diligencia. Cuando las cosas son tan buenas, los susurros los lleva el viento y alguien los captura.

Ya me he recorrido Fuenlabrada y sus alrededores en primavera, cuando las afueras y los grandes campos donde antes había cebada y trigo e incluso huertos aún están verdes y no abrasados por ese sol inclemente que nos machaca desde finales de mayo. He recorrido buscando la cimbalaria, pero dicen los libros que crece en muros húmedos o entre piedras con musgo. Pensé que ahora, en otoño, era un buen momento, por lo de lo húmedo, pero no la encuentro porque no sé bien cómo es lo que busco.

Cuenta la leyenda de las Tofanas que mezclaban la cimbalaria con arsénico y agua, y así se creó la pócima que lleva su nombre. Se podía echar en cualquier café, chocolate o infusión. «¡Al rico elixir!», debían de proclamar las damas cuando se lo colocaban en la copita o el café al marido de turno. Ellos ni lo olían. Era inodora e incolora y no dejaba rastro, y de paso lo que hacía era agravar las enfermedades naturales que tuviera el cretino al que iba destinada. Vamos, que si tenía el hígado debilucho, el agua Tofana le remataba; y si era el corazón, la infusión mágica le agravaba el estado y la palmaba de un infarto en segundos. Un lujazo. En algún lugar secreto alguien tiene que tener patentado ese elixir de la liberación contra los indeseables.

Son sueños e imaginaciones mías, pero me fascina todo lo que rodea a la historia de estas mujeres, me distrae y me hace concebir esperanzas de futuro. Está también la solidaridad entre todas ellas, dispuestas a pasarse el secreto

unas a otras. En sus mejores tiempos llegaron a ser más de cien, preparadas para matar a sus maridos por viejos, maltratadores, tiranos y tantas otras razones. Lástima que la historia haya sido tan resentida con ellas. Claro que la historia ya sabemos que mayoritariamente la escriben los hombres, por eso describen a todas estas mujeres como viejas, desdentadas y feas. Lo más parecido posible a unas brujas, cuando estoy segura de que entre ellas las había bien guapas. ¿No dicen esas mismas crónicas que querían matar a sus maridos por viejos? Pues eso, tendrían algo que hacer con los jóvenes o amantes.

Fue una pena que a Teofania la pillaran y, para que confesara la fórmula de su veneno, la sometieran a todo tipo de atrocidades. Le arrancaron la carne en vivo con tenazas ardientes antes de ahorcarla; luego la dejaron colgar de la soga toda una noche y, por último, la descuartizaron para desperdigar su cuerpo y que se lo comieran las bestias, no fuera a convertirse en alguien venerado por envenenadora de maridos. Pero por lo que parece, no cantó. No lograron arrancarle la mezcla mágica, aunque a estas alturas es extraño que ningún listo de multinacional farmacéutica haya buscado la fórmula. ¡Ay! Sí. Es que he leído mucha novela de amor y también negra, como aquella del jardinero infiel que busca vengar a su mujer. Por eso sé lo malas que son las farmacéuticas, por eso y porque quieren cobrar a los pobres millones por las medicinas contra la hepatitis o el cáncer, o les dejan morir.

Desbarro, pero es que me he vuelto a acordar de mis pesquisas sobre el agua Tofana con más intensidad si cabe desde que mi vida ha cambiado. Ahora, además, me consuela y sosiega escribir aquí. Ya no me tomo el Orfidal para dormir, me basta con un Lexatín, aunque por el día sigo tomando la paroxetina, creo que para que se joda el médico ese que dice que nos pasamos la vida colocadas, y por la médica Irene, que aconseja que la dejemos poco a poco, tomando media durante un tiempo.

Me estoy enrollando y no me queda mucho más tiempo antes de ducharme e irme para la estación. Solo repetirte que me he comprado otro par de cuadernos bonitos por si se acaban, y bolis. Los tengo en mi mesilla de la habitación de Lavapiés, escondidos bajo un pañito blanco con puntilla, pero de plástico, que he puesto para forrar el fondo del cajón. No quiero que ni siquiera mi amante lea estas cosas, aunque a él le divierte mucho lo de mis charlas con las amigas sobre cómo asesinar a un marido y no dejar ni rastro.

Es incapaz de suponer lo serio que es este asunto para mí.

A la próxima, cuando me sienta, rebautizaré a Javier. Pablo seguirá siendo el cabrón y Javier, en vez del Triste, el Amante. Me gusta.

Escribo desde la habitación de la pensión de Lavapiés. Son poco más de las doce de la mañana y estoy sentada en la cama. Un lujo de ricas. Solo tengo puesta una camiseta XXL contra la privatización de la sanidad y aún no me he ido a lavar al baño, y eso que huelo a sexo que apestaría a cualquiera. Tengo la entrepierna pegajosa, pero es que se acaba de ir el Amante a trabajar al hotel y me queda un rato para remolonear en la cama. Me siento llena y los rastros de su olor me consuelan. Alguien me quiere y yo lo sé, eso se nota en la piel de Javier cuando se arrima a mí. Tengo necesidad de escribir lo que sigue pasándome, porque a veces estoy en una nube, y si escribo, me resulta más real. Casi nunca releo, pero cuando lo hago me asombro de haber sido yo la que hace tan poco tiempo puso esas letras sobre el papel, aunque muchas veces ni me salen.

Tenemos una habitación en la calle del Olivar, paralela a la misma Lavapiés, a dos pasos de la estación de Atocha, donde cojo el tren que me lleva al otro lado del mundo que es Fuenlabrada. Me cae más cerca de mi casa que el hotel, pero me pasa lo mismo que cuando me bajo en las cuatro torres y pienso que estoy en Nueva York. No veas cómo mola (mi hija dice que esta palabra es ya de antigualla). El complejo se llama (lo copio) Cuatro Torres Bussines Area, CTBA. ¿A que suena a extranjero y lejano? Y luego aterrizo en Lavapiés. ¡Es que es todo muy fuerte, Cuaderno! Y me ha pasado en tan poco tiempo. En este cuarto, cada momento después de hacer el amor o de achucharnos, es como si estuviera de vacaciones o viviera en otro país. Primero están los olores. Estamos rodeados de restaurantes indios y el olor de las especias me emborracha. Desde la calle sube el sonido de otros idiomas que me trasladan a sitios en los que nunca he estado, pero me lo imagino como me da la gana, por los cuentos o las películas, que tan pronto mezclo *Simbad* en la alfombra como *Memorias de África*, *Mogambo*, *El último emperador* o *Mowgli*. La India, llena de pobres, vacas, mujeres vestidas con gasas elegantes y palacios de cuento. Hay momentos que abrazo a Javier antes de que salga de la cama y le pido que huela y escuche. Se ríe, se restriega contra mi barriga arrugada que ya no escondo y me dice que sí, que estamos en la India.

También huele a incienso y mirra —ya sé que no puede ser, que eso es lo de los Reyes Magos—, pero para mí es incienso y mirra, aunque sé que se debe

al bazar de Nazma. Bueno, no sé si se llama así, pero su nombre es parecido. Nazma es menuda, morena, ojos negros profundos y pelo azabache. También es simpática, joven y muy parlanchina, con su medio español, pero fluido. Su bazar está en la planta baja de esta casa y, la primera vez que entré, me recordó a la tienda del barrio chino de *Los gremlins*, la película que nos encantó a mis hijos y a mí cuando eran pequeños. Huele a sándalo con canela, naranja y maderas perfumadas. Parecen algunas de las esencias que utilizábamos como relajantes en el salón de Silda. Está lleno de trastos y trapos de miles de colores, perfectamente doblados; hay trajes hindúes que cuelgan de los burros que tiene distribuidos por un espacio entre el que cuesta moverse, porque todo está apilado cuidadosamente y tan apretado como me imagino que es su país. Zapatillas o babuchas que despiden aromas a curtidos, a cuero viejo; trajes de gala para bailes —dice que sigue de moda la danza del vientre y vienen algunas escuelas de baile a comprarle cosas—, saris lujosos y otros más pobres, chales de tonos multicolores, tornasolados y sólidos, bolsos con elefantes, sombrillas, guirnaldas de bichos de trapo rematados en dorado, bolsas, bolsos y bolsitos de tela, de rafia, de mimbre.

La primera vez que entré a ver a Nazma y me dejó en paz para que hurgara entre todos sus trastos, me quedé fascinada. Yo oía ruidos detrás de una cortina preciosa que colgaba cubierta por un magnífico bandó bordado con hilos dorados y que representaba una larga caravana de elefantes enjaezados y cabalgados por niños y señores con turbantes, ricamente ataviados como decían en los cuentos. Nazma debió de percibir mi interés, que yo acechaba por si salía un viejo mago chino con un gremlin, mientras me informaba de los precios que costaban cada chal, mantel o cubrecama, porque sonrió y me dijo que los ruidos de detrás de la cortina eran de sus hijas. No tenían cole ni guardería ese día y estaban jugando. Me sentí un poco decepcionada, hasta que, misteriosamente, como quien corre el velo de un telón que encierra una sorpresa, abrió la cortina y, pese a la oscuridad inicial, vislumbré la cara y los ojos negros, redondos, enormes de Megh, que a sus cinco años jugaba al ordenador, mientras Mala, una de las dos mellizas de tres años, parloteaba a su lado en una lengua que yo no conocía. Las dos me saludaron con un perfecto buenos días a petición de su madre, que luego me llevó hasta una cama recostada en la pared donde dormía la otra melliza. Como no entendí el nombre he decidido llamarla Buena, cosa que hace mucha gracia a mi nueva

amiga. Las mellizas Mala y Buena, bautizadas por Tasia, dice Nazma, tienen el nombre puesto al revés, la mala es la buena y la buena es la mala.

Ella tiene veintiocho años —no los aparenta—, y parece feliz. Muy orgullosa, ese primer día me mostró la única habitación que hace de salón, dormitorio de niñas, cuarto de juegos y comedor. Lo que para nosotros es una trastienda, ella lo ha transformado en su hogar y muy satisfecha me señalaba con un dedo los logros y comodidades que habían incluido: una puerta que da a una minúscula cocina donde hay un termo de agua enorme y unos muebles blancos reciclados de la basura; a un lado de la cocina hay otra puerta que debe de dar al baño o al dormitorio del matrimonio, pero ya no me atreví a preguntar. Lo que a mí me pareció un sitio oscuro, incluso que vacío resultaría siniestro, y con un olor a cañerías que percibí pese al guiso en la cocina de bombona de gas, quedaba amortiguado por la cantidad de telas y alfombras que lo cubren todo y los olores que entran al antiguo almacén desde la tienda. La tele está siempre puesta con dibujos animados.

Digo siempre porque desde ese momento nos hemos hecho amigas. Empecé a comprender su orgullo al exhibir ante mí aquel rincón pobre, pero acogedor, cuando me explicó que es de Bangladesh, pero vive cerca de Calcuta. Cada año ahorran para marcharse los meses de verano con sus hijas, a ver a la familia. Regresan cargados como mulas para rellenar el bazar, aunque la parte más importante la reciben casi un mes después, por barco y luego a Madrid. Te cuento esto, Cuaderno, porque cada vez que toco algo de esa tiendita pienso en el camino que habrá recorrido esa tela o esa zapatilla y sueño. A Naz la tienen muy orgullosa su página web y su presencia en Facebook, pero lo que más me asombra de ella es con la serenidad con que habla de su marido, un tipo que no es uno de esos guapísimos hindúes que yo veo por el barrio, vestidos al estilo tradicional de la India y que me hacen soñar con Sandokán, que no sé si era indio. El de Nazma es normal de estatura y regordete, pero con esos ojos de los de allí que son grandes, tipo Omar Shariff, pero lo blanco lo tiene algo amarillento. Le debe de llevar más quince años, así, a primera vista. Ella parece estarle muy agradecida. Él primero vivió en Londres casi cinco años, pero no lograba el permiso de residencia, así que se vino a Madrid. Llegó a Lavapiés allá por el 2007, dice Naz, y a los dos años de trabajar y ser formal, consiguió los papeles y la reagrupación familiar. Sus tres hijas han nacido en España, así que mi amiga debió de casarse por un matrimonio concertado, al estilo de allí, por lo que más o menos le he entendido, pero no me atrevo a preguntar.

Cuando llegó a Lavapiés, en el 2008, todo estaba limpio, sin borrachos ni gente triste ni drogas como ahora, que lo peor son los españoles, dice ella, porque los negros —mayoría de un clan senegalés— y los de la India están bastante adaptados. Se han ido muchos marroquíes. Y me cuenta a menudo sus cuitas diarias con algún cliente o los chismes del barrio de los extranjeros, aunque yo no conozco a nadie, salvo a la casera de nuestra habitación. Gracias a los ratos que paso en su bazar tomando un té con ella, compruebo que hay gente que vive en otro mundo, que existen tantos mundos como países e incluso personas. Una puede crearse su propia película sin necesidad de tomar un avión que te lleve al otro lado del planeta. Para Javier y para mí, la fantasía está debajo del suelo de nuestro cuarto, un cuarto que es nuestra gloria. Nuestro suelo es el techo de Nazma, que a su vez se siente bien, casi rica en esa habitación de debajo donde se esconde de la miseria de su país. Una tierra a la que añora. Me cuenta que con tanta agua de por medio, mares u océanos, no sabe bien, a veces lo recuerda incluso como un lugar hermoso. En su memoria, la pobreza queda cubierta por estas telas de vivos colores que invaden su bazar.

El resultado de mi amistad con ella es que nuestro nido se ha convertido en un decorado multicolor, porque detrás del cabecero de madera he colgado una tela enorme que es el árbol de la vida, repleto de ramas que trepan hasta el infinito sobre las que se sujetan pájaros con plumajes de todo tipo de colores. Tiene fondo rojo y sus muchos brazos mezclan las hojas y los colores de las plumas de las aves. Intuyo que puede estar muy visto, pero me encanta ese árbol de la vida, me chuta. La tela que tengo no tiene dibujadas las raíces, solo la parte de arriba del árbol. Ahora mismo, mientras escribo, me vuelvo para mirarlo y me parece hermoso, aunque recargado.

Sobre las mantas de lana mala, azules y blancas, que tenemos en la cama, he echado otro cubrecama enorme, lleno de estampados de pequeños círculos naranjas encerrando al elefante con el niño de turbante que lo monta. Y también árboles y plantas alrededor. Sobre mis camisetas de las diferentes mareas de protesta contra los recortes y que yo uso de pijama para no olvidarme de lo fundamental, a veces me pongo algún chal —no me gustan las pasminas, Nazma dice que pocas son auténticas—, también de lana, a rayas naranjas y burdeos o burdeos y verde, azul cielo y dorado. Me regala un chal de estos casi cada vez que le compro algo, que nunca pasa de los diez o quince

euros. Los de su país tienen un sentido del color que, solo con ver las combinaciones que hacen, una se imagina cómo serían las habitaciones de los palacios de los rajás. Ya sé que no todos los templos y palacios, ni mucho menos, son el Taj Mahal. Se me ocurre a menudo un absurdo y es cómo pueden ser tan pobres si tienen tan buen gusto.

Total, que este es nuestro nido, Cuaderno, donde además tengo colocadas un par de velas y hasta quemó sándalo, porque a la señora Rosa, la dueña del piso que es una viuda de más de setenta años, todo el día en zapatillas y bata como las mujeres de mi pueblo —pero bien teñida de rubio y siempre con los labios pintados—, no le importa que traiga trapos de Naz. De hecho, ella también se lleva muy bien con la bengalí y adora a las mellizas. Rosa me confirmó el otro día lo que ya me había dicho su madre, que con los recortes en los colegios y sin ayudas, a veces lo pasan mal. Del marido, nada que decir, salvo que mi amiga parece que le respeta mucho porque la ha sacado de Bangladesh y le debe todo, como si fuera su padre, además no le pega ni la maltrata. Al parecer, trabaja con otros socios o amigos en un bazar que hay más arriba de cosas de informática, pero también venden especias y cachivaches de lo más variado, hasta bolas con luz dentro, como lámparas. Cuando fui una vez a Canarias encontré tiendas de indios muy parecidas a alguna que ahora veo en este barrio, pero entonces vendían enormes radios y transistores con cintas para escuchar música. Eran los loros que luego nos prohibieron llevar a la playa o sacar a las plazas. Creo que mi hija Ana ya ni sabe ni se acuerda de qué era eso.

Es tarde porque oigo los ruidos de la calle y me llegan los olores. Los kebab de arriba y los cafés ya han abierto, aunque está lloviendo. Me he arrebujado en la cama, que aún huele a Javier, y he apilado las dos almohadas en mi espalda para ponerme a escribir. Tengo un libro de plantas, de tapa dura, debajo. Me lo traje el otro día de casa. Además, me gustan mucho sus láminas. Es un regalo precioso, que venía en una bandeja de Navidad de hace años, cuando una clienta me lo envió al salón de belleza con una cesta repleta de plantas aromáticas y de tés de diferentes clases. Aquellos tiempos me parecen tan lejanos como la Sicilia de las Tofanas. Aunque la clienta era de las buenas, ya ni siquiera me acuerdo del nombre. Ahora vivo entre la India y Nueva York.

Esta noche en Fuenlabrada, para mí la ciudad donde fui una zombi.

Me gusta mucho estar aquí sola, en una habitación hace poco tan extraña, y cerciorarme todos los días de lo fácil que es cambiar de realidad en tan poca distancia. Como los primeros días que volví a subir en el tren para ir al hotel, cuando alucinaba de que Madrid estuviera tan cerca y tan lejos, de la gente tan distinta que va en los vagones. O eso me imagino yo mirándolos. Esta habitación no es fea ni bonita, es normal. Agradezco que todo fuera blanco y los muebles, la cama y las dos mesillas, de madera de pino color miel. Junto con una butaca y una mesa que hace de coqueta y tiene encima un espejo, es todo lo que había aquí dentro, pero nosotros lo llenamos, yo con las telas del bazar y mi cariño y Javier con su sonrisa y su ternura. La viuda no pregunta, sabe de sobra para qué le alquilamos el cuarto y no están los tiempos para ser cotilla. Cuando nosotros éramos pequeños había que dar nuestros carnés para hacer esto, pero la casa tampoco es una pensión oficial. Hay veces que Javier pasa semanas sin toparse con Rosa.

Sigo muy bien con el trabajo en el hotel, pero además me ha pasado una cosa bonita. Resulta que el otro día me tocó entrar a limpiar la zona del *spa* y los masajes, ese territorio que me flipa y me hace soñar con el Amante y yo haciendo el amor en esa minipiscina, abrazados miramos por el tabique de cristal y se van encendiendo las luces de la ciudad con las montañas al fondo. Mientras pensaba en todo esto, me topé con una cara conocida. «¡Tasia!», me dijo y me abrazó.

Al principio yo no caí, era una chica alta, de cara guapa, pelo corto, morena, ojos rasgados y vestida de uniforme negro, pantalón y blusón con un anagrama que tapaban un buen culo y unas caderas grandotas y bien puestas. Llevaba la ropa de las que dan los masajes y ponen las mascarillas en esa zona del *spa*. «¡Tasia! Soy yo, Isabel, Bel, ¿no te acuerdas?». Por fin caí, y entonces fui yo quien la abrazó a ella. Trabajó en mis cabinas y en mi peluquería mientras estudiaba la FP de esteticista y peluquera; era la hija de una clienta que tenía una tienda de ropa de niños. Bel es tan guapa, tan lista, tan limpia y amable... Estuvo con nosotras un año escaso, yo sabía que aquello se le quedaría pequeño. En cuanto acabó su formación le salió un trabajo en una cadena de gimnasios de estas modernas, americanas o inglesas. Por lo visto, ese *fitness*, como dicen ellas, lleva el centro de *spa* y masajes del hotel.

Quedé con ella a tomar un café, porque se sorprendió bastante al verme de fregona (yo lo suelto por delante para quitarle hierro a lo embarazoso de mi situación). Se me quedó mirando la bata *caféconleche*, el carrito de la limpieza detrás de mí y tardó poco en adivinar que la crisis me había llevado por delante. «¡Tasia, con lo que tú eres, y las manos que tienes! ¡Mira que he trabajado con gente, compañeras de tu edad y la mía y nunca he encontrado a nadie con la delicadeza y la ternura de tus manos!». Tanto cariño y recuerdo me emocionaron, pero la reclamó un tipo atlético que creo que es el jefe, el rubiales con aires de superioridad que me echó del *spa*, así que lo dejamos para otro momento. Se fue tras él y logré que no me viera los ojos húmedos.

Hasta hoy. Isabel entraba a trabajar a última hora de la mañana y hemos quedado pasadas las once en la plaza de Castilla. Yo iba un poco nerviosa,

porque si bien es cierto que aquí, en Fuenlabrada, mi fracaso y el cierre de mi negocio, incluso la situación de la piltrafa que es Pablo, no asombran a casi nadie, todas más o menos tenemos la familia tocada, si no es por los maridos es por los hijos, los hermanos o los padres, fuera de este territorio aún me da vergüenza. Pienso que en Madrid, los de Madrid —todavía hablamos de ir a Madrid— siguen siendo algo superiores, que allí no pasan esas cosas... Es absurdo, lo sé, pero lo cierto es que Isabel estaba muy guapa, tiene clase, la piel bien alimentada y cuidada y eso me hizo sentirme inferior, aunque ella no hizo nada por transmitirme esa sensación. Está en mi cabeza.

En fin, Cuaderno, que para mí no deja de ser un fracaso que una niña que hace unos años me admiraba me vea ahora en el estado en que me encuentro, aunque ya me he quitado el mechón morado en el pelo, he cambiado el color de las uñas —solo llevo brillo y van bien recortadas, sin siquiera la francesa — y he adelgazado un poco, dejando de lado los fantasmitos y las patatas fritas que me zampaba con las chicas en La Sirena. Eran los fritos que se dejaban en la mesa los niños de LaJose y que yo me he comido muchos días de forma compulsiva.

Nada más pedir el café, Bel ha roto el hielo. Ha empezado a hablarme de sí misma, de que estaba bien, de que tenían un piso en Bravo Murillo, cerca del metro de Tetuán, ella y su marido; que tiene una niña de tres años y —¡gracias a Dios!— los dos tienen trabajo. Él es entrenador de muchas cosas —esta no dice *coach* como el de mi amiga Matilde, que siempre me suena a coche para recordármelo con una a delante de la ch— en la misma cadena de gimnasios en que Isabel trabaja. Es allí donde se conocieron. Luego me ha preguntado por mí y por mi vida, por mi negocio, por Ana y Tasio.

Al principio he empezado despacio, pero luego me he disparado y he abreviado la historia. Cada día me cuesta más recitar, quejarme, y ahora que estoy mejor, me encuentro con que me regaño a mí misma por no hacer más cosas para acabar con esa mierda que es todavía mi vida en la avenida de Cantabria, de Fuenlabrada. En mi adosado que iba a ser mi casita del cuento y me tiene hasta las narices, que aún ocupan el cabrón y mi hija, que lo que tenía que hacer ya es largarse con su novio y dejarme en paz, con esa mirada permanente de reproche. Mientras hablaba con Isabel, me di cuenta de que me volvían las enormes ganas de llorar pensando en mi salón de belleza perdido y, con él, mi autoestima, mi dignidad, mi esfuerzo de toda una vida. Tanto daño no me lo puede haber hecho solo la ineptitud y la mala suerte de Pablo, que en un tiempo fue un hombre bueno, lo juro, aunque ni yo me lo creo ni lo

recuerdo. Pero también he sentido que el chalé de mis amores se ha convertido en una losa, porque allí dentro está el cabrón que es ahora, que aún tiene fuerzas para amargarme la vida.

El otro día intentó abrir la puerta del cuarto de Tasio, tal y como yo sospechaba que iba a pasar alguna vez, pero como yo solita he colocado un cerrojo Fac pequeño le dieron por saco, que se quedó con tres palmos de narices, aunque sentí miedo cuando le oí maldecir mientras bajaba la escalera a trompicones. Pero bueno, regreso al café con Isabel.

Me ha hablado del *spa* del hotel, del tipo que lo dirige, de que pagan aceptablemente aunque mucho menos que hace unos años, de que como el hotel es aún reciente no se han hecho con una clientela fija y eso que el bono para mujeres de ejecutivos, que incluye mañana de *spa*, masajes, talasoterapia y no sé cuántas cosas más, junto a la comida de lujo en el Solvoretta, sí que está atrayendo a alguna famosilla, pero de las de la tele. De esas de medio pelo que son famosas a costa de los novios, los maridos o así. No de las de verdad, de las profesionales que tienen buenos cargos en grandes empresas —aquí hay pocas, lo sabe, pero las que hay se cuidan— y de algunas mujeres de empresarios y banqueros ricos, incluso alguna aristócrata, aunque quedan pocas con pasta. Ese es el público que buscan, que a ellos les interesa. Eso sí, de vez en cuando llegan los árabes, algunos rusos y algún chino —el árabe trae a alguna jequesa, o lo que sea—, que mientras los maridos hacen negocios —dice que están comprando todo el país, además del fútbol—, ellas van de trapos, de museos, de anticuarios, y luego se hacen los mejores programas que tienen en el *spa*. Pero aún son pocos y el hotel tira despacio, por lo que parece. Me ha dado un poco de susto, porque no quiero perder este trabajo ni dejar de verlas a todas. Tengo grabado a fuego en la piel que esto va mal, lo vivo cada día y no sé de dónde se sacan los de arriba que mejoramos. Serán ellos, porque lo que es los de abajo...

Bel me ha cogido las manos entre las suyas y me ha mirado espantada cuando le he hablado de mi vida con Pablo, de la ruina, del desprecio de mi hija, de lo lejos que está Tasio y, sobre todo, de los cinco años que he perdido lamentándome, lamiéndome las heridas, cultivando estas estupendas arrugas alrededor de los ojos que al Amante le parecen tan bonitas. Cuando mi antigua ayudante me ha apretado los dedos, he sentido que me dolía el estómago. Sin remilgos, me ha echado en cara qué había sido de mis dedos largos, de mis

palmas suaves y cuidadas en lugar de estas diez porretas que ahora mismo no podrían dar un masaje en ningún rostro de esos que todavía se pueden permitir visitar un centro de belleza como los que hay ahora. Pero también ha escondido sus mejillas entre mis palmas y me ha hecho que le masajeara las sienes, el entrecejo, los pómulos. Isa dice que no hay unas manos que tengan la temperatura de las mías, el calor y la energía que transmiten, y yo le recuerdo que sí, que las de Silda, la maga gallega que me enseñó y a la que pude robar casi toda su sabiduría, menos la parte de su alma que entrega a través de sus dedos.

Se ha reído mientras apretaba más aún mis palmas contra sus mejillas y me ha besado ambas manos, y yo me he echado a llorar como una idiota, porque más allá de los besos y los empujones de Javier, hace tanto tiempo que no soy querida solo con ternura que me he venido abajo. Desde que mi Tasio se marchó a Londres, nadie, nadie me abraza con ese calor, ni me pasan la mano por la cara o el pelo, con la necesidad que yo tengo de que alguien me quiera por mí, toda completa, por lo que he sido en el pasado y por lo que soy ahora, casi acabada. O no, ya no, que estoy saliendo. Isabel me recuerda en mi mejor momento, cuando me reía, peleaba, no me rendía y me comía el mundo.

Isa dice que es una lástima, un desperdicio que unas manos como las mías se pierdan fregando, aunque sea en el Castle de cinco estrellas; que sería un lujo para su empresa tenerme quizá para el cutis y las mascarillas, para el reiki —sí, yo aprendí algo de reiki hace tiempo— y los masajes, pero que en estos tiempos todo es una mierda y a chavalas jóvenes, que no han hecho ni la mitad de las dos mil horas de esteticista que pone la FP, las contratan por cuatrocientos euros y muchas hacen prácticas gratis igual que en los hospitales privados con las enfermeras, como me cuenta Cruz. Eso sí, tiene una jefa mayor, que es de la vieja escuela, de las que sabe cómo son unas manos como las mías, y la mujer mantiene un salón de belleza pequeño, pero muy cuidado, para clientas especiales. Va a hablar con ella, aunque eso parece muy complicado, pero por intentarlo no pasa nada.

Le he dicho que se tranquilice, que yo en el Castle estoy muy bien mientras no se recupere la del cáncer de colon y, además, le he confesado que tengo a alguien importante para mí en ese sitio. No me ha mirado incrédula, como hubiera hecho mi Ana. Le he resumido cómo estoy saliendo del calvario y lo que supone en mi vida escapar de mi casa cada mañana, de madrugada, en

compañía de otras mujeres; subir en el tren y ver amanecer sobre los rascacielos y el gris de Madrid con la sierra a la izquierda, cómo vamos mirando, ensimismadas en nuestras cosas o dormitando en el tren, mientras nos acercamos hacia lo que para muchas de nosotras es la salvación, la libertad, un trabajo.

Sí, porque hace ya semanas que me paro a observar las caras de las gentes que se suben a los vagones a esa hora, sonámbulos de la madrugada, sin atisbos aún de la luz del amanecer. Somos unos privilegiados que salimos de esos cementerios en que se han convertido nuestras ciudades dormitorio, Fuenlabrada, Polvoranca, Leganés, Zarzaquemada. Vamos entrando de estación en estación, y suben hombres y mujeres más bien mayores, de mediana edad antes que jóvenes —nuestros jóvenes son de esos ninis que decía, Cuaderno, ni trabajo ni estudio—, y pienso que, salvo algún encorbatado, la mayoría vamos hacia trabajos de miseria, pero trabajos al fin y al cabo. Somos unos privilegiados, o eso nos han hecho creer, y entonces miro a la Juana y le estoy agradecida, y la Juana me dice que estoy perdiendo el norte, que qué coño hemos de agradecer por trabajar como animales desde las cinco hasta las doce de la mañana o más, todos los días, por seiscientos euros al mes y a la baja en breve, que la cosa sigue empeorando.

Es verdad, pero yo he salido de la colonia de adosados El Naranjo, aquello que era mi paraíso y hoy es mi infierno; cada vez que salgo me pesa menos el *muertovivo* y alcoholizado de Pablo. He aparcado mis vueltas a cómo suicidarme. Incluso ahora soy mucho más creativa a la hora de imaginar cómo voy a matarle. A él y al director de la caja que le dio los últimos créditos a cambio de poner como garantía mi negocio y mi casa para comprar el terreno al Trepá. Cuando me decida y tenga oportunidad, debo elegir a cuál matar antes. Quizá sería mejor liquidar primero al de la sucursal. Total, tiene tantos enemigos que no será fácil investigar a todos los que ha hecho daño. El otro día me encontré pensando en qué harían Teofanía o Giulia si vivieran ahora; o la marquesa de Brinvilliers, que son las mejores asesinas con venenos que me han impresionado, porque La Voisin era algo burra. Puede que se les fuera un poco la mano, cosa que ya les he dicho a Cruz y a Irene la médica. A mí no me pasaría. Como ves, Cuaderno, mis investigaciones sobre veneno van viento en popa. Javier ha dejado su ordenador en el cuarto de Lavapiés y me paso muchos ratos navegando.

La semana pasada, la médico Irene nos invitó a Cruz y a mí porque ha conseguido el divorcio del cretino del marido y nos dimos un banquetazo en la arrocería de La Proa, el restaurante del parque de La Paz, que aunque ya no es lo que era y hunde nuestros presupuestos —a ellas también les han pegado un tajo brutal a sus sueldos, que además de dismantelar la educación se están cargando la sanidad—, resultó un dispendio estupendo, con celebración y risas. Les conté mis últimos éxitos, sin entrar en detalles de cómo nos lo montamos en la cama el Amante y yo, cómo he vuelto a saber lo que es el sexo. Sí que les dije lo que había sentido cuando en el tren me soltó lo de «Siéntate a mi lado». Cuatro palabras que han cambiado mi vida, lo que nos animó bastante a las tres y acabamos bromeando sobre cómo torturar a los ex que nos masacran, como el de la médico Irene, que la ha estado engañando años y se ha enterado cuando la otra iba ya por el segundo embarazo. No hay más que lanzar sobre la mesa cuál sería la mejor forma de matar a un hombre cabrón, y las señoras nos animamos que no veas. Más en estos tiempos.

Con un par de copas de vino blanco bien frío, seguí contándoles mis investigaciones sobre los métodos de cómo liquidar a un marido sin dejar rastro. El veneno me gusta cada día más por las Tofanas, porque siempre me han entretenido las cosas con historia y admiro a las mujeres con temple. Ya bien bebidas y con más risas, les propuse entre bromas que quizá deberíamos montar una banda de mujeres para liquidar a los maridos. Yo las reclutaría con facilidad, conozco a muchas con ganas. Listas, valientes, buenas, nos haremos sabias, dispuestas a estudiar las fórmulas perfectas para liquidar a los cabrones del mundo, además de maridos, a estafadores y corruptos que nos han desgraciado. Hasta tengo nombres pensados. Por ejemplo ASCO S.L. de Asesinas de Corruptos Sociedad Limitada. Pero me gusta el término cabrones, es como la palabra gilipollas, rotunda, definitiva. También puedo llamarlo BANCCA, de Banda Contra Cabrones, y tiene rechifla, con la que está cayendo. En los cabrones entran los banqueros, abogados, arquitectos y políticos, albañiles y fontaneros. La mayoría o borrachos o drogatas, o las dos cosas. Es entretenido hablar del asunto con las otras, se partían de risa, achispadas como estábamos. Ví algo en la mirada de Cruz, una chispa más luminosa que en la de Irene. Es un tema apasionante donde todas tenemos ideas que aportar. Les dije que hasta voy a ir buscando un sitio donde podamos reunirnos, pero tiene que ser bonito, misterioso y discreto, accesible para todas. Me gustan las iglesias, las salas oscuras de las bibliotecas, pero me tendré que conformar con un bareto que tenga sillas en el sótano. Sería

genial una bodega, con arcos de ladrillo visto. Hasta pensé en preguntarle a la Juana por los locales que hay en Las Provincias y cuánto la cobra el zapatero por el suyo. Aunque lo deseché rápido, son cuchitriles sin ventilación y demasiado a la vista.

Me he perdido otra vez y regreso al café con mi amiga Bel. Cuando vi que sentía una lástima auténtica por mí y por lo que había sido de mi vida, para que echara unas risas estuve a punto de hablarle de la idea de la liga de asesinas encantadoras, pero pensé que no necesita que yo le provoque risas. Ella ahora es feliz de otra manera, con una vida normal y tranquila, un lujo en estos tiempos. Tiene un hogar en el que entran dos sueldos, modestos, pero dos sueldos al fin y al cabo, y pueden pagar la hipoteca del pisito de Tetuán, así que son felices como perdices. Vale, lo admito. Me entró una punzada de envidia o más que una punzada, a ti te lo puedo confesar.

Me prometió que no se iba a olvidar de mí, que teníamos que vernos en el Castle cada vez que coincidieran nuestros turnos, que si el tonto y pijo que dirige el *spa* probara un día mis manos sobre su rostro barbilampiño, seguro que me contrataba o encontraba una manera de darme algo de trabajo para casos especiales. Y me ha pedido por favor que vuelva a cuidar de mis manos, que me dé las cremas, la manteca de karité, que me ponga guantes.

Me marché menos triste y melancólica de lo que había llegado, de lo que sentí cuando observé la lástima de Isabel hacia mí. Es más, he salido pensando que a Javier nunca le he dado un masaje de cara, ni siquiera de pelo. Eso sí, me he centrado en los dedos gordos de sus pies y en la punta de su polla, que me encanta, pero siempre con la lengua y no con las yemas de mis dedos, que yo había olvidado que es donde está mi sensibilidad, mi fuerza. Dejo todo esto, que bajo corriendo a ver a Nazma para que me dé un poco de aceite de ylang ylang, que desde que me lo descubrió me encanta incluso más que el jazmín. Lo busco, pero no es fácil, y aunque ya averigüé que los latinoamericanos lo llaman flor de cananga, es complicado encontrarlo. Tiene un efecto inmediato en mis manos para masajear a Javier donde más me gusta. No insisto en detalles, que también a mí me pone que me soben. En cuanto abra la puerta del cuarto, se va a enterar del homenaje que le voy a dar. Luego no me queda otra que coger el tren a casa. Bueno, no sé si quiero que ya sea mi casa. Me duele y asquea cada vez más volver allí, aunque sé que cuando llegue y vea mis cosas será menos duro que pensarlo ahora desde aquí.

Hasta mañana, Cuaderno.

Hola, Cuaderno, no tienes ni idea de desde dónde te estoy escribiendo. A veces me gustaría que estas hojas tuvieran la capacidad de reproducir tus respuestas como en los dibujos animados o en esos diarios secretos que he visto en *Harry Potter* —me he visto todas las películas con mi Ana y mi Tasio— y que cuando escribo algo, tú pudieras contestarme. Pero la verdad es que hoy, por mucho que te preguntara, no ibas a saber desde dónde te escribo. ¡Pues estoy en una cama con cabecero de madera de nogal, maravillosa, arropada con unas sábanas blancas inmaculadas y una manta de piel que me tapa los pies! Recostada y contigo sobre mis rodillas, solo que debajo he colocado la carpeta que hay sobre la mesa de esta habitación. Ay, estoy ¡en Cades! Sí, en el pueblo de Javier y de sus abuelos. Y alucina, en la casona que montaron él y su parienta. Aquella casona que les arruinó y que se quedó el banco. Solo que ahora la llevan una pareja muy maja, una tal Natalia, joven y con estudios, no hay más que verla, que ha conservado e incluso mejorado todo lo que había. Tengo la ventana abierta y sube el ruido del río y de las ranas croando, además de una humedad que me hace pensar que cuando me levante, mi piel estará cubierta de musgo que rezuma agua. Y eso pese a que ha hecho un buen día, no como ayer, que diluviaba cuando salíamos del cementerio.

Hemos venido a enterrar al abuelo de Javier, que con noventa y cinco años ya tenía una edad, pero debía de ser todo un personaje en estos valles, donde parece que no son raros los viejos de más de noventa tacos. A pesar de la edad, no sabes como estaba la iglesia. Por cierto, preciosa, con un soportal nuevo y una hornacina con virgen, tan bonita que me han dado ganas de volverme a hacer católica. Estaba a tope, no se cabía dentro ni fuera del soportal, de forma que, cuando llegué, justo a tiempo —vine en tren hasta Torrelavega y Javier envió a recogerme a un amigo suyo—, no pude ni entrar. Me quedé fuera, entre los paraguas que abarrotaban hasta la carretera mientras su amigo de la infancia aparcaba. Luego ya nos dejaron pasar, pero a duras penas. El resultado es que llegué empapada y con unos pelos como para presentarme a su hermana y a sus padres, que habían venido en el coche con él desde Fuenlabrada, viajando toda la noche.

¡Qué penita me ha dado todo! Aunque el viejito era ya muy eso, muy viejito, se ha muerto sin poder recuperar sus ahorros, que el padre de Javier le había invertido en preferentes. Me ha dicho la hermana —recuerda que te conté que ella, Pili, estaba aquí— que hasta el último minuto estuvo obsesionado con su dinero. Hasta el punto de que en las semanas finales a ella le dio tanta pena que se bajó a los chinos de Unquera —hay un almacén enorme que se llama El Emperador de Pekín— y allí compró un montón de billetes de esos falsos, para jugar los niños. Los metió en sobres para enseñárselos al pobre viejo, que creyera que le habían devuelto sus doce mil euros, en billetes de quinientos. Me lo susurró la hermana en un aparte que me hizo, yo creo que para darme confianza y porque me debió de ver sola. Casi me descojono —con perdón, me pasa en los entierros, son los nervios— en medio de tanto pésame y dolor. Ya había pasado el mal momento de que me presentaran a los padres y, aunque Javier estuvo todo el tiempo arropándome, había demasiada gente a la que atender y preferí irme a una esquina del portal de la iglesia. Había unas viejas sentadas que no me quitaban ojo de encima, pero me dio igual. Esas cosas las comprendo, no se me olvida cómo era el pueblo de mis padres y mis abuelos.

Además, llovía tanto... A cántaros. Pese a la cortina de agua se veían los montes, tan verdes que me impresionaban. Me he fijado en una pobre cabra atada en un prado al lado de la iglesia. Tenía unos enormes cuernos y no paraba de moverse bajo la lluvia. No sé si le molestaban los paraguas y los cantos del entierro. Al terminar, ya de camino a casa, se han reído todos de mí cuando he preguntado por qué estaba atada la cabra de cuernos grandes. «¡Ese sí que es un auténtico cabrón!», ha respondido Javier, provocando la risa de sus padres y su hermana. No me ha importado, iban muy tristes. Me pregunto qué habrá hecho ese bicho tan bonito para dar nombre a tanto mal elemento como anda suelto por ahí.

Ya en el viaje desde Torrelavega, con Alfredo, el amigo que me fue a recoger al tren, todo me pareció muy hermoso. Aquí la era de los ricos y los constructores pequeños como mi ex no ha tenido tiempo de destrozar el pueblo, que se ve precioso desde una ladera del cementerio y desde la casa del abuelo, que está muy bien arreglada. Javier ha acordado con sus padres que Pili siga viviendo en ella, aunque los viejos se vengán los meses de verano, que en Fuenlabrada julio y agosto son un tostadero. No entiendo muy bien por qué no se vienen aquí ya todo el año, pero su madre dice que en invierno esto es muy triste y muy largo, y en Fuenla tiene amigas; y su padre, la

partida y los jubilados. Tengo la sensación de que también es por no dejar solo al hijo, que lo ha pasado tan mal.

Y si fueras mágico y escribieras solo, Cuaderno, tú ahora me preguntaría con letra de duendes: «¿Qué, cómo has venido aquí?». Te contesto. Pues ya ves, como siempre, las cosas ocurren de la forma más natural del mundo. Me avisó por un WhatsApp al móvil que se iba en ese momento. Aunque a veces coincidimos en el Castle, él tiene horario continuado y yo salgo antes, pero preferimos seguir siendo muy discretos. Esto fue anteayer, jueves. Escribió que su abuelo acababa de morir. Tardé en ver el mensaje porque estaba con el aspirador a tope y no lo oí. Cuando pude llamarle ya estaban de camino. Fue muy sencillo, me contestó con una voz temblona cuando le dije que sabía lo que quería y admiraba a su abuelo. «Mi madre dice que si no puedes venir, que estoy muy triste y así te conocen, que quieren verte». Y respondí un claro que sí, dime cómo voy y dónde cojo el autobús o el tren. Y aquí estoy, sábado por la tarde, un día después de haber conocido a la hermana y a los padres del Amante, gente normal, sencilla, triste ayer y hoy. Bueno, Pili es un poco seca e iba de luto —aquí las cosas aún son así, me contó Alfredo—, y es dos años mayor que Javier. Con ese aire severo, da la sensación de exigir que las cosas se hagan bien. El amigo de Javier me ha confirmado que estudió con las monjas y estuvo a punto de quedarse, pero a su padre casi le da un síncope y, al final, se arrepintió, pero lo de pensar en los hábitos deja marca.

Eso sí, se ha quedado para vestir santos y no por falta de oportunidades, sino por exigente. Ya te digo, esto me lo cotilleó Alfredo en un aparte tras el funeral, cuando la familia despedía a la gente. Por un segundo pensé si no estaría algo picado, a lo mejor Pili no le hizo caso en su día. Sacudí la cabeza, es que no hay manera de que no se me vaya el coco hacia lo romántico según estoy ahora de enamorada. Total, que como siempre me enrolla, que he conocido a la familia de mi Amante cuando aún ni siquiera me he divorciado, pero sobre todo he conocido a Javier en su ambiente y me he enternecido tanto, tanto. Es verdad que lo del abuelo le ha afectado, pero no sabes con qué mimo y respeto trata a sus viejos. La madre —que me ha repasado de arriba abajo, pese a la cantidad de gente que tenían que atender— me ha parecido normal, una madre temerosa de que otra bruja se lleve a su hijo, como ya pasó la otra vez. No tendrán más de setenta o setenta y cinco años, pero están cascados los dos. Se me abren las carnes mirándolos, el padre escuchando la historia de su hija sobre los billetes falsos para el abuelo. Se le saltaban las lágrimas y, encima, a la hija le tuvieron que dar quimio o radio hace unos

meses, algo así, cuando le quitaron el riñón, y no ingresa más que lo que cose, porque dejó el trabajo en la fábrica de enlatados cuando el abuelo ya no pudo moverse. De todas formas, la han cerrado. Por eso el abuelo quería pagarle con los ahorros.

Un drama más, Cuaderno. A cada lado que miramos, a cada sitio que vamos, encontramos la misma mierda, la misma gente siempre como víctima, pero no quiero seguir por aquí. Te decía que estoy en uno de los cuartos de la casona y es una sensación extraña; Javier guardó la habitación el viernes —ayer, pero parecen más días— nada más levantarse, darse un paseo y encontrarla abierta. Para mi asombro, le encantó que su esfuerzo y su sueño no se hubieran perdido, que no estuviera llena de broza y de goteras por dentro. Me lo contó anoche, tras el entierro y la comida, en cuanto nos vinimos a dejar mi maletilla y a echar una siesta, porque él no había dormido ni dos horas. Vale, le hice un homenaje estupendo para que se relajase y durmiese mejor. Cuando despertó en mi regazo y le pregunté el porqué de volver a ese lugar, no entendí bien su alegría por encontrar esto abierto. El banco le había quitado el negocio, no le habían dado ni un duro cuando la verdad es que valía más de lo que les habían prestado. De hecho, lo han vendido o alquilado a otros más listos, y pese a todo, él se entusiasmaba porque la casona no estaba cerrada ni hundida. Creo que, por un momento, tuve hasta un ataque de celos del recuerdo de su exmujer.

Después me sentí mal, algo ruin. Estaba claro que para él era más importante ver su sueño hecho realidad, aunque fuera por otros, que verlo hundido, como yo hubiera deseado para esos cabrones del banco. Deseo que nunca, nunca puedan deshacerse de mi local del salón, que sigue en venta. Me moriría si allí viera a otra mujer llevando mi negocio, con mis cabinas, mis camillas, mis sueños incrustados en todos los tabiques que casi levanté con mis propias manos. Lo sé, él tiene razón y yo soy una miserable. Me arropó en sus brazos y me sobó la cabeza, me comió a besos sin necesidad de hacer más el amor y me dijo lo mucho, lo muchísimo que me quería y lo poco que le importaba que estuviéramos en aquel lugar que él había iniciado con la otra y que ya estaba tan lejos de su vida.

Era tal su ternura, su calidez mientras oíamos el ruido del río o de la lluvia —da igual, escuchábamos el agua y nuestras respiraciones y eso me bastaba—, que me invadió una sensación de felicidad, de plenitud, dicen en las

telenovelas y en las novelas, que cada vez me leo más novelones de la vieja esa que era abuela de Lady Di, y no serán muy allá, pero me encantan.

Hemos comido en el único bar que hay en el pueblo, en Casa Mateo, un cocido montañés buenísimo —me ha dado vergüenza pedir cabrito, pero luego me he alegrado, no era asado—, y he soportado las miradas y los cotilleos de todo el mundo, pero siempre con el brazo de Javier sobre mis hombros o las manos de sus padres o de su hermana sobre mi brazo. La tal Pili me ha parecido más abierta e inteligente durante la comida. No tiene ningún aire de solterona, más bien diría que está feliz de haberse librado de algún pelmazo. ¡Tengo casi cincuenta años y estoy contándote, Cuaderno, mi noviazgo de verdad! Y ahora estoy aquí, después de una mañana de paseo por los alrededores, que me han obligado a ir a ver un lugar curioso, una ferrería —creo que Javier ya me habló de ella cuando me contó lo de su negocio— que hay en el pueblo, restaurada y que han puesto en marcha para que viera cómo funcionaba. Me ha encantado, una especie de soplillo gigante, un molino afuera. Todo precioso y cuidado. Aunque mientras estaba mirando con detenimiento, he pensado en la conversación que oí ayer sobre los campos de tenis y de fútbol que tienen, todo se puede ir al garete, decía un amigo de Javier en la tasca, porque han cortado los fondos públicos, ya no hay asistente social ni, por supuesto, paga para la cantidad de gente que cuida a personas enfermas y viejas, que no se pueden mover. La primera, la hermana de Javier, que se ha quedado pelada. El abuelo ha muerto antes de que terminara de tramitar la ayuda, porque el proceso era larguísimo y el viejito llevaba cuatro o cinco años de la cama al sillón y del sillón a la cama.

Hay que jorobarse. Con el sitio tan bonito en el que estoy, el único rato que tengo para estar sola y oír el río, oler la humedad y respirar el campo, descansar un poco los pies del tute que me han dado esta mañana, y yo vuelvo a cabrearme con lo que nos están haciendo. A veces el Amante no entiende mi rabia ni mi ira ni mi mala leche contra todos esos golfos, que me parezco a mi abuelo cuando salía Franco en la televisión; es que estamos en nuestra habitación, sale Rajoy o los otros políticos, y yo me pongo enferma. «Pareces una vieja gruñona —me dice el pobre—, deja ya de insultarlos, ya sabemos que son embusteros y ladrones. Además, no te oyen», porque es que cuando aparecen los de los bancos y los corruptos ya me descompongo y le pregunto a él a ver por qué no están en la cárcel, coño, ¿eh? Dime tú también, Cuaderno.

Pero supongo que tú, mi confesor de papel, te ríes como Javier. Hay ocasiones en que no me aguanto las ganas de decirle que nos los vamos a cepillar, aunque sea de mentira. Pero ya tengo fuerzas para que sea verdad.

Te voy a dejar, Cuaderno, que la chica esta, Natalia la Guapa, ya se ha enterado de que Javier montó la posada y ha sido encantadora. Me ha dicho que está haciendo unas magdalenas para merendar y siento el olor. Cenamos arriba, en la casa del abuelo, y Javier viene a buscarme. Están recogiendo la poca ropa que le quedaba al viejo para bajarla a la parroquia.

Estoy en mi casa, que ya no siento como mía, pese a estar sentada en el cuarto de mi Tasio. Dios mío, cómo le echo de menos. He necesitado tanto todos estos meses recostar mi cabeza en él, que me acaricie el pelo y me diga lo de «¡Mamá, que estoy aquí, tonta!». Tiene el pecho más ancho que su padre. No sé por qué empiezo hoy así, pero necesito escribir. A medida que han ido pasando los días creo que este dolor tan agudo que me taladra solo se me mitiga contigo y mis letras, porque me doy mucha pena cuando mis lágrimas — y mocos— manchan la tinta que va dejando mi bolígrafo. Me consuela ver mi sufrimiento teñido de azul, me doy pena y lo necesito. Como cuando era una adolescente e intentaba escribir poesías. Solo fue una o dos veces, no te creas. Eran versos muy cursis, donde hablaba de flores, cielo azul, sonido del arroyo y mucho amor dolorido por un chico lleno de espinillas.

Sé que he comenzado escribiendo sobre el recuerdo de mi Tasio porque es lo único que puede consolar una parte del daño tan grande que me ha hecho otra vez el cabrón de su padre; yo misma me doy asco aún y no soporto mirar mi cuerpo en el espejo. He retrocedido al final del verano, cuando solo quería morirme, tirarme al metro o lamentaba que nuestra habitación no tuviera más que la altura de un segundo piso. Todo me lo tiene que arruinar esta alimaña en que se ha convertido un tipo al que un día amé. Es que no me entra en la cabeza, ya ni siquiera sé si le quise.

No me quiero poner a pensar, porque entonces no lo escribiré y hacerlo es una forma de conjurarlo, ya lo he comprobado contigo, Cuaderno. Hace cinco días, volví a casa poco antes de la hora de comer, tan contenta. Al llegar del trabajo, desde la estación me fui al banco —no a la caja donde nos estafaron todo, donde nos dieron coba mientras éramos alguien y donde nos han embargado cuando ya no somos nadie— a abrirme una libreta para guardar los casi trescientos euros que he ahorrado —mejor escamoteado— de mis horas en el trabajo, que también he hecho suplencias y horas a compañeras que no podían ir algún festivo. Quería guardarlo, necesito tener algo ahorrado en un sitio donde él no lo encuentre. Tampoco quiero caer en la tentación de gastarlo tontamente en una tarde en el chino en bobadas para una casa que ya no es mía. Mi Ana sigue pensando en irse con el novio en cuanto puedan y me gustaría

comprarle algo, toallas, platos. No sé, esas cosas que ya no se llaman ajuar. Se partiría de risa si se lo dijera, pero puede que hasta me dé un beso y me lo agradezca.

Ir al banco fue agradable, porque la chica no se extrañó de que abriera una cuenta con tan poco dinero, pese a que yo lo hice avergonzada. Esperé un rato largo. Delante de mí había un chino que quería hacer algo, pero como no los entienden, dos empleados tuvieron que ponerse al teléfono para hablar con el traductor. El primer traductor era de chino cantonés o algo así, y dijo que él no comprendía al chino que le habían puesto al teléfono. Hubo que volver a llamar a otro que tradujera un chino mandarín o la lengua de otra provincia. Y aun así, con dificultades. Por lo visto, tienen tantos dialectos como provincias, según contó un señor mayor en la cola que se había formado.

Cuando acabaron con el chino, que la verdad sea dicha nos entretuvo a todos bastante porque no es muy normal verlos en el banco, me tocó el turno. Tardé poco, me abrieron la cuenta rápido y sin decirme nada de los embargos. Así que salí de la sucursal contenta, dispuesta incluso a prepararles algo de comida, pues aunque estamos a punto de salir del invierno, aún hace frío y está nublado. Como estoy poco en casa, todo está desangelado y hasta me dio un poco de pena de ellos. Compré un compango en el Día para hacerles unas judías o unas lentejas de las de cocción rápida, pero calientes. Llevábamos semanas de tregua, después de sobrevivir a una Navidad y principios de año donde mi hija cenó con él y yo me quedé con Javier y sus padres en la Nochebuena. Mi Tasio en Londres, currando las noches de fiestas y yo tratando de no llorar por él. Hasta parecíamos civilizados, porque Ana me llamó para decirme que cenaba con su padre y su novio en casa.

Tenía muchísimo miedo a esas fechas. Les cogí manía en cuanto los chicos se hicieron mayores y comenzó la escasez de dinero. Al final, logré hacer como si no existieran, salvo la noche de fin de año. Javier trabajó hasta las cuatro de la mañana, así que le esperé tomando las uvas en la fiestecita que organizó doña Rosa con unas amigas mayores. Estuvo bien, porque un poco antes de que saliera el reloj de Sol, subió Nazma con las niñas, el marido y otros hindúes que estaban abajo en su casa. Aunque para ellos lo de las uvas no significa nada, lo han adoptado, pero comiendo chuches y sin prisas, y se lo pasan pipa. Ví un poco la tele con las amigas de doña Rosa y luego esperé al Amante en nuestro cuarto, con uvas de verdad y una botella de champán metida

en una cubitera con hielo. Aunque cuando llegó ya se había deshecho y era agua, aún estaba frío. De la fiesta en el hotel trajo unos gorros brillantes para cada uno. Con los gorros puestos y dándonos las uvas uno a otro, acabamos en la cama.

Bueno, que estaba con el día que fui al banco a abrir la cuenta, no hago más retrasar el momento de escribírtelo, he tenido que parar un rato para tomar fuerzas. El caso es que cuando abrí la puerta de casa, cargada, oí un ruido extraño que venía del salón y entré. Allí estaba, derregado en el sofá, mirando en la tele a una tía que se lo hacía con uno o dos tíos, con unos ruidos asquerosos, de porno puro y duro. Tenía la mesa con latas de cerveza medio tiradas y la brageta de par en par. Sospecho que se pasa el día experimentando a ver si vuelve a ser el mozo de los veinte años. Con lo que bebe, va apañado. Había restos de grasa de lata de sardinas y migas. No pude seguir adelante, me dio una arcada y comencé a gritarle. Sí, lo reconozco, le llamé desde guarro a cabrón, vago, asqueroso, pelele, piltrafa de mierda... No sé qué me pasó, se me fue la olla, pero es que se me disparó la ira, la calentura. Hacía tanto tiempo que no venía a casa con un estado de ánimo aceptable y de pronto me encontraba aquello. También creo que me cabreó mi debilidad por haber comprado algo para hacerle la comida, pensando que estaría fuera, por el bar o el parque, compadeciéndose con los otros que están como él. Todo fue horrible y sucedió en muy poco tiempo.

No sé de dónde sacó el cuchillo del jamón que de pronto tenía en la mano, como se abalanzó sobre mí y me arrastró a la cocina, como me lo puso en la garganta y me terminó tirando al suelo, me bajó las bragas, abrió un cajón de los cubiertos y... no me dejaba moverme, sentí la punta del cuchillo empujando en mi cuello y sus ojos inyectados en sangre clavados en los míos. Los bajé y todavía llevaba la brageta abierta. Solo sé que cerré los ojos para no ver qué tenía en la mano, y lloré y lloré por el dolor y la humillación. Sin gritar, jurando para mí misma que le iba a matar, que no le iba a dar la oportunidad de clavar ese cuchillo jamonero en mi garganta, porque necesitaba vivir para matarle yo, a fuego lento, troceándole con una sierra mecánica mucho más despacio que él estaba haciendo conmigo, que me desgarraba las entrañas no supe con qué. No puedo seguir escribiendo, ni hablando porque el corazón se me sube a la boca y lloro más y golpeo las paredes con mi cabeza. No quiero tirar el boli. Llevo todos estos días sin

poderme sentar en una silla y sin hacer el amor con Javier y no sé cuándo volveré a ser yo, pero le voy a matar. De forma exquisita, fina, despacio sin dejarme arrastrar por esos putos recuerdos que me dicen que él no era así. En algún sitio lo tendría escondido, como yo tenía guardado el saber que puedo matarle y que me va a dar mucho gusto.

La prueba de que lo voy a hacer es que esta vez no he hablado con la doctora ni con Cruz, y eso que ambas se dieron cuenta de que algo me pasaba el día que libré y volví al paro que hacen todos los días a las once para protestar contra los recortes. Las de La Sirena estamos con ellas desde el primer momento, aunque llevan tantos meses que a veces no podemos ir. La médica se percató de mis ojeras, como le pasó a la Juana, y de que no andaba bien, pero conté que tenía algo de lumbago por la falta de costumbre de agacharme a hacer tanta cama y que estaba cansada. Por alguna razón, he sido incapaz de ir a ver a Irene para que me curara los desgarros. Estoy segura de que hubiera necesitado puntos, pero ni yo quería saber lo que tenía por ahí abajo.

Sí, yo sé la razón. Porque la médica me iba a decir que le denunciara, que acabara con esto. Y ya he decidido que no, que no estoy dispuesta a ir de jueces y policías, para que esto se alargue y dure toda la vida. Mejor lo acabo yo, ya veré cómo, pero tengo bastantes ideas, que para eso he investigado y leído tanto en los últimos años. De paso, ya que estoy, voy a hacer las cosas bien, voy a montar la liga esa de las asesinas de la que ya te he hablado, Cuaderno. Tengo pensada la lista de las que vamos a inaugurar la banda. Por ahora solo somos tres, pero todas con razones para entretenernos en estas tareas, al estilo de las Tofanas y con más razones que madame de Brinvilliers, la envenenadora francesa.

A la Juana le he contado un poco de lo que pasó en la cocina. Solo tuvo que verme al día siguiente subir al tren, mirarme las ojeras y observar cómo andaba y encima que no me quería sentar, para adivinar una parte de lo sucedido. No la he dejado curarme, me muero de vergüenza, y eso que ella me conoce desde antes de los partos de mis hijos. Me estoy curando yo solita con Blastoestimulina y diciéndole a Javier como disculpa para no quedar en nuestro cuarto que en mi casa sospechan, que mi hija está rara y hay una situación extraña, que necesito unos días para despistar. Sobre mi decaimiento y estado físico —no tiene un pelo de tonto— le he mentado un poco,

contándole que a veces pienso que no tenemos salida de ningún tipo con nuestras vidas. El pobre me ha dicho que me cambie de antidepresivo, que ahora me da miedo todo porque volvemos a tener algo que perder y necesito pastillas más fuertes que la paroxetina. Casi me lo como a besos, entre lagrimones y mocos, con lo cual se ha convencido de que es mi menopausia. Pero es que no puedo perdonar. ¿Cómo coño voy a perdonar si en los últimos años cada vez que he levantado la cabeza me la han hundido otra vez?

El hecho, querido Cuaderno confesor —iba a poner padre confesor—, es que ya he organizado la primera reunión que vamos a tener la banda de las asesinas. Quizá no nos haga falta ser asesinas, solo buenas conspiradoras. Tengo pensado cómo hacerlo, porque con las que he charlado me he ocupado bien de confirmar que, como yo sospechaba, tienen tantas razones o más que yo para desear quitarse del medio a algún animal —y si llega el caso animala, que también las hay, ya veremos cómo evoluciona esto— o, al menos, darle unas cuantas vueltas a organizarlo para defendernos.

La primera y más importante con la que contacté es con Cruz. Sí, la enfermera que sabe de malos tratos, imprescindible en mi vida, la mujer que me ayudó a entender lo que me estaba pasando. Como ya te he contado otras veces, Cuaderno, hace tiempo que bromeo con ella y con la médica sobre mis ensoñaciones de asesina. Además de su experiencia con la violencia de género que llaman ahora y durante dos décadas en varios ambulatorios del mismo Madrid y de aquí, de las afueras, tiene razones de sobra para querer acabar con más de un cretino. Las tiene desde pequeña, porque aunque Cruz vive con un compañero —no está casada, pero da igual, tiene tres hijos y son una familia normal—, lo cierto es que se interesó desde la carrera por la asistencia social porque tiene un padre que casi acaba con ella y con su hermana. No lo logró, pero acabó con su madre, una mujer resignada que un día se encontraron muerta en casa, al parecer de un infarto, y que durante años había soportado las palizas y las humillaciones del padre sin que ninguno de los familiares de las chicas hiciera nada.

Eran las cinco de la madrugada el día que Cruz y su hermana bajaron las escaleras asustadas por los gritos y se lo encontraron con la escopeta de postas en la mano, apuntando a su madre, gritándole para que saliera al patio descalza y en camión, a por teas y palos para que encendiera el fuego. Es un pueblo de la sierra de Gredos y estaban bajo cero. El cabronazo exigía que calentara agua y le llenara la bañera para bañarse. En aquellos años, para caldear los enormes calentadores de hierro que guardaban el agua se tardaban horas. Eso le daba igual al borracho, que estaba vomitado hasta en los pies, algo normal en el tipejo, y parecía dispuesto a disparar a la madre, que temblaba como una hoja e intentaba hacer señas mirando fijamente a las hijas, a la espalda del padre, para que se fueran.

Según Cruz, muy despacio y de la mano de su hermana mayor, salieron por la puerta trasera, temblando y camino del cuartelillo de la Guardia Civil a pedir ayuda. El sargento del cuartel, despertado por el número de guardia, aconsejó a las hermanas que no se metieran en los asuntos de sus padres y que ya se pasarían por allí en un rato. No era la primera vez que el padre tiraba de escopeta. Al volver del cuartel encontraron a la madre caída en el centro de la cocina, helada y sin terminar de encender la lumbre. Eso sí, el agua estaba puesta en un perol. Del padre, ni rastro. Parece ser que se fue a trabajar a la fábrica cuando se percató de que ellas habían salido a escondidas, seguramente a buscar ayuda. Nadie, absolutamente nadie levantó una voz cuando el médico dijo, delante de Cruz y de su hermana, que había sido un ataque al corazón. Pero es que ni de la familia de ella —y tienen aún tías, hermanas de su madre— ni de la familia de su padre, que todavía vive con una pensión en la casa del pueblo. El viejo ha desheredado a las hijas —tiene cuatro prados de mierda y una casucha, dicen ellas— y es un personaje mezquino, además de alcohólico. Padece de todo, algo en el pulmón, en el corazón y está gordo como un cerdo, pero no la palma. De vez en cuando, llama a casa de las chicas para insultarlas y llamarlas guarras, por tenerle abandonado. Ellas salieron adelante gracias al novio de la hermana de Cruz, porque las sacó de allí y las llevó a Vitoria, donde él tiene un bar. No tienen hijos y apoyaron a la hermana pequeña para que estudiara con becas y acabara la carrera.

Sé todas estas cosas porque Cruz me las contó uno de los días en que acudí a ella desesperada, después de intentar tomarme un tubo de Orfidal. La presencia de Tasio y Ana en casa me hizo acobardarme en el último momento. Supongo que para que no me sintiera sola y mierda única, me contó que hasta ella, que yo creía de las más listas, también se sentía culpable.

Más de una vez he oído a Cruz que a su padre, como a otros muchos piltrafas que conoce, sería fácil ayudarlos a morir con tanto veneno como se meten en vena. Como tiene un humor negro y corrosivo —la comprendo, porque es la única manera de sobrevivir a las barbaridades que ve cada día en su consulta—, dice que con la medicación que toman muchos de ellos, la mayoría por encima de los cuarenta y cinco o cincuenta, basta con que se te vaya un poco la mano en la medicina y punto. Lo que ganaría la humanidad y lo que ahorraría la sanidad quitando del medio a estos elementos. Es una gran defensora de la eutanasia, y cuando se montó la bronca con el médico ese del hospital Severo Ochoa al que acusaron de ayudar con la eutanasia a pacientes,

un gran tipo según mi amiga, ella estuvo en primera línea de batalla.

Quedé con Cruz a los dos días de mi asesinato en la cocina. Porque eso fue lo que hizo, asesinarme de nuevo como cuando me quitó mi negocio, pero esta vez peor, queriendo matarme por dentro, hasta arrancarme el alma. Aunque no le conté todos los detalles ni le quise enseñar los moratones, le dije que estaba tan humillada, tan cabreada, tan resentida, tan loca de dolor, tan asqueada por mí y tantas otras, que había decidido hacer algo, ayudar a morir a los cabrones. Recuerdo que no me atreví a soltar lo que de verdad deseaba: «Ayúdame a matarlos, Cruz». Sonrió y se quedó mirándome. Luego me recordó que si le hubiera hecho caso hace años, cuando pasó lo de mi salón de belleza y las primeras violaciones —para mí era inconcebible la idea de que un marido pueda ser denunciado por violarte—, habría cebado más a Pablo a base de torreznos, morcilla, chorizo, colesterol en vena junto con el alcohol y el tabaco, y a estas alturas yo sería una flamante viuda. Puede que pobre, pero viuda y sin esta mochila que llevo a la espalda. De paso me habló de cómo estaban empeorando las cosas, del miedo que tenían las mujeres a denunciar porque cada vez tenían menos dinero —es más, no tenían ni un euro para comer— y del caso de una mulata nigeriana, que por las mañanas cuidaba de sus niños —uno con una enfermedad degenerativa— y por las tardes ejercía de puta de lujo en un hotel céntrico, en Madrid. Ahora ha metido también en el negocio a una española que es del barrio, joven y bien, pero que Cruz se ha negado a decirme quién era. Es una madre joven y con algún niño, que se ha pagado así su cuarto año de carrera universitaria, porque quiere acabar cuanto antes y escapar del marido. No me espantó. Al llegar a la universidad, mi hija ya me había contado que algunas chicas de carreras de ciencias se acostaban con tíos pijos para poder pagarse la matrícula y no se sentían putas, sino que el sistema las puteaba. Recuerdo perfectamente la conversación y la charla que le eché a Ana, moralina de la que ahora me arrepiento.

Querido Cuaderno, que no te voy a meter más lío en la cabeza, pero que he quedado con Cruz y con otra el próximo sábado, para reunirnos tras la misa de la tarde de las siete en la iglesia de San Esteban. El primer encuentro de la futura liga de asesinas, una pandilla de justicieras, me digo a mí misma, como si se tratara de una aventura de adolescentes, para quitar hierro al asunto. Hasta estoy emocionada.

Mañana te seguiré contando quién es la otra, que te va a gustar. Creo que

está bien elegida. Me he dado cuenta de que gracias a los años pasados y tratando con mujeres en las cabinas de belleza, como compañeras de trabajo, tengo una especial intuición para averiguar quién sirve para soñar con una cosa así, quién se atrevería y comprendería que es un asunto de justicia si hubiera que seguir adelante en serio.

«Vamos a ver, ¿tú tienes claro que se puede castigar o matar por una buena causa? ¿Cómo crees que se han hecho las guerras? Justificando todo con las buenas acciones, con los valores que se iban a alcanzar. Unas veces para hacer cristianos a los moritos, otras para ganar la libertad, para defender no sé qué fronteras, pero últimamente esas han sido las menos. A las guerras nos llevan en nombre de los pobres, nos venden que es para mejorar nuestra situación y que los malos no van a poder con nosotros, ¿no? A veces ha sido verdad y otras —muchas— una cochina mentira. Porque es verdad que había que luchar por ser libres y por que los pobres mejoraran, pero siempre, siempre, han mejorado más los ricos, los de arriba. En ocasiones ni siquiera está claro quiénes son los buenos y los malos. Mira aquí, en el barrio. Todos los moros están con los palestinos, pero en otros sitios todos están con los israelíes, o sea, los judíos. Y te dan razones que pueden sonar bien de uno y otro lado. Nos manejan como quieren. Y no te digo nada entre las tribus esas de tus vecinos de aquí, los nigerianos. Se odian a muerte entre ellos y tú no sabes quién es el bueno y quién el malo, porque en ambos lados encuentras gente de las dos formas. Te hablo de moros y nigerianos que están en el portal de al lado, aunque cada vez quedan menos. Pero, Manuela, con los setenta años que tienes y la experiencia de la vida, ¿cuántas veces han castigado o matado a los malos que a ti, a los tuyos, os han hecho daño y desgraciados? Nunca. ¿Quiénes empiezan las guerras, dime, eh? Siempre los hombres, por tierra, dinero y poder. Luego, los que se defienden es por la libertad, y ya está liada. Matan a tus hijos, a tus padres o a tus abuelos, pero de los que mandan caen muy pocos. Ahora cada vez comienzan más guerras por gilipollices. Dime, Manuela, ¿eres tú a la que oí más de una vez decir que no cree en la justicia? Ni siquiera en la divina. Eras la primera que aquí, a la puerta del colegio hace años, cuando dejabas a tu hijo pequeño —que tiene la edad de Tasio, aunque ya eras abuela—, la que me decías que la justicia de Dios no existe, porque siempre se pone del lado de los mismos, de los ricos, de los poderosos. Lo decías también hace unas semanas, cuando tu penúltimo hijo, el único de los

tuyos que forma una familia estable, te contó que al final le ha tocado la china y está entre los despedidos de la Coca-Cola de aquí».

Hola, Cuaderno. Ese trozo de arriba es la chuleta que me escribí poco antes de ir a sentarme con LaManuela, la madre de LaJose, una tipa con arrestos y los ovarios bien puestos, luchadora por toda su tribu hasta la extenuación. Ya te he hablado de las peleas entre madre e hija. Madre de familia numerosa, llegada aquí en el primer aluvión de los años setenta, con un montón de niños y viuda de un albañil que se cayó del andamio haciendo obras en los Nuevos Ministerios y el Azca, justo al principio de los setenta. Una pensión de mierda es lo que le correspondió a esa mujer de treinta y pocos, y callando, porque el hombre trabajaba ilegal en la obra y se lo arreglaron como un favor. Una lástima, porque un par de años después Franco la palmó y los sindicatos empezaron a reivindicar.

Nunca, pero nunca, le he preguntado a LaManuela de quién es su chico pequeño, el que tiene la edad de mi Tasio, el octavo. Y me temo que sus otros siete hijos tampoco le preguntaron jamás, siempre ha sido «el peque», uno más, y el más guapo. Los chicos veneran a su madre y no quieren saber cómo les sacaba adelante en aquellos años tan brutales. La única referencia que LaManuela ha hecho al asunto en todo este tiempo fue hace poco, cuando estalló el caso ese de la sor María y los niños robados en la maternidad de O'Donnell. Un día que no estaba LaJose en el café, comentó que ella apechugó, se aferró a su hijo como un animal, pero hubo momentos en que estuvo a punto de claudicar y llevárselo a alguna monja para que lo diera en adopción. Había días que no tenía para dar de comer a los otros siete, ni su leche servía para el pequeño. Hasta echaba de menos la época del Pelargón. Qué cosas, hasta que llegué a Fuenlabrada no pensé que aún en los años setenta, a las puertas de Madrid, pudieran existir esas situaciones, con tanta necesidad. No tan lejos había casas que aún eran chabolas.

Y ahora ya lo ves, bloques de pisos de ladrillo rojo, avenidas nuevecitas, fuentes llenas de agua y miles de árboles aún jóvenes que nos convirtieron en un sitio envidiado, modélico, hace solo cinco años. A veces, cuando me bajo del tren en La Serna y vengo andando a casa, hacia las doce o la una del mediodía, me quedo maravillada. Hay tanta luz, da igual que el cielo sea azul o gris, todo está limpio, las calles son anchas. Salvo las de alrededor de la iglesia de San Esteban, el casco antiguo del pueblo. Desde el tren hasta casa,

el paseo da gusto, y lo mismo si bajo hacia el Centro Tomás y Valiente. Todo sigue pareciendo bastante nuevo, los árboles de los bulevares son jóvenes, pero ya dan algo de sombra, hay paseo para bicis y, en cada rotonda, una fuente o una escultura. Por las grandes aceras, los viejos pasean sus perritos. Pero desde hace un tiempo, los hombres de mediana edad, con chándal y deportivas, andando juntos o solos y taciturnos a mitad de la mañana, te hacen pensar que son parados, porque no son horas de estar por la calle. O cuando pasas por un bar-cafetería y también hay algunos hombres charlando a la entrada, hablando de chapuzas para colocar una puerta o un enchufe por el que cobrarán veinte euros si llega, o nada si el de la casa está como tú, a dos velas.

Por lo demás, parecemos una ciudad europea, un barrio estupendo. Solo los que llevamos tanto tiempo aquí contamos cada día los locales cerrados, los negocios que se venden. Las mujeres nos damos cuenta de que las camisetas, las toallas o los monos azules que cuelgan de los tendederos —cada vez menos monos de obras y pintura, por cierto— están muy lavados, los paños de cocina raídos y las sábanas, con algún remiendo, han vuelto a aparecer colgando de las cuerdas. Ahora son de colores, y cuando éramos pequeñas, blancas, remendadas con retor amarillo, fuerte. Las sábanas de los chinos se hacen pelotillas rápido, y la Juana, que le gusta echar un pito en la cama, casi salió ardiendo no hace mucho tiempo porque se le cayó un poco de ceniza. Dice que entre la sábana y el edredón, el ascua corría como si fuera sobre fósforo.

De todo este rollo, de nuestra vida y más hablé con LaManuela el otro día, las dos solas, lejos de la cafetería La Sirena, paseando alrededor del parque de La Paz durante mucho rato, sentándonos a veces, callándonos si se acercaba el jardinero que este año ha dejado que se pasara febrero sin abonar bien el parque. Son menos los contratados y van más lentos con tanto jardín como hay. Yo le estaba echando el discurso cuando ella me cogió del brazo y me dijo: «Cállate ya, Tasia. Sé de lo que estás hablando, pero no hace falta que me azuces más. Ayer por la mañana estaba en el hospital nuevo, mi hijo ha intentado suicidarse». Y se echó a llorar, algo que nunca hubiera imaginado en ella. Es el chico que tenía trabajando en la Coca-Cola, la que ha cerrado aunque ganaba dinero. Se acaban de comprar el piso, no llevan ni un año en la casa y el suegro les había dado la entrada. De los chicos de LaManuela, este

es el más acoquinado, el penúltimo —tenía que haber sido el último— y algo tontorrón, callado y muy tímido. La nuera la llamó por la mañana, porque vio una nota que había dejado antes de tomarse el tubo de pastillas. Por lo visto, pensaba que si él se moría, la mujer podría cobrar algún seguro o sacar algo a la compañía por incitarle al suicidio. Al muy idiota no le dio para pensar que si alguna vez su mujer ganaba el pleito, sería ya de vieja. En fin, que han llegado a tiempo a lavarle el estómago, pero LaManuela está muy asustada y cabreada. Con el hijo y con todo lo que se cruza en su camino.

Es que me pierdo metiendo cosas que pasan alrededor. Pienso que quizá así me entiendas mejor, porque un papel vivo como son tus hojas también tiene que recoger todo, pienso yo. Total, que no me sorprendió la sonrisa amarga de LaManuela cuando le rematé el plan de formar una banda de mujeres para vengar las injusticias, ya sea matando o castigando, que tampoco es cuestión de espetarle desde el primer día que a mí lo que me apetece es envenenar a todo cabrito que se lo merezca y que nos ha traído a esta situación de desgraciados, de miseria, en que se han convertido nuestras vidas poco a poco, en otra forma silenciosa de callarnos, de machacarnos, de extinguirnos. Porque es lenta, con cada día un alfiler más que nos clavan en la chepa o en el corazón. O entre cada vertebra que nos duele y nos hace doblarnos sin rechistar, porque lo normal es esto. Que los ricos tengan más y los que estábamos empezando a dejar de ser pobres, regresemos con nuestros hijos allá donde estaban nuestros abuelos, lamiendo las suelas del señorito. Pues no, mi Tasio y mi hija no van a hacer eso, porque no lo han mamado, y lo mismo que yo me estoy levantando, ellos no se van a dejar. No se echarán a la puta calle, no volarán un banco o un partido, pero votarán a los de la coleta o se irán fuera, y cuando vuelvan, lo harán con ganas de venganza. Eso me cuento yo cuando estoy de buen humor, cuando me entero de que no les basta que estemos callados, sino que tenemos que pagar para protestar, nos van a multar, igual que por hacer justicia. He oído en las noticias que nos pondrán multas por manifestarnos o por hacer fotos a un policía que se le va la mano, pero pienso seguir bajando cada vez que pueda a cortar el tráfico con los del ambulatorio esos quince minutos diarios.

Lo que quieren es acojonarnos más, porque ¿para qué si no se inventan una ley así, si somos uno de los sitios con menos asesinatos del mundo? Anda ya, hombre, que les den. Javier se troncha de mí cuando me oye despotricar mientras vemos la tele en nuestro cuartito, pero creo que porque no tiene ni idea de la ira y el odio que tengo dentro, de lo resentida que soy. LaManuela sí

que comparte conmigo ese veneno, ya sea contra los jefes cabrones que putean a sus hijos o contra los de arriba que nos tratan como a ganado.

Como siempre que hablo con la vieja Manuela, la siento una mujer de primera. Básica, pero llena de sentido común y de experiencia en la vida. Al final, tras mi mitin y mi despotriqué, me hizo una pregunta que me ronda por la cabeza siempre. ¿Por qué quiero castigar a Pablo solamente, si era un buen hombre, débil pero trabajador, cuando han sido otros los que le han convertido en una bestia? No podía contarle, ni quería entrar en detalles sobre las violaciones y el maltrato, que eso ella lo sabe o lo intuye. Y me explayé como pude. Pablo representa todos mis sueños rotos. No solo me robó mi trabajo, mis manos, una parte grande de mi alma, mi negocio, sino que me ha puesto al descubierto mis errores. ¿Cómo me pude equivocar de tal manera enamorándome de un imbécil así, de un piltrafa al que a las primeras de cambio le estafaron el concejal de obras, el director de la caja y todo por su puta vanidad de querer ser un dios del ladrillo? Y yo, ¿cómo lo consentí? Le odio, porque se ha convertido en una bestia y en una mierda, ambas cosas a la vez, pero también porque es una muestra de mis flaquezas y de lo que he tragado con él y con la situación. Tuve una oportunidad de librarme de la atadura cuando las cosas iban bien, pero se me escapó el tren gracias a Dios o a quien sea. Eso no sé si seré capaz de contártelo algún día. No tengo ganas de recordarme que también puedo ser una cabrona y que durante un tiempo lo fui.

En cuanto a los de más arriba, los poderosos y los políticos, estuve a punto de decirle a LaManuela que todo se andará, pero me callé a tiempo. Podía asustarla con algunas de mis ideas y el resto de las fantasías que tengo en la cabeza. Solo le contesté que, por ahora, a los principales culpables me es imposible llegar. No me voy a ir a casa de la tal Merkel o de los presidentes de los bancos, o a los palacios de los bandidos esos que acumulan cabezas de bichos en las paredes y griferías de oro, pero, si todo marcha, ya veremos adónde llevo.

LaManuela me dejó de una pieza cuando resumió nuestra conversación: «Total, que lo que tú crees es que si en casa de esos hay colgadas cabezas de león o de ciervos, en las nuestras, como tienen las paredes más pequeñas y nos putean siempre, que cuelguen las de los puteadores, ¿a qué sí? Puede ser entretenido, aunque no veo claro por dónde empezaremos». Y así quedó sellado el acuerdo con la más vieja de entre nosotras y también la que nunca

cantará ni aunque la arranquen las carnes con tenazas como a la Tofana.

Ya estoy de nuevo aquí, en mi habitación de Lavapiés, sumergida en un olor a ylang ylang —me recuerda al olor del jacinto—, mezclado con incienso y jazmín, un cruce que marearía a cualquiera que entrara aquí, menos a Nazma y a mí. En cuanto se ha ido Javier a currar, me he dedicado a encender más palitos de los que Naz me da. El ambiente se carga, me aturde, me hunde en un estado de felicidad, me transporta a otro sitio lejano y exótico y eso me permite pensar mejor en las actividades de la futura pandilla de malvadas asesinas. Es un disparate todo, pero ¿y si cuele? Anda que no vemos cosas cada día que anteayer nos parecían imposibles. Soñar es gratis. Por ahora. La mezcla de realidad y fantasía que necesito se alimenta de los olores y las telas con que he revestido el cuarto.

Ya hemos celebrado nuestra primera reunión. Al final, las tres solas. LaManuela, Cruz y yo. Una vieja a la que si pillan no le va a pasar nada, porque, aunque está fuerte como un roble, tiene más de setenta tacos y con esos se atreven menos; Cruz, una enfermera tan maja, curranta y buena, con más de veinte años de experiencia, que ni al más listo de los policías se le ocurriría pensar que le apetece anestesiar a cretinos. Eso es lo que vamos a hacer, dormirlos y que se queden en el sueño profundo, le explicamos a LaManuela, a quien no le gusta la palabra muerte por más que le digamos que vamos a hacer justicia y que esto, de momento, es solo un juego, un cambio de opiniones y un desahogo, una prueba para entretenernos y echar fuera la hiel que tenemos en nuestras almas contra los que reparten la peste que nos contagia. La tercera soy yo, una casi cincuentona apaleada por la vida y que un día estuvo a punto de triunfar. Lo tenía todo, pero los tiempos, los terremotos, las tormentas perfectas que se inventaron unos de la estratósfera, me convirtieron en un rastrojo pisoteado.

Nuestra primera cita fue en el bar de enfrente de la iglesia de San Esteban, a la salida de la misa del sábado por la tarde. Ahora es a las siete y media, pero en verano es a las ocho. Nos viene perfecto. Cruz me convenció de que hacerlo en la misma iglesia, cuando ni ella ni yo somos asiduas, era un poco raro. Sin embargo, si ella acompañaba a LaManuela a la misa, como mucha gente la conoce —la vieja es de misa diaria siempre que puede, no se nota que viene de rojos— y saben la cantidad de hijos y nietos que tiene, lo que ha trabajado y trabaja y los problemas que aguantan algunos de sus hijos con la

bebida, la droga, los trapicheos y los disgustos que le dan, a nadie le extrañará que vayan juntas. Cruz es su apoyo desde hace tiempo.

Yo las esperé tomando un café en el bar, que como me había recordado mi amiga tiene una televisión gigante, con el volumen siempre a toda pastilla. Es ideal para reunirnos de vez en cuando a última hora de la tarde, al salir de misa, cuando los hombres aún están pendientes del fútbol la mayoría de los sábados o domingos. Ni Dios oye nada y un fin de semana es normal que nos tomemos nuestra meriendita de pobres, un descafeinado con tostadita compartida. Antes por no engordar que por el dinero, que todo hay que decirlo y no somos tan ratas aún, ¿o sí? Hace tiempo que compro la leche de 0,70 en oferta. En marcas blancas y, por supuesto, nada de Mercadona y Carrefour, no salgo del Día y el Ahorramás. Estábamos charlando de todo mezclado, y entre idea va e idea viene para nuestra banda, cuando nos encontramos montándole un pollo a la pobre Manuela, porque está empeñada en comprarse la fregona que centrifuga, la que anuncian por la Teletienda. La disculpa que puso es que si hay sangre, esa fregona no deja ni rastro. Me he prometido que se la regalaremos tras nuestra primera operación, pero para su casita. Hasta le compraremos una vaporeta, con la que sueña desde que una vez vio cómo hacían una prueba en las cortinas y las alfombras —raídas, aclara siempre— en casa de la vecina.

Te decía, Cuaderno, que nos citamos enfrente de la iglesia. Haciendo esquina con la plazoleta está la Casa de la Mujer de Fuenlabrada, toda pintada de un morado fuerte que a mí me resulta gracioso, pero ya algo pasado. En un tiempo que ahora me parece muy lejano, fui a esa casa a hacer un taller que se titulaba: «Conócete, valórate», y el otro de las mujeres y la violencia de género. Luego me tragué otro de informática e internet, para manejar el mail. Entonces aún no existía el Facebook, que me encanta. Acababa de montar el salón de belleza y no recuerdo quién me dijo que sería genial para tratar con las clientas de esta zona, que vería cuáles eran sus problemas. Creo que fue la primera vez que coincidí con Cruz fuera de la consulta del ambulatorio. Fue a dar una charla al taller sobre las mujeres y me encantó.

De nuevo los recuerdos me pueden. Estaba con que en la Casa de la Mujer, los sábados hay reuniones y entran y salen mujeres de toda edad, raza y condición. Eso también nos ayuda en nuestros planes. Aunque sigo pensando que tendremos que buscar un sitio más discreto. Pero Cruz insiste en que,

cuanto más a la luz del día, más complicado será que levantemos sospechas. Pero ¿qué sospechas? Solo estamos imaginando una película y no sabemos si será posible rodarla.

En ese primer encuentro acordamos que, para elegir a la futura víctima, necesitamos la unanimidad de las tres, después de conocer bien los hechos y comprobar que no nos equivocamos. Porque como afirma LaManuela, hay mucha *japuta* de mujer que dice que su hombre la maltrata, pero que es ella la que no hace más que provocar y tocar los cojones, hasta que ellos pierden los estribos. Cruz y yo nos hemos echado encima de la vieja, yo porque me sentía en parte retratada en lo que decía —de hecho, es lo que piensa mi Ana que hago a su padre— y sé que es una injusticia, que no es así; aunque yo haya machacado y engañado a Pablo en algún momento, la reacción de él es siempre desproporcionada, brutal y salvaje. A las pruebas de mis bajos me remito, que, por cierto, han cicatrizado bastante, pero el otro día las pasé negras para volver a hacer el amor con el Amante después de un mes. Ni con Vaginesil ni sabores de Durex ni leches. Cruz fue quien le tuvo que recordar a LaManuela todo lo que ella ve cada día, e incluso lo de su hija, que no hace nada, que ya te conté lo de la bronca entre madre e hija —LaJose— por la otra hermana, de la que se aprovecha el tío ese, que no se separa. La cadena de los malos tratos es bien conocida por las tres. Lo cual no significa que no haya mujeres malas, y muchas, claro que sí. Pero esta no es la cuestión.

En el orden del día que yo llevaba —sí, me anoté los puntos como cuando hacía las reuniones en el salón de belleza con las chicas— lo primero era ver cómo acordábamos una especie de juramento, para no traicionarnos unas a otras. Para mi asombro, fue fácil, porque igual que en las novelas negras con asesinos múltiples y conspiradores, pactamos que a la primera víctima nos la llevaríamos por delante preparando todo cuidadosamente a partes iguales y apuntando en un cuaderno, como este que eres tú, por ejemplo. Con nuestras tres firmas por debajo. El papel lo esconderemos en una cripta, y si en la iglesia no hay, en algún panteón del cementerio municipal, que siempre me ha fascinado. Es un poco engorroso, pero tampoco vamos a eliminar a tantos al año y tendrá su gracia ir a por el cuaderno al cementerio el día de antes de afrontar una operación de estas características. Sí, me gusta la expresión «operación de estas características», suena a importante, a lenguaje de consejo de administración como el que utilizaban el concejal, el de la caja de ahorros y Pablo cuando hablaban de financiar las urbanizaciones.

También me gusta lo del cementerio de aquí. Lo sé, es una bobada, pero me

apetece esta parte de miedo y olor a muertos, e ir al cementerio de vez en cuando. Nos hará recordar que, total, la vida es breve, así que los cabrones no tienen derecho a amargárnosla.

Esa era mi parte en el trabajo, un poco chapuzas e infantil para exponerla, pero se compensa con lo cuidadosas y limpietas que somos en todo lo demás.

Luego llegó la parte de Cruz. Le tocaba explicar las formas más cómodas de matar sin dejar rastro, aunque reconozco que con lo que yo he leído podría hacerlo muy bien. Pero lo mío es leyenda y Cruz tiene realidades cercanas y a mano, conocimientos útiles.

Desde el principio ha tenido claro que la mejor opción es la de organizar una muerte que parezca natural, que no levante ningún tipo de sospechas ni en los médicos ni en familiares cercanos, que no haya que abrir ninguna investigación. Si un tipo padece una cardiopatía isquémica y se queda tieso de un infarto de miocardio agudo, nadie va a dudar de que ha sido una muerte natural. Yo creo que Cruz utilizó los términos médicos y yo tomaba notas, para darle confianza a LaManuela sobre lo mucho que sabe. Lo que más le preocupa a la querida vieja es quién va a mantener a una buena parte de su familia, sobre todo a los nietos más pequeños, si alguien descubre el juego que nos traemos y la llevan a prisión. Le he vuelto a enseñar un recorte de la ley, que con más de setenta es difícil que te ocurra nada. No he añadido que salvo que dé con un juez cruel, que pase de los viejos pobres.

Como Cruz es una gran enfermera, nos ha expuesto muy bien los terrenos en los que nos vamos a mover. Las muertes se dividen en muertes normales y violentas. Las violentas pueden ser accidentales, suicidios o asesinatos. Todas esas clases se investigan. Pero aquí, mi amiga hizo hincapié en un asunto muy interesante. Hay muchos suicidios por la crisis económica, y no dejan de subir en los últimos años, los gobiernos y los periódicos no lo cuentan para no dar ideas a otros que estén desesperados.

Ella sabe —porque está rodeada de médicos y tiene un hermano que trabaja en el 112— que ahora hay bastantes que se suicidan con las medicinas contra la depresión, los ansiolíticos o las píldoras para dormir, como hizo Marilyn Monroe (esto lo pongo yo). Por ejemplo, un tipo como Pablo podría suicidarse perfectamente. Tiene más de cincuenta años, está parado y arruinado, es alcohólico y depresivo y tiene algo de azúcar y de colesterol malo. Para todo eso, se toma tranquilizantes y antidepresivos, más las medicinas de la tensión

y otras mierdas. Si un día los mezcla con el alcohol —de hecho, así sucede— y se queda tieso, los médicos del 112 o de la Cruz Roja darán por hecho el suicidio, dado el cuadro médico que presenta más el tiempo que lleva siendo un pobre desgraciado. No van a pensar que una buena mujer como yo lo ha liquidado si a él le ven todo el día por el barrio desesperado. Cuando estaba en esta perorata, Cruz me ha puntualizado que, aunque el 112 puede hacer un parte de defunción, lo normal es que sea el médico de cabecera quien certifique la muerte y para nosotras mejor todavía. En tres ambulatorios de alrededor nos conocen a unas u otras, desde el de Cuzco al de la calle Alicante o el Naranjo. La médica Irene ha pasado por los tres y Cruz por más aún.

Nos animó también mucho el hecho de que Cruz contó que tanto los servicios de Cruz Roja como el 112 y los forenses de la plaza de Castilla están desbordados de trabajo —por los recortes de la crisis no se cubren plazas que han ido quedando vacías por jubilación o ceses de contratos— y van de culo, así que cada vez se investiga menos. Su hermano le ha explicado que hay veces que en un accidente de coche, por ejemplo, intuyen que el conductor que se ha empotrado a doscientos cincuenta por hora contra el bloque de hormigón que sujeta un puente lo ha hecho aposta. Hay datos que indicarían un suicidio, más cuando se conoce la situación económica del tipo que conducía, pero no hay medios para investigar. Y lo mismo sucede en las casas, cuando encuentran casos que claramente han sido suicidio y dan el certificado de muerte porque cabe la duda de que el infarto haya sido porque le tenía que dar o porque el tío hubiera mezclado tres litros de whisky y un coctelito de Orfidal. Al final, ¿a quién le importa si el pobre hombre tenía ganas de dejar este puto mundo porque se ha arruinado y debe pasta a todo quisque? Eso es lo que dijo el hermano de Cruz cuando hablaba un día con ella sobre la situación brutal que hay y las circunstancias en que trabajan.

Como verás, Cuaderno, con la charla nos veníamos arriba aún más si cabe. Se abre ante nosotras un abanico de posibilidades que nos permitiría hacer un poco de justicia, esa que no hacen los cabrones que nos han traído hasta aquí, los mismos que ahora dicen que ya hemos tocado fondo y empezamos a salir de la ruina en la que estamos hundidos millones. Puede ser, pero con sueldos que nos van a dejar de pobres y esclavos ya toda una vida. Trescientos euros le pagan a mi Ana por estar todas las tardes, hasta las once o más, sirviendo copas en un pub cerca del Centro Tomás y Valiente, y la imbécil está tan contenta, en vez de quemar a los culpables de que vaya a tener un futuro de

mierda. Bueno, ya estoy otra vez que me embalo. La exposición de Cruz fue muy, pero que muy fructífera, porque en un determinado momento, cuando estaba hablando de los suicidios que pasan como muertes naturales, o de los asesinatos que también se dan como muertes normales, nos soltó una bomba.

«Tasia —me dijo, mirándome fijamente a los ojos—, creo que he encontrado el agua Tofana de tus admiradas Teofania de Adamo y su hija Giulia. No, no me interrumpas, no es que haya encontrado la cimbalaria, cianuro o arsénico a kilos. Creo que el agua Tofana de nuestra época se llama digoxina, lo tengo contrastado con los médicos amigos. Ojo, sin levantar ni una liebre».

LaManuela y yo la miramos, sospecho que con los ojos como platos. Se nos cortó la respiración e incluso abrimos un poco la boca como si fuésemos tontas o peces que boquean fuera del agua, pero lo que éramos es incrédulas. Y la escuchamos. La digoxina, nuestra agua Tofana a partir de ahora, se utiliza en los enfermos del corazón, con arritmias, taquicardias y problemas así. La dosis que se da —por lo visto, son unas gotas para niños y pastillas en mayores— tiene que ser clavada, supermedida y muy exacta, tasada al milímetro porque en cuanto te pasas un poco es tóxica y lo que hace es matarte, pero acelerando el ritmo cardíaco. En cuanto estés un poco tocadito, estresado, una buena dosis te lleva por delante. Te puede provocar el infarto si estás enfermo del corazón o tienes problemas con la sangre, ahora que todo el mundo toma sintrón. Basta con un chorro de digoxina en el café para que te quedés tieso en cuanto estés un poco pachucho con una enfermedad crónica. Ni los médicos ni los forenses pueden averiguar con seguridad si una parada cardíaca te ha dado porque la parienta te ha elevado el chorro de digoxina en el carajillo.

No es tan difícil de conseguir. La utilizan todos los médicos, aunque tenemos que darnos prisa porque cada vez se receta menos. Pero estando en el entorno de un ambulatorio o de varios —como lo estamos nosotras—, tanto Cruz como yo la podemos obtener que puedo sugerir a la médica Irene digoxina para Pablo. Ya me las apañaría. LaManuela puede hacer que incluso se la receten a ella, porque tiene problemas serios de corazón, con taquicardias desde hace tiempo. Pues ahí lo tenemos, el agua Tofana a nuestro servicio, solo que a nosotras nos lo han dado inventado.

Cruz también explicó otros sistemas, como un pinchazo de insulina subcutáneo de forma que al tipo le dé un shock hipoglucémico si es diabético. Hay muchos alcohólicos que lo son. Es más, en mi familia hay diabéticos a los

que me podría llevar por delante porque tenemos azúcar en la sangre y es hereditario de una de las abuelas. Parece ser que el pinchazo subcutáneo de insulina es muy difícil de detectar.

Si no nos conviene el médico de cabecera, tienes la posibilidad de hacerlo un fin de semana, un festivo grande tipo Viernes Santo o 15 de agosto, 12 de octubre, durante un puente por si necesitas más de un día para envenenarle, y el 112 puede extender los partes de fallecimiento en los domicilios con un marido diabético con hipoglucemia, que además bebe, si la familia presenta el cuadro clínico y todas las medicinas que toma, en estos momentos y según van de asfixiados de trabajo, te firman el protocolo de defunción sin problema.

Mi amiga había hecho un trabajo exhaustivo, tan a conciencia que hubo momentos de su exposición en los que tuve dudas de si la idea de acabar con los hombres que no aman a las mujeres (es que me gustó el libro y el título) ha sido de ella o mía. O quizá hay tantas mujeres por ahí, esperando o teniendo la misma ensoñación, que no soy tan rara. Después de todo, en mis circunstancias estamos miles y miles. Lo jodido es haber vivido otra vida y ahora bajar a la más absoluta mierda, porque cuando creces en la miseria y en el maltrato desde que naces tienes menos posibilidades de superarte. Es lo que hay, lo normal, no conoces otra cosa más que la sumisión y la esclavitud, como sucede con las mujeres del Tercer Mundo, que hablo con Nazma, aunque con dificultades .

Pero cuando hemos avanzado, hemos conocido otras vidas, hemos sido personas casi iguales a ellos y ahora vivimos en el infierno, la resignación tiene que reventar por algún sitio. Cruz siguió con sus datos, que a LaManuela le impactaban tanto como a mí. Le daban seguridad, le hicieron sentirse importante, estoy segura, y con motivos para vivir y actuar. Solo en Madrid capital se extienden más de un centenar de certificados por defunción al día: hoy, los médicos de cabecera se enfrentan a situaciones brutales en el seno de millones de familias humildes; clase media convertida por la crisis en pobres de solemnidad, hogares donde no entra ni un duro salvo la pensión del abuelo; al doctor de toda la vida, acuciado por las circunstancias en la casa donde viven apelotonadas tres generaciones mantenidas de una pensión, no le queda otro remedio que recetar para controlar la ansiedad, para evitar más violencia, ya sean suicidios, malos tratos o asesinatos. Cruz nos recordó que es importante que una vez que te has deshecho del marido delante de todos, lo

incineres, no vaya a ser que alguna amante te delate y logre que exhumen el cadáver. Es que no paramos de hacer humor negro, aunque sea del malo, claro. No nos vemos con un amante. Como ves, no les he hablado de Javier, precisamente mi amante, el Amante, guía de mi vida.

Mi amiga, esa enfermera que ha gastado tanto amor y humanidad en tantos ambulatorios, nos lo contaba todo con tal seguridad que LaManuela y yo no hacíamos más que asentir, porque lo que explicaba lo habíamos visto, solo que hasta que alguien no lo pone sobre la mesa no sabes cómo abordarlo. La escuchamos como si fuera la primera vez que alguien nos prestaba atención, se ocupara de retratar lo que ocurre dentro de nuestras casas, nuestras habitaciones, nuestras camas. Y concluyó con que las mujeres —a poco inteligentes y dispuestas que sean— lo tienen sencillo. Una noche se les va la mano a la hora de preparar al pariente la digoxina con la leche caliente y el descafeinado, y a la mañana siguiente aparece muerto, en la cama, como un angelito al que Dios se ha llevado mientras descansaba. O por un coma diabético, con un pinchacito de nada. «Que tanta paz lleven como en nuestras casas dejan» debería ser nuestro lema.

Y vuelta la burra al trigo por parte de LaManuela con lo de: «Pero ¿por qué solo a los maridos? ¿Son ellos los culpables?». No, en realidad, el mío ya te he contado, Cuaderno —y a LaManuela también—, que no era un mal tipo, que las circunstancias le han sacado lo peor de sí mismo, que, como dice la médica —a la que no nos hemos atrevido a meter en este juego—, todos somos bipolares, o como le explicó un día al propio Pablo en consulta, todos somos ángel y diablo, ese dibujo animado del demonio murmurando cosas malas en una oreja y el angelito en la otra no hace más que representar la bipolaridad que todos llevamos dentro. En muchas ocasiones, en la vida esta no aflora; pero en otras, cuando las circunstancias son extremas, es más que probable que te gane el demonio enterrado en tu alma. Eso quien crea en el alma.

Uf, me tengo que ir a trabajar, que pierdo el norte y llevo más de una hora escribiendo. Me siento bien, pero me queda por contar cómo se desenvolvió LaManuela en su tarea, la de dar unos nombres, a título de ejemplo, de las personas que ella cree que deberían irse para el otro mundo y dejarnos en paz en este.

Ya estoy aquí otra vez. Aquí es en la habitación de la casa de la señora Rosa, que desde que pasó lo que pasó, pongo los pies una o dos veces a la semana en la casa de Fuenlabrada, donde parece que mi hija se ocupa de lo que queda de su padre. Después de mi asesinato en la cocina —insisto en que eso es lo que hizo conmigo, asesinarme de la forma más cruel, física y moralmente—, Cruz me aconsejó que dejara los paños calientes con Ana y se lo contara. La hice caso, pero esta vez no utilicé las palabras. Es muy difícil explicar cómo una madre y una hija pueden ser tan duras y distantes una con otra. Yo sé —porque me lo ha gritado muchas veces— que su objetivo es no parecerse a mí por nada del mundo, pero de ahí a que quiera estar ciega hay un gran trecho. Una mañana que llegué del hotel a las doce y media, decidí tomar el toro por los cuernos después de que la Juana también me animara a poner los puntos sobre las íes con ella.

Total, que cuando salía de su cuarto para el baño y pasaba por delante del mío —el de antes de Tasio—, donde yo me preparaba para cambiarme y coger más ropa para llevarme por la tarde a Lavapiés, la atrapé del brazo, la hice entrar y la senté en la cama. No dije más. Me quité el jersey de cuello alto y los pantalones vaqueros, me incliné para enseñarle las marcas moradas y ya algo amarillentas de mi cuello, los moratones en un lado de las costillas. Cuando se iba a poner de pie, la sujeté con fuerza por la muñeca en el borde de la cama y planté mi pie al lado de su pierna, encima de la colcha para mostrarle la cara interna de mis muslos, aún de un color entre violáceo y amarillo, con un profundo arañazo al que se le estaba cayendo la costra gracias al Betadine. Cuando ya murmuraba un «¡Pero qué cojones haces, mamá!», me di la vuelta, me agaché y me abrí el culo, lo poco que podía. Solo la oí decir bajito: «Estás loca, ¿quién te ha hecho eso? ¿Dónde te estás metiendo?». Me quedé descuajaringada, allí, en braga y sujetador, con el pantalón por las rodillas y el jersey por la cabeza, con mi culo y mi tripa llena de moratones, delante de mi hija, ya una mujer de diecinueve años. Todo lo que me dijo es: «¡¿Dónde te estás metiendo?!». Solo pude gritarle: «¡Este es tu padre!». La agarré del albornoz e intenté empujarla fuera. Cuando iba a dar el portazo metió un pie en la puerta y con una mirada rara, de asco, me soltó lo que yo sabía que un día me iba a soltar. Lo había estado esperando desde hacía años, desde aquel día en el que vi sus ojos espantados por el espejo

retrovisor del coche donde yo aprendía a conducir. «Me pregunto si gritarías o te quejarías así si los moratones te los hubiera hecho el guarro que te enseñaba a conducir y metía la mano entre tus bragas, mientras le preguntabas que cómo se metía la segunda muerte de risa y con tu hija atrás, haciendo como que me comía el chocolate por no vomitar».

La tapa de una olla a presión estallando en mi cara no me hubiera hecho tal efecto, pese a lo esperado. Di un portazo, eché el Fac y me tumbé en la cama. Quería morirme otra vez, era mi hija, yo la había parido y lo único que me decía es que en qué me estaba metiendo. Me apuñalaba con un pecado que ya olía a rancio. ¿En qué me había equivocado yo con ella? Algo he tenido que hacer muy mal para que no me entienda. Para qué mentirme, este es mi Cuaderno. Siempre he sabido qué es lo que hice mal, más desde que vi aquellos ojos de horror retratados en el retrovisor.

Llena de rabia, abrí el armario, recogí algunas cosas imprescindibles que aún quedaban —dejé otras, no sea que me acusen de abandono de hogar, que sería ya la coña—, metí los cuadernos en una bolsa y me largué de allí. Solo me he cruzado con ella un par de veces, cuando vuelvo a la casa a por mi correo y a echar un vistazo. Se me parte el alma. Además, entro con miedo, por si me encuentro al otro y no aguanto las ganas de matarle, pero suele acompañarme la Juana, que me ha dicho que él pasea solo por el barrio y en el bar ya no toma ni carajillo ni cubata, lo cual es un problema para mis planes de llevármelo por delante.

Como el tío deje de beber, me joroba la jugada. Con las pastillas para la depresión, la tensión tan brutal que tiene, las borracheras que se agarra, lo mal que come y los problemas de circulación que padece, está chupado mandarle para el otro barrio con la digoxina o la insulina. Pero si ahora se reconduce, me lo fastidia todo. Solo me quedaría tirarle por la escalera cuando llegue muy mamado a casa, pero los peldaños no son lo suficientemente altos. Si tuviera una casa como esas de escalera enorme de las películas, otro gallo me cantarían. Aquí, lo único que puedo esperar es que se rompa una pierna, pero no la crisma. Y que encima haya que cuidarle.

Según el marido de la Juana, anda por ahí con pinta de estar ido o preocupado. Claro, cabrón, por si le denuncio o me hago fotos de las heridas. No sé si Ana le ha preguntado algo a su padre, pero lo que resulta evidente es que los dos saben que me he largado de casa. A mi hija se lo ha comentado la Juana mientras me espera abajo, al pie de las escaleras, a que yo recoja algo de la habitación. Que me quedo en la casa de la amiga esa que tenemos en

Atocha, con la que me fui a Navacerrada y que trabaja con nosotras, porque estoy hecha polvo. Ella, al parecer, ha bajado los ojos mientras me oía trastear por arriba —necesito más ropa—, pero mi niña no ha abierto la boca, solo ha asentido con la cabeza. Aun así, el otro día no pude más. No le di tiempo a que se encerrara y me tiré a abrazarla, a besarla en el pelo y en la cara. Y me salió un «hija, hija» lleno de lágrimas, que me hizo odiarme por debilucha. No quiero su perdón. O sí. Fueron segundos, pero Ana me cogió la cara entre las manos, me besó mucho mientras me decía: «Papá me necesita más que tú», y ahí me dejó, escapando al baño.

¿Sería mi hija de las que delataría a las asesinas? Puede ser. Es de estas generaciones que han salido en las que los chicos vuelven a tener el poder sobre ellas. Lo veo por lo obediente que es con los planes de su novio, con los mensajes que le envía por teléfono y cómo la acompaña hasta a comprarse la ropa, para que él decida qué le gusta que ella se ponga y qué no; qué le queda bien y qué mal. Cruz dice que una parte de estas chicas son mucho más conservadoras que nosotras, que quieren que los chicos manden y que las posean —sí, he escrito bien, poseer, palabra que nos espanta a las que sabemos un poco de esto—, y que como no tienen dinero ni perspectiva de encontrar trabajo, se refugian en ellos, aceptan la sumisión. «¡Pero es que mi Ana es universitaria, mucho más lista que su chico!», le grité a Cruz. Ella se encogió de hombros e hizo una broma macabra, al sugerirme que, después de acabar con los tiranos viejos y cabrones, terminemos con los tiranos jóvenes antes de que se conviertan también en maltratadores. Yo sé que lo hizo para no recordarme que seguramente Ana repetía un papel que, en no sé qué momento de mi vida, yo adopté con Pablo, pese a que yo llevaba el peso de la casa. Pero tengo grabada en el alma la frase esa de mi madre, de mi abuela: «¡Hija, pero es que ellos son hombres!». Debe ser que no me revolví lo suficiente contra las palabras, pese a todo. Me siento tan culpable con mi hija, tan cabreada, que no sé si soy justa escribiendo estas cosas de ella y de su novio, pero es que a la vez me saca de quicio sentirme culpable por una cagada de hace tiempo.

Bah, que como siempre me lío en lo personal y encima te cuento cosas tristes, cuando las tengo alegres. Por ejemplo, que Javier y yo cada día nos acoplamos mejor y en nuestro pequeño Taj Mahal de la calle del Olivar somos felices. Dice que es porque le atonto con los elixires de Nazma que enciendo

por la habitación; y lo más importante de todo, que el otro día no te terminé de contar, Cuaderno. Avanzamos poco a poco en nuestra pandilla de matonas. Si Cruz nos dio una lección con los métodos para matar, debo escribirte que LaManuela —me dan ganas de llamarla doña Manuela— se ha revelado todo un personaje, y no veas qué razonamientos y qué exposición sobre posibles víctimas nos puso delante de nuestras narices.

Voy a ver si soy capaz de explicarlo aquí, Cuaderno, con la precisión con la que ella lo hizo en la charla en el bar. Lo primero que nos contó es que había empezado por pensar a quién le hubiera gustado liquidar a lo largo de su vida, ya un poco larga, como siempre nos recuerda. Y se asombró de la cantidad de personas a las que, si hubiera tenido valor, ocurrencia o posibilidad, se hubiera llevado por delante. Por supuesto, lo primerito a Hitler y a Franco, aunque no sabía bien el orden, porque los padres de LaManuela fueron perdedores de la guerra. Su madre, además, era de Badajoz y conocía a gente que murió en la matanza de la plaza —un tío carnal, entre otros—, algo que no olvidó jamás y que contó con detalles espeluznantes a su hija Manuela, nacida en plena posguerra, historia que la vieja no se ha privado nunca de contarnos a sus amigas y a sus hijos y nietos.

La madre de LaManuela, quizá para tener a los suyos advertidos sobre los peligros, no se ahorró nada escabroso de todo lo que había visto cuando aún era muy joven y los nacionales entraron en Badajoz, así que su hija tampoco. Empezaba siempre por recordar que el ruedo de la plaza, enorme, no se veía porque estaba cubierto por más de tres dedos de alto de sangre de los muertos. Así que como malo, malísimo y asesino, por lo que LaManuela había visto que había hecho con millares de judíos en tantas películas y en la tele, sin duda Hitler era el que se merecía la muerte. Pero en cuanto a lo que al daño a su familia y a sus vecinos se refiere, en lo que a ella le tocaba directamente, le hubiera gustado más aún matar a Franco y no olvidaba la foto de su tío, que siempre estuvo sobre la cabecera de su pobre madre. Total, recordó con acidez, volviendo al Generalísimo, que al final de sus días en el hospital tenía tantas cosas que con unas gotitas de la digoxina de Cruz la hubiera palmado. Ella se habría hecho pasar por una limpiadora o una enfermera con una bata todo el tiempo que estuvo Franco enfermo en La Paz, y ya está.

Cruz y yo nos reímos y la dejamos hablar. No era cuestión de entrar en detalles de lo irrealizable de esa idea, pero bueno. Con una clarividencia insospechada, continuó diciendo que sabía que queríamos resultados, pero que, partiendo del pasado, había tenido mucho que reflexionar sobre la

realidad actual. «Si me dejara llevar por mi corazón y el dolor que he sentido, creo que acabaría con la nuera que dejó tirado a mi hijo Pepe con mis tres nietos (el mayor no llegaba a los cinco años) al mes de que le despidieran de la empresa de electricidad, al principio de la crisis, cuando quebró la primera inmobiliaria de aquí, ¿os acordáis?»», nos preguntó. Cómo no me iba a acordar, claro que sí. Fue una hecatombe, tanto o más que la brutalidad de los despidos de la Coca-Cola.

Pero si lo pensaba fríamente, con la cabeza, LaManuela mataría de buena gana al presidente de esa empresa, porque se largó con muchos millones y viento fresco a Venezuela y ahora había salido en las teles que allí preparaba otro imperio de la construcción. «Y a eso es a lo que voy, chicas —nos dijo—. ¿Tenemos que matar a los que tenemos más cerca y nos hacen daño, como el Pablo de Tasia, el padre de Cruz o el marido de mi hija pequeña, que le mete unas palizas de aúpa y ella no se larga porque no tiene un duro y por el niño, o a los que nos han llevado a esta situación? Porque veréis, yo miro los telediarios y escucho la radio desde por la mañana muy temprano, las tertulias esas donde se oyen muchas gilipolleces, pero también algunas buenas razones. Y yo creo que los verdaderos culpables están muy arriba. Por ejemplo, la Merkel y los suyos, igual que nuestros gobernantes, dicen que nos merecemos lo que nos pasa por vivir por encima de nuestras posibilidades y chorradas así; y yo me cago en ella, la traería a mi casa y ante mis hijos y mi vida, le preguntaría en qué coño he vivido yo por encima de mis posibilidades. Lo mismo haría con los presidentes de los bancos, los que nos gobiernan apretando el pie sobre nuestro cuello, los pobres de siempre que empezábamos a levantarnos. A esos también habría que liquidarlos, que no entiendo cómo los gilipollas de mis hijos y mis nietos mayores no han cogido ya una metralleta. Bueno, sí que lo entiendo, porque están agilipollados, ya os digo, delante de las pantallitas y con el culo pegado a la silla con el internet, lamentándose mientras juegan a la guerra en las *plays* esas y se cagan de salir a la calle. Lo siento, hijas, es que me disparo cuando me cabreo, como bien sabéis. Me pasa como a la Tasia, por eso procuro hablar menos».

Sí, a esas alturas de la exposición, LaManuela ya estaba embalada. Y siguió con los banqueros americanos, «que empezaron dando a los más pobres hipotecas basura, que lo vi en un informe de la tele. No sé si fue en el *Informe Semanal*, pero hace tiempo. Luego hicieron aquí lo mismo, aprovechándose de lo poco que sabemos de números. Ya ves tú, yo firmo donde haga falta si me dicen que me dan un piso donde meterme con mis nietos y que tengo que pagar

doscientos euros durante los próximos cuarenta años; eso lo hubiera hecho yo y lo han hecho muchas de las gentes que nos rodean. ¿Son culpables? Sí, culpables de haber querido salir de la mierda, mientras que los que les colocaban las hipotecas con trampa en la letra pequeña son unos sinvergüenzas; pero como a todos esos no podemos llegar, me basta, por ejemplo, con irme a Valdemorillo y echar las gotas esas en el café al director de la sucursal de aquí, de la Bankia, que le han trasladado allí para que no le lincháramos. ¿A que sí, Tasia, a que a ese tú también te lo llevabas por delante? Ha engañado a los viejos del portal —vale, yo soy vieja, lo sé— con las preferentes esas, robándoles sus ahorros; y a los jóvenes, que no parezca que solo los viejos somos idiotas. Pero ¿hay que darle el elixir de la muerte a ese o al tal Ángel Sable, el jefe de la caja de ahorros que se ha forrado y no ha pasado ni una noche en la cárcel? ¿O a los que se llevan las pensiones multimillonarias de las cajas, aunque hayan hundido el negocio y ahora paguemos todos?».»

Cruz y yo la mirábamos embelesadas. No solo era su sentido común y su experiencia, su inteligencia natural, sino lo informada que estaba. Nunca le habíamos hecho caso cuando llegaba a tomar el café a La Sirena, tras dejar al correspondiente nieto o nietos en el colegio, y rajaba sobre lo que había oído en la radio; nos reíamos, porque decía que le daban ganas de coger una pistola y matar a tanto quisque que se lo llevaba crudo cuando ella no había podido comprar filetes de pollo, solo alitas para sus nietos. Puede que también por eso yo pensara en ella para nuestra banda. Oía la radio por la mañana, seguía con las noticias a mediodía en la tele y por la tarde con los programas donde había tertulias. Ahora se había vuelto loca con La Sexta, era su favorita. Y, por supuesto, una forofa del Wyoming —tiene un nieto que es palomo cojo—, pero de ahí a comprobar la sensatez y el conocimiento con que procesaba todo lo que oía, había mucho. Quizá yo siempre olvido que hay inteligencias naturales donde reina el sentido común, más allá de que hayan estudiado o no. Pero luego recordé que no, que yo había pensado en ella para la banda de las asesinas desde el primer día, justamente por su cabeza preclara, su fuerza y su intuición natural. Es de esas mujeres que conoce el alma, aunque haya estado toda su vida fregando escaleras. O quizá por eso. Esa era LaManuela, madre de ocho hijos —el pequeño ilegítimo— y abuela de no menos de una decena de nietos, extremeña, hija de perdedores y luchadora para que sus hijos no formaran parte de la estirpe de los pobres, de la que ella venía. Estaba a punto de ganar la lucha, pero cuando estalló la crisis perdió la batalla y la totalidad

de sus hijos están en apuros, por una u otra causa.

Aún recuerdo el día en que llegó a La Sirena demacrada, descompuesta. Estábamos Matilde —mi amiga del *gym*, ya sabes, Cuaderno— y yo solas. Se derrengó en una silla y dejó el capacho que llevaba en la otra. «Vengo de hacer cola en el comedor social, chicas, he tenido que ir a por arroz, harina y garbanzos. Estamos a 21 del mes y de mi pensión ya no queda nada, y no quiero dejar a deber más ni en la panadería. Desde que pasó lo de Coca-Cola, somos ya nueve a tirar de mis setecientos euros». Y por primera vez, vi dos gruesos lagrimones resbalar por sus mejillas, porque no podía consentir que ninguno de los suyos fuera a pedir al comedor de la caridad. Tenía que ser ella, que todavía recordaba su infancia en Badajoz. Un nudo se me puso en la garganta y fui incapaz de decirle nada, observando como sus dos lagrimones tardaban en caer por la barbilla, entretenidos en recorrer los surcos de sus arrugas. Mati fue quien le dijo que contara con todas. Nunca más hemos vuelto a hablar de eso, ni sé si ha regresado alguna otra vez al comedor.

Con estos antecedentes, no sabes cómo la quise recordando aquellas lágrimas mientras hablaba de los escogidos que había que liquidar. Fue Cruz, viendo la deriva que tomaba el asunto y la hora que era, quien le apremió a dar una conclusión sobre los nombres.

«Pues sí, tengo una conclusión —continuó—. Después de comerme el coco, como a los culpables de muy arriba no podemos llegar, creo que deberíamos empezar por uno que no sea alguien muy cercano a nosotras. Si fuera tu Pablo, Tasia, podríamos perder los nervios y rajarnos. ¿Y quién es el más cercano y que más daño ha hecho en este enorme pueblo, ciudad, lo que queráis? El concejal de obras. Él y sus hermanos montaron la primera gran constructora, su tío fue el cacique del pueblo ya con Franco y su sobrino e hijos han comprado a todos los que tenemos alrededor, han pringado a todo el pueblo. Los demás han quebrado, ¿pero vosotras habéis visto a Gerardo el Trepa, nuestro querido concejal de obras hasta hace bien poco, que se haya apeado de su cochazo? ¿Acaso ha perdido su empresa? No, despidió a todos y se la endosó a uno de los primeros jefes de tu Pablo, Tasia. Ha dejado miles de pufos por Fuenlabrada, y creo que en Leganés y Zarzaquemada. Y ahí siguen. Tasia, ¿no fue un técnico del ayuntamiento, de los lameculos del Gerardo, el que te sacó tres mil euros por lograr que el arquitecto municipal te visara el proyecto de tu salón de belleza por ese trocito de cristal en esquina y el cartel que sobresalían un poquito sobre la acera? Eso nos lo has contado tú misma mil veces. Fue tu mismo Pablo quien te dijo que eras boba, que el técnico no

tenía que ver con el arquitecto, sino con Gerardo, que tenían los negocios a medias, ¿o no, Tasia?».

Sí, Manuela. Porque no solo me estafó el hijo puta de Gerardo el Trepas una vez, sacándome a través del técnico los tres mil euros de comisión que se embolsaron como supe después. Es que, además, el imbécil de Pablo trabó más amistad con él a costa de esa comisión. Fue a verle para denunciar al susodicho técnico por lo que comprendió que era una mordida, pero de la visita salieron hechos trancos. Mis tres mil euros eran para la mariscada de todos los del equipo técnico de obras, y Pablo tuvo el honor de ser invitado para que tomara contactos, aunque a muchos ya los conocía. Así profundizó la relación con él, o eso pensó el gilipollas de mi marido. Gerardo, abusando una vez más del espíritu de fantasmón del padre de mis hijos, meses después le vendió la parcela para hacer los adosados que nos llevaron a la ruina. El muy canalla la había comprado a nombre de su mujer porque, como tantas otras veces, sabía que iban a recalificar ese suelo, pero la crisis ya ponía las cosas cuesta arriba. Las ventas iban más lentas, había rumores y algo de miedo, pero convenció a Pablo de que se deshacía de esa ganga urbanizable por hacerle un favor, que iban a instalar rápido alumbrado, alcantarillado y había otros grandes proyectos en marcha para esa zona, quizá la instalación de una gran multinacional... Hasta hoy. Todo se quedó en que se marcaron las cajas de los contadores en las parcelas, divididas con sus jardincitos minúsculos por delante y por detrás. Mi Tasio se olió algo, parte de la estafa a su padre, porque conoce a los Trepas y a sus hijos. Hubo una pelea en casa entre padre e hijo que casi llegan a las manos. Bueno, que Pablo le dio una hostia a mi hijo por llamarle idiota y descerebrado y se engancharon de las solapas, hasta que yo logré colarme en medio e impedir que mi hijo devolviera el golpe a su padre. Mi Tasio decidió esa noche irse de casa.

Mis recuerdos me trajeron tanta rabia y asco que la bilis me amargó la boca y tuve que mirar a mis socias para devolverme a la realidad.

LaManuela seguía con que «nunca vi mote tan bien puesto, los Trepas, él y sus hijos. Por cierto, entre sus amigos está el director de zona de la caja de ahorros. ¿Qué os parece mi propuesta? Va todos los días a jugar al dominó al mismo bar, toma el mismo coñac, tiene mala circulación de la sangre porque lleva por calcetines unas medias de esas que quieren evitar los trombos y es un capullo que no tiene vergüenza. Además, conozco a una chica que va a la guardería, madre soltera, que parece que el hijo que tiene es del Gerardo. A su mujer la tiene aterrada, se ha tirado a todas las secretarias. Si preguntáramos

en Fuenlabrada a quién le importaría que este tío la palme, no creo que más de una docena dijera que ellos lo sentirían. Y la mitad de esa docena, mentiría».

Atolondradas, así es como nos sentimos Cruz y yo cuando terminó de hablar la vieja Manuela. Era cierto que si había que escoger a alguien para ensayar, Gerardo el Tropa —hubo un tiempo en que pensé que ese era su apellido— tenía muchos claros y pocos oscuros para ser elegido. Un ángel recorrió la mesa mientras Cruz pensaba con un dedo apretando sus labios. Luego, murmuró en alto y pensativa que Gerardo va constantemente al ambulatorio, tiene una tos seca, varices y muy mala circulación. Y se quedó ensimismada.

Yo sé por qué, Cuaderno. Las tres nos quedamos mudas porque por unos segundos lo vimos claro, al alcance de nuestras manos. Cruz se levantó para ir a pagar y tardó más de lo debido. Se lo noté cuando regresó de la barra. Algo estaba mareando en su cabeza tras la conversación, pero salimos de la cafetería sin decir nada. A la puerta, entre la iglesia de San Esteban y la Casa de la Mujer, nos miramos entre las tres y nos dimos un abrazo callado, luego nos estrechamos la mano y acompañamos a LaManuela hasta la parada del autobús, que llegaba en ese momento.

Una vez que *ticó* y la vimos sentada por la ventanilla —eran tres paradas, pero estaba cansada y llegaba tarde a hacer la cena a sus nietos—, echamos a andar. Le dije a mi amiga que le compraba lo que pensaba por un billete de los de cien pesetas, de los de la morena apoyada en el cántaro. Tengo uno. Se echó a reír. «Gerardo el Tropa es un asiduo al ambulatorio, toma sintrón —eso que te pone la sangre más líquida—, porque tiene una trombosis venosa profunda y encima, continuamente se le descontrola, ya sea porque bebe mucho o porque, como ahora, hace semanas que arrastra una bronquitis. Muchas veces le pincho yo, porque la ATS está casi siempre desbordada y es nueva. Él tiene más confianza conmigo. Tasia, tengo fácil darle las gotas de digoxina en un vaso cuando termino de pincharle, porque me tomo con él un café de la máquina y echo un cigarro a la puerta; pero además soy conocida por mi empeño en que los viejos, más o menos, beban agua. Vamos, yo y los médicos, las auxiliaremos... Tenemos que darle vueltas, pero, con un poco de suerte, con la digoxina en un café o en el agua y según está estos días, me lo cepillo en un pis pas».

Ay, Cuaderno, solo se me escapó un «¡Joder!»; nos vamos a tener que retratar porque, en aquel momento, aquello tenía pinta de dejar de ser un juego. Me justifiqué contándome más sobre el tipo. Después de trapichear, cobrar comisiones, estafar y recalificar terrenos durante décadas y estar ahora

en la ruina —eso decía su exmujer—, dejar a gente en la calle porque no cotizó por ellos y estar en los juzgados por tres o cuatro cosas, ese hijo de puta todavía empuja y promueve los desahucios.

Hace poco que dejó de ser concejal por la salud, pero colocó a otro de su cuerda, así que presiona igual, a lo bestia, a los funcionarios y a algún poli que estuvo con él. Debe de tener muertos en el armario contra mucha gente. Después de tantos años... Es tan sinvergüenza que, pese a la cantidad de personal que le odia y al que ha hecho daño, aún va de chulo y tomando cubatas y *gins* por los cafés. Naturalmente, sigue comiendo en los sitios caros y no del menú del día, como todos. Es que hay cosas que a una le hierven la sangre. Los periódicos y las teles solo sacan a los canallas famosos, pero en cada ciudad o pueblo ha habido muchos que han mojado y logran irse de rositas. De eso también hablamos el día que estuve con los de Stop Desahucios y la amiga de Javier. Y sabía muy bien quién era el canalla de Gerardo el Trepa. Ella nos contó que estaba arruinado y le había dejado la mujer, pero aún le quedaba pasta para ir al puticlub del argelino, el que controla a las sudacas y a las negras. Ahora resultaba que aquel personaje, que cubría sobradamente todos los requisitos de nuestros estatutos, estaba en nuestras manos. Mejor en las manos de Cruz, que es una profesional.

Tras un largo silencio, en donde las dos supimos lo que estábamos pensando y valorando, nos dimos otro abrazo y las buenas noches porque ya habíamos llegado a la puerta de la estación de La Serna, hasta donde me había acompañado, metidas en nuestras cábalas. Así quedó sellado nuestro acuerdo, no hacían falta las palabras. Cada mochuelo a su olivo. Yo, desde luego, a Lavapiés. Ya no se me hace tan raro coger el cercanías también a las nueve de la noche para irme a dormir a mi refugio.

Sentada en el tren, mientras miraba las luces de la noche por la ventana del vagón, durante unos segundos me recorrió un escalofrío y me temblaron un poco las rodillas. Volví a repasar las circunstancias, a ponerme en situación y a vislumbrar que mi ensoñación puede hacerse realidad, pero aún me escudo en que no debe de ser tan fácil ni tan sencillo eso de la digoxina. Y además, el Trepa es una piraña y encima con los más humildes. Soy una ambiciosa porque me gustaría usar nuestra arma secreta, nuestra agua Tofana, con los auténticos tiburones, y Gerardo el Trepa era uno de los de la manada.

Qué suerte, Cuaderno. Han pasado semanas en las que he estado muy liada, pero ya puedo responder a una de las dudas que me quemaban una de las últimas veces que te escribí. Bel cumplió su palabra y, muy pocos días después de nuestro café, me llamó la jefa de la limpieza, la Seca pero justa, para decirme que subiera un momento a la zona del *spa*, que me estaban esperando. El corazón me dio un vuelco, porque inmediatamente lo relacioné con alguna gestión de Isabel. Allí estaba el tipo rubio y de músculos tan macizos que daba grima. Pensar que te podía estrujar con esos brazos y tener la sensación de que saldrías con el cuello y las costillas rotas era todo uno. Con él, detrás del mostrador, había otras dos chicas con uniforme *caféconleche*, la casaca abotonada hasta arriba con cuello a lo mao. Una de ellas era Bel. Me presentó al cachas solo con un: «Esta es Tasia, jefe. Yo solo te digo que te tumbes ahí dentro y te dejes dar un masaje facial y de hombros por su manos. Concédele dos minutos y te sentirás en el paraíso». Casi me desmayo allí mismo, en parte por lo cómico, porque al ritmo que íbamos con la operación mandar al Tropa a otra vida, no sabía Bel lo acertado de su afirmación, yo sí que podía enviar a alguien al paraíso. Pero el espasmo de carcajada nerviosa se me quedó en la garganta. Mi amiga estaba loca, mis manos aparecían un poco mejor cuidadas, pero seguían sin estar entrenadas. Aunque mis dedos ya se habían trajinado a Javier en los últimos tiempos, al que tenía entregado ya con mis habilidades táctiles, lo cual era una ventaja para hacer descansar las bucales. Es que no puedo seguir si no es metiendo una cuña de coña, Cuaderno, porque aun ahora me pongo nerviosa cuando recuerdo ese momento.

Bel se dio cuenta de mi estado de shock ante la idea de recuperar el manejo de mis dedos justo ante el tipo que podía devolverme al sitio que yo más deseaba, mi profesión; volver a trabajar con las caras de los demás, sobar con amor cada músculo del cuello y del rostro. En fin, es difícil de explicar para quien no siente lo que es transmitir un poco de tu alma a través de tus manos. No me quiero poner estupenda, que como diría la maestra Silda, eso se siente y se da con las yemas de tus dedos y el calor de la palma de tu mano, no se verborrea.

El tal Germán salió de detrás del mostrador para mirarme de arriba abajo y en ese momento di gracias a Dios por llevar la bata de la empresa, porque

todo se hubiera ido al traste si me llega a ver con los pantalones vaqueros comprados en los chinos y receñidos, que en cuanto me descuido y la camiseta larga se me sube, me marcan el chichi. Porque aunque he mejorado recuperando alguna cosa del fondo del armario de mi época de Argüelles y miro en internet páginas de moda, la verdad es que cuando voy a trabajar al Castle en los turnos de primera hora de la mañana, sigo vistiéndome en plan choni para no desentonar con las otras chicas, que o van de chonis o de marujas de toda la vida. Siento que canta mucho el hecho de que ya no tomo el tren desde La Serna nada más que en contadísimas mañanas, y es como si hubiera ascendido de categoría al tener otro sitio donde vivir en el mismo Atocha. Lo siento yo, vamos, que son mis comeduras de tarro, como dice la Juana, porque a ellas, cada una hundida en sus propias vidas repletas de problemas, se la sopla lo que yo haga o piense, pero yo mantengo que es mejor no hacer ostentación ni de la más mínima mejoría.

Que me enrolló como siempre, Cuaderno. Cuando Germán —a secas, ni don ni nada, solo Germán y de tú, me dijo para el trato, pero bien distante— me hubo revisado de pies a cabeza, me pidió que le mostrara mis manos y yo se las tendí con una temblequera que era imposible esconder. Sonrió al estilo Profidén y me murmuró un «Tranquila, que no muerdo», mientras les daba la vuelta para verme las palmas y examinar mis yemas de los dedos una a una. Con la cabeza que tengo, fue inevitable sentirme como esas yeguas viejas a las que levantan los belfos para mirarles la dentadura antes de decidir si van al matadero o se les concede la gracia de tirar del carro unos pocos años más.

«Tienes unos dedos hermosos, se ve que has trabajado con ellos. Las manos, alargadas, pese a lo estropeadas que están, aún parecen eso, manos de alguien que sabe algo. No sé, en los nudillos del corazón empiezas a tener artrosis, pero quizá eso se remedie». ¡La madre que le parió! Por un segundo, en el estado en que me encontraba cuando habló de los nudillos del corazón, pensé que había taladrado mi pobre pecho y necesité otros cuantos segundos para comprender que hablaba de mis dedos. Era verdad, en los nudillos del dedo índice y corazón empezaba a tener artrosis, estaban algo hinchados. Es herencia familiar y, aunque constantemente hago ejercicios de doblar y estirar, aprovechando cualquier momento, lo de fregar y andar todo el tiempo con detergentes y no siempre con guantes, no me había ayudado. Tensa como un cable de acero bajo los pies de un titiritero, le dije que sí, que tenía razón, y ya está. Sin más, ¿para qué iba a justificarme? Era un hecho y no tenía más que repasar los dedos que tenía entre sus manos.

Volvió a mirarme y me ordenó que le acompañara a la cabina. Bel y la otra chica, que habían presenciado la escena que había durado minutos, aunque a mí me habían parecido siglos, sonrieron al tiempo que mi amiga se volvía, tomaba un frasco de la estantería que había detrás de ella y un paño de hilo — no una toalla— y me los puso entre las manos, apretándome el brazo con mimo. El tipo entró en la cabina a medio iluminar, se tumbó boca arriba y me ordenó que empezase por la cara, con lo que supiese hacer. Murmuré los nervios que tenía y lo improvisado que era aquello, pero cuando abrió los ojos para mirarme, encogiendo los hombros, pensé que se iba a levantar y a largar. Dentro de mí saltó un resorte, respiré hondo, atenué aún más la luz, me di la vuelta buscando qué más elementos había en la cabina y de pronto reparé que las velas estaban encendidas, que olía a un aceite con maderas que me resultaba familiar; las toallas blancas colgadas sobre el toallero-radiador, la bandejita con el paño blanco de hilo, el vaso y la botella azul con la mejor agua, el lavabo con la pastilla de jabón natural para las manos y el hilo musical que esparcía el sonido de un arroyo de piedras limpias, blancas y cristalinas, todos los elementos me sumergieron en lo más profundo de mí misma, en otros tiempos felices.

Me lavé las manos despacio, las froté entre sí con un poco de colonia que hacía de desinfectante y envolví el pelo del rubio musculoso —era teñido y asomaban las raíces oscuras— en una toalla húmeda y templada. Del frasco que me había pasado Bel, me eché un par de gotas en las manos y el aroma del aceite me subió un nudo a la garganta. Llevaba cedro y azahar, además de las almendras o el aloe. El olor a las maderas de los árboles siempre me conmueve, pero es que aquel líquido que me transportaba a otros sitios era el mismo que utilizábamos en el salón de Silda. Mis ojos se humedecieron mientras ponía mis dedos sobre el rostro bronceado de aquel tipo y me olvidé de quién era. En aquella cara bien afeitada, seguramente llena de loción tan solo un par de horas antes, vertí toda la añoranza, pasión, dulzura y energía que llevaba guardadas desde hacía casi seis años, el tiempo que había pasado desde que no pisaba una cabina, un rincón de sosiego donde el alma pudiera disfrutar.

Estiré mis manos y me las miré despacio. Como suele ocurrir en las circunstancias más extrañas, tuve un pensamiento ridículo, me encontré dando gracias a la vida por tener que masajear a aquel hombre en el rostro y no en el cuerpo, de forma que no tendría que usar la recomendación de Silda: «Cuando deis un masaje a un hombre y veáis que se le empina, habladle de la muerte.

Por ejemplo, preguntadle por su persona más querida que haya perdido la vida, como si fuera una terapia. Pensar en la muerte hace que el pito se les afloje en un segundo». Creo que hasta esbocé una sonrisa, mientras mis dedos bajaron de la frente a las sienes. Luego se deslizaron por las mejillas, con especial mimo y cuidado sobre el entrecejo y los párpados. Los dejé hacer y, poco a poco, ellos me llevaron a mí, acompañados por el ruido del agua que se filtraba a través del hilo musical. No sé muy bien cuánto tiempo estuve, solo que sentí que las facciones y los hombros de aquel cuerpo se habían entregado a mis dedos. Había ganado la partida, lo reconociera él o no. Percibí cuándo debía parar tras darle los golpecitos en la papada, retirar la toalla de la cabeza y acabar con el masaje de la nuca a las sienes y al ojo de Dios.

Cuando terminé, el tal Germán se sentó en la camilla. No llegó a ponerse boca abajo para que le sobara la espalda y yo pensé que hasta ahí había llegado mi aventura, mi regreso al buen pasado. Con todo, me dio tiempo para acercarle el vaso de agua fría preceptivo, como si el masaje hubiera durado una hora. Me miró muy serio y simplemente me dijo: «Quedas contratada. Como dice Bel, eres una meiga o una anjana que decimos los de Cantabria. Ellas te dirán las condiciones. Cuando te incorpores, no quiero problemas con la empresa de limpieza, aunque sé que no tendrán jaleo para sustituirte. Bienvenida a la mejor compañía de España que se ocupa del bienestar del cuerpo en toda su extensión. Ahora depende de ti. Tus años no juegan a tu favor, sí tu experiencia». Para entonces, ya lanzaba esas palabras desde la puerta de la cabina. Solo pude murmurar un gracias y me quedé recostada en la pared, pensando de refilón qué sería aquello del bienestar del cuerpo en toda su extensión. Segundos después —o minutos, no lo sé—, entró Bel, me abrazó muy fuerte, escondí mi rostro en su cuello dándole las gracias y solté unos sollozos de felicidad que no recordaba desde hacía mucho tiempo. Subía otro peldaño para la salida del infierno, pero también para cumplir mi misión con las asesinas buenas. Mi misión secreta.

Desde aquel *spa*, lugar de tronío en una de las torres más lujosas de Madrid y adonde precisamente acudían las damas —y a veces «damas», como pude comprobar pronto— cuyos maridos detentaban el poder y manejaban nuestro futuro como las marionetas que somos, podía aprender muchas, pero muchísimas cosas, y llegar muy lejos en nuestra cruzada contra los indeseables de todas las especies. Mi imaginación cabalgaba más rápido aún que en los viejos tiempos. Al recuperar mi viejo oficio quizá recobrará también a alguna

de mis antiguas clientas, tal y como me había sugerido Bel. Ella las atendía en el Castle o se trasladaba a sus casoplones y sin dar abasto. Porque a las grandes señoras, las de verdad, lo de las crisis les caía lejos, de oídas o de refilón. Entre esas grandes quedaban unas cuantas que apreciaban mis manos, me había recordado Bel, y eran las mujeres de los de muy, pero que muy arriba. Pero esa ensoñación no se la podía contar, por ahora, ni a Cruz ni a LaManuela. Era solo una mínima posibilidad fruto de mi cabeza llena de jilgueros.

Estimado Cuaderno de mi vida, mi confesor, mi máspreciado secreto, te he tenido abandonado y te he echado de menos, aunque no tanto como al Amante y a mi Tasio. Pero he tenido muy buenas razones para tal abandono. Ya no tengo tanto tiempo para escribirte, ni a diario ni siquiera cada semana, porque necesito más de una hora de soledad para entrar en los detalles buenos contigo, y te aseguro que tengo muchos. Historias que ni tú mismo, que me recoges y guardas todo lo que te cuento, serías capaz de imaginar. Solo me ha dado tiempo a repasar la última entrada de apuntes que te hice después de los del masaje a Germán el Guaperas. No te acordarás, aunque está sobre tus hojas blancas, pero ahí ya te clavé que Gerardo el Trepas nos tenía muy ocupadas y así ha sido. Tan ocupadas nos ha tenido que menos mal que al final ha decidido palmarla como debía, porque el desasosiego y el riesgo nos tenían atacadas a las tres.

Ayer mismo vino de su entierro el hijo de LaManuela, uno de los pobres diablos a los que el Trepas había puteado en su vida. Ni cotizó por él ni le entregó el piso que le había prometido en la penúltima promoción, porque de acuerdo con el banco, no le dieron el cien por cien de la hipoteca, pese a que el cabrón del Trepas le había dicho que la marca de la inmobiliaria era un aval en sí mismo ante ese banco. O algo así. El caso es que el chico se quedó en la calle, sin paro..., en fin, como la mayoría de los ocho mochuelos de LaManuela, que hay que ver qué mala suerte tienen esos chavales y qué ingenuos son. Ahí la vieja, tan ocupada en llevarles de comer de pequeños, ha fallado a la hora de ponerles luces de aviso en el coco.

Que me enrollo, Cuaderno, y tengo que contarte la aventura del Trepas, que me apetece un huevo escribírtela, a ver si soy capaz de transmitirte todos los detalles, como en un cuento. Así que me pongo en modo cuento, que me sale mejor.

Había una vez una enfermera que se llamaba Cruz, que era mi amiga y la de LaManuela, con la que montamos una pandilla secreta de asesinas para matar a los cabrones y canallas. Aunque eso ya te lo sabes, te lo añado para que recuperes la memoria. Después de reuniones y formada la banda, teníamos que encontrar a la primera víctima y nos parecía complicado, pero ¡qué va! La

casualidad vino en nuestra ayuda o, como dice LaManuela, la Virgen de Argeme, que es guerrera y va con las mujeres. No sé yo de dónde ha sacado esa creencia, pero la tal virgen es extremeña.

Uno de nuestros personajes soñados, de los más indeseables de todo Fuenlabrada, si no el que más —compite con un director de caja de ahorros que ha estafado a todos los viejitos—, cayó en nuestras manos, porque iba muchos días al ambulatorio. El muy gilipollas estaba fatal de la sangre, del colesterol y no sé de cuántas cosas más. Parte por lo que dan los años, parte por lo que dan los caños de alcohol de los que tanto ha mamado. Bebía como un cosaco y fumaba puros, lo normal en estos fantoches sinvergüenzas. Como esperábamos, un día Cruz nos avisó de que esa mañana, martes, había pinchado al Trepa porque tenía los bronquios muy cogidos y luego le había dado un vaso de agua con gotas de digoxina, nuestro elixir secreto para enviarlos al otro barrio en circunstancias sencillas, con cuadros médicos como el de este. El tipo se marchó y quedó citado para el día siguiente, así que Cruz nos dijo a LaManuela y a mí que estuviéramos ese jueves a la misma hora en el ambulatorio, porque la promesa era que para la primera víctima teníamos que participar las tres. Habíamos acordado que, si podíamos, en todos los casos las tres tendríamos una misión, para estar implicadas a la vez. No me preguntes por qué exactamente, pero lo propuse quizá para defendernos en caso de que una se echara atrás en algún momento.

Estaba fácil. LaManuela tenía que ir a tomarse la tensión, y eso podía hacerlo después de dejar a los nietos en el cole y de hacer la compra. Yo volvía del hotel sobre la una, porque pedí cita a Irene la médica para que me revisara las pastillas de dormir. No podía dejar el Orfidal de golpe, pero es que como ya duermo casi siempre aquí, en nuestro cuarto embrujado de Lavapiés, no puedo tomarme un Orfidal entero. Si lo hago, ronco que parece que hay una fiera en la cama al lado de mi Javier. Bueno, este rollo da igual, porque la médico Irene —gracias a la cuál tú y yo empezamos este idilio, Cuaderno, y ya vamos a por el tercero— me recibe para cualquier cosa, que para eso es amiga, tanto mía como de Cruz.

Total, que era un miércoles por la mañana y LaManuela estaba sentada en la puerta de la enfermera que toma la tensión, hablando con otro vecino —ella conoce a todo cristo—. Cruz fuera, porque echaba una mano a la ATS al estar desbordado el ambulatorio, y yo enfrente, en la fila de sillas que hay al pie del despacho donde reza el nombre de Irene como doctora por la mañana y de otro, que no sé quién es, por la tarde. Las tres nos habíamos visto ya, nos

habíamos saludado como si tal cosa —lo acordado y natural— y estábamos lejos unas de otras, pero nos veíamos. Era la misma planta. Cuando en esto, ¡zas!, poco antes de la una y media se abrió la puerta y entró el Trepa, fue directo a la ventanilla, cogió un número enseñando la tarjeta y diciendo que venía a ver a la enfermera Cruz, y yo creo que LaManuela se puso un poco pálida, pero vi que se levantaba de la silla y le decía al vecino que iba a saludar a Gerardo, que no tenía buena pinta y hacía tiempo que no le veía. Como la sala es grande y ella habla alto, se oye todo. Además, ese día mis sentidos estaban como si me hubiera metido un Sumial. El hombre que estaba a su lado, otro desgraciado, cincuentón y parado, de pantalón de chándal con raya blanca y deportivas comidas, ni le respondió e incluso la miró con un poco de desprecio, pensé yo. O sea que sabía quién era el pájaro.

Pese al vuelco que me dio el estómago y sin perder la conversación con la que tenía a mi lado, observé por el rabillo del ojo como LaManuela se plantaba ante el Trepa, le palmeaba el brazo, le preguntaba que qué tal estaba, que qué hacía allí. Él tardó unos segundos en reconocerla, hasta que sonrió con dientes amarillos y le preguntó por su hijo. «Pues ya ves, ahí anda, como no cotizaste por él, haciendo lo que puede, sobre todo comerse los mocos en mi casa, él, su mujer y sus niños, pero con estos tiempos tan malos...». El remate de LaManuela, con los tiempos tan malos en acento extremeño, tranquilizó de inmediato al sinvergüenza, que se dio cuenta de que no le iban a echar más cosas en cara. Con eso y nada más, se fue a sentar a la puerta de Cruz y preguntó por los números. Vi como la vieja volvía a su sitio y, aunque ya le tocaba entrar a la tensión, cedía su puesto al hombre que no podía ocultar el gesto de disgusto desde que había saludado al Trepa. Me miró de frente, le sostuve la mirada un segundo, pero yo seguí enfrascada en la charla sobre los niños con la que iba a entrar a ver a la médico Irene delante de mí.

En esto, Cruz pidió a la mujer que salía de la consulta de las enfermeras de pinchazos y análisis que dejara la puerta abierta, que eran los días de calefacción muy alta y hacía calor. Salió a por un café a la máquina, saludó a Gerardo y, mientras, su compañera metió a otro hombre en el cuarto, de forma que ella al volver de la máquina le dijo al Trepa que entrara y solo entornara la puerta. Y allí, con un par de ovarios, le puso la inyección delante del otro hombre y de su compañera ATS, inclinado sobre la camilla mientras hablaba al otro que se subía ya el pantalón y se abrochaba el cinto; después les ofreció un vaso de agua a ambos, al tiempo que pedía a su compañera que le fuera a buscar un azúcar que se había dejado, y vertió más de la mitad del frasco de

digoxina para niños en el vaso del Trepa. Ay, Señor, qué cague, ¿y si se hubiera equivocado de vaso?, le preguntamos nosotras dos esta mañana en el café. Era imposible, porque primero le dio el vaso de agua al que había pinchado su amiga y luego cogió otro vaso blanco de plástico que tenía aparte, con las gotas ya en el fondo, y se lo enchufó con mucho mimo a Gerardo. «¡Qué majas son estas tías!», le dijo el que se iba al Trepa, que se quedó unos segundos abrochándose la camisa mientras asentía.

Cuando salió, yo me puse de pie para ir hacia los baños y verle de cerca, y parecía estar bien. Pero en eso, Irene la médica abrió la puerta y pronunció mi nombre. Fue LaManuela, que ya había salido de tomarse la tensión, quien se echó con él a la calle, como si llevara el mismo camino, y le preguntó que adónde iba. El otro le dijo que hacia la avenida, a ver una oficina, y LaManuela que al Día, que estaba justo enfrente.

No te lo creerás, Cuaderno, pero no habían dado ni veinte pasos cuando el Trepa se recostó con una mano en el pecho y la respiración acelerada. Estaban cerca de un parque que hay por debajo del ambulatorio, donde no pasaba mucha gente. La vieja le dijo: «Vamos a sentarnos, por si no te encuentras bien». El tipo fue a sacar el móvil, pero LaManuela, temiendo que llamara a alguien y vinieran a recogerle —«Le estaba dando una angina de pecho, de eso me daba cuenta yo, que ya he visto morir a unos pocos», nos ha dicho esta mañana—, le agarró del brazo con un «No te pongas nervioso, hombre, vamos a sentarnos aquí, al banquito». «Que no, que no. Llame usted al médico, que estoy muy malito». «Vale, pero siéntate aquí, hombre, que ahora vuelvo al ambulatorio, lo mismo es un poco de fatiga del *constipao* ese». A rastras casi, le llevó al banco y esperó, mientras el hombre se llevaba la mano al centro del pecho, se ahogaba y le pedía que llamara por teléfono o fuera al ambulatorio —«No te pongas nervioso, que no te entiendo. Esa fatiga enseguida se pasa»—, y no le dejaba meter la mano en el bolsillo para sacar el teléfono; solo cuando vio que el tipo tenía *regorguijos* o como se llame, se apresuró un poco a salir a la acera y parar a otra mujer mayor que pasaba: «Mire, haga el favor, quédese un momento con este señor, que parece muy malito, que voy corriendo al ambulatorio». Cuando el médico de guardia de ese día bajó al trote detrás de LaManuela, seguido de Cruz y otra enfermera, el Trepa la había palmado, y pese a los esfuerzos del médico y las dos ayudantes por masajearle el corazón y golpearle hasta partirle las costillas, allí mismo se quedó. No le encontraron el corazón porque no lo tenía, estaba claro.

Yo misma, junto con los otros que había en las salas de espera y el resto del

personal del centro llegamos a tiempo de ver la escena; ni Cruz, ni LaManuela ni yo nos juntamos ni una vez; yo me fui para mi casa, tan pancha y, por qué no decirlo, feliz y asombrada de lo fácil que había sido todo. Solo nos hemos visto hoy para merendar, ni siquiera hemos hablado por teléfono nada más que para citarnos. El mismo médico al que le tocaba guardia ese día hizo el parte del infarto de miocardio y ayer le enterraron. Como dice LaManuela, ni siquiera sabemos si le hemos matado nosotras o le hemos ayudado un poquito nada más, una con las gotas, otra con sus piernas lentas para llegar a avisar al ambulatorio, que ya está vieja para correr por las aceras. Y yo, la que menos he hecho, ya me he convertido en cómplice o encubridora, como se dice en los sucesos y las telenovelas cuando hay crímenes. Pero tendré que hacer algo más, tengo mala conciencia. Yo promuevo la pandilla y en la primera operación me toca la parte más fácil, la de mirar que todo está en orden.

No sé si estamos en nuestro sano juicio, Cuaderno, pero nos lo hemos pasado bien y no tenemos miedo. LaManuela nos ha dado la crónica del entierro, por cierto, que su tumba está al fondo, porque ha dicho el hijo que le pondrán una lápida como corresponde a un personaje tan grande. Tengo curiosidad por ver qué frase le dedica su familia. Nos ha contado la poca gente que había ido al entierro, la exmujer —no había terminado de divorciarse aún—, los hijos, que los tres viven fuera de Fuenlabrada por vergüenza desde que a su padre le metieron algunas denuncias por los juzgados, pero siguen yendo bien vestidos y arreglados, se nota que estudian o así, dice LaManuela. Y lo más importante para nosotras, aunque para sorpresa y cabreo de la vieja al contárselo su hijo, también estaban el director de la sucursal del banco y el de la caja, el uno culpable y comisionista y el otro uno de los que más engañó colocando las preferentes, que se me llevan los diablos cada vez que pienso en los padres de Javier, la pobre gente, y su hermana allí sola, en Cades, enferma y con problemas para pagar la medicación.

Hemos desayunado juntas porque hoy es domingo, día de misa en la iglesia, y LaManuela se ha metido a la de doce como manda su tradición. Mientras, Cruz y yo nos hemos ido al mercadillo a comprarnos bragas y sujetadores, que hay unos gitanos que los traen de marcas de verdad y a mí ahora, con mi Javier, me apetece ponerme bragas altas y transparentes, pero bonitas, con ligeros negros de los de las películas de Sofía Loren. A Cruz también le encantan los trapos, especialmente las camisetas anchas con dos largos que

ahora se llevan tanto; es alta y bien parecida, más flaca que yo y todo le queda bien. No sé, ya te he contado que tiene algo.

Nos lo hemos pasado estupendo. Luego he llamado a mi Ana y a su novio, por si estaban por allí. Me he venido arriba y hasta he pensado que lo mismo el novio y ella querían pasar por la terraza donde estaba yo —estas ya se iban— a tomar algo. Soy una ingenua, no ha venido, faltaría más, pero al menos me ha cogido el teléfono y me ha dicho que se iban ya a comer... Me he ido a casa, algo mareada por un par de cañas y deseando que el Amante llegue, que hoy tenía turno de ocho a cuatro. Nos da para un buen polvete, película de domingo tarde en la cama y cenar en el Taj Mahal. Le invitaré yo en nombre de la sociedad secreta de estas grandes justicieras. Sin que nadie se entere, hemos pasado a la historia que no se escribe, excepto en estos cuadernos de colegio. Un beso, confesor, ¿te ha gustado mi historia? Ya llega Javier y son casi las seis, ha debido de tener mucha gente en el Solvoretta.



Tercer
cuaderno

Lo reconozco, Cuaderno, me encanta la idea de guardar el secreto de la banda de las buenas asesinas en una cripta de cementerio, como cuando leía con mis hijos las aventuras de los Cinco o los libros de misterio de la biblioteca de las monjas. Todas las historias que recuerdo que me dan miedo, mucho miedo y mucha felicidad por darme miedo, tienen algo que ver con los cementerios y las tumbas. No te he contado que de pequeña mi casa estaba cerca de un cementerio —el pueblo era muy chico también, así que era inevitable ver la puerta desvencijada desde mi ventana. Era siniestra, atada con una cadena siempre holgada por donde yo pensaba que cabían los muertos y coronada por una enorme cruz renegrada—. Siempre veíamos *Historias para no dormir*, de Ibáñez Serrador, en la tele de una vecina. Una vez, una de esas historias transcurría en un camposanto y era sobre un traperero y su mujer borracha, y en el cementerio aparecían tumbas profanadas. Aunque yo ya no era una niña, fue horrible volver a casa, apenas dos puertas por debajo, porque mi padre —no te he dicho que se llamaba Damián— era chamarilero, de los buenos, que te quede claro que tenía ojo para las buenas piezas antiguas y de maderas nobles; y yo no hice más que asimilar la historia del traperero, su madre y su hijo alcohólico con la de mi familia, aunque si mi madre hubiera sabido que llegaba a compararles con los traperos, del bofetón me deja haciendo eses. Mi padre era un gran tipo, trabajador, y lo de la chamarilería lo heredó de su padre también. Era un sabio. Ahora, cuando tantas veces salta lo de la corrupción que me da náuseas, recuerdo lo que decía en sus últimos años. Cuando se oía que a Pablo y a mí se nos iban las cosas de las manos y surgía tanto ladrón, él siempre repetía: «Para que no haya chorizos, el dinero debería ser como los ajos, para el año». Le encantaba su huerta, tenía unas manos para todo... Ay, se me escapa una lágrima. Si es que hace tan poco que murió. Vuelvo a lo que iba.

Sea por las historias para no dormir o por los tebeos y libros donde aparecen lápidas y profundas criptas debajo de los suelos de iglesias con pasadizos secretos, yo tenía verdadera necesidad de que nuestra banda tuviera algo que ver con un cementerio y una tumba. Pensé que escribir unas normas para las tres y encerrar nuestros estatutos en el sepulcro de un panteón era como poner el sello de lacre rojo a nuestro pacto a fuego y muerte, como las Tofanas y sus seguidoras. Y más aún después de haber tenido éxito con

Gerardo el Trepá. De acuerdo con nuestro pacto, se lo debía a mis socias para hacerme cómplice de verdad.

Lo sé, Cuaderno, fantaseo. Dice Cruz que veo demasiado *Águila Roja e Isabel*, que es más sano *La que se avecina* o *Aquí no hay quien viva*, lo que ve LaManuela. Pero solo porque nuestras escrituras estaban hechas en ordenador y no en papel amarillento, envejecido por el tiempo, no iba a quitar cuento al asunto. Decidí darle el toque definitivo al llevarlas a imprimir en cartulina color crema a una tienda de multicopias que hay en Atocha. Me lo he pasado pipa con el ritual, incluso les he quemado un poco los bordes con un mechero. Es como echar a andar otra parte de la historia, hacerla más verdadera.

Claro está que he tenido que incluir otra cartulina amarillenta, donde con el mechero he dibujado un 1-G, dando el toque misterioso. El primero, Gerardo, y se lo he enseñado a las chicas que me han mirado meneando la cabeza, como si estuviera un poco chaveta. Murmuraban que mira que si lo pierdo y nos pillan por una bobada mía, con lo bien que va todo. Pero no he hecho caso y me he ido a cumplir con mi misión, una vez que había localizado el lugar que me parecía más interesante para nuestro secreto.

Esa búsqueda del sitio apropiado en el cementerio fue menos solemne de lo que me hubiera gustado. Como era de suponer, ni la iglesia de San Esteban ni la ermita del Cristo de las Lluvias, que a mí tanto me sugiere, disponían de una cripta como la que yo había imaginado, aunque fuera sin murciélagos, pero con un sótano con algún cura o alguna monja asesinados por algún rojo malo. No me desanimé, los tiempos que vivo son estos, y encontrar el hueco siniestro para nuestros estatutos era como fichar un amuleto de la buena suerte, por eso dediqué muchos ratos a recorrer los pequeños panteones con alguna puerta de hierro, fácil de quitar la cadena; o las tumbas monumentales, con ángeles grandes o con Dios pisando la bola del mundo, inclinado sobre un enorme sepulcro, donde se adivina que hay varios miembros de una familia. Me pone mucho esa estatua de Dios barbudo que estira el brazo sobre las lápidas, invitándoles a levantarse de la tumba con su mano y de allí a los cielos en cualquier momento.

Como siempre, yo me propongo y el destino dispone. Al segundo día de estar dando el paseo entre las tumbas más llamativas —en realidad, había ido también a cotillear si habían puesto la lápida ya a Gerardo el Trepá—, sobre

las dos y media, hora sagrada de la comida nacional y, por tanto, momento poco probable para tropezarme con más de una persona en el cementerio, encontré lo que buscaba. O más bien, la señal me encontró a mí. En ese cementerio donde abundan los nichos y cada vez menos tumbas —siempre son más caras y solo los muy viejos del pueblo tenían una tumba pagada desde hace décadas—, dar con algo que mereciera la pena no era fácil, y no lo digo por ponerme méritos. Hay tumbas nuevas, llamativas, de mármoles brillantes, bien pulidos, grandilocuentes, Vírgenes y Cristos del Sagrado Corazón muy plateados —parecen de los nuevos ricos de los últimos años—, pero poca cosa de toque algo antiguo y romántico.

Cuando ya desesperaba, ¡zas!, en el rincón que más me gusta, de la parte más vieja, encontré la señal. Un ángel casi del tamaño de una persona, con las alas abiertas y un brazo levantado hacia el cielo, los pliegues del ropaje como si fueran de tela. Me recordó al ángel que compré para coronar el árbol de la primera Navidad en nuestro chalé *adobadito*, que tenía traje de tela de raso blanco de verdad y manto azul, cabello largo y dorado. En fin, que este que tenía delante se da un aire y apoya los pies sobre una nube que rodea la tumba. Es de un mármol o granito antiguo, porque está amarillento y con líquenes resecos, que bajo el sol inclemente de Fuenlabrada no hay musgo que resista. Me quedé fascinada, la estatua también me recordaba a cuando en el colegio nos disfrazaban de ángeles, aunque a mí nunca me tocaba porque no tenía el pelo rubio. Siempre fui de pastorcita.

Repasé bien los bordes de la sepultura, los pliegues del faldón de la estatua, las fechas de los enterrados. Había al menos cuatro nombres, el último de 1949 y desde entonces la lápida no se ha movido. Las letras, grabadas en la piedra que era de granito (el ángel me parece de mármol), están muy guarrindongas. Hace años y años que nadie ha pasado a lavar esa tumba. Fui feliz al descubrir que, entre los restos de la nube que envuelve la lápida, había un par de aberturas que dan para meter nuestro acuerdo. He comprado un sobre de plástico azul más pequeño, de los que se cierran bien, hermético. Y otro de un tamaño un poco más grande, idéntico, en rojo. Iba a hacer como con las muñecas rusas esas, meterlo en diferentes sobres de diferentes tamaños, pero me es imposible luego doblarlo y abulta.

Debo confesarte, que el hecho de que un ángel guarde nuestro escondite me da morbo, aunque sé que LaManuela no lo aprobará por eso de no tentar a Dios, pero yo —tras charlar con Nazma y conocer algo de las diosas de la India— estoy segura de que hay una diosa que nos va a proteger en todo esto y

el ángel tiene cara de mujer. Estaba yo perdida en estas meditaciones, buscando los recovecos de mi particular mausoleo para las buenas asesinas, cuando al llegar a los pies de la tumba observé que está rematada por una esculturita en bronce, un pez que parece un besugo que tiene la boca abierta, a modo de florero. Está tan oxidado y viejo que me pareció una señal. El pez apoya la mitad de la cola sobre la sepultura y la otra mitad se incorpora como para coger aire y meter un ramito de flores. En los chinos he visto algunas figuras de cristal así, de esas que antes se llevaban. No me atreví a meter la mano, por si había un bicho dentro —alguna culebra podía haber anidado allí—, así que busqué un palo entre las tumbas para ver cómo era de profundo. ¡Dios! Hasta me emocioné. Nuestro sobre de plástico, enrollado bien y con el par de folios de nuestras escrituras dentro y la hoja amarillenta con la señal del primer éxito, 1-G, caben perfectamente. Y encima, es fácil de sacar con unas tijeras-pinza de cocina en cuanto lo necesitemos.

Me pareció mejor escondite aún que las ranuras entre la tapa de la sepultura y la nube que la sustenta. Incluso con un punto de emoción en la boca del estómago, repasé bien el sitio donde está la tumba, para llevar a Cruz y a LaManuela. Hacía frío y ya eran casi las tres y media, así que hice el camino desde la entrada principal del cementerio hasta la tumba un par de veces, y por diferentes sitios, para marcarme en el coco las posibilidades. Y te digo, que ese es el lugar clave, que el destino lo ha puesto ante mí. Te cuento el porqué. Al segundo paseo apareció ante mis ojos otra señal. Volvía zigzagueando entre cruces, cuando me llamó la atención una lápida de granito gris y negra en la que aparecía una pegatina blanca bien adherida con cola. Estaba repasada con pincel de cola transparente, diría que hasta con mimo y saña. Me acerqué a ver qué decía —mi puñetera vista cansada no para de aumentar, aunque estaba en mayúsculas—, pensando en una oración hermosa, una despedida de amor, no sé... Pero lo que ponía literalmente en el cartelito bien pegado, con letras de imprenta mayúsculas y negras era: «MARÍA. EN VIDA, UNA VÍBORA; DE MUERTA, UN DEMONIO». Te lo escribo así, en mayúsculas, que es como está sobre la tumba. Lo tuve que leer tres veces para asimilarlo, hasta que me entró tal ataque de risa que se me escapaban las gotas pese al salvaslip a lo Concha Velasco que a veces me pongo. Me tuve que sentar en el borde de la tumba, doblada de las carcajadas, y tuve que simular un ataque de llantina cuando vi a lo lejos que se aproximaba uno de los hombres del cementerio con una carretilla. No me parecía correcto que me viera doblada de risa en un sitio así.

Tras tranquilizarme y mirar el nombre completo de la tal María Víbora, tuve

la suficiente lucidez para pensar que ni Cruz ni LaManuela me iban a creer, así que tiré de móvil e hice la foto, de cerca, de lejos, palabra a palabra. ¡Ay! Cuánto echo de menos a mi Tasio, que me completó el curso de informática e internet de los servicios sociales del ayuntamiento, dándome caña con el manejo del móvil. Mañana, en cuanto hable con él por el skype, se lo voy a contar, porque no se lo va a creer. Eso es lo que les ha pasado a mis socias, que si no es por la foto, no me creen.

Pero, de paso, también me ha caído un buen chorreo de Cruz. Debo decir que el primer chorro de nuestra sociedad, cuando le he contado lo bien que lo he pasado en el cementerio y mis descubrimientos o pesquisas, como me gusta llamarlas. Se ha puesto seria —estábamos echando su pito en el café de enfrente del ambulatorio al final de la mañana— y me ha soltado que eso de las escrituras en el cementerio o en cualquier otro sitio es una gilipollez y hasta peligroso. Y más. Que parece propio de una adolescente inmadura y que empieza a pensar si no es una fuga hacia adelante o el deseo de que nos pillen incluso. Lo de seguir fantaseando con que esto es un juego se acabó desde el momento en que ella vertió las gotas en el vaso del Tropa. He intentado defenderme con que era para implicarme más, que me sentía como la que menos había hecho, pero no ha colado. «Déjate de chorradas, Tasia, lo que hemos empezado nos dará oportunidades sobradas para implicarnos las tres. No se trata de quién hace más y qué, sino de cómo vengan las cosas».

Llevo mucho rato escribiendo lo de la tumba y la regañina de Cruz y se me olvidan los otros acontecimientos, pero es que me lo pasé tan bien ese mediodía en el cementerio... Parece que fue hace mucho tiempo, y sin embargo solo han sido unos días. Es que hoy tengo tiempo para contarlo todo. Libro y estoy en nuestro cuarto de Lavapiés. Doña Rosa y yo —la viuda de la pensión, que ya me han cotilleado que no es viuda y antes tenía otra casa para *putis*— ya hemos intimado un poco, gracias a nuestra mutua simpatía por Nazma, sus inciensos y sus trapos, además de por las mellizas. Me deja calentarme la leche y traerme el descafeinado a la habitación, una vez que mi Javier se ha ido a las seis al hotel. Hoy tiene turno de desayunos y me encantan estos ratos aquí, arropada hasta la cintura y escribiendo encima del libro gordo. Deben de ser casi las diez, y de la calle suben todos los olores de los desayunos picantes y raros de los indios y los senegaleses, junto con el del pan que ha entrado antes, cuando Javier se ha despertado y ha abierto la ventana

para ver si llovía y cuánto frío hace.

Ya no echamos un polvo por la mañana, porque los dos tenemos asumida la edad y yo lo agradezco, aunque sí que me gusta el de media mañana, cuando regresa del turno de noche y he tenido tiempo de ducharme y lavarme los dientes. Es que para los polvos madrugadores hay que tener mucho estómago —literal, con el aliento que echamos— o ser muy jóvenes.

Pero cuando llega a mitad de la mañana o como hoy, después de comer, me encanta sacar toda la parafernalia de lubricantes de sabores que tengo —ahora los venden en todos los sitios— y pringarme bien, mientras me mira despatarrada en la cama y él se ducha con la puerta abierta. Nos partimos de risa, y esto no lo hubiera hecho nunca antes, ni de novia ni de esposa. Los años tienen sus ventajas. Te cuento estas cosas porque me sirven para curarme de la parte más oscura, de la última brutalidad del cabrón que estuvo a punto de destrozarme la vida de nuevo. Ahora soy capaz de hacer el amor otra vez, aunque creo que ya te conté que le eché imaginación con el Amante, para evitar durante semanas, primero, hacer el amor y, luego, la penetración. Pero ya estoy curada, al menos físicamente. Me sigue dando miedo ir al chalé si la Juana no viene. Y de mi hija no sé mucho, sigue allí, en casa con su padre, según me cuenta cuando hablamos. Desde el día que la llamé y no quiso venir a tomar la caña, solo nos hemos cruzado una vez en casa y allí dentro parece otra, aunque nos guasapeamos para hablar de recibos y de cosas de su hermano Tasio, que desde lejos intenta mantenernos unidas. Me ronda por la cabeza hablar con ella sobre qué es lo que vio, pero le tengo miedo. ¿Y si se lo cuenta algún día a Tasio, si es que no se lo ha contado ya? No, no se lo ha dicho nunca porque mi hijo me lo hubiera echado en cara, no se hubiera callado ni tendría tanta amargura contra su padre. No, si al final voy a tener que agradecer a Analidia que se haya quedado callada durante estos años. Supongo que debió de ser para ella algo así como un trauma y tampoco sé bien qué interpretó, qué adivinó cada vez que fuimos a buscarla al cole en el coche de la autoescuela para disimular.

Bueno, que estoy muy a gusto, pero que me tengo que duchar y mover el trasero. Bajo a ver a Nazma, espero a Javier en el indio del menú a nueve euros —seis si es plato único— y luego polvete. Por la tarde he quedado con las chicas en el oratorio de San Felipe Neri, en plena Gran Vía. Cruz sale del ambulatorio a las tres y se trae a LaManuela a Madrid, que hace años que no echa un vistazo a la Gran Vía y va a alucinar. El oratorio ese está en un lugar estupendo, entre un hotel monísimo y cerca de los H&M y los Zara. Otro día

pienso llevarla al metro de Begoña, para que vea donde curro y comprenda lo que sentí el primer día que me embarqué de La Serna al Castle. ¡Ahora me parece tan lejano! Y, sin embargo, solo han transcurrido unos meses. Intensos, duros, pero vividos. ¡Estoy viva, he resucitado! Tengo que dejar de pensar solo en mí, aunque hace tan poco tiempo que lo hago que, como no estoy acostumbrada, a veces me doy vergüenza por hacerme egoísta.

En fin, que esta tarde les tengo que contar a las chicas cómo me ha ido durante mi primera semana —fin de semana incluido— en mi nuevo trabajo. En el *spa* he tratado hasta a una jequesa y han vuelto a verme dos viejas clientas muy queridas por mí en los mejores tiempos.

Que me voy, Tasia, que muevas el trasero ya. ¡A la ducha!

Hola, Cuaderno. Cuando se murió mi abuela, que para mí fue una persona muy importante, mi madre me contó que las cosas no eran así, que la muerte no te lleva del todo mientras alguien aquí abajo tenga un recuerdo tuyo. Me decía: «Tú seguirás estando aquí y a la abuela no la vas a olvidar nunca, fíjate si le queda vida por delante». Era una chorrada, pero ese pensamiento fue un consuelo para una adolescente descontenta y triste. Traigo esta historia a colación porque pese al dicho de mi madre, mis fantasías y a los muchos años que dediqué a mi trabajo antes de entrar en el calvario, nunca tuve la suficiente imaginación para mirar a mis clientas como personas que guardarían un recuerdo de mí durante su vida. Es más, debo confesarte que, como la mayoría eran ricas, frívolas y otras cosas que ahora no escribo porque estoy en un momento dulce, jamás me importó saber si cuando dejara de verlas por cualquier circunstancia, me recordarían o no. En la cabina, mis manos y mis dedos les daban lo mejor de mí, pero yo disfrutaba tanto como ellas, y ya está. Nunca esperé nada más. Ah, sí, que compraran las cremas que yo les recomendaba —en La Maison Silda llevaba comisión— y que nos hicieran propaganda fuera, el boca a boca que es, al final, lo que cuenta.

Pues bien, debo de escribirte, Cuaderno, que estoy contenta, pero mucho. Desde que Germán el Guaperas me devolvió a la cabina, mi vida ha dado otro giro de ciento ochenta grados y tengo mucho miedo de creérmelo. Gracias a Bel, a mis manos, ha vuelto María Estrella de Carrenechea, una señora forrada hasta las cejas, por herencia propia —su padre construía tanques y camiones— y por matrimonio después con sendos empresarios de postín. El primero, el rey de las basuras, que lava el origen poco fino de su fortuna con buenísimas bodegas; y el segundo, el dueño de una cadena importantísima de restaurantes veinticuatro horas o como se diga.

En cuanto Bel le dijo un día a Estrella que no tenía hora para cuando ella necesitaba, pero que a cambio le aguardaba una sorpresa y era que yo estaba trabajando en el *spa*, se apuntó corriendo. Y debo decir que, aunque era —y es— algo puñetera a veces con los tratamientos, cuando nos reencontramos en el *hall* del *spa*, me abrazó con unas ganas y un cariño que nunca olvidaré. Se tumbó en mi camilla como si mis manos fueran a devolverle la adolescencia.

Naturalmente, fui muy prudente con mi historia cuando me preguntó, supongo que por educación más que por otra cosa. Aunque fuese por encima,

le conté la verdad. Que me había independizado de Silda para montar mi propio negocio poco antes de casarme, que al principio me fue bastante bien, pero que la crisis me había llevado por delante. Y punto. A partir de ahí, mientras yo le colocaba las toallas templadas, le hacía el masaje en el pelo al tiempo que se lo retiraba de la cara, le limpiaba el cutis y comprobaba con suaves golpecitos sus pómulos, entrecejo, labios y demás —pese a nuestros consejos de hace años, se ha terminado por rellenar con bótox, aunque no se ha destrozado aún, no como otras que me han venido en los últimos tres días y ya no se puede hacer nada por ellas—, se le soltó la lengua con un torrente de historias que me desbordaban y de las que yo procuraba aislarme para no perder el norte mientras masajeaba.

Esta Estrella, que a veces sale en el *¡Hola!* enseñando su casoplón en Sotogrande o posando en el Rastrillo y es de las más discretas de las de su ralea —ojo, que en una ralea las hay buenas y malas, pero todas van de caza, según decía mi padre de sus perros—, porque tiene rasgos de señora, es muy natural y enseguida trata de amigarse con una. Dice que nunca olvida que su padre era un obrero y nada más. Sí, un obrero que se hizo con los contratos de tanques y camiones para el ejército y no sé qué otras cosas porque era amigo de Franco, pero en fin. Te escribía que esta Estrella es de las que te cuenta los males de las ricas para que las pobres nos consolemos y demostrarnos que las ricas también lloran. Pero es buena mujer y yo le tengo cariño, y más ahora. Total, que va por su segundo marido y para su disgusto está a punto de divorciarse. El marido está o ha estado liado con la rubia dueña de una de las petroleras, esa que ya no se sabe si es una muñeca de tómbola de las de cuando yo era pequeña o un modelo de las cirugías que no hay que hacerse o ambas cosas. El caso es que Estrella tragaba porque le convenía —cada anillo de Cartier con brillantes o cada visón afeitado es un polvo bien echado de su marido, dice ella, así que le compensaba aguantar. Ahora resulta que está medio arruinado y se ha estropeado todo. Mi clienta ya tenía rentabilizado el lío con la muñeca de tómbola de la petrolera y, de paso, la daba para justificar el hecho de que Estrella se tira también —de vez en cuando— a su hijastro mayor, un cuarentón macizo que es jinete de hípica y de lo demás, a lo que se ve. Me aturullo con tantas cosas para contarte, pero es que me alucinan las historias de este personal. Pues te decía, Cuaderno, que el marido, además de viejo y bastante arruinado por algo de la crisis, ha sido despachado por la rubia de plástico y le ha dado por las modelos mulatas con las que gasta una pasta que ya no tiene, porque, por lo visto, es muy mal momento para traer

algo de dinero de lo que tiene en Suiza, después de lo de Bárcenas y Pujol.

Al parecer, es uno de los que más pasta metió en Seseña, con lo del Pocero aquel —también Pablo admiraba al Pocero—. Luego se lio con la compra de terrenos para montar la ciudad del juego esa que quería hacer el de Las Vegas, un americano muy rico, viejo y feo, con aspecto de mafioso de película. Al final, parece que no tan rico. Para colmo, el señor esposo de Estrella también prestó mucha pasta al empresario que presidía a todos los empresarios, el de la famosa agencia de viajes que ya está en la cárcel —que yo sepa, es el único entre tanto golfo—. Da igual, lo cierto es que el marido putero chochea y debe de ver el final cerca, porque últimamente se ha embalado en más gastos y en el maltrato a Estrella, quiere sacarle la pasta que ella tiene de su padre y del primer marido. La vigila.

Yo la escuchaba o hacía como que la escuchaba, porque voy recuperando mi doble dirección cuando trabajo. Una parte de mis sentidos están con la clienta en la camilla y asiento mecánicamente a lo que larga, y otra parte, la más importante, la mantengo enganchada a mis manos y a la música de agua y pájaros o a la clásica del hilo musical, que hacen que las yemas de mis dedos bailen por la piel de la señora con la ayuda del aceite de maderas o las cremas que me entusiasman. Pero hay un momento, cuando paro para prepararles la mascarilla limpiadora, la de arcilla o la de colágeno, en las que ellas requieren más atención, me preguntan, esperando mi comentario que debe ir más allá del cabeceo de asentimiento con que suelo despacharlas. Y fue en ese momento en el que Estrella de Carrenechea me preguntó si a algún conocido mío le había tocado lo de las preferentes, porque estaba muy disgustada. Su todavía marido, además de estar con el Pocero, resulta que fue consejero de Caja Madrid o de Bankia, que no sé en qué momento cambió de nombre, más por hacer un favor al Sable ese. «Ya sabes, Tasia, todos somos amigos de Juanito, como le llamaba mi padre —me refiero al rey, desde luego—, y Pepe entró en el consejo porque él se lo pidió, pese a que pagaban una mierda y resulta que ahora va a salir imputado, porque lo de las preferentes dicen que ha sido como una estafa. Que tengo un cabreo que no veas, Pepe tan listo, tan listo, y no leía ni una letra de lo que se llevaba al consejo, pero yo me olía algo, la verdad. Porque Ángel Sable es un puro advenedizo, más discreto que Mario Conde, sí, pero igual de hortera. No había más que ver la ostentación espantosa que hacía de los coches de lujo, de los barcos y su comportamiento

en las cacerías. Íbamos a la finca de Ciudad Real, esa que es de mi primer marido, al que le van las cosas de miedo con las bodegas, y te aseguro que se portaba como lo que es, un hortera de cacerías cutres, como las que hacían esos paletos de la Gürtel. A mí solo me daba pena la mujer de Sable, porque ya estaba claro que se tiraba a la secretaria, y ella, en la inopia, que es lo peor, porque lo de los cuernos lo llevamos todas con estilo si lo sabemos. De hecho, sé por Alfonso, mi exmarido, que cuando organizaban las cacerías con las guarrindongas, Sable ya se hacía acompañar por su secretaria, que ni entre las otras queridas quedaba bien por ostentosa. Mira qué nivel tendrían que ni siquiera iba Corinna de reina y señora, como acostumbraba a hacer con nosotras en los últimos tiempos, hasta que se destripó todo. Pero te preguntaba por las preferentes, si tienes».

Como me miraba directamente a los ojos mientras le colocaba la mascarilla y le tenía que pedir que relajara las facciones y no hablara, no me quedaba otro remedio que largar yo. Respondí que no, que yo no tenía ni dinero para preferentes —me guardé muy mucho de añadir que el director de una de esas sucursales había ayudado a joderme la vida con el apoyo de mi marido—, pero que sí que conocía a mucha gente que se había arruinado, perdido sus veinte mil o treinta mil euros, los ahorros de toda la vida, y justo en el momento en que más lo necesitaban, cuando los hijos se quedaban en paro. Estaba pensando en los padres de Javier y en la pobre Manuela y en el padre de mi amiga Matilde, la del gimnasio... ¡La madre que los parió! En esos momentos, hasta a la pobre Estrella la hubiera estrangulado yo, recordando el llanto como un bebé del padre de Matilde, una mañana en La Sirena. Como la sucursal está enfrente de la cafetería, al pobre hombre le tuvimos que salir a recoger a la puerta del banco, de donde salía tambaleándose y buscando un moquero en el bolsillo que ya nunca llevaba. Iba trastornado. No se lo podía creer. Entre todas le sentamos en nuestra mesa y le escuchamos cómo le habían birlado su dinero que ahora necesitaba su hijo pequeño, mientras LaJose, la hija de LaManuela, le endosaba un Lexatín. Le quería meter dos, pero le dijimos que con uno bastaba. Aquel fue el primer día que empezamos a enterarnos de eso de las preferentes.

Por supuesto, a doña Estrella de Carrenechea, que alguien se hunda o se sienta arruinado y quiera matar porque ha perdido veinte o treinta mil euros, le parece una chorrada, así que no profundicé. Es lo que ella puede fundir en un

fin de semana en el extranjero o en una boutique de peletería de Serrano en una tarde. Treinta mil euros bobos, vamos, pero al menos hace un esfuerzo por escucharme en los dramas de los pobretones. Para no calentarme más y seguirle el rollo, le comenté que de todo lo que me había contado no entendía yo muy bien si ella era de las que pasaba por una cornuda complaciente siempre que le cayeran sus joyas y viajes o coches y le respetasen la libertad, el porqué del divorcio y la saña contra su Pepe, que ha echado algo de barriga, pero sigue saliendo bien en las revistas y en los periódicos de economía, los salmón. Y al fin cantó. Pepe había pillado a su hijo el jinete montando a Estrella con unas ganas inusitadas en la mismísima cama matrimonial, sobre sábanas de raso que suavizaban las embestidas del caballero a la yegua en una tarde de siesta en la que el tal Pepe se había vuelto a casa, algo indispuerto tras una comilona. El muy listo y cabrón, parece que avisado por alguien, grabó con el móvil antes de interrumpirles y encima se lo había contado a la nuera.

Resultado: tenían que divorciarse a la chita callando, pero Estrella está dispuesta a sacarle hasta las hijuelas y no darle ni un duro, como él pretendía. Los dos hijos que tiene de su primer matrimonio son un par de inútiles y dice que a esos, todo lo que se les deje les será poco, que van a terminar como los Hollonforf o así, fundiéndose las fortunas del padre y la madre. Se lo esnifan, fuman y beben todo, además de que acostumbran a acabar en las comisarías de mala muerte en los países más raros. Y ella, aunque le queda muchísimo dinero de la fortuna de su padre, no dispone de mucho *cash*, como suelen decir. La mitad lo dedica a una fundación que preside y de la que se siente muy responsable, porque trabaja mucho en ella. Está obsesionada con preservar el legado familiar.

Ay, querido Cuaderno, ¿a que esto sí que es un novelón, y no la vulgaridad de mi vida y los polvazos que me echo con mi Javier? Es que te lo cuento para no perder el norte, para reafirmarme en lo injusto de todo lo que me rodea y la razón de que la banda de las buenas asesinas avance hacia sus objetivos. Mientras yo he estado a punto de suicidarme unas cuantas veces, mientras mi aún marido se ha convertido en una alimaña que por poco me mata, mientras mis amigas y mis conocidos, la gente que más quiero está lampando y cada día es más pobre, los de ahí arriba —sí, los del piso 31 del Castle—, en buena medida beneficiarios de mi pobreza y de mis miserias, siguen campando a sus

anchas, aunque son muy desgraciados porque también han perdido una parte de sus inmensas fortunas. Me parto por no partirles la cara a ellos.

Según Estrella, Pepe intenta cascarla de vez en cuando, cuando está borracho, pero ella ya es una experta en esquivarlo con éxito, él ya está viejo, y eso se nota. Le lleva más de veinticinco años. Eso sí, la ha obligado a montar un *ménage à trois* con una de las mulatas, una vez que la ha grabado haciéndoselo con su hijo mayor, al que piensa desheredar. Pero este le ha dicho que entonces desvelará a bombo y platillo las cuentas en Jersey y Suiza, que dejarán los ahorros de los Bárcenas y los Pujol en propinas... Que sí, Cuaderno, que la madre que los parió, y eso que Estrella de Carrenechea me aprecia también a su manera y me ha hecho recuperar a otras dos viejas clientas, Tona de Mendoza y Cata Sarnedo, que ayer mismo, domingo por la mañana, fueron a nadar a la piscina del Castle con el bono de lujo. Y es que el hotel va, pero no termina de despegar, y la oferta esa que vi durante mis primeros días de fregona allí sigue en pie como reclamo. Igual que yo sigo soñando con follarme a mi Javier dentro de la piscina algún día. Tona y Cata luego acudieron a la cabina grande para que les diera a las dos los tratamientos de lujo con mis manos de meiga, como en los viejos tiempos. Les había informado Estrella de mi regreso. Puro glamur dicen ellas. Siguen siendo putonas y bolleras, pero superdivertidas.

Todo este rollo te lo cuento para llegar a este punto, a decirte que en el último café que tomé con LaManuela —la esperamos enfrente de San Esteban, como siempre, porque salía de rezar un rosario por un difunto amigo de los primeros tiempos en que llegó aquí. Yo me callé, porque creí que las novenas esas ya no se hacían— y con Cruz les conté que, mira por dónde, desde mi posición sobre la camilla de masaje, lo mismo era capaz de llegar al núcleo mismo del cáncer que nos corroe, al círculo de alguno de los principales culpables. Es decir, que podríamos discutir muy seriamente esa idea de LaManuela, de que a lo mejor con quien ahora hay que probar la digoxina es con uno de estos pollos, que más bien son los auténticos pavos de Navidad, los de raza pura. Tenía razón Cruz cuando decía que esto ya no es un juego. Un pavo bien cebado sería el mismo Pepe, por ejemplo. Vamos subiendo escalones, de Gerardo el Trepa, que iba a cazar jabalíes, pero por alquiler, a uno de los de verdad, de los dueños de las grandes cornamentas, tan enormes como sus fortunas.

Me atreví a contárselo a mis socias porque la idea me la brindó el otro día Totona. Estaba bajo mis manos y tenía las yemas de mis dedos sobre sus párpados, cuando me comentó que sería fantástico que ahora que estoy más libre —ya sabían que era autónoma y que mi contrato era a comisión por las clientas que tuviera—, podrían organizar una fiesta estupenda en la finca El Nogal, en Ciudad Real, que es la del marqués del Espolón, repleta de caballos de polo y hectáreas de caza, y adonde a menudo acude el rey con grandes empresarios. Entre ellos, claro, está el Pepe de Estrella de Carrenechea y otros empresarios, políticos y banqueros, pero de los de primera, de los grandes que cotizan en bolsa, no esta chusma que ahora acompaña al Granados ese de Esperanza Aguirre, de segundo nivel. Totona era así de cruda y clasista cuando la conocí en Silda, y no ha mejorado mucho en cuanto a estilo se refiere.

Me explicó que, tras una de esas cacerías, sería muy exótico organizar una sesión de masajes en la parte del sótano, donde está la sauna y el *gym* para todos, ahora que lo de las queridas está de capa caída y no digamos las putas de ocasión, con lo que se ha descubierto en los últimos tiempos con esto de las tarjetas negras. «Tasia, no sabes lo que les pone a estos tíos ver que las chicas nos masajeamos entre nosotras, por no hablar de lo que a ellos les gusta esto de la cara, las cremas, las mascarillas. ¿Tú sabes acabar con final feliz, Tasia? Sería la leche», me comentaba, mientras en la camilla de al lado, Cata Sarnedo movía las manos aplaudiendo —la cara no podía, porque le acababa de poner la mascarilla de barro del mar Muerto—, y terminó dándose golpecitos en la tripa, para acallar sus estertores de carcajada. Con mi más suave sonrisa e intentando que mis manos se deslizaran por su clavícula con todo el calor del que soy capaz de transmitir, le dije a Totonita de Mendoza que yo, por ahora, los masajes con final feliz solo se los doy a mi hombre. Pero me quedé con el cuento bien grabadito en mi mollera.

De todas formas, no me quiero hacer muchas ilusiones, pero no he resistido la tentación de contárselo a LaManuela y a Cruz, para que sepan que quizá tenga en mis manos una posible acción directa y no pasiva como con el Trepá. Hay que reconocer que se ríen bastante con estas historias de las ricas, al tiempo que alucinan. Cruz ha pillado a la primera que en mi cabeza se ha abierto una rendija por donde penetra un rayo de luz. Y me ha preguntado si podría darse el caso de que el marido de alguna de estas venga a caer en mis manos, como el jeque y la jequesa de la semana pasada. Sí. Le he contado que Germán el Guaperas reparte invitaciones entre los más grandes ejecutivos de

las torres de al lado, llenos de multinacionales y bancos de inversiones, dice él, muchos de ellos con participación de los árabes. Por eso aparecieron en el *spa* el jeque y la jequesa, que no sé si eran tal cosa, pero lo parecían. El Guaperas tiene la teoría de que los tíos terminan siendo mejores clientes en las cabinas que las tías, teoría que yo comparto. Me encargué de darles ideas y folletos a Estrella, Tootona y Cata, contándoles que hay ejecutivos extranjeros de Merryll Lynch, algún árabe de los que han llegado a Cepsa, otros de Ernst&Young, que tienen las oficinas por aquí cerca y vienen a relajarse con el bono. Lo dije con prudencia, aunque es verdad y hay un chico muy guapo, amigo de Bel y que yo creo que se lo hace con Germán también, que es compañero nuestro y se le llama para ocasiones especiales.

Yo me dedico a las señoras, pero es que solo llevo semanas en esto, así que no me precipito, aunque lo de mis clientas recuperadas sé que me revaloriza ante el Guaperas. Y el día de la jequesa, que luego le dijo al marido que pidiera el masaje y el tratamiento facial conmigo, tuve un éxito rotundo. Sé que el Guaperas ha tomado nota de todo eso.

Qué feliz soy en estos ratos, contándote estas cosas que hace muy poco me hubieran parecido un imposible, un sueño. Pero dejo mi trabajo y a los ricos y vuelvo a los papeles de la sociedad de asesinas. Al final, comprendí que tenía razón Cruz, que estaba loca con mi alma de peliculera. Todo había dejado de ser una broma. ¡Somos unas asesinas! ¿Lo ves? Es que, aunque lo escriba, todavía no me lo creo. Incluso pienso como la vieja Manuela, que el Trepa la palmó porque tenía que hacerlo, que quizá solo influimos un poco. Pero ¿y por qué no me lo creo? Supongo que por miedo, o más bien por lo fácil que es matar. Resulta que tiene razón la policía cuando tras los atentados dicen eso de que cualquiera puede matar, que es fácil. Lo que no sé es cómo la gente no le ha tomado más afición a esto. Cruz, como siempre cuando hablamos así, dice que sin duda hay afición a matar, a miles, a millones y en decenas de países, ciudades, pueblos donde la vida no vale nada. Vamos, el rollo que le solté en su día a LaManuela. Pero aquí es distinto, ¿no? No sé, Cuaderno, la cabeza me da vueltas cuando entro en estas broncas conmigo misma.

Te iba a decir que al final me fui yo sola al cementerio. Quería cumplir algún ritual de los que me había prometido cuando esto era una broma, porque

en el fondo soy supersticiosa, tanto con la sal como con el gato negro o la escalera en la pared. Por si acaso. O quizá por haber tenido una infancia al lado de un cementerio. Con Nazma hablo mucho de estas cosas, sus creencias en el más allá son muy diferentes, dan menos miedo que las mías, que no creo en nada, pero tengo canguelo, un algo si no cumplo una promesa. A veces Naz me ha contado qué hierbas, qué sándalo, qué ritos alejan los malos espíritus y yo la escucho porque me encantan esas leyendas. Decidí volver a la tumba del ángel y quemar simbólicamente la hoja que arranqué —como esta en la que escribo, ¿te dolió?— donde yo había jugado a emborronar cuales serían nuestras reglas. Qué le voy a hacer, soy así, lo mismo que soy una mitinera, según Javier. Necesito recordarme a menudo las cabronadas que nos han hecho en los últimos seis años para no perder fuelle y alimentar mi rencor.

Siguiendo esa estela de superstición o de misterio novelero de la que me acusa Cruz, sí que le conté a LaManuela cómo era el sitio escogido entre las tumbas, aunque le cuesta seguirme en estas historias. Le he dicho que es como si yo fuera allí a rezar para que todo nos saliera bien a las tres, que tenemos que tener confianza en el ángel tan bonito que hay sobre la lápida escogida — es una Ángela, añadí, estoy cada día más segura, y ella insiste en que no tienen sexo— y en su Virgen de Argeme, que son las que nos tienen que proteger. Lo siento como una necesidad, le solté, y entonces ella me entendió perfectamente. Por lo único que ha lamentado eso de que no vayamos a tener acuerdo escrito en ningún sitio es porque quería meter en el sobre con el texto una estampita de la tal Virgen de Argeme de Coria, la única que no le ha fallado. De allí, de Coria, era su madre. No la iba a decepcionar, así que le dije trae *pa'cá* esa estampita, que si la dejo metida en el jarrón del pez que hay al pie del ángel, a nadie le va a extrañar si un día la encuentran. Cruz no nos va a reñir por esto. Y sola he vuelto al cementerio.

Aunque ha llovido y hace mucho frío, la nota de María, la víbora en vida y demonio en la muerte, sigue pegada en la tumba gracias a la cantidad de cola que le ha dado quien allí la haya colocado. Me quedé parada ante la lápida con la nota pensando que era una lástima que María estuviera muerta, porque si era tan víbora, habría sido un gran fichaje para nuestra sociedad secreta. Cruz defiende que ninguna de nosotras es lo suficientemente mala, cruel. Lo mismo que el Amante cuando me dijo que yo no sabía lo que era una mala mujer. Me tengo que morder los labios para no contradecirles, para no

contarles que delante de ellos tienen a una mala de verdad, hecha y derecha. Delante de la tumba de la Víbora me pregunté si habría sido tan cruel y egoísta como yo lo he sido, o tan irresponsable. O todas esas cosas a la vez que son las que llevan a mi Ana a despreciarme.

Porque sí, querido Cuaderno, esta mosquita muerta que hasta ahora te ha contado con letras a veces manchadas de lágrimas lo víctima que soy, también te ha ocultado lo zorra que he sido. O al menos, así me he sentido muchas veces, pero esta confesión no tiene nada que ver con lo que nos están haciendo a los más desgraciados y nuestra ruina como familia. Tiene que ver con mi cabeza loquita de entonces, mis pasiones, mis pecados. Fue solo uno, pero lo suficientemente largo como para que haya tenido consecuencias. Te lo cuento ya, así, tal cual. Me enamoré como una colegiala del profesor que me daba clases de conducir, me enganché tanto y me volví tan loca que a punto estuve de abandonar a Pablo y a mis hijos. Fíjate si soy animal, hubiera dejado todo —a mi Tasio, a mi Ana con su padre— por irme detrás de aquel hombre de cuyo nombre no quiero acordarme siquiera.

No me eché atrás. Lo hubiera lamentado después —ahora lo sé—, pero llegué hasta el final. Una tarde que iba a ser la primera de nuestra vida juntos y nuestra huida, aquel que sí que era el hombre de mi vida me espetó que nunca iba a dejar a su mujer y a sus hijos, al contrario que yo, que ya lo tenía todo preparado. Luego supe que no había sido más que otro ligue, y no precisamente el mejor. No le debí dejar ni rastro, pero él me marcó. Era morenazo y alto, ojos negros y un bigote negro espectacular, que hacía cosquillas en los sitios más insospechados de mi cuerpo. Te mentí un poquito, Cuaderno, o mejor, me mentí a mí misma cuando te escribí que Javier en el refugio de Peñalara me había descubierto otro mundo. Es verdad, me descubrió el sexo con amor y ternura porque lo que yo viví con el conductor fue una locura, una adicción y tenía algo de ninfomanía, palabra que me aprendí hace poco tiempo, charlando con la médica Irene y referida a otra mujer, claro está.

Estuve tan loca durante tantos meses que descuidé a mis hijos, tomé asco a Pablo, unido a un desprecio que en parte se merecía por fantasma y porque comencé a darme cuenta de que nunca había valido tanto como había supuesto y le comparaba con el otro. Se me subió a la cabeza mi salón de belleza, incluso olvidé que estaba en Fuenlabrada, no en Serrano o Argüelles. Como el profesor no tenía todo el tiempo que yo quería, quedábamos antes y después de las clases de conducir y me saltaba todas las normas. Si una clase le fallaba y

me llamaba, tiraba lo que estuviera haciendo —hasta dejé a alguna clienta con la mascarilla en la camilla— y salía pitando pensando en que me comiera en el coche en un descampado, que era lo que habitualmente hacíamos. Mejor no entro en detalles, solo añadirte cómo me pilló mi hija. Yo me iba del salón un poco antes, sobre las cuatro y media, para llegar a buscarla al colegio al menos dos días a la semana. Luego la dejaba en ballet y la esperaba con otras madres.

Desde que empecé a dar las clases para sacarme el carné, la recogíamos en el coche de la autoescuela, la llevábamos ambos a clase con el cuento de que durante su hora de clase yo también estaría aprendiendo a conducir, y luego volvíamos a por ella. Supongo que a una preadolescente con todas las hormonas revolucionadas era difícil ocultarle lo que pasaba en aquel coche, más cuando mi risa se disparaba en exceso, me sudaban todas mis partes y él, como Ana me gritó el día que le enseñé las marcas de su padre en mi cuerpo, me calentaba sin miramientos mientras la llevábamos al colegio. Yo le correspondía, rozando con mis dedos su bragueta al hacer como que cambiaba las marchas. Se inclinaba sobre mí para mover el volante mejor en una curva y soplaba en mi escote... En fin, te puedes imaginar. He pensado estos días, y creo que la presencia de la niña atrás le excitaba más si cabe, y a mí, el riesgo y la locura me nublaban la cabeza.

Solo la Juana se dio cuenta de lo que estaba pasando, aunque jamás se lo reconocí. Pero ella estaba en el salón, ella atendía a las clientas, abría la puerta, despachaba las cremas, controlaba los horarios de las otras dos chicas que por entonces me ayudaban. ¡Anda que no me lanzó mensajes cifrados y menos cifrados! Tasia no seas imbécil, Tasia que te la vas a pegar, Tasia que tal... Y yo, ¡vete a la mierda, Juana! Hasta que aquel día de la verdad, cuando volví de la última clase de conducir al salón, me derrumbé en el baño. Me tuvo que recoger, me llevo a casa y me subió a acostar. Fue ella quien deshizo la maleta pequeña que yo había dejado a medio hacer encima de la cama y quien rompió en pedacitos, sin abrir, la carta que había escrito a Pablo y puesto en la mesilla. Me acostó, me hizo una tila doble, me endosó mis dos primeros Lexatines y allí me dejó. Nunca más hemos vuelto a hablar de ello, y a pesar de eso, no la he incluido en la sociedad de las asesinas. Quizá por lo mucho que la quiero, porque es más que una hermana y buena.

Y ya está, Cuaderno, aquí tienes mi otra historia. Dudo mucho que María la Víbora haya sido peor que yo, porque pese a todo, a que ya me he justificado mil veces conmigo misma, he leído decenas de novelas, historias en internet y

otras cosas sobre madres que abandonan a sus hijos, jamás me he podido quitar ese sentimiento de culpabilidad. Ya sé, ya sé, los hombres lo hacen tan a menudo... Pero yo, yo, ¿cómo fui capaz? Y eso es lo que vio y creo que intuyó mi hija, lo que no me perdona. Y bueno, también que si me hubiera ido entonces, como ahora ha pasado, ella tendría que apechugar con su padre, que aunque le quiere tampoco le soporta. Porque al final mi hija es tan fuerte como yo y el padre un flojeras. Se acabó. Que le den al pasado.

Me acerqué a la tumba del ángel y metí la estampita de la Virgen de Argeme en la boca del bicho que hacía de jarrón, pidiendo que nos diera suerte. Después, sentada en el borde, encendí un cigarro y saqué el papel, una de tus hojas arrancadas, y la quemé lentamente, mientras un suave viento se llevaba las cenizas, hasta que quedó un trocito pequeño entre mis dedos. Lo dejé sobre la lápida, arrimé el ascua del cigarro y así terminaron los estatutos de lo que iba a ser la mejor banda de vengadoras del siglo XXI. Ay, Señor, no tengo remedio.

Para salir un poco de Fuenla y el bar de San Esteban, el otro día le propusimos a LaManuela que se viniera al centro de Madrid. Hace siglos que no ha estado aquí, ni sabe bien dónde está el palacio de Oriente o el de Correos. Solo se acuerda de la Cibeles y de El Corte Inglés y Galerías Preciados. Quedó con Cruz al salir del ambulatorio y ambas tomaron el tren hasta Atocha y luego el bus hasta Gran Vía. Nos citamos en un sitio un poco raro, el oratorio de San Felipe Neri, un lugar discreto y cebo para la vieja.

Me dio buen rollo verla llegar del brazo de Cruz, con un bolso negro con broche automático arriba, de la época de Mari Castaña. Ahora vuelven a estar de moda. Traía el misal en la mano, porque se había tomado en serio lo del oratorio, aunque nuestra intención era hablar y vernos allí para luego ir a tomar algo y llevarla de tiendas. Tanto Cruz como yo conocíamos el sitio y concluimos que era más fácil arrastrar a LaManuela a un lugar santo de Madrid que decirle que íbamos a charlar a otra cafetería y luego de pingos.

Cuando abrió su bolso soltó el olor a naftalina y eso me enterneció más. Dentro había un moquero blanquísimo pequeño y hasta un velito negro con un alfiler de cabeza de perla blanca. Muy a tiempo impedí que se lo colocara, pues no iba más que a llamar la atención, y le susurré que también guardara el misal, que pertenecía a otros tiempos. Y eso que, a las cuatro y media de la tarde, allí dentro no había nadie. Yo llevaba un rato esperando y solo de vez en cuando entraba algún viejo o vieja raritos, rezaban un poco y se iban. También entraron un par de japoneses, pero no sé si por curiosidad o por calentarse, que hace aún mucho frío y llueve que no veas.

Dejamos a la vieja que se arrodillara. Se santiguó y nosotras la miramos hacer con respeto, calladas. Luego nos salimos a tomar el descafeinado a la cafetería del hotel nuevo, ultramoderno, que hay al lado. La vieja estaba cortadísima, pero mona, con su abriguito burdeos, de lanilla aún sin pelotillas y comprado en el mercadillo. Se había puesto una cadena con una cruz de la Virgen y llevaba un collarcito de perlas —falsas, naturalmente—, regalo de sus nietos de los chinos de enfrente del ambulatorio. Aunque el abrigo es poca cosa, al asomar las perlititas le daba un toque y, además, sus botines de cuña, negros y con cremallera morada, tenían algo. Estaba tan limpia y bien peinada como siempre, pero sus arrugas, su cara noble y triste y sus manos desolladas de fregar delatan de donde viene, aunque llena de dignidad. LaManuela tiene

un pelo muy abundante y blanco. Últimamente se pone el reflejo ese morado por consejo nuestro, pero en las puntas aún amarillean los muchos tintes de colores rojos y naranjas con que se ha castigado para seguir los consejos de sus hijas. Para mí, su aspecto tiene bastante de noble, quizá se le nota lo que ha sufrido, pero también de pobre limpia. Nosotras la arropamos en un sitio tan moderno como ese con nuestro desparpajo, que gracias a Dios voy recuperando.

Cruz tiene algo, y más sin la bata blanca del ambulatorio. Tan alta, morena y con los vaqueros ajustados, con los botines de tacón más la camisa blanca que llevaba debajo del chaquetón fucsia y el fular largo y estampado, tiene aire. En cuanto a mí, estoy pero que muy bien. He abandonado por completo mi aire choni y he recuperado el estilo Silda, con pantalones de pinzas de vestir color negro, jersey de pico rojo y fino, un buen cinturón y un pañuelo al cuello en tonos rojos y verdes. Sacado de los chinos y del mercadillo, pero cuando adelgazo todo me queda bien. Llevo unas mechas discretas y me pinto los labios con brillo y un poco de color, y no de rojo como antes. Lo que no puedo cambiar es que la punta de mi lengua asome entre mis dientes, ni mi gesto de siempre. El día que tuve que atender al jeque no hacía más que apretar los labios cuando le estaba masajeando las sienes y la cara, porque no quería que se fijara en mi boca ni en mi manía de repasarme los dos paletos, pero a mí Javier le sigo volviendo loco. Le encanta cuando hago como que le muerdo, llevo la punta de la lengua por debajo de su frenillo y los dientes por encima y se pone como una moto. Ya ves, cada día soy más descarada para contarte las cosas, pero es que cada día me gusta más escribirte, aunque sé que es una imprudencia y tendré que terminar quemando estas hojas, que ya son unas cuantas, pero me has ayudado tanto.

Por cierto, que de mi hombre no te hablo nada más que para contarte cosas tiernas y sexuales, pero debo decirte que le acaban de hacer su primer contrato por un año, porque han salido unas leyes que desgravan si coges a mayores de cuarenta y cinco años. También le han subido el sueldo, llega a los mil ciento cincuenta euros —brutos, claro—, y ha gastado mucho tiempo en ir a las asambleas de los afectados por las preferentes, acompañando a su padre. Parece que algo pueden recuperar. Como yo me acabo de hacer autónoma y, si las cosas van como este último mes, voy a ganar un dinerito, está pensando en que nos alquilemos un apartamento. No me parece mal, pero yo quiero que sea

aquí, en Lavapiés, al lado de Nazma y de doña Rosa, en esta misma calle o en este edificio, porque aquí es donde he empezado a despegar y soy feliz, una persona diferente para una nueva vida. Podía vender esta última frase al gobierno para la publicidad de que esto va cambiando. Ja. Aunque he hablado con Nazma de algunas cosas, ella no sabe casi nada de mi triste y turbia historia —yo empiezo a saber algo de la suya, que alucino la verdad—, y doña Rosa no pregunta mucho. Me encanta el barrio, está pegando a todo el centro, es pobre y pudiente, viejo y moderno, y muchas veces me parece que sigo viviendo en el extranjero.

Es curioso, porque ni a Cruz ni a LaManuela las he traído nunca aquí y de Javier casi no hablo con la viejita. Solo cuando tengo que decir que me voy porque me espera. Con Cruz sí, igual que con la Juana, que es la única que ha venido a Lavapiés. Mi querida Juana, que sigue ahí, peleando y de nuevo apoyándome, orgullosa de que yo haya dejado la bata *caféconleche* de fregona y haya vuelto a lo mío, aunque ella siga limpiando. Ni un atisbo de envidia. La Juana, mi amiga, mi hermana, mi madre, mi confidente, que sigue acompañándome el par de veces al mes que tengo que volver por Fuenlabrada; que estuvo conmigo el día que recogí mi ordenata y mi plancha, mi secador buenísimo y mis papeles, como siempre que la he necesitado. Porque me da miedo encontrarme con Pablo, que no ha empeorado, pero ya parece que se ha dado cuenta de que he iniciado otra vida o se lo ha dicho mi hija, que cada vez la noto más lejos. Siento que me encabrono. Lo dejo y te cuento otra cosa.

Javier y yo hemos llevado todos mis papeles, incluidos los del divorcio, mi antiguo negocio y la hipoteca, a una abogada de CC.OO. amiga suya, que aunque trabaja con el sindicato también tiene un despacho con otras abogadas para estas cosas. Mi chico la conoce porque es del mismo grupo de conocidos de los de Stop Desahucios. En Fuenlabrada sigue habiendo mucho rojerío, aunque desencantado, y ahora no hacen más seguir al Pablo Iglesias, el de coleta. Yo he salido encantada del despacho de las mujeres abogadas, porque la que me ha atendido me ha quitado toda la mierda de encima, es una tipa cojonuda y llanota. Me ha dicho que me olvide de lo de la hipoteca y el desahucio del adosado, que los bancos, sobre todo algunas cajas, han frenado las ejecuciones por la mala imagen que dan y porque hasta en Europa les han llamado ladrones por eso de que no se conforman con quitarte la casa, sino que además tienes que seguir pagando la hipoteca, aunque vivas debajo de un puente; pero no sé si eso es cierto, todos los días hay noticias de que aumentan los que tienen que dejar su casa. El otro día volví a ver otro desahucio de una

viejita en Barcelona y se me ha caído el alma a los pies. Es que no puedo evitar llorar con estas cosas, los mataría.

Lola, así se llama la abogada, me ha preguntado si me quería divorciar, y de paso me quitaba del medio lo de los bienes gananciales, pero le he comentado que me lo tengo que pensar. Me da miedo que si al cretino de mi ex —porque ya es mi ex en mi cabeza— le llega la solicitud de divorcio, le dé por buscarme y darme otro susto. O que a mi hija se le ocurra alguna idea. Temo que ella, en caso de divorcio, declare a favor de Pablo por eso que me dijo y porque le ve desamparado. Aunque es verdad que yo tengo a mi Tasio, que sigue en Londres, trabajando en el Hilton hasta las tres de la mañana y al que ya he puesto en antecedentes de que no estoy en casa, que me tuvo que ir y que tengo un novio. Reaccionó muy bien, hasta creo que fue un alivio para él y está feliz. Sospecho que tenía miedo de tener que volver y enfrentarse a su padre. Además, desde que tengo mi ordenata en la habitación de Lavapiés, somos muy libres para hablar por skype, cuando Javier hace su turno en el hotel y yo muchas veces le espero hablando con mi hijo. No es lo mismo que abrazarle, pero me consuela mucho. Ya les he presentado a través de la cámara, y los dos han hablado del trabajo, de lo que les pagan a uno en el Hilton y al otro en el Castle, de las propinas, los uniformes. El otro día, Tasio me dijo: «Madre, cómo me gusta tu novio», y a mí se me saltaron las lágrimas y él se dio cuenta...

Lo que no sé es cómo voy a explicarles a mi hijo y a mi novio una parte de mi nuevo trabajo, Cuaderno. Qué chorradas escribo, sé que no se la explicaré nunca. Y es que he tenido una larga conversación con Germán el Guaperas. Me llamó a su despacho, una habitación toda diáfana con mueble de teca y una tumbona como las del *spa*. Está en la misma planta. Me abordó directamente. «Tasia, tú sabes qué es eso del final feliz. En todos los países asiáticos forma parte del masaje a los clientes y es, sencillamente, hacerles una paja estupenda, que además es muy saludable y agradecen con excelentes propinas. Al principio, los españoles no quieren, pero cada día esto se profesionaliza más y alguno ya me lo ha pedido. A tu amiga Bel ni planteárselo, porque es una estrecha y tiene un marido quisquillas, y a las otras jovencitas les falta profesionalidad. No me interrumpas, déjame acabar, haz el favor. Te propongo incluirlo en un tipo especial de masaje y solo con las manos, no con la boca, claro está, salvo que tú accedieras con alguien especialmente. Mira este

vídeo».

El corazón me latía a toda pastilla. Iba a perder mi trabajo al poco tiempo de haberlo recuperado, maldije mi puta suerte, el sudor me corría por la espalda, yo no estaba dispuesta a hacer pajas a ningún cabrón ricacho, me daban hasta arcadas solo de pensarlo. Germán me debió de ver muy pálida o muy roja, que de todo sentía, porque no me dejaba hablar mientras yo me removía en la butaca, dispuesta a salir disparada de allí. A ver por qué coño pensaba que yo iba a hacer lo que no quería hacer Bel ni sabían las otras. De inmediato, se me ocurrió que Tona o Cata Sarnedo habían hablado con Bel de la bromita de hacía días y habían pedido un final feliz para alguno de sus novios o marido. Me sentó fatal.

«Tranquila, mujer, no te descompongas. Antes de decirme nada, mira esto, por favor, hazme caso. Y luego sal corriendo, que es lo que quieres. Pero fijate bien, te doblaría el sueldo y creo que debes verlo con la mirada de una profesional, como los ginecólogos o enfermeras se toman una exploración vaginal o un tacto rectal».

Germán puso entre mis manos una carta muy elegante, con ribetes plateados y como si fuese una invitación de boda, donde venía una oferta de masajes con final feliz, con nombres como Masaje Táctico, Mantra Deluxe o un Lujuria (lo estoy copiando del tarjetón que él me dio). Yo iba a protestar, primero recordándole mis años. Ni estoy para chupársela a nadie, ni muchos querían ver mis tetas más colgantes que las casas de Cuenca, pese a los excelentes pezones que le gustan a mi Javier. «Que no, Tasia, que no es eso. Que eso se lo dejo a los centros de masaje de puterío, que muchos están muy bien y son muy profesionales. Coño, que aquí nunca me dejarían montar eso, solamente si alguien pide un servicio de habitaciones y con mucha discreción. Me refiero pura y simplemente a los muchos casos en los que a un tío se le empina —o a una tía— tras el masaje y por puro estrés. Mira este vídeo, más profesional no puede ser».

Aquello me parecía la repera ya, pero dio la vuelta a la pantalla de su ordenador y me puso un vídeo de una mujer, no precisamente agraciada ni en tetas. Parecía una enfermera en bata blanca, de buen culo y caderas anchas, que estaba terminando de trabajar los abdominales de un tío de mediana edad, no había más que ver la barriga cervecera. La cámara había bajado desde la cara del hombre, que tenía puesta una mascarilla. No se le veía bien, pero ya tenía el pito empinado. Ella, en inglés creo, cuando ya está masajeando las ingles, le pregunta si quiere un *happy end* y él contesta un ahogado *yes, please*.

La tipa se pone un guante sin dejar de masajear el pito y los cojones del tío con la otra mano, toda una artista, y se pasa el pene a la mano enguantada para ponerse rápidamente el guante en la otra. Son guantes de látex, con crema y burbujitas en las yemas de los dedos y la palma. En fin, que con un par de meneos suaves alrededor de la cabeza del falo, el tipo se corre que da gusto verle, con un chorro que debía de hacer tiempo que no soltaba, dada su aparente edad. Que ella es una profesional, lo demuestra al retroceder justo a tiempo para que no la salpique, cómo consuela al pito y lo termina de vaciar como si fuera un tubo de pasta de dientes y con qué suavidad le limpia con las toallitas húmedas. Le arropa con una toalla y él da las gracias con un suspiro, diciendo que ha sido estupendo. Ella tira los guantes, dice algo de su trabajo, se da la vuelta, apaga la luz de la cabina y sale.

Realmente, es que más aséptico y profesional no puede parecer, lo reconozco, pero le dije a Germán que ese tipo no es español, que debe de ser sueco, noruego o un lord inglés, porque hasta se corre con cuidado. El Guaperas se descojonó de mi comentario y me respondió que «justo de eso se trata, Tasia, de ser meros profesionales. ¿O no has visto el tipo de ejecutivos que vienen aquí, extranjeros en su mayoría? Solo tendrías que hacerlo igual que esta señora que acabas de ver, preguntando muy profesionalmente y cuando el tipo no pueda disimular que está empalmado. La pregunta sería algo así como: “¿Quiere usted que le alivie el estrés con un final feliz o prefiere ir a la ducha directamente?”. Bel me ha contado que la dueña del salón de belleza donde os conocisteis os decía que si un tipo se empalmaba durante el masaje, le hablarais de la muerte. Pues bien, de eso hace veinte años. Ahora háblale del alivio del estrés y cobra por ello. Punto. Piénsalo, eres la más profesional de todas y también la mayor, eso te protege. El ejemplo que te he puesto del ginecólogo que os explora o del urólogo y el tacto rectal no tiene mucha diferencia. Insisto, no me digas nada aún. Vete si quieres».

Me puse en pie sin decir ni una palabra y muy cortada, pero el vídeo había sido efectivo. Visto así, la cosa era bastante sencilla y el precio del masaje se doblaba por lo que había visto en la lista que él me pasó de un centro de Pozuelo. Y un centro, seguro, con mucha menos categoría que el *spa* del Castle, donde solo a caballeros y señoras de confianza se les ofrecería tal servicio. De pronto, me di cuenta de que no le había preguntado si la oferta incluía a las mujeres y me asombré pensando que me daba mucha más grima pensar en un masaje al clítoris de Estrella de Carrenechea que al vejestorio de su marido. Es más, no sé si podría dárselo a una mujer, pese al buen concepto

que tengo de ellas. En general, mejor que de los hombres. Y entonces comprendí de nuevo lo contradictoria que soy, capaz de abandonar a mis hijos por un chulo, de planear el asesinato de un cabrón que nos arruina la vida y de montar una banda de mujeres para tomarnos la justicia por nuestras manos, pero también capaz de hacerles una paja manual —sé que no me costaría nada y menos con esos guantes lujuriosos—, sabiendo que les alivio los nervios y que me van a pagar bien el trabajo. Incluso puede que si yo aligero el pito del idiota del Pepe de Carrenechea, a Estrella le haga un favor, librándole de alguna hostia. ¿Soy yo también una cabrita con la moral *arrastrá*?

Desde luego, querido Cuaderno, este asunto ha de quedar en la más estricta intimidad, entre tú y yo, como todo. Creo que ni la Juana ni mis socias ni, por supuesto, mi Javier deben tener idea siquiera de tal proposición. Además, a saber siquiera si llega el momento de hacerlo algún día. Aquí esas cosas todavía no se llevan tan descaradamente. Me voy a duchar, que está a punto de regresar Javier y bajaremos a tomar algo a la tasca de la plaza. Desde que tengo un horario continuado de nueve y media a seis de la tarde también parezco una mujer trabajadora más, casi de ministerio. ¿Lo soy? No, yo no olvido.

¡Hace tantos días que no te escribo! Perdóname, pero no he tenido tiempo. Bueno, ni ganas. Eso también es verdad. Hemos estado muy liados buscando un pisito por aquí, y creo que ya lo hemos encontrado. Es un apartamento con una sola habitación, baño, salón y cocina. El salón tiene un balcón a la calle, pero lo más importante es que es en el portal de al lado, encima del bazar de las especias, y es un quinto en un edificio de seis plantas, modesto pero reformado. Hasta en el dormitorio y el baño hay luz natural, porque el patio de vecinos no es tan pequeño como suelen serlo en este barrio. Solo el salón del balcón da a la calle, pero mejor, porque así podremos dormir, sobre todo este verano, que me dice Nazma que aquí el ruido de las terrazas por las noches y los fines de semana es un espanto. Tiene lo básico, una cama, un sofá y una mesa delante del tresillo, pero eso no me importa nada. Incluso me gusta. La cocina es pequeña, pero tiene de todo, incluido microondas y lavadora. No necesito lavavajillas para los dos solitos.

He ido trayéndome cosas de la casa de Fuenlabrada y con la cantidad de telas y cachivaches que tengo, no voy a gastar ni un duro. Mi hija ni se ha enterado de que me he cogido la vajilla de ocho que estaba en el salón y la cristalería color miel de vasos y copas de pico. Me lo traje en el coche de Cruz una tarde —al final le presenté a Javier, se lo merece— junto con otra parte de mi ropa. Hay muchos cachivaches que no quiero ni ver, pero lo que me he traído y tengo guardado en el trastero de Nazma son cositas que yo me fui comprando por mi cuenta cuando empezaban los buenos tiempos y amueblaba las casas que Pablo terminaba.

Ya ves, como siempre que tengo que contarte cosas importantes que no me gustan, prefiero irme por las ramas. Lo que me cuesta escribirte es que un día, hace ya más de dos semanas, regresé a aquella casa con Lola, la abogada. Fue ella quien llamó a Pablo y a mi hija y concertó una cita a última hora de la mañana, porque yo se lo pedí. Estoy deseando cerrar puertas de mi pasado, menos esa de la banda que tú y yo sabemos. Quiero el divorcio y, sobre todo, quiero quitarme de encima todas las deudas, aclarar mi situación. No puedo abrir una cuenta con mi DNI ni mantener mi nombre como empresaria autónoma —puse Tasia Relax, pero no es muy original—, porque todo lo que

ingreso me lo quitan el banco y Hacienda. Aquellos primeros trescientos euros que ingresé en la cuenta con mi primer sueldo de fregona terminaron requisados a los pocos meses, en cuanto se cotejaron los datos en los ordenadores, que ahora no hay quien se escape. Bueno, salvo los de siempre, los de las sociedades en Suiza y Andorra. Tengo domiciliadas algunas cosas en una cuenta aparte de Javier, y lo demás en efectivo en casa, pero como hablaba con las compañeras el otro día, con lo que nos cobran en comisiones los bancos y los sueldos de mierda que tenemos, no nos merece la pena tenerlo allí guardado. Mientras tomábamos el café en un intermedio de las cabinas, un par de ellas contaron que hasta los recibos de luz y gas han vuelto a pagarlos por ventanilla. Pero tengo que tener una cuenta bancaria, así está montado el sistema. Ahora, la empresa me tiene que hacer cheques al portador y eso mosquea a Germán el Guaperas, que paga por vía bancaria, como es normal. Le he explicado las razones, centrándome en el matrimonio roto y el piso embargado más que en otras cosas. Pero me dice todos los meses que lo arregle.

Y dale, que sigo sin entrar en materia. Ahora sí. Pues fui con Lola a ver a Pablo y a mi Ana, para contarles que me quería marchar de sus vidas definitivamente, y me vine abajo. Mi hija, como una estatua cuando le expliqué que había que arreglar el futuro y por eso estaba allí con esa amiga abogada. No dije más. Respondió que yo ya era mayorcita y ella también, que estaba en casa por su padre (y por su novio, que les viene estupendo tener un sitio donde recogerse, aunque eso no lo mencioné). Pero lo que pasó es que me vine abajo cuando vi a Pablo tan flaco, mal afeitado —y eso que Ana le había sacado ropa limpia, un polo y un vaquero lavados y no planchados—, con los ojos enrojecidos y mirándome fijamente, no sé si con ganas de estrangularme o asombrado ante una desconocida, o las dos cosas. Tiene la mirada acuosa y roja, el ojo izquierdo inyectado en sangre como si tuviera un derrame y la cara pálida, con lo cual resaltan más las venas de las mejillas y de la punta de la nariz, lo que no disimula su aspecto de borracho. Le tiemblan las manos, aunque durante toda la charla se las sujetaba una con otra o las dejaba sobre las rodillas si el temblor le podía. Yo no quería mirarle, porque tenía ganas de asesinarle después de lo que había sucedido la última vez. No debí haber ido, no estaba preparada.

Y de pronto, cuando empezó a responder a Lola sobre mi petición de divorcio —habíamos quedado en que yo no diría ni mu, nada más que para presentarla— y esta le comentó que yo no quería nada, nada de nada, él

comenzó a hablar y un dolor brutal me atenazó el estómago. «Claro que no quiere nada, señora, porque no queda nada. En cuanto ha visto las orejas al lobo, en vez de apoyarme, se ha dedicado a hundirme, aunque una parte del desastre fue culpa del crédito que pedí para ella, para que abriera su salón de belleza, que siempre ha tenido delirios de grandeza. ¿A que eso no se lo ha dicho? Ya ve, todo lo que hay aquí está embargado, no sé aún cómo el banco no nos ha desahuciado, puesto que estamos en la lista y nos han amenazado hace tiempo. Tenemos luz y agua gracias a que aún pago... Haga lo que quiera, pero que se largue esta puta que me ha arruinado la vida...».

No me lo podía creer. Los recibos se pagaban con el dinero de la cuenta mía y de mi madre, que tenía ordenada la transferencia desde el banco del pueblo ya antes de que muriera mi padre, pero no pude hablar. Ni articular palabra. La bola que se me hizo en el estómago al oírle el tono de voz balbuceante, rasposo y resentido que me recordaba al hombre que me hizo eso, se convirtió en un nudo que me asfixiaba en la garganta y que terminó en un torrente de lágrimas. Me tapé con el pelo y me bajé las gafas de sol que llevaba en la cabeza, mientras mocos y lagrimones caían sobre el suelo de barro rematado con tablas de madera del salón, que yo con tanto mimo había elegido. De 80x80 pensé estúpidamente, porque enmarcaban cuatro losetas de 40x40. Estaba viendo perfectamente la mañana que las escogí, el sitio y a los soladores en casa, poniéndolas y gruñendo por tener que añadir las maderas rematando.

¡Qué cosas tan absurdas se nos meten en la cabeza en los peores momentos! Mirar ese suelo que yo había encerado y limpiado, llevar mi vista baja hasta la piedra de la chimenea que tantos recuerdos me traía. Allí había asado castañas para mis hijos, echado las mondas de manzana para que oliera la casa, tratando de pasarles los olores que había respirado de pequeña. También la había fregado hasta dejarme los nudillos, como una imbécil, pensé en un acto reflejo. Todo fue un revulsivo que me hizo ponerme a temblar, al tiempo que veía la mano de mi hija sobre la rodilla de su padre, tratando de animarle. Animarle, ¿a qué? ¿En qué había sido yo puta en mi vida? ¿Por una vez que tropecé, coja me quedé? ¿En qué les había fallado si no hice más que trabajar y trabajar para mis dos hijos, para Pablo y para mí? Incluso después del batacazo con el profesor, me sentí tan mal, tan culpable, que me volqué más si cabe en todos. Me estaba muriendo ahogada por el pasado, mientras la

voz lejana de aquel hombre hablaba de una mujer que no era yo, de una historia que era justo lo contrario de lo que había sucedido. Por mis ojos llorones que aún manchaban el suelo encerado se deslizaron imágenes de los años de novios, cuando me esperaba a la puerta de Silda; de nuestra primera casa; de los partos de mis hijos y los proyectos de los primeros chalés que él hizo fuera de la empresa; de los dos cruceros de vacaciones con los niños.

Aquellos trozos de película que veía nítidamente reflejados en el charco de agua y mocos que crecía a mis pies no tenían nada que ver conmigo. Me parecía imposible frente a esto que ahora transcurría allí, en aquel salón de la que había sido mi casa, que yo había amueblado para dos de las personas que estaban enfrente de mí. Todo era mentira, una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento. Lo más confuso es que no sabía qué parte quería que fuera un sueño. Si el pasado con mi marido y mis hijos o la vida que llevaba desde hacía unos pocos meses. Miento, fue terrible descubrir que lo que quería que fuera real era mi vida con Javier, en Lavapiés y con mi trabajo recuperado. Y entonces me sentí como un monstruo, como un animal sin alma. ¿Qué tipo de persona era yo que pretendía huir otra vez hasta de mis hijos? El recuerdo de la cara de mi Tasio en la pantalla del skype me produjo un estertor brutal, ganas de lanzar un alarido y empezar a romper todo lo que había a mi alrededor, pero no me moví, hipnotizada por el descubrimiento. Por un momento, hasta pensé que el charco entre mis pies no podía ser solo de lágrimas. ¿Me estaría meando? No, llevaba años sin llorar y ahora era un manantial, justo allí, delante de aquellos dos a los que yo tanto había dado y querido.

¿Existió alguna vez aquel chico hábil y emprendedor que iba a ser como Florentino Pérez por lo menos? ¿Guapete y limpio, de buena labia, tierno conmigo y con mis hijos —sí, sobre todo con Ana desde que Tasio entró en los doce o trece años—, juerguista lo justo y cuyo único defecto era ser un poco fantasma, querer triunfar rápido, pero siempre apoyándose en mí? Yo era culpable, como él decía, pero no de haberle fallado a él, sino a mí misma y a mis hijos. ¿No le acusaba a Pablo de lo mismo que yo había hecho? ¿No quería yo también un salón de belleza mejor incluso que el de Silda, triunfar entre aquellas nuevas ricas de Fuenlabrada que me llevaron a elegir el estilo choni para no desentonar? Yo tenía escuela, formación y sabía del trato con algunas de las mujeres más ricas y pijas de este país. Ahí estaba mi soberbia. Total, yo era tanto o más culpable que Pablo, porque desde luego soy más lista, porque es verdad que en un momento determinado empecé a despreciarle

en cuanto vi que admiraba a los horteras y que se le iba nuestra vida de entre las manos, incluso antes de cometer mi pecado. Quizá si él no me hubiera fallado, yo no habría caído en los brazos del otro.

Siempre salimos adelante poniendo yo el anzuelo a la altura de sus ojos, con un señuelo excelente, ya fuera mosca o lombriz, pero todo fresco y a la distancia adecuada. Él picaba casi siempre, empezando por el par de años que hicimos los chalés y las casas de los amigos mientras seguía en la constructora, que yo nunca tuve claro que debiera ponerse por su cuenta. Yo avanzaba y él se me quedaba pequeño de mollera, ya no me escuchaba tanto, le comían el tarro los otros, el del banco, los electricistas para invertir en discotecas y otras cosas, un aparejador... Cuanto más aparentaba él, más ridículo me resultaba. Encima, empezaba con el *gin-tonic*, el whisky y el cubata ya desde las reuniones del aperitivo con el director de la caja y un hijo del Trepa, mientras proyectaban la urbanización de pareados. Total, yo había sido más culpable que él porque tengo más vista, veo venir las cosas antes y, encima, me daba asco borracho por la noche, ¡aunque fuera de whisky! Pensé que las cosas habrían sido mucho más fáciles si hubiera acertado en uno de mis suicidios —pero ¿me quise de verdad suicidar? Sí, el día de los somníferos, después de la primera patada para luego follarme a la fuerza, dilo, violarme, aunque sea mi marido—, sí, porque no hice nada para evitarlo y me sentía una auténtica basura y ya íbamos a la ruina y tenía miedo, mucho miedo. Con lo que yo había sido.

No sé en qué momento Lola me cogió del brazo y me sacó de allí, porque yo no paraba de temblar, pese a la rabia que me daba que mi hija me viera así. Lo de Pablo, bah, me daba igual. No lloraba por él, sino por la vida, por los sueños perdidos, por nosotros, por LaManuela, por Cruz, por Javier y sus padres, por todos los parados y desahuciados de mi alrededor, de un lugar que había sido esperanza para los jodidos de siempre y ahora era un sitio de muertos vivientes, avergonzados y escondidos, porque descubrimos que el emperador iba desnudo y que los emperadores éramos cada uno de nosotros, en pelota picada y sin cirugía estética ni abdominales. Porque los que nos habían llevado hasta allí, esos sí que tenían tiempo para la estética, para ponernos el cebo a nosotros, lucios o besugos que picamos a la primera tirando del carro para alcanzar el adosado, el cochazo, la tele de plasma, la tableta y vestirnos como las de la tele, que yo bien que prosperé con

mascarillas de barro del mar Muerto y colágeno y perfilando labios a lo Belén Esteban u ojos a lo Isabel Preysler, que ese era el baremo para elegir entre ser una choni o una señora. Pero lo que nos gustaba a todas eran *La que se avecina* o *Los Serrano*, que tenían unos pisitos y unos chalecitos monísimos, idénticos a los nuestros, aunque no fueran ricos, sino solo gente que prospera. Igualito, igualito que nosotros.

Lola me trajo a casa sin que escuchara una sola de sus palabras, porque yo no hacía más que temblar, llorar e hipar y no la oía ni atendía a razones, solo a la compasión por todos nosotros. ¿Quién coño nos va a devolver nuestros sueños? ¿cómo era posible que ante la vista de Pablo, hecho una piltrafa, pero capaz de reinventarse nuestra historia, yo me sintiera culpable? Por fin, conecté con el discurso de Lola. Cuando ya entrábamos en Madrid desde la M-50 oí que uno de sus argumentos era lo de «Tasia, has caído en todo lo que ellos quieren que caigamos, en sentirnos mierdas y culpables por haber trabajado y luchado, por haber querido una vida mejor. Vale que tú te puedes haber equivocado pensando que una vida mejor era tener un casoplón y vestirse como en las series de la tele, pero ¿quién prohíbe soñar? ¿Quién nos ha alimentado en nuestros sueños? Dime, Tasia, de qué eres culpable para que te sientas así». Y sí, le tuve que contestar a Lola que soy culpable de sentirme una gilipollas, de haberme venido abajo, de no coger una metralleta y tirarme a la calle cada vez que un niño no cena en mi barrio, o cada vez que un viejo se entera de que se ha quedado sin ahorros, o cada vez que... Joder, y que luego digan que protestamos, que nos manifestamos, que hacemos ruido. Pero si es que con lo que nos están haciendo desde hace años, lo raro es que no haya habido una gran desgracia, que nadie se haya liado a tiros en una de estas. Y, como dijo Cruz, en la prensa, en la tele, nos ocultan los suicidios, provocados por desesperación, por ruina, por miseria recién llegada, para que a la gente no le de por copiar.

Querido Cuaderno, no sabes cuánto me costó salir del agujero que se abrió en mí, de nuevo, en la que había sido mi casa. Pablo aceptó firmar el divorcio, siempre que yo corriera con todos los gastos. Se vuelve a su pueblo, con su hermana, donde aún puede hacer chapuzas y Ana no tendrá que cargar con él, lo que mejorará la relación con mi hija. Espero. Él también está deseando que el banco se lleve ya el chalé y los de Stop Desahucios me ayudan a que la caja se lo quede y no tengamos que seguir con la puta hipoteca. Yo estoy perpleja,

porque si se va al pueblo, no voy a poder matarle ni siquiera con la digoxina o el cóctel de pastillas disuelto en la sangría Don Simón, que ahora le da al Don Simón como los jóvenes a la litrona. Claro que LaManuela tiene razón, quizá haya que pensar en matar a alguno más culpable que este gilipollas y cabrón, pese al daño que me ha hecho. Ahora lo veo un poco más fácil, pero de eso ya te contaré, que seguimos con ello y dentro de poco tenemos otro encuentro.

Mi hija y el novio se quieren ir a vivir cerca de la universidad a un piso compartido, mientras que a mi Tasio le voy a comprar un futón de esos que se hacen cama y que me cabe perfectamente en el salón del pisito, porque espero que este verano pueda venir unos días. Yo le voy contando algunas cosas sueltas, y otras las habla con su hermana; aunque tienen sus diferencias, gracias a Dios se quieren.

Lola ha empezado los papeleos, incluidos los del banco y mi alta como autónoma, porque no puedo seguir teniendo el dinero en casa y ser una clandestina, que ya tengo mis años y quiero volver a cotizar. Y sí, si lo que te estás preguntando, Cuaderno, es si he aceptado lo del final feliz, voy a decirte que volví a ver el vídeo y cada vez me parece más sencillo y aséptico, siempre y cuando nadie de los míos se entere, porque no lo comprenderían. No voy a justificarme, pero mentalmente para mí es muy importante volver a tener ahorros, no depender de nadie y el día que las cosas entre Javier y yo se acaben —si se acaban—, poder marcharme libremente, sin temor a que no tenga donde caerme muerta ni un euro ahorrado. Eso no me va a volver a pasar nunca.

Hace tiempo, al principio de todo esto, en uno de mis peores momentos y cuando la médica Irene y Cruz me decían que tuviera cuidado, que estaba aceptando posibles malos tratos, Irene me dio un libro, el diario anónimo de una mujer en Berlín, escrito nada más llegar los rusos como vencedores al final de la Segunda Guerra Mundial. Las mujeres se liaban con los rusos menos animales para tener un amante que las protegiera con tal de evitar las violaciones masivas, que se produjeron a miles. Me impactó muchísimo y discutí con ellas sobre esas mujeres que se vendían para comer y no ser violadas por docenas de hombres a la vez.

Cada día, Cruz se topa en el ambulatorio con chicas del Este o africanas que viven en el barrio y trabajan en puticlubs de carreteras. Muchas llegaron aquí engañadas y para enviar dinero a sus hijos y pagar sus deudas se prostituyen y

no siempre bajo la presión del chulo, aunque son las menos. Pero son capaces de aguantar todo, con tal de enviar el dinero a su familia para que paguen la vivienda en su país o la universidad y la comida de sus hijos. Todavía recuerdo que no han pasado ni un par de años del descubrimiento de la red mafiosa que controlaba a mujeres esclavas en el mismo Fuenlabrada. ¿Qué es lo que sucede aquí, a mi lado, a la vuelta de la esquina, y no lo queremos ver, comparado con un par de pajas con guantes a algún ricacho, si es que lo desea? Soy una cincuentona que trabaja con bata, no en topless como en muchos de esos sitios. Lo hago todo profesionalmente, como dice Germán. Si tras acabar el masaje a un tío se le ha empinado, ¿no debo terminar la tarea con otro masaje relajante y ya está? En China es de lo más normal, y en otros sitios de Asia. Además, yo trato a los más viejos, que tienen más difícil que se les empine. Los jóvenes ejecutivos piden masaje facial y de hombros con Bel y las otras dos chicas. También está el amigo de Germán, que es un poco palomo cojo, para casos especiales. Él ginecólogo o el urólogo se enfrentan a tareas incluso más desagradables que la mía. Pienso yo que en eso tenía razón el Guaperas aquel día que me lo dijo.

No te alarmes, Cuaderno, aún no lo he hecho. No ha habido ocasión ni lo he necesitado, pero ahora que tenemos que adelantar un par de meses como fianza del pisito, no estaría mal una racha de asépticos ingleses o noruegos que pasaran por mi cabina. Nazma, que es una fuente de sorpresas, me ha dado una esencia de aceite de moringa, lo que llaman el árbol de la vida, que deja la piel impresionante y con la que tengo flipadas a las compañeras. Solo he pasado un frasquito a Bel y otro a la Juana, que hasta se ha emocionado un poco diciendo que le recuerda a mi salón. También he llevado pasta de cúrcuma, otro ungüento que preparo con leche de arroz, aceite de oliva y miel, ideal para la cara, el pelo y para tomar cuando pongo leche de almendras. Todo receta de mi amiguita bengalí. La que hago con almendras la ofrezco como un reconstituyente especial a las clientas que más me gustan. Cuando acabo el masaje les hablo de sus propiedades entre los místicos y la gente del yoga. He aprendido a preparar todo con Naz y doña Rosa, y ya tengo algunas que quieren comprarla, pero yo sé muy bien lo que valen estos pequeños secretillos. Con el aceite de moringa, denso y delicioso, las manos se deslizan solas sobre la piel en la que lo aplicas, da igual la cara, los hombros o los muslos. Encima se absorbe rápido, con lo cual sería ideal para eso que estoy

pensando, en caso de necesidad. Y la leche dorada hecha con pasta de cúrcuma también es un animador sexual, sin distinción de sexos. Arraso entre las ricas pijas estas que me siguen. La Juana se parte, porque antes lo nuevo lo he probado con ella algún sábado. Le encanta que le sobe la cara y el cuello, como hacíamos en el salón alguna tarde al finalizar el trabajo, y dice que el efecto es maravilloso, aunque al principio lo de cúrcuma y moringa le daba risa.

Le pregunté a Naz para qué se utiliza en Bangladesh la pasta de cúrcuma y me contó que para todo. Por ejemplo, para untar a la novia y al novio antes de la boda, para que estén más suaves y brillantes. Las novias son prácticamente niñas y cualquier cosa que les ayude, pues bienvenida sea. ¡Alucino! Ya sé por qué está casada con un tipo más viejo que ella. La prometieron sus padres a los de su marido cuando era una niña y la casaron a los trece años, que allí es lo normal, aunque las cosas van cambiando lentamente. Como el marido estaba en Londres, se libró y se acostó con él a los diecisiete o dieciocho, y encima dando gracias, porque los padres de las chicas normalmente tienen que dar unas dotes grandes al novio para casarlas. Las mujeres son propiedad del padre, luego del marido y después de los hijos. No van a la escuela, porque ¿para qué gastar dinero en un animal al que vas a vender a los doce o trece años? Es que te cuento y no te lo creerías, y eso que yo sé que Nazma ahora siente vergüenza del trato a las mujeres en su país y no le gusta hablar mucho de las costumbres. Al fin y al cabo, quiere mucho a su tierra y encima no puede evitar estar agradecida a su marido. No le pega, quiere a las niñas, que son tres hijas lo que le ha dado, la de cinco y las dos mellizas, y él no se queja, aunque no tengan un chico. Así que lo normal es que Naz haga el trabajo, se ocupe del almacén mágico importando de todo lo que le gusta y le pedimos. Ha aprendido internet y maneja Facebook que no veas, español leído y escrito, algo de inglés y mucho de telas, tintes, importación y exportación. ¡Es que es muy fuerte! Mientras, él se pasa el día en otra tienda que tiene a medias con unos primos, donde venden cosas de informática. Está aquí cerca, pero les veo muchas veces a los tres, a los dos primos y a él en la puerta, de charleta con otros indios del barrio, y no sé cuándo venden algo.

Todo eso me lo ha contado poco a poco y con cuidado, pues ni entiende ni le gusta que las españolas la consideremos una imbécil. En verdad no lo debe de ser, porque ha logrado mucho para su cultura y sabe que el futuro de sus hijas está aquí. Ni muerta dejaría que se fueran a vivir a Bangladesh con sus padres, aunque cuando se da cuenta de las caras que pongo cuando se le

escapan cosas de sus tradiciones, también me comenta cómo están cambiando y cómo luchan algunas chicas.

¿Cómo no voy a querer a este barrio de Lavapiés si tengo el planeta en reducido a dos pasos de mi casa? Nazma, cuando ve que doña Rosa o yo la vamos a atacar con lo de que su marido la ayude y trabaje más —la verdad es que la viuda me concedió que, cuando hay que vender en la calle, como en la semana del Bollywood y otros festejos, el marido y los primos la ayudan a montar el tenderete—, nos responde que ella es una suertuda comparada con las chicas musulmanas —muchas marroquíes— que ha conocido en el barrio. Tiene razón. Aunque ella es musulmana, por lo visto en Bangladesh los de su familia no son tan religiosos como los otros. Ni siquiera va a la mezquita y solo le interesan los dioses y las diosas hindúes, no sé si porque se ha tenido que enterar del significado por las telas y los tapices que vende o por lo curiosa que es, que pregunta por todo. Bueno, ambas cosas son la misma.

El caso, querido Cuaderno, es que te escribo menos porque no llego. Es que ya no dispongo de mis días libres, porque también trabajo algunos fines de semana —luego acumulo días para librar este verano o cuando pacte con el Guaperas— y cuando libro entre semana, entre la Carrenechea, Cata y Tona me he metido en una rueda que no veas. Tienen un entrenador personal y salen a correr por el Retiro tres días a la semana, a primera hora. Luego se instalan en el dúplex con terraza de Toto, que cuenta con un pequeño *jacuzzi* acristalado. Si hace bueno, se pueden deslizar una parte de las cristaleras y sé que al aire libre hay una terraza desde donde se divisan las copas de los árboles del Retiro. Después de las carreras por el parque, alrededor del *jacuzzi* organizan reuniones con el entrenador mezcla de yoga-pilates, y de postre, mis manos. Después, comidas ligeras con hamburguesas de quinoa y verduras; cereales y semillas con espelta, espinacas y gorgonzola, hamburguesa vegetal mediterránea. ¿A que suena que te mueres de asco? Pues lo riegan con alguna salsa y a la plancha. Son delicias dietéticas, comida ayurvédica, dicen ellas que así la llama el entrenador. Él, como desgasta tanto, se suele tomar un solomillo enorme con lechuga o un *steak tartar* de esos que siempre me han dado asco por estar crudos. Todo lo sube una filipina con cofia y en bandejas desde el piso de abajo y destapa las fuentes plateadas —no sé si son de plata de verdad— para hacérselo más apetecible. Es una cuestión de gusto y estética, como si comieran un manjar, solo que cuando levantas la tapa de la fuente, el aspecto de la hamburguesa de espinacas te quita el hambre. Eso sí, la copita de champán no falla, porque el cava es sano y abre los vasos sanguíneos. Yo creí que eso se decía del vino, porque era una frase habitual de mi ex para empezar la melopea.

El entrenador personal es la leche, nada que ver con el marido de Matilde. Ha encontrado en este trío y el dúplex de Alfonso XII el chollo de su vida, creo yo. El piso, no menos de doscientos cincuenta metros por planta, sin contar la terraza y un templete, se lo tuvo que dejar a Tona su último marido, en un divorcio que fue la monda por lo rentable que le resultó a ella, mientras una jovencita colombiana de labios rellenos y tetas postizas —según Toto— cargaba con el mochuelo de su marido.

Bueno, a lo que iba, que me había prometido contarte lo de mi primer experimento con final feliz. Te vas a quedar de una pieza. No me resultó tan difícil porque fue con ese entrenador personal, no te lo pierdas. Y se les ocurrió a Cata y a Totoná un día que no estaba Estrella. Habían ido a correr —*training* o *raning* o similar lo llaman ellas— con el *coach* (creo que se escribe así o así lo pronuncian, con una patata en la boca) y terminaron ambas con el tío en el *jacuzzi*. Allí estaban aún cuando yo llegué y oí las risas. No sé qué les haría el pollo, pero ambas vinieron a la cabina muy divertidas y traían al tal *coach* entre ambas, con un albornoz blanco que le entreabrieron y me dijeron que si podía remediarle aquel problema. El tío estaba empalmado y se reía con esa risa de bobo sobrado que tienen muchos de estos cachas, que encima tiene la mandíbula cuadrada y unos brazos y unas piernas de músculos tan marcados que da grima. «Tasia, si le das el masaje y acabas con final feliz, te damos quinientos euros cada una. Mil euros por una paja de nada, porque mira como está. Pero nos tienes que dejar mirar». Era Cata la que llevaba la voz cantante, mientras yo las miraba pensando en lo gilipollas que eran y me invadía una cierta náusea por estar allí. «Tasia, no va a durar ni diez minutos, tía, mira cómo está», murmuró Totoná, cogiendo aquello entre las manos, que, dicho sea de paso, era bastante menos aparente que lo que una podría imaginar viendo la musculatura del tipo.

De pronto pensé, ¿por qué no? Tengo los guantes, tengo el aceite, tengo mis manos y ni siquiera va a necesitar el masaje facial. Iban a ser los diez minutos mejor pagados de toda mi vida. Ni el mejor urólogo del mundo, pensé a tiempo, iba a sacarse mil euracos por unos minutos con el dedo en el ano de un paciente. Y a mí me venían de miedo para el apartamento, para los ahorros, y no tenía que meter la mano en ningún sitio, solo hacer como si sacara brillo con el Sidol a los picaportes de mi casa. No te voy a contar la cantidad de brillo que sacaba yo a mis puertas y a mis cucharas de café de plata los primeros meses en mi adosado.

Me encogí de hombros, dije un ¡por mí! mientras encendía una vela, ellas soltaban un hurra, sacaba mi aceite de moringa y le decía al tipo que se tumbase en la camilla. No hizo falta mucho. Ellas dos, entre risas y como si fuesen sus pajes, le quitaron el albornoz y le tumbaron. Yo me limité a ponerle una toalla sobre el pecho. Le pasé los dedos por los párpados, le masajeeé los lóbulos de las orejas por aparentar un poco, bajé hacia las clavículas para untarle bien y durante un segundo paré para ponerme el guante en la mano derecha. Sabía perfectamente que Cata y Toto estaban ahí, pero ni las miré

cuando llegué a las ingles del tipo. Sabía también que ellas se estaban tocando la una a la otra por la entrepierna entre los albornoces, pero logré centrarme en aquella cosa que tenía en las manos, que empezaba a estar más floja que los picaportes que te describía hace un momento. Como él, a su vez, las estaba mirando a ellas y le habían prohibido que usara sus manos, se recuperó en cuanto hice unas pasadas por las ingles bordeando la zona; otras pasaditas por los testículos —he comprobado que si llamo a los órganos por nombres médicos, me da menos asco—, para terminar masajeando la punta del pene con una sola mano, la derecha enguantada, mientras la otra la dejaba sobre la ingle izquierda, el lado contrario sobre el que cargaba el tipo. Tres o cuatro estertores, chorrillo y ya. Me quité el guante, que tiré en la papelera que había debajo de la camilla y donde acostumbro a lanzar las toallitas. Le pasé una húmeda y le tapé con la que le había dejado sobre el pecho. Cuando iba a seguir con el masaje de la cabeza, murmuró un ahogado: «Gracias, no hace falta». Y yo me deslicé con calma hacia el baño que estaba al lado. Sentí como una de ellas entornaba la puerta y deduje que mi jornada había acabado, pero tenía que cobrar mis mil euros. Bajé a la cocina con la pareja de filipinos, les pedí una Coca *light* y me senté en el *office*, observando la tele pequeña que tenían puesta.

Como media hora después y mientras veía en el *Corazón*, *corazón* a Paquirrín con algo de su madre, entró Tona en la cocina y se sorprendió al verme allí. «Creí que te habías ido, Tasia. Ha sido divertidísimo». «Lo que opinen está bien, pero la verdad es que me he quedado porque necesito confirmar el cobro del servicio», repliqué. «Y olé, así habla una profesional. Que sí, mujer, que sí. Ahora mismo te hacemos un par de talones». «Gracias», murmuré con una sonrisa de oreja a oreja, pero no me moví pese a que la cara habitualmente inexpresiva de la filipina comenzaba a mirarme fijamente, como a una intrusa. Más de media hora en su territorio era un exceso. Fue Cata quien bajo aún en albornoz con los dos cheques, me dio un par de palmadas y me hizo jurar que aquello era secreto profesional, cosa a la que no necesité ni responder.

La cuestión, querido Cuaderno, es que debo confesarte que tomé el ascensor de servicio y salí tan pancha hasta la calle. Llegué a la Puerta de Alcalá, esperé al 26, que me deja en Tirso de Molina y me vine andando ese corto paseo hasta casa. Me dio tiempo a mirarme por dentro, a concluir que seguramente el recorrido del dúplex de Alfonso XII y el mundo que allá arriba se vivía y este de mi pisito en Lavapiés, entre los que tan solo hay unas

paradas de bus, era la misma distancia que había recorrido aquella madrugada en que tomé el tren con la Juana desde la estación de La Serna hasta llegar a las torres de lujo y subir al Castle. ¡Qué mundos tan lejanos y tan cercanos, entre estas tías que estaban emparentadas y conocían a todos los nombres que salían en los casos de corrupción o en el *¡Hola!* y este de una simple esteticista, que hasta hace unos meses era una desahuciada de su casa y de su vida! No sé cómo explicártelo mejor, Cuaderno, pero yo sé que gran parte de ese abismo se debe a lo que hacen todos ellos, y no a lo idiotas que somos nosotros.

Sin entrar en detalles, a LaManuela y a Cruz les conté una parte de la aventura, porque les hablé del entrenador *coach* que las machaca de las dos maneras, primero corriendo y luego follando. Ambas se parten y alucinan con los personajes de mi nueva vida, porque se creían que lo de las revistas del corazón y *Sálvame* era un cuento para alimentar las cabezas de nuestras vecinas o de nosotras mismas, que también lo hemos visto muchas veces. Ya les dije que hay una enorme distancia entre las voceras de *Sálvame* y las verdaderas señoras de banqueros o empresarios, que solo aparecen de vez en cuando en *¡Hola!*, y no sé quién es peor. Hay que admitir que a LaManuela no es fácil entrarle en matices.

Tuve una charla aparte con Cruz, a quien le confesé que también tenía ya acceso a alguno de los amantes y maridos, que de vez en cuando utilizaban el *jacuzzi* y al mismo entrenador. Es asombroso, pero después de ese día, entre el *coach* y yo se ha establecido una cierta complicidad, aunque no se ha repetido la situación del pajote. Creo que es consciente de lo que pensé sobre sus atributos y trata de hacerse el simpático. O agradece que no haya soltado ninguna bromita con ellas. Hay dos días a la semana en que él también entrena al marido de Cata y a un socio. Ambos trabajan en una multinacional importantísima, que tiene su sede al lado del hotel Ritz, a la vuelta de la esquina, por así decirlo. Los recoge a la hora de comer, sobre las dos, los machaca en el Retiro y luego se los lleva al *jacuzzi* de Toto —deben de pagarle algo, seguro, por uso del sitio—, donde los filipinos cambian el menú ayurvédico por carne argentina a la brasa o pescado al horno, jamón de bellota y más vino. Pero antes de esa comida, el entrenador me los saca del *jacuzzi* y los manda, de uno en uno, a por un masaje relajante de las manos mágicas de Tasia, gentileza de doña Toto, que cuesta quinientos por barba. Primero en las sienes, después en los penes. La broma de la francesita la hizo el *coach* la

primera vez, que es especialista en quitar hierro a las cosas más extrañas. Lo mejor de todo es que, encima, les gusta mucho mi leche dorada reconstituyente, que les doy de aperitivo antes de la comida y para que vuelvan a la oficina, a eso de las cuatro y media, en plena forma. Nunca sabrán el entrenador, Toto y Cata el mundo de posibilidades que me han abierto.

En fin, es que hay veces que es para morir de la risa con este personal, le comentaba a Cruz, una vez que comprendí que a LaManuela las diferencias nada sutiles entre famosos y ricos le daban igual. Pero Cruz, tras escucharme atentamente en qué consistían las sesiones y el final de los masajes, tan práctica y eficiente como siempre, me pasó una tarjetita con las dosis exactas de gotas de digoxina para los casos más comunes. Lo tiene claro y hasta diría que le divierte. Creo que, al ser enfermera y haber limpiado y lavado culos, eso le da igual y no se asusta de nada sobre las miserias y los fluidos humanos.

Vuelvo a la digoxina que me ha dado. El funcionamiento con el Trepa nos había confirmado que es un sistema bastante infalible con los que tienen problemas de corazón, circulación mala en las venas y otras cosas, pero siempre cabía el error. Un día, hace poco, Cruz me lo pasó todo dentro de un bolso pequeño, tipo limosnero antiguo, guiñándome un ojo. Seguro que «las Tofanas tenían uno parecido para sus plantas y polvos», murmuró. Y yo me sentí eufórica. Cuando a solas pude comprobar el botín, me di cuenta del gran trabajo que mi amiga había hecho con los doctores a su alrededor y que el día del ambulatorio, con los nervios de las tres y delante de tanta gente, no habíamos sabido apreciar. ¡A cuántos habrá pedido medicación para diferentes personas de su familia y durante cuánto tiempo! Ella tiene su tarjeta de la Seguridad Social, la de su hermana, la de su marido, la de su hija mayor y todas adscritas al centro de salud del Olivo. ¡Había media docena de cajas de Orfidales, otras cuantas de Stilnox (la llamada píldora de los pilotos) y Valium, además de la digoxina en gotas para niños, que es un lujo, y Lexatín 3! Con un cóctel como aquel, no hubiera habido lavado de estómago que me salvara en mi intento de suicidio.

Cada día tiene su afán y las cosas, se suceden a veces de la forma más normal que te puedas imaginar. Todo transcurría como te he contado cuando un jueves, Totona me habló de la primera gran cacería de septiembre, hacia la última o penúltima semana de mes. La temporada álgida dura hasta finales de octubre, pero «la berrea» —los berreos de los machos, ¿o son las hembras?—

para que les monten y la especie continúe sobre la tierra pese a los cazadores, empieza a finales de septiembre, dependiendo un poco de la zona en que estén las fincas. ¿Que cómo sé todo esto? Ja, porque desde mis tiempos en el salón de Silda, las damas se preparaban para la temporada de caza nada más volver del verano.

Recuerdo a la mismísima Estrella de Carrenechea que odiaba esas semanas, porque siempre ha tenido problemas de peso y decía que un fin de semana largo en el monte, en las fincas de Juan Abelló o de Helena Revoredo, la viuda de oro, eran mortales por las comilonas. Luego te contaré más, porque me parece divertido y a LaManuela y a Cruz les encantan esas historias, supongo que a ti también, Cuaderno.

Vuelvo a la propuesta de Totona. Estaba sobre la camilla de mi cabina en el Castle y sola. Sus amigas tenían compromisos a los que ella no estaba invitada. Aproveché para ir directa al grano. Me preguntó si quiero ganar un buen dinero, siendo su aliada y yendo ambas a comisión. Está harta de hacer de divorciada graciosa y simpática, a la que emparejan con el último que ha sido descubierto por su mujer con la amante. Lo cual es menos humillante que cuando tiene que consolar al cornudo que ha tenido que asumirlo, después de que toda la *jet* supiera cuán largos eran sus cuernos desde hacía meses. Incluso me confesó, con bastante resentimiento, que hay veces que también le toca con el gay de turno, porque «estas siempre se llevan a alguno que va de artista y tiene una sensibilidad especial». Con lo de estas se refería a sus amiguitas, sin duda. Por eso, como Totona suele ir de relleno y tiene miedo a perder posiciones (todo el dinero que ingresa le parece poco), pensó que llevarme como regalo final en las grandes cacerías, cuando van las mujeres oficiales y se quedan las queridas y donde a menudo solo hay un fisioterapeuta, y hombre para los viejos ricos, puede ser un exitazo.

Muchos de estos tipos son ya mayorcitos, de los sesenta en adelante y, aunque no lo cuentan, después de un día o dos aguantando en el puesto dos o tres horas, a veces cogiendo algo de frío por el relente de la mañana extremeña, bajan con las rodillas jodidas, cuando no con los riñones o el reuma en las manos. Aprietan con tal fuerza la escopeta que los dedos se les quedan rígidos. Al parecer, la dueña de la finca en donde vamos a empezar, amiga de Totona, siempre tiene un buen fisio disponible para los invitados que están alojados en la casona. A los otros, más secundarios, que les den, porque se van al terminar la comida y la sobremesa.

Y algo parecido les pasa a las mujeres. Toto me contó que cuando Helena

Revoredo —la viuda de Gut y dueña de la mejor finca con venados de toda Extremadura— las invita, las hunde. Por lo visto, la viuda argentina está en plena forma y trepa a los puestos, escopeta al hombro, en ocasiones sin siquiera subir al jeep y ninguneando a los otros varones llenos de testosterona de la clase financiera y aristocrática. «Claro, Tasia, comprenderás que si Helena es la que encabeza la armada, algunas de las invitadas no vamos a quedarnos atrás, y el resultado es que bajamos con la piel cortada por el aire seco, los pies destrozados y cansadas, porque mucho *coach* y pilates, pero no para estar dos o tres horas esperando un bicho con cuernos que nos la sopla. En esa fase es donde entras tú. ¿Te imaginas que lograra introducir entre todos estos, como el premio, nuestro masaje y el de ellos? Tus delicadas manos serían el postre al atardecer, cuando por fin se quedan solo los importantes y se van a la ducha, para asearse antes de la cena». Así de claro se expresó Tona y por un segundo pensé que era muy lista e incluso, andando el tiempo, podría formar parte de la banda. Pero no, es una bocaza y rica, aunque tan resentida como yo, porque entre esta gente no hay mayor sal para la herida que sentirte de menos entre los tuyos.

¡Ay, Cuaderno! Yo creí que sabía muy bien lo que era el lujo y el refinamiento, pero tengo mucho que aprender. Hay una cliente china del *spa* que se ríe conmigo cuando le hablo del lujo. Es una rica de Shanghái —aunque nacida en Hong Kong cuando era de los ingleses— que trabaja en la torre de al lado, donde están los bancos de inversiones, y viene un par de veces al mes porque viaja todo el tiempo de Shanghái a Nueva York y de allí a París y Madrid. Profundizamos un poco en la relación el día que le pedí permiso para utilizar la pasta de cúrcuma y el aceite de moringa. Se quedó muy sorprendida, gratamente sorprendida, diría yo. Desde entonces, cada vez que hablamos de relax y lujo, me cuenta alguna de las enormes diferencias que hay entre el refinamiento de los asiáticos para el ocio y el lujo, y lo diferentes —no se atreve a decir horteras— que somos los occidentales en este tema. Te escribo esto para ponerte en antecedentes de que avanzo en esta tarea de actualizarme y recupero mis conocimientos para ricas con pedigrí, pero siempre me queda mucho por aprender.

Eso fue lo que me pasó el día en que, por fin, fui a la cacería de *luxury*, donde mis masajes, mis cremas y mi final feliz iban a ser el premio para las mejores escopetas de este país. Todo ello urdido y organizado por Tona de Mendoza, que con la ayuda de Cata Sarnedo han seguido rellenando mi agenda de citas y nuevas clientes-clientas, hasta dejarme extenuada. Es más, hay momentos en los que tengo que decir que no, porque no doy para más. Guardo tiempo para tomarme algunas tardes de domingo con mis dos amigas de la banda. Con el Amante me escapo algún sábado hasta el domingo a mediodía a dar una vuelta por aquí cerca, desde Toledo a Cuenca, pero muchas veces nos es difícil ajustar nuestros turnos, aunque algún compañero del trabajo ya sabe que somos pareja y nos echa una mano con los cambios de horarios.

A lo que iba con la cacería y Toto. Un viernes por la mañana de primeros de un octubre que empezaba a amarillear —al menos en los árboles de las aceras de la calle Argumosa—, Tona me recogió en la puerta del Reina Sofía, la que da a Atocha. Llegó en su Mercedes plateado, y es que pese a sus temores al futuro no le falta un detalle gracias a los exmaridos, y eso que la han puteado de lo lindo, pero luego ella los ha exprimido. Íbamos a una finca

de Ciudad Real, propiedad de un empresario de los más ricos del país — Abelardo—, que ahora es accionista de muchos bancos e hizo su fortuna con una empresa de medicinas. Es un gran cazador, o como dicen ellas, una de las mejores escopetas de Europa. Tona estaba algo cabreada porque esperaba lucirme como su trofeo en alguna cacería de más tronío aún, como las de la finca del duque de Westminster. Pero había tenido que ceder y adelantarme como regalo porque la mujer del tal Abelardo —que compite en fincas de ricos con Juan Abelló, Botín, la famosa Helena Revoredo de Gut y el de los toros, Samuel Flores— se empeñó en estrenarme antes, cuando me conoció en el *spa* del Castle. Fue la propia Tona quien le contó los planes que tenía para mí a Carlota, que así es como se llama la dueña de la finca y ahora es su íntima. Yo también lo sentí, porque me hubiera encantado cotillear lo del Westminster este, que es familia de la reina de Inglaterra y tiene un fincón adonde viene lo mejorcito del mundo a matar bichos grandes y pájaros, incluidos los hijos de Lady Di, según el coro de mis clientas. «¡Ahí es *ná!*», dirían LaManuela o su hija, LaJose.

Te pongo los nombres, Cuaderno, porque es una manera de guardarlos en mi cabeza para cuando luego hablo con mis socias de la banda, que a Cruz le suenan todos ellos y a mí solo el de Botín y la señora esa, la Helena Revoredo, porque a estas otras clientas mías les obsesiona y sé que es dueña de Prosegur, eso de las alarmas y los agentes de seguridad. Una hija de LaManuela estuvo liada un tiempo con uno de esos guardias. Era un buen partido, pero un poco facha y siempre cabreado porque no le habían admitido en la policía.

Aunque no me gusta nada que Cata y Tona me consideren propiedad suya, me resultan muy rentables y me dan muchos, muchísimos chismes, y yo sé el valor que tiene la información en este mundillo y más para la banda de las asesinas. Nunca se sabe. Ahora están cabreadas con la pobre viuda de Gut —de pobre nada, me dirían ellas indignadas— porque dejó a la mujer de uno que se llama Borja Prado, el de una importante eléctrica, que matara un venado de medalla, el mejor y el primero de la temporada. Parece ser que la señora del tal Prado tampoco les cae muy bien. Tienen un lío de pandillas que no veas. Hay cosas de las que se enteran unas de otras y se cuentan cuando las tengo juntas en la cabina doble y que me dejan de una pieza. Por ejemplo, el otro día oí otra vez como una de ellas —muy famosa, pero advenediza— había ido a la peletería de Ester Barjadí y se había comprado dos visones rasurados a tocateja. La cantidad en euros era para marear y hasta a mí me dieron arcadas.

Sacó el dinero en billetes de quinientos, uno detrás de otro y, según contaron, incluso la dependienta le pidió que para pagar pasaran a la parte de atrás de la tienda. No era cuestión de que en pleno Ortega y Gasset, un sábado por la mañana, alguien entrara y viera la operación de la dama, billete tras billete, sobre el mostrador. «¿Tú crees, Toto, que tenía necesidad de ir un sábado por la mañana? Vamos, no me jodas, fue el sábado aposta, para que alguien viera como se llevaba el abrigo y el chaquetón y quedara claro quién pagaba. Una ordinariez más de esta, que nunca aprenderá». El veneno lo estaba inyectando de camilla a camilla la Sarnedo a Tona, que con lo resentida que está contra las advenedizas buenorras y postizas, como dice ella, se disparó de tal forma que tuve que ponerme en modo *off* y aplicarle otra mascarilla de los barros duros. A veces lamento no tenerlas de cemento armado.

Todo esto era del otro día. Parte de lo mucho que me soltó Toto nada más montarme en el coche y mientras yo decía que hacía un día de otoño precioso. Además, empezó toda una clase sobre el ritual de las cacerías y lo importantes que son, porque dan entrada a la temporada otoño-invierno de este personal. Primero, que si adonde íbamos no era precisamente la finca del duque de Westminster; después, que si tampoco importaba mucho, porque en muchos sentidos era mejor que la de la Gut... Uf, qué entrada me hizo, la verdad. Por un momento estuve a punto de pedirle que me dejara antes de salir de Madrid, porque, en todo caso, si alguien me ha redescubierto es Estrella de Carrenechea, gracias a Bel y el destino, y estas dos a veces me hartan por cansinas. Me contuve a tiempo, pensé en mis objetivos y en que tampoco iba a escupirle, porque me hacen ganar dinero. Más del que nunca habría soñado hace unos meses, hasta el punto de que hay ocasiones que me da vergüenza y se lo oculto a los míos. Algunos de sus amigos me dejan más propina que lo que cuesta el masaje, que es más de la mitad de lo que gana la Juana limpiando en el Castle o yo hace unos meses. Y eso que sigo dedicada solo a los tratamientos faciales, cabeza, hombros, cuello. Y el final feliz. Si lo piden. Me niego a masajear abdomen y demás partes, argumentando que mis manos son muy delicadas. Tengo ya una edad y no tengo fuerza para la musculatura de las piernas o el abdomen masculino. Muchos se los paso al amigo de Germán, que, por cierto, es bastante bueno y nos llevamos genial. En esto de los alrededores de los ricos una encuentra extraños aliados, como el entrenador y el masajista gay.

Te decía que creí saber lo que era el lujo, hasta que llegué a la finca, lo cual fue todo un espectáculo, aunque no sé si mi amiga, la china de Hong Kong, lo hubiera aprobado, pero también dice que muchos ricos chinos son unos horteras, a no ser que sean de su ciudad. Hasta llegar a la casa grande tuvimos que recorrer como unos quince o veinte kilómetros desde que se abre la primera puerta automática, en la que nos identificamos ante unas cámaras de seguridad y creo que hasta nos hicieron una foto a través de la cámara. Rodamos por un camino de tierra bien arreglado y de buen firme, pero que puso el Mercedes lleno de polvo, pese a ser plateado. Más juramentos de Totona. Yo observaba el bosque que atravesábamos, con encinas, jara y algún alcornoque a los lados, mientras el sol de la media mañana que se colaba entre las ramas me hacía entornar los ojos. Incluso creo que llegué a ver algún gamo o ciervo —venado, me corrigió la conductora— entre las sombras de los árboles.

La casa grande está rodeada por un hermoso jardín en el que desembocamos de golpe, cuando un grupo de chopos altísimos había empezado a dejarnos ver la luz entre las primeras hojas amarillentas. No sé en qué momento, el camino se transformó en una suave arenilla sujeta por unos cantos muy chicos y blancos. Nos paramos en una gran rotonda bordeada con hierbas o arbustos pequeños, con la casa al fondo. Totona me explicó que todas eran plantas autóctonas y aromáticas, además de algunos rosales salpicados por chorros de agua de fuentes que brotan del suelo. Unos olivos más viejos que Matusalén —lo digo por lo arrugado y gordo del tronco— rodeaban el exterior de la rotonda, con otros matorrales más bajos que no sé cómo se llaman. Delante de la puerta principal se eleva un enorme chorro de agua, espectacular, que alcanza más altura que el del Palacio de Cristal del Retiro. Es la única comparación que se me ocurre. La casa es color crema y blanca, no muy ostentosa por fuera, aunque la entrada es enorme, un soportal con columnas y escaleras de granito que parecían llevar allí mucho tiempo, como si el edificio hubiera querido ser más un palacio que la casona que era. Bordeamos la fuente hasta la puerta y aún murmuraba algo el motor del Mercedes cuando dos criados uniformados —es que no puedo llamarlos de otra manera—, con chaquetillas verdes hasta el cuello y pantalones negros, se apresuraron a abrir el maletero uno y la puerta de Totona otro.

Carlota, la mujer de Abelardo, nos esperaba en lo alto de la escalera vestida toda en colores teja y verde, con un pañuelo de seda al cuello, el pelo rubio recogido y casi sin maquillar. Llevaba unos zapatos de ante, bicolor en

verde y teja y planos, que me parecieron preciosos. Son del modelo que se llama Oxford por lo que he visto en esas webs de zapatos que me ha enseñado Nazma, una experta en comprar de todo por internet. La señora de la casa abrazó a Tona y a mí me tendió la mano, preguntándome si me acordaba de ella. ¡Eso son tablas! ¿Cómo no me iba a acordar de ella si había sido imposible callarla en la cabina del Castle el día que la llevaron por primera vez?

Mientras Carlota tomaba a Tona del brazo, una doncella con cofia y delantal blanco sobre uniforme negro apareció a nuestro lado y la dueña le pidió que me llevara a mi habitación y luego al pabellón. «En cuanto Maru nos avise, Tasia, estaremos con usted en el pabellón, que quiero mostrárselo con Tona, a ver si necesita algo». Supuse que Maru era la doncella y me apresuré a decir que había traído de todo, mi maletita de fin de semana y mi maletín metálico con ruedas con todos mis cachivaches mágicos. Sí, querido Cuaderno, porque tras las experiencias del *coach* y el concejal, nos hemos profesionalizado. Me he hecho con un maletín enorme, al que calzo con unas ruedas, que es precioso y me da más clase que a la jueza Alaya cuando entra en el juzgado. Lo vi en la antigua casa de las maletas de la calle San Bernardo, que también ha cerrado, y me apresuré a comprobar cómo era por dentro. Magnífico, forrado y lleno de compartimentos donde puedo meter todas mis pócimas, que llevo en tarros y frasquitos. Se lo conté a Javier, que no tardó ni veinticuatro horas en regalármelo y a la mitad de lo que valía. La crisis tiene también estas sorpresas de mierda, que hasta yo aprovecho, como la de quedarme con una pieza para mis trastos que hubiera sido impensable comprar hace tan solo un año.

La tal Maru me llevó a mis habitaciones, cerca de un pabellón que daba a una enorme piscina, en dos alturas —la más grande caía en cascada gracias a una roca artificial sobre una más pequeña y supuse que cubría menos para los niños—, rodeada de tumbonas de teca, todas con colchonetas blancas, albornoces y mantas de cachemir encima. La chica me explicó que la piscina era de agua climatizada, al lado estaban las puertas de madera de las dos saunas —una finlandesa y otra turca— que daban directamente a la piscina y dentro las duchas del *spa*, desde la escocesa a la de hielo. Estaba claro que había tenido que hacer esa tarea en muchas ocasiones, porque se lo sabía como un papagayo, aunque yo le pregunté más cosas mientras abría una puerta de una casa más pequeña, que estaba a la espalda del pabellón. Delante hay otro jardín parecido al de la entrada, más reducido, y una fuente idéntica, pero

el chorro del agua también es más corto. Es la casa para los criados que traen los invitados importantes, para mayordomos, doncellas, y en invierno, para los guardeses que se trasladan a esta casa cuando los señores no tienen invitados de segunda, como abogados, ministros o concejales de ayuntamientos o presidentes de autonomías. Sonreí para mis adentros. Aquella información de la bocazas que fardaba como si los éxitos de sus señores fueran los de ella, me confirmaba que, en el futuro, esto del mundo de la caza me podía dar mucho juego.

Como quien no quiere la cosa, Maru soltó que «al ayuda de cámara del rey le encanta esta casa y la finca. Los señores son muy buenos y están encantados de que Dioni, un auténtico militarote, se dé un chapuzón, aunque sea en invierno y a las cinco de la mañana, antes de ir a ayudar a su majestad a ponerse en marcha». Estuve a punto de espetarle que bastante trabajo tenía el tal Dioni para poner en marcha a su majestad, que lo que no sabía era cómo le daba tiempo a dormir hasta las cinco de la mañana, pero no sé cuánto es de monárquica ni si me iba a entender la broma. Aunque yo me refería al que ahora es el rey padre, que el rey hijo no sé si caza.

La casa es como un enorme chalé de lujo, a caballo entre casona y palacete, y pensé que si Tona decía que esta era la cuarta o quinta finca en miles de hectáreas entre Andalucía y Extremadura —me lo había contado con cierto desprecio y por comparación con las que no la invitaban últimamente—, las otras debían de ser la repera. Me dio la turra con que la de Botín tiene para aparcar aviones y la de Westminster, donde Tona no ha sido nunca invitada y no lo perdona, es elegantísima por lo *british*. ¡Qué coñazo tuve que aguantar en las dos horas del viaje! Habló como un papagayo y como si yo tuviera que conocer a cada conde, banquero, duque o apellido que ella mencionaba, cuando a mí lo único que me interesa es a quién me puedo llevar por delante de todo ese ganado culpable y cuánto me iban a pagar.

En fin, que esta gente es así. La casita de invitados, donde metían al ayuda de cámara del rey, tenía todas las comodidades, incluido un gran salón con enorme chimenea de piedra, rematada con una campana enorme, sujeta con columnas de granito que parecían gemelas de las de la entrada de la casa grande, pero algo más bajas. Dos bancos cubiertos de colchonetas y cojines a los lados de la chimenea daban una sensación confortable y antigua, de solidez. Hay diez habitaciones, cada una con su baño y la mitad con saloncito

propio. La chica me sugirió que cogiera una de las sencillas y orientada a la parte de atrás. Así no oiría a los que chapoteaban en la piscina a la hora de la siesta. Le hice caso, qué remedio. Para qué le iba a explicar mi trabajo, era evidente que lo sabía y no merecía un dormitorio con salita de estar. Aun así, la habitación era preciosa, decorada con telas y cretonas de flores —rosas— inglesas, mesa de escribir y de tomar café, con butaca descalzadora más baño incorporado. Aluciné con que cada habitación, aunque fuera una casa para acompañantes de ricos y aristócratas, tuviera chimenea de granito. A partir de las siete pasaban a encender unos propios, armados con todo lo necesario, incluidos unos troncos de encina que también parecían haber sido escogidos para decorar y no para quemar, pero que extendieron un olor por el cuarto y el exterior de la finca que me transportó a mi infancia. Dejé las dos pequeñas maletas sobre el banco que había a los pies de la cama y seguí a la tal Maru hasta el pabellón, al lado de la piscina climatizada, donde estaba el *spa*, el gimnasio, la cabina de masaje, mi territorio. Esperándome a la puerta de lo que iba a ser mi sala de operaciones —y nunca mejor dicho— estaban la anfitriona y Totona, encantada de prestarme a Carlota. Me sentí como otra criada más, pero mejor pagada.

La cabina destinada a mi trabajo y de excelentes dimensiones tiene las paredes acolchadas, luz violeta graduable, dos camillas abatibles en varias posiciones, lavabo con armario abierto incorporado. Allí hay todo lo necesario, desde gorros a braguitas y calzoncillos de masaje, pasando por una estantería repleta de toallas y albornoces de buenísima felpa —están cerca de Portugal, pensé en un acto reflejo—, un reloj de arena y un equipo musical incrustado a la derecha del lavabo. Me quedé con la boca abierta hasta que Carlota me aclaró que su marido estaba bastante mal de la espalda y que cuando venía el rey llamaban a otro fisio especializado en articulaciones sobre todo, un manos de oro, que le gustaba mucho a Abelardo. Tras una mañana dura de cacería —matar corzos y ciervos puede ser una tarea muy complicada, no te digo si son jabalíes—, y si la pieza es grande y han tenido que sujetarla unos minutos, mientras les hacían la foto para enviar a los centros de competición donde dan —o no— las medallas, sus viejos esqueletos no estaban para muchos trotes al anochecer, aunque intentaban aguantar el tipo como si los años no hubieran pasado. Como yo aguantaba el tipo oyéndola.

Impasible, Carlota seguía con esa charla y metía alguna cuña de mala baba sobre la vejez de los señores, mientras abría armarios, grifos de las duchas y las saunas y volvía al alto precio que pagaban los huesos de los invitados. Estaba encantada con la decrepitud de todos ellos, o eso me pareció a mí, así que ha debido de aguantar lo suyo. De los amigos, unos cuantos pasan de los sesenta y los setenta ampliamente. Tras cerrar la boca ante tal despliegue de elementos, me hice la interesante mientras la escuchaba y revisé los estantes que ella me iba enseñando, como si estuviera acostumbrada a estar en un lugar así todos los días y me dedicara a masajear al mismo rey y otros apellidos de carcas, incluso a empresarios y banqueros. Bueno, pensé, yo doy masajes a jeques y ricas chinas a los que estos no les llegan ni a la altura de los zapatos. Y eso me dio un punto de seguridad, porque, como ves, Cuaderno, sigo teniendo manías, prejuicios e inseguridades.

Te dejo un rato, quizá hasta mañana, que me voy de juerga. No te impacientes que te queda por saber lo bueno.

Aquí estoy de vuelta, como siempre. ¿Ves que no te abandono? Tengo mérito, ya lo irás viendo, porque te has convertido en un riesgo de alto voltaje. Regreso a la finca, que es clave.

Ya al final del recorrido, Totona me preguntó si me había gustado mi habitación, naturalmente dije que sí. Ni me escuchó. Lo que quería era cotillearme que en la casa grande estaban llenas las doce habitaciones y también en la de invitados, donde estaba yo, pero por el servicio y segundos espadas que acompañaban a los señores que llegarían a partir de las cinco de la tarde. La cacería era al día siguiente, sábado. Normalmente, Abelardo —el anfitrión—, el duque Jaime o conde, que ya ni lo recuerdo, u otros como los primos Robertos suelen acudir entre semana, porque hay menos gente. Pero en esta ocasión había un personaje que no se podía permitir el lujo de disponer de días de diario por sus circunstancias del momento, de ahí que hubieran optado por el fin de semana. Tal y como hablaron del personaje, deduje que no era exactamente de su clase, pero que por lo que fuera tenían que cuidarle.

Aprovecharon la circunstancia del sábado para invitar a otros menos suertudos, financieros de bancos de inversiones, quienes acudirían a primera hora del día siguiente, justo para el sorteo. Yo no entendía ni la mitad de lo que me decía, pero asentí de nuevo pensando que lo mismo encontraba a alguno de los vecinos de la torre de al lado del Castle. La armada —las escopetas, aclaró Toto al ver mi cara de susto— no iba a superar a los veinte o veintidós y había dos bichos de medalla. Total, que serían poco más de veinte personas las fijas, si contábamos a los empleados —mayordomos y doncellas, dijo, y me pareció retroceder un siglo— entre unas y otros. Ya estaba yo espantada con lo importantes que iban a ser una docena cuando, como adivinando mis pensamientos, me avisó de que de mis manos solo iban a disfrutar los más notables, claro está, además de Carlota y ella misma. Yo era una sorpresa reservada a Abelardo, al duque Jaime y a ese amigo que últimamente lo había pasado muy mal, porque los políticos, los negocios y la situación del país le habían llevado a un estado disparatado. «Estoy segura de que has oído hablar de él y lo has visto mucho en las noticias. Es atractivo, aunque ha dado un bajón, y eso pese a los cuidados de la nueva mujer que

tiene. Se acaba de casar con su secretaria. Lo tuvo que aplazar porque un juez estuvo a punto de llevarle a la cárcel, fijate cómo están las cosas para el pobre Ángel, que ha hecho bastante por todos nosotros —a uno de mis maridos le salvó el pellejo literalmente— cuando hemos necesitado tirar de dinero y favores especiales. Sospecho que a Abelardo también, porque cuando hizo la fusión del antiguo banco familiar con uno de los grandes, Ángel, que entonces presidía el equipo que hizo la auditoría, se hizo el longuis. Te cuento esto para que te esmeres».

No entendí mucho de esto del final, pero no necesité escuchar el apellido. Poco a poco me fui recostando en la pared para sujetar el temblor de mis rodillas y mis piernas. No era capaz de asimilar la información aún. El destino y las Tofanas se habían aliado, cuando yo en realidad lo que quería ese fin de semana era experimentar con un constructor famoso, modelo del idiota de Pablo y que Cata Sarnedo me había dicho que iría a cazar seguro. Aunque estaba mucho menos implicado en el daño que habían hecho a nuestras vidas que los banqueros o muchos políticos, podía provocarle una angina de pecho a base de la digoxina vertida en la leche dorada y un buen pajote, con perdón. La empresa del constructor tenía dificultades con todos los bancos, estaba metida en todas las *merdés* de los últimos años. No había tenido nada más que buscar con Cruz en internet las fotos y los vídeos. Bajito, sin reciclar su aspecto para estar acorde con el entorno de ricachos, su cara hinchada, sus bolsas bajo los ojos y el temblor de sus manos en la tele eran suficiente para saber que estaba medicado y tenía colesterol alto, estrés y tomaba medicamentos antidepresivos. Hasta a LaManuela le había parecido un tipo lo suficientemente repulsivo y estafador como para probar con él como segunda víctima.

Ahora resultaba que allí delante, en esa cabina de ensueño, aquellas dos mujeres me estaban poniendo en bandeja a Ángel Sable, el primer nombre que unos meses antes había lanzado LaManuela como posibilidad para empezar a hacer auténtica justicia, en vez de comenzar por lo que a mí me apetecía, el imbécil de mi marido o el repugnante padre de Cruz. Me debí de poner hasta pálida porque Carlota me preguntó si me encontraba bien. Reaccioné con un estupendamente y pasé a preguntarles si alguna de las personas que me iban a enviar para el masaje final requerían algún cuidado especial. Ya saben ustedes, presión arterial, cardiopatías, arritmias. Total, también era lo mismo

que les preguntaba a ellas cuando les hacía la ficha por primera vez.

Naturalmente, soltaron una carcajada. Todos chochean, aunque no lo reconocen, y son adictos a la Viagra y más si llevan a las amantes o, como en el caso del pobre Sable, a una joven esposa, hasta hacía poco su secretaria, con la que tienen que cumplir sí o sí. Pero eso no era ningún problema, me dijo Tona, porque ya me contarían cómo funcionaba el asunto. Lo normal es que ese viernes por la tarde solo tuviera que tratar a un par de señoras, por ejemplo a ellas mismas. Su plan era que el sábado, a última hora de la tarde, cuando ya se hubieran ido los invitados de fuera y los tres hombres de la casa se dispusieran a ducharse antes de la cena, ellas me los enviarían a las duchas, el *spa* y la cabina, prometiéndoles sorpresa regalo. Estuve a punto de decirles que quizá se sintieran decepcionados al no encontrar a tres bombones, pero reparé en que les enviaban sus señoras y amiga, porque estaba claro que Tona tenía la intención o el encargo de entretener al tal duque Jaime. Mi misión era relajarles tras un buen baño que les permitiera bajar la guardia de hombres aún con testosterona y trajes verdes de caza, bien pertrechados pese a la dura jornada. ¡La Madre de Dios, aquellas tipas no tenían ni idea de cuánto podía hacer yo por relajarles y dejarles sin testosterona para siempre!

«Verás, querida, tú solo vas a atender a quien cace la mejor pieza, que suelen ser mi marido y mi hijo, que para eso la propiedad se queda con los mejores puestos, salvo cuando viene el rey o tenemos un invitado especial como hoy. Nosotros solo invitamos, nunca alquilamos la finca como hacen los de segunda fila para los chorizos de turno. En esta ocasión, el duque de Calatorre y Sable son los honoríficos. Abelardo lo ha organizado todo con el guarda y el perrero para que por delante de su puesto y de su escopeta pase el mejor jabalí o el mejor venado, que tenemos un par de ellos de medalla, eso seguro. A estos hombres, me refiero a mi marido y a Jaime Calatorre, les cuesta ceder hasta para hacer un favor a un tipo con caída en picado, porque ellos siempre quieren ser los mejores. Con Sable lo hacen porque hace seis años les salvó un negocio vital con una buena financiación. Sin él, no sé qué hubiera sido de mi casa y de mi marido, después de dos siglos de historia empresarial a las espaldas. Por eso, Abelardo y Jaime han pactado dejarle la segunda pieza a Ángel. Tú solo te vas a ocupar de los tres primeros tiradores, ¿te parece?».

Madre mía, querido Cuaderno, aún alucino con lo imprudentes y charlatanas que son estas mujeres. Se nota que saben que no les va a pasar nada. Te lo escribo y, aunque han pasado unos cuantos días, aún me meo de los nervios.

No veía el momento de salir de allí y volver a la habitación, tirarme en la cama y meditar. Al fin, me pude quedar sola en mi cuarto, irme directamente a la taza del baño y comprobar el efecto que había causado la noticia en mi tripa. Luego me lavé la cara con agua helada, para después echarme un poco de crema y tomarme un Lexatín que rebajara mis angustias. Tenía que hablar con Cruz —con LaManuela este asunto por el teléfono era imposible, no oía bien— y decidir qué hacíamos, pero era poco más de la una del mediodía y ella no salía del ambulatorio hasta las tres. Nunca antes tardó tanto el Lexatín en devolver las rodillas a su sitio y mi corazón a su ritmo. Era imposible, por más que se lo contara a mis socias no me iban a creer. Repasé nuestros encuentros, nuestras ideas, nuestras intenciones. Todas se sostenían apoyadas en nuestras desgracias y las de otros cuantos millones de putos diablos, pero cuando empecé con esta fantasía ni remotamente se me podía ocurrir que uno de los líderes de todos nuestros males fuera a estar al alcance de mis manos. ¡De mis manos! Y nunca mejor dicho. Me sentía como decía mi hijo Tasio que se sentía Pablo Iglesias, el de la coleta, el día que tomó conciencia de que podía ser el presidente del gobierno. Cagada.

En el fondo, me hubiera conformado con haber dado matarile al cabrito del concejal de obras. Bueno, si es que se murió por culpa nuestra, que ni siquiera nos quedó claro, y a eso nos agarramos.

No hacía tantos meses de la primera reunión en la que LaManuela mencionó el nombre del tal Sable, cuando Cruz y yo nos echamos a reír. Entonces era impensable, una pieza fuera de nuestras posibilidades, un gran venado y con una cornamenta tan grande que, nunca, ninguna de nosotras podría tener la medalla al mejor trofeo. O casi al mejor. Sí, me encontré pensando en los términos en que lo había hecho Totona en el camino, e incluso, unos minutos antes, Carlota, al hablarme de los venados con buena cornamenta o los colmillos de un gran jabalí. Me fui tranquilizando. Nadie me creería la historia, pensé. Aunque en estos tiempos, lo verdadero y lo falso se desdibuja en nuestras mentes con una gran facilidad. Con lo de la corrupción y los millones en Suiza, las historias que oímos todos los días de políticos y financieros, nada nos extraña. Damos por posible todo lo que nos cuenten de estos personajes, como damos por inevitable también que nos tuerzan nuestras vidas con sus decisiones y su dinero, sin más. No tenía más que mirarme a mí misma, quién había sido, quién terminé siendo y quién era ahora, de nuevo gracias a cómo había administrado mi destino toda esa ralea.

Por no hablar de la gente a mi alrededor, de todo lo que se ha venido abajo

casi sin enterarnos, y nosotros tragando y tragando. En un segundo repasé las muchas vidas arruinadas que conozco, no solo de dinero, sino de hijos, de maridos, de pobreza, de gente sin futuro como los míos. Aún hoy, como hacía hace unos meses, si recorriera el camino desde la que fue mi casa hasta el Día, pasando por La Sirena y la peluquería, incluso hasta por el local de mi antiguo salón de belleza —que sigue sin alquilar—, me cruzaría con decenas de caras que conozco, vidas que han sido machacadas de una u otra forma por lo que nos han hecho en los últimos años estos sinvergüenzas.

Te cuento esto porque necesité meterme ese chute de memoria —que ya habrás observado que me sube la adrenalina— para no perder el norte y seguir adelante con nuestro plan. Mientras transmitía a todas mis fibras el odio y el resentimiento, la rabia acumulada dentro de mí durante los últimos años, me puse en pie, cogí mi maletín y salí camino del pabellón donde estaba mi cabina de trabajo. Colocaría los trastos y haría tiempo hasta que Cruz saliera del ambulatorio. Le puse un par de WhatsApp avisándole de lo urgente que era que habláramos y me respondió con un ok cuando ya estaba en la cabina.

Gracias a Dios, una hora después encontró un rato para llamarme desde la calle, aunque yo ya estaba mucho más tranquila tras sacar mis cosas de la maleta metálica y comprobar que la bolsa mágica estilo Tofanas que ella me había dado hacía unas semanas estaba completa y allí, entre mis manitas. La sangre no me hervía tanto como una hora antes, pero la tenía y la sigo teniendo calentita. Coloqué los potingues de cúrcuma y leche dorada, más el aceite de moringa bien a la vista, en la estantería al lado de las cremas de La Perla que estuve a punto de mangar sin pudor. Tengo que decirte que mis tres tarros de porcelana blanca con caracteres chinos o hindúes grabados, y que con tanto cariño me había buscado Nazma, eran mucho más bonitos y atractivos que los de La Perla. Y estoy segura de que con mezclas más efectivas y naturales, faltaría más.

Me llaman estas plastas, Cuaderno. Está claro que no me van a dejar que te cuente esta historia de un tirón, con lo que me gustaría no perder el hilo.

¿Lo ves? Lo prometido es deuda, querido confesor. Me he entretenido solo un día, así que me cuesta menos retomar lo que te decía. Ayer paré cuando te escribía porque estaba esperando la llamada de Cruz a la finca.

Cuando mi teléfono vibró —había decidido ponerlo en silencio ya en la habitación—, salí y eché a andar por uno de los caminos de arena que conducían hacia el bosque de encinas. Al lado pude ver otra casa hermosa, más bien un pabellón alargado, con grandes puertas acristaladas que en ese momento estaban abriendo otra pareja de criados. Esa luz de los días de principios del otoño, de primera hora de la tarde, rayaba la sombra por las persianas de lamas y dejaba ver motas de polvo en el contraluz. Había algo que hipnotizaba, irreal, o que el Lexatín me hacía efecto. El cristal giraba y el haz de sol iluminaba una pared de piedra repleta de cornamentas de ciervos y una enorme mesa en el centro. Supuse —luego observé que con razón— que debía de ser un pabellón para grandes comilonas cuando hacía frío y no un día de otoño tan hermoso como el que estaba disfrutando. Por un momento imaginé que en aquellas mesas también se podía descuartizar a alguno de los asistentes, al mismo Sable, servirlo bien guisado, y las cornamentas de los bichos se sentirían vengadas. Como en las películas de miedo. No me debía tomar ninguna pastilla más hasta la hora de dormir.

Lo de disfrutar es un decir, Cuaderno mío. En unos minutos, mientras me alejaba hacia las encinas, observé todo eso y también la vestimenta de la pareja de criados igualmente uniformados con chaqueta verde hasta el cuello, pero estos llevaban polainas hasta la rodilla y botines. Debían de tener algún significado, un tipo de empleado más vinculado a la caza. ¡Otra vez mi memoria me la jugaba colgándose de cosas absurdas en momentos transcendentales! Porque justo cuando estaba mirando las polainas, para ver si eran de lana de oveja o sintética —¡qué sabré yo!—, empecé a hablar con Cruz.

Se lo dije con atropello, creo que incluso la primera vez hasta le di mal el nombre de Ángel Sable. Tuve que repetírselo, que sí, que uno de los sinvergüenzas de nuestra lista, que ocupa los primeros lugares del *ranking* y el primero que había mencionado LaManuela, ese que decía con las preferentes

que los viejos ignorantes tenían que haber leído el papel y enterarse de lo que ponía, al tiempo que él mismo estaba gastando el dinero a espuertas con unas tarjetas de estafadores que, pese a lo listos que eran, decían que no se habían enterado de que eran negras. Toma güevos, que no sé si aún se puede escribir así, como cuando yo era pequeña. Ese menda, le decía a Cruz, sin gritar, iba a estar entre mis manos mañana mismo. Cuando logré que comprendiera, se quedó de una pieza. Por unos segundos pensé que se había cortado la comunicación y luego escuché unas carcajadas increíbles. «No puede ser, Tasia. Me parto por no mearme. ¿Me estás tomando el pelo? ¿O de verdad me estás diciendo que mañana puedes cargarte a uno de los hijoputas y caraduras más grandes de este país, a un sinvergüenza? ¿De verdad? Pero qué grande eres. A veces creo que LaManuela tiene razón, ¡qué coño, Dios existe!».

Tuve que mandarla callar, pedirle que dejara de reírse de una forma tan escandalosa —Cruz, que es la discreción personificada— y contarle con más detalles lo que había pasado. Para luego añadirle la verdad, totalmente arrugada. Que no sabía si iba a tener valor. Una cosa era darle un final feliz al metrosexual del entrenador; otra, jugar a cargarnos al concejal de obras delante de todos y tener suerte, porque se bebe entero el vaso de agua con el frasco de digoxina sin rechistar y había llegado al ambulatorio con taquicardia; y otra bien distinta, cepillarme a ese elemento, del que ni siquiera sabía gran cosa de su salud y encima estando yo solita, sin el apoyo de ellas como fondo. ¿Cómo estaba segura de que iba a funcionar la digoxina si ni siquiera sabíamos cuáles eran sus problemas de salud? Saltó a la primera. «So boba, porque si, como me has dicho, ha ido con su nueva mujer, la antigua secretaria que dicen que es tan guapa, ten por seguro que se tomará Viagra antes de la siesta o la cena. O bien se ha tomado un Cialis para aguantar el fin de semana».

Aquí le tuve que explicar que no sabía bien cuál era la diferencia y me lo aclaró rápido. El Cialis tiene efecto durante treinta y seis horas, clavado un día y medio de fin de semana, mientras que la Viagra solo dura cuatro horas. Me soltaba los datos así, como si todo fuera normal para mí. «Tasia, que te calmes, que esas pastillas son vasodilatadoras y junto con el estrés, la digoxina y a saber qué más estará tomando con más de sesenta y cinco tacos y esa situación funcionarán. Estará tomando de todo. Que por muy hijoputa que sea, esto le tiene que afectar, le darán también antidepresivos, lo más probable. Si justo antes de empezar el masaje por los hombros y los costillares, cuando acabes la cara, le das un vasito de tu leche dorada más el

frasco de digoxina, cuando le tengas empalmado y se vaya a correr, le da un infarto o una angina de pecho, fijo. Y si fallas, no pasa nada. ¿Quién se va a extrañar de que se sienta algo mal, con la vida que lleva últimamente y tras un día tan acelerado como ese de la caza?».

Es imposible que yo encuentre las palabras, querido Cuaderno, para decirte el enorme alivio que sentí con el último razonamiento de Cruz. Como siempre, pura lógica. Si fallaba, nadie se iba a enterar de nada. Me despedí, guardé el teléfono en mi pantalón de pinzas y seguí dando un paseo hacia el fondo del bosque, pisando fuerte las bellotas del otoño entre las hojas amarillentas. Por un momento tuve la tentación de recogerlas para llevarlas a casa y pintarlas de dorado o plateado para la Navidad. Me encantaban las que aún no habían perdido el capuchón. Me entró una oleada de nostalgia recordando los anocheceres de invierno, durante las vacaciones de Nochebuena en la casa de mis padres, cuando con mi Ana sumergíamos en botes de purpurina dorada o plateada las piñas y las bellotas para adornar el árbol, mientras mi madre hacía la cena y mi padre, Tasio y Pablo atizaban la chimenea delante de la televisión que retransmitía algún partido. Ana siempre ha sido una manitas, mi hijita, que ahora había elegido cuidar a su padre como si fuera la víctima, mientras yo me pudría. Para ser justos, se había quedado con el más débil de espíritu, eso es verdad, porque sabía que yo era capaz de salir adelante. Al final había tenido suerte, se había quitado de encima al padre cuando optó por marcharse al pueblo con mi cuñada. Otro detalle olvidado hacía tiempo se me vino a la cabeza. Para Pablo tenía que haber sido duro volver allí, donde todos sabían que la casa de sus padres que habíamos restaurado estaba también embargada desde hacía tiempo. Se me llenaron los ojos de lágrimas pensando en el único mes de agosto que la habíamos disfrutado los cuatro y en lo poco que nos habíamos querido en los últimos años, así que me di la vuelta mientras el sol comenzaba a esconderse entre las encinas. Aún faltaba un rato para el anochecer.

Mi pequeña escapada no había durado más de una hora a mucho tirar, pero al llegar a los alrededores del pabellón y vislumbrar de lejos la casa de invitados donde estaba mi cuarto, noté una enorme actividad. Media docena de todoterrenos, de esos que le volvían loco a Pablo —Lexus, Porsche, Volvo, BMW, con los modelos me daba la paliza cada vez que veía uno por la calle —, todos negros o azul marino, estaban parados en la gran rotonda, donde por

la mañana habíamos estacionado Totona y yo. Sonrisas, abrazos, exclamaciones de bienvenida y mucho verde y teja en las ropas, chalecos acolchados y de ante, fue lo único que distinguí, además de algún sombrero de esos verdes con pluma y un par de gorras de paño con visera que me recordaron a algunos cantantes de los modernos que escucha mi Tasio, solo que quienes aquí las llevaban eran viejos arrugados y sin pendientes, las gorras de pata de gallo o similar y por detrás asomaban unas guedejas de cabellos blancos o algún caracolillo peinado con gomina, de esos que se usan entre los señoritos andaluces en las películas de Manolo Escobar, ahora que las reponían desde que el del Carro la había palmado. Al lado de Carlota estaba Abelardo, más alto de lo que me esperaba, con chaleco beis y sin sombrero, y al otro recibía también Totona, como si fuera la hermana soltera de la familia, así que pensé que mi clienta estaría encantada.

Me deslicé despacio hacia mi habitación, pensando que no había comido, cuando Maru me salió al paso. Qué dónde había estado, que doña Toto me había buscado, que en la nevera de la cocina tenía comida —sándwiches de pollo y de paté de Rodilla, tal cual—, que Totona y Carlota contaban conmigo a partir de las siete, cuando volvieran con la señora de dar el paseo. Solo iban a ser tres para las cabinas. Muy bien, le di las gracias y miré el reloj. Tenía dos horas por delante para comer, echarme un rato para relajarme y preparar las cabinas. Dudé en llamar a Totona, para ver si deseaban algo especial, incluso estar de dos en dos en la cabina, mientras otra pasaba por la sauna o la piscina templada. No lo hice. Pese a lo tensa que estaba, tuve la suficiente lucidez para recordar que habría una cena de bienvenida a los invitados importantes y no querrían estropearse mucho el pelo, más teniendo en cuenta que iban a competir con la segunda mujer de Ángel Sable y, por lo que me había dicho Totona, era bastante más joven que ellas.

Mientras me tomaba un par de sándwiches y una Coca *light* en la cocina, observando por la ventana el pabellón, cuyas puertas ya estaban abiertas de par en par —supongo que con la intención de que se orease para el día siguiente—, me entretuve con las llamas que se reflejaban en los cristales abiertos hacia el interior. Es que me pone el fuego. Estaban encendidas las chimeneas que había dentro. ¡Cómo no me había dado cuenta! Ese era el olor a humo, a leña de encina y roble que había percibido al volver del bosque y me había hecho recordar lo de las bellotas en el pueblo, pero se me borró de la

memoria al ver a tanta gente en la rotonda. Tan fascinada estaba por seguir el reflejo de las llamas anaranjadas en los cristales del pabellón —era como si sacaran la lumbre afuera—, que no oí entrar a los dos hombres hasta que me saludaron. Uno diría que de más de treinta y otro que casi le doblaba la edad. Por lo que observé enseguida, conocían la casa, pero no formaban parte del personal. Iban vestidos de *sport*, con pantalones grises de paño y jerséis de pico del mismo tono, más camisa blanca sin corbata. Formales, vamos.

Me saludaron con un «Buenas tardes, somos Fulanito y Menganito —no merecen ni que escriba el nombre, Cuaderno—, ayudantes de don Jaime, el duque de Calatorre. Este es mi hijo, que viene de apoyo a don Ángel Sable». «Buenas tardes, yo vengo de apoyo a doña Totoná y a doña Carlota». Me salió así, de corrido, y ambos se miraron de tal manera que tuve que añadir que era esteticista y masajista. El más viejo, con mala baba, dijo: «¡Ah, la peluquera! Como viene la señora joven de Sable...». Me pareció tal la impertinencia que le respondí con: «No, masajista, esteticista y la mejor de Madrid, en el EuroMadrid Castle, y vengo a hacer un favor. Buenas tardes, señores». Dije tal «señores» que me quedó de miedo el retintín, y me largué de allí, mientras oía como el hijo le reprochaba algo al viejo, que se reía por lo bajo.

Entre las siete y las ocho y media me hice las tres caras de las damas. Primero, la más joven, la mujer de Sable que, efectivamente, debe de tener unos veinticinco años menos que Totoná o doña Carlota. Pero era la invitada. Una chica mona, pero como hay tantas ahora. Todas son tan iguales que casi ni las distingo, ni siquiera entre las mejores y más jóvenes actrices soy capaz de diferenciarlas bien. Ya decía que era una cara mona, joven, con los labios rellenos y los pómulos y el entrecejo pinchados. ¡Madre mía, si no debe de llegar ni a los treinta! Lo que más me molesta en estos casos es que llevan tanta mierda metida en la carcasa que se pierden una parte del toque de mis dedos sobre ese músculo rígido, de mis manos que están pagando. Bueno, a mí eso me da igual, al fin y al cabo, pagan. Pero cuando pienso que también les disminuye la sensibilidad de los dedos de un hijo pequeño tocándote la cara con su manita o los de un amante rozándote los labios, me parecen unas zoquetas. A las dos que venían detrás ya las daba por perdidas, pero a esta, ¡qué pena, hija!, estuve a punto de decirle, porque mientras le hacía la cara con mis manos y mi mejor mascarilla, no paraba de hablar y hacerse la simpática. Y lo era, la pobre. No hay peor cosa que aparentar lo que no eres, y

esta muchacha aún no se había hecho con aquello que la rodeaba. Y para colmo, era la mujer de un tipo indeseable, del que decía que se había enamorado y todo el mundo los perseguía por envidia y porque el gobierno necesitaba un culpable, pero ella no iba a abandonar y tarará y tirorí. En fin, un rollo, hasta que logré quedarme en *off* durante los últimos diez minutos, cuando le pedí que se callara mientras le ponía la mascarilla y le rebajaba el cuello y las clavículas. Ni aun así paró de lanzar suspiros, aunque de agradecimiento.

Todo lo contrario que las otras dos, que tardaron en relajarse bastante, pendientes de todas mis respuestas a lo que iba a hacer o a ponerles al día siguiente por la noche a los maridos, especialmente a don Jaime y a don Ángel. Totona me dijo, así, tal cual, que no me pasara con el final feliz del duque Jaime, que ese era su objetivo. Que se lo dejara a punto, que ella le remataría. Carlota, a su lado en la otra camilla, me pidió, sin embargo, que a Abelardo le aliviara, que cuanto menos guerra diera, mejor. Pero en cuanto a Sable, las dos coincidían. Que se jodiera —literal— la guaperas y que le diera un final superfeliz para que la otra se quedara con las ganas. Estuve a punto de decirles tantas cosas... que me dio la risa como en los entierros o el día del cementerio. Tuve que inclinar la cara y hacer como que me volvía a coger unas gasas... Si ellas supieran el final tan feliz que le esperaba a don Ángel... Tuve la sensación de ser Dios, también literal. En mis manos estaba la vida. Eso era poder, lo que debían de sentir los tipejos que nos habían arruinado el futuro en los últimos años.

Pese a mi buen humor y poderío, resultaron agotadoras mientras me daban instrucciones. La anfitriona se marchó a las ocho para pasar por las habitaciones y bajar antes a recibir en la cena. «De corto las damas, pero vestidas», recordó a Totona, quien le respondió con que «Ya me lo has dicho tres veces, Carlota», y «De oscuro, pero informal, los caballeros, con camisa, pero sin corbata». «Por ahora no tengo caballero, Carlota», le dijo Totona. «Ay, hija, es la fuerza de la costumbre». Cuando cerró la puerta de la cabina, Toto soltó: «Putá, la costumbre de joderme. —Y me añadió—: Esmérate, Tasia, que les voy a dejar KO con el vestido que me he traído. Y por Dios, mañana trabájate bien a Abelardo y a Ángel. Estoy a punto de cerrar una operación que inicié con él hace ya dos meses en el palco del Real Madrid. Lo mismo su banco se queda con mi casoplón de Marbella, que ahora ni los árabes lo quieren al precio que vale. Si la cierro, me dejo resuelta la próxima década y tú algo te llevarás, cariño». ¡Ay, Señor, llévame contigo! estuve a

punto de responderle ante tanta guarrería.

Subí agotada después de recoger la cabina y repasar todo. Tenía ganas de poner la tele, tirarme encima de la cama y endilgarme un Orfidal para estar en forma al día siguiente, porque Maru ya me había avisado de que a partir de las siete de la mañana no había quien parara por los preparativos del pabellón, donde desayunaban y esperaban al resto de los cazadores y demás invitados. Abrí la ventana y olí el humo de las chimeneas. Hacía frío con el relente y me invadió una oleada de mentira, aquello no era cierto. A mi derecha asomaba una esquina de la casa grande, iluminada; y enfrente, el pabellón, con algunas luces por dentro. Las chimeneas seguían lanzando los reflejos de las llamas a través de los grandes ventanales ya cerrados. Pude ver una de las enormes mesas macizas y alargadas, con sillas altas y los manteles blancos estirados, con vasos de cristal, tazones y platos blancos; los cuernos pegados sobre escudos en la pared del fondo proyectaban sus sombras sobre los manteles, bailando al ritmo de las llamas. Me pellizqué en una mano para saber que yo era yo y estaba allí. Creo que solo el olor a leña y a musgo húmedo, a setas quizá, me llevó a reconocermé. Sí, era yo, a punto de perpetrar otra hazaña de mi vida. Vaya, vaya, una simple esteticista, qué subidón tenía mientras bajaba de prisa las escaleras para prepararme una bandeja con fruta y leche caliente con descafeinado y subirme al dormitorio, no fuera que la pareja de empleados padre e hijo, el viejo pretencioso, apareciese. Pero no. Debían de estar cambiando la chaqueta a los señores, pensé, poniendo para mí misma una ensayada sonrisa de malvada que no se me da nada bien, la verdad.

Ya en mi habitación, dejé la bandeja en la mesa al lado del orejero y al pie de la ventana, me tiré en la cama, abrí las piernas y llamé a Javier, el Amante, que no sabía aún la cantidad de misterios que su amor encerraba. ¡Qué gustazo! Y qué gustazo dejarte por hoy, Cuaderno. Es que necesito tiempo para contarte mi hazaña en detalle.

Me he levantado temprano y en silencio, como cuando iba al Castle, para que nadie me oiga. Sigo con lo de ayer.

Los ladridos de los perros, los motores de coches grandes y voces que pretendían ser bajas me despertaron cuando aún era de noche. Tal y como había dicho Maru, la criada —¿o doncella se llamaría ella a sí misma?—, desde fuera llegaba una gran actividad. Pese al Orfidal que me había chutado a las diez de la noche, aún sentía la cabeza pesada y tardé unos segundos en percatarme de dónde estaba. A mi lado no quedaba el hueco de Javier, ni la luz de Lavapiés iluminaba nuestro cuarto cubierto con los trapos maravillosos de Nazma. Hacía frío, como si hubieran puesto poco tiempo la calefacción, pero me incorporé y observé que aún humeaba el gran tronco de encina que había colocado el muchacho encima de los palos de pino y de roble. ¡Qué placer! Metí los pies en las chinelas con pompón y me arrodillé al pie de la chimenea con las tenazas para remover entre las cenizas. Habían dejado un buen racimo de palos en una albarda y eché un par de los más finos. Al momento, con una cerilla que arrimé al rescoldo, aquello echó a arder y, con ello, mi ánimo se fue arriba. ¡Qué coño, aquel día iba a pasar a la historia! Y mejor que las Tofanas, querido Cuaderno. Porque ya había decidido que, con el permiso de mis amigas, voy a autorizar que alguien recoja estos cuadernos cuando las tres hayamos palmado y se sepa que nosotras, la banda de las asesinas, las nuevas Tofanas, no permanecemos indiferentes ante esta panda de cabrones que nos han hecho retroceder medio siglo en nuestras vidas y han dejado a nuestros hijos sin futuro. Sí, alguien hizo algo, aunque sea poco y dentro de sus posibilidades, un trío de mujeres.

Si tuviera cerebro e ingenio, escribiría que a los otros, a los nuestros, les comieron el coco con tanta pantalla y tanto internet y tanto Twitter y Facebook, que ya se lo digo yo a mi Tasio, todo boca, y después no hacéis nada más que escribirlo y se os va la fuerza por la pantalla y los dedos, ni siquiera por la boca. Y también opina igual LaManuela. ¡Qué ganado hemos criado, hay que joderse!

Sí, como ves, me había venido muy arriba gracias a la chimenea y al té que me había preparado con la jarra hervidora que me recordaba al hotel de

Londres en el que estuve una vez con los míos y luego al Castle, cuando hacía las habitaciones. Me duché, me puse digna —dignísima con mi otro pantalón de paño con pinzas, en negro, y una camisa negra, de falsa seda estampada con labios en rojo, más un pañuelo estampado rojo y negro y una *blazer* de punto suelta, preciosa. Que Tona y Cata Sarnedo —la que primero me había recomendado a Carlota, aunque no estuviera allí— se sintieran bien orgullosas de mí. Me miré en el espejo del armario, de cuerpo entero, y me sonreí. Aquella señora, de buenas caderas y cintura aún digna, con el pelo castaño y una diadema —las odio, pero dan toque y me evitan el pelo al inclinarme a masajear—, no tenía nada que ver con la que unos meses antes se cambiaba en las taquillas del EuroMadrid Castle con dificultades para sacarse las mallas bien apretadas y la camiseta que le marcaba la delantera, realizada por un sujetador con relleno del mercadillo. El mechón malva del principio era tan leyenda como que baja el paro, cuando con el sueldo de uno de cincuenta contratan a tres de veinticinco. Menos mal que no son dos de quince, que decía Aute. De aquellos días siniestros solo me quedan los agujeros de las orejas, pero seguían con pequeños brillantitos y me los tapaba la media melena suelta. Después de todo, hasta había políticas de derechas que llevaban agujeros en el cartílago de las orejas.

Bajé a desayunar con calma, sabiendo que el viejo y el hijo estarían en la casa grande atendiendo a los señores que aún no debían de haberse levantado. La cocina estaba vacía, pero alguien había pasado ya por allí, porque la cafetera de George Clooney había dejado un aroma de esos que resucitan a un muerto. Rebanada de pan con tomate, fruta y café. No tardé, porque desde fuera llegaba mucho ruido, apuntaba el amanecer y el trajín aceleró mi curiosidad. Se oían ladridos de perros que quizá provenían de algo más allá de detrás del pabellón, por donde me habían dicho que estaban las cuadras de los caballos, pero adonde yo no había llegado la tarde anterior. Un olor maravilloso y reconocible, a bacón, café y algo más mezclado con la fresca de la mañana entró por la ventana entreabierta de la cocina, así que terminé el desayuno y me dirigí a la puerta de la casita que daba al pabellón. ¡Qué actividad, Señor! Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta y eché a andar por los alrededores, dando la vuelta por detrás de los ventanales que yo veía desde mi habitación y por donde entrarían los venerables huéspedes.

Sin pudor, crucé desde fuera y me topé con Maru. Me dijo que podía entrar,

que hasta las nueve tenía tiempo para mirar, aunque ya habían llegado un par de invitados de otra finca cercana.

El pabellón era enorme. Tres mesas gigantes dominaban el espacio central. En ellas cabrían unas veinte personas por mesa, aunque en ese momento solo estaban puestas dos de ellas. La otra sujetaba cestos de panes de diferentes clases; tablas de quesos, con frutos secos tirados por entre los panes y los quesos, yogures, cuajadas, requesón... Dos chimeneas enormes, encendidas a toda mecha con grandes llamas, estaban a cada lado del pabellón y las lámparas de cuernos de bichos al estilo de arañas de cristal colgaban sobre cada mesa de dos en dos.

En otra mesa, cercana a una de las chimeneas, había los clásicos recipientes metálicos como los de los hoteles, para huevos revueltos, salchichas, bacón y una fuente gigante con un hornillo de llama floja debajo. Eran migas, me contó uno de los camareros, el manjar imprescindible con huevos fritos para empezar una buena jornada de caza, además del vino y el café. Atravesé el pabellón y observé que en la mesa de al lado de la otra chimenea la cosa no era tan bestia, porque estaban los cereales, el tomate y el aceite, la tostadora y el triste pan integral. Aquello sería para las señoras que no fueran de caza, supuse yo, ingenua y desconocedora por completo del ritual.

Estaba en ello cuando una mano se posó en mi hombro con un «¿A qué te gusta?». Era Tottona, a quien pedí perdón por estar allí. «No te preocupes, soy la primera siempre en bajar. —La miré con ojos interrogantes y se rio—. Que sí, hombre, que Calatorre ha pasado un ratito por mi cama hoy, pero esta tarde espero que te esmeres, porque como me han contado las otras, es un poco soseras y lento y no es tan viejo para eso». ¡No es tan viejo, dijo, y a mí me parecía que pasaba de los sesenta! Me escabullí con un voy a repasar todo y salí de nuevo a la parte de atrás del pabellón, de donde provenían los ladridos de los perros y un continuo ir y venir de hombres vestidos de campo, mucho más modestos que los señores de la casa, pero eso sí, todos con chalecos verdosos llenos de bolsillos, gorros y pantalones de camuflaje algo ridículos, del tipo de los tebeos de las *Hazañas bélicas* de mis amigos de la escuela. Se mezclaban con contratados de la zona para la ocasión y empleados de la finca, todos con cutis rojizos y morenos, castigados por el frío. Hacia allí me dirigí, para observarles fumando, con un vaso de café entre las manos y delante de los jeeps más bien viejos, que detrás tenían enganchados unas cajas enrejadas

llenas de perros. Los animales no paraban de ladrar.

Saludé con un buenos días, dispuesta a entablar conversación pese a la mirada curiosa que me echó todo el mundo. Aquellos tipos eran de mi clase, sin duda, pagados a jornada, supuse, quizá incluso mejor que yo. Lo dudo. Había como media docena, dos de ellos muy jóvenes y ufanos, con su escopeta echada al hombro, no sé para qué, si ellos no iban a disparar, les dije. «No, señora, tiene usted razón, pero a alguno de los señores se le puede escapar un bicho o llevarlo por delante». También pregunté por los perros, y otro, cuarentón de buen ver si no fuera por el espantoso gorro de guerra que llevaba puesto y lo visible que era su cartuchera sobre una incipiente panza cervecera, me dio todo tipo de explicaciones hasta con tono amable. Eran mezclas de podencos y mastines, y sí, estaban ladrando de puro contento porque sabían que iban de fiesta; todos eran claros para que los señoritos —esto lo dijo con cierto tono chusco— no les confundieran con un ciervo, un corzo, un venado o un jabalí y les pegaran un tiro. Y no sé si por asustarme o no, añadió que a veces eso daba igual, porque había alguno de aquellos señores, un empresario y un marqués, conocidos por su mala baba el día que les había ido mal la caza. Cuando no habían pegado un buen tiro a un venado o a un jabalí, podía llevárselo un perro que fuera el más listo de la manada. Me dieron náuseas y le lancé un «¡Anda ya, tío!». «Mira esta —respondió uno de los más jóvenes—, creí que eras una de las invitadas, pero ya veo que no tienes ni idea de cómo se las gastan estos. Hay uno, el peor, que está sordo de haber pegado tanto tiro y es de los más ricos de España. El día que se le cruza el cable y le quitan la pieza o se le escapa, es capaz de disparar a los pies de este que ves aquí y que te habla. Soy el perrero, maja. ¿O tú no has oído hablar de los accidentes en las grandes cacerías de aquí o de Andalucía? No, no has oído hablar porque no lo contamos». Y soltaron unas risotadas que no sé si tenían también un punto de desprecio. Les di de nuevo los buenos días y seguí andando con la intención de dar la vuelta por detrás de la gran casa y cotillear más.

Las ventanas altas de la casa grande ya estaban abiertas hacia el este e imaginé las habitaciones inundadas de sol, las sábanas blancas, arrugadas, trastos por el suelo de tarima, pelos en los baños y más... Me habían quedado aquellos vicios de la imaginación tras la reciente etapa de limpiadora, sustituyendo las imágenes de los buenos tiempos, cuando tiraba tabiques en las

casas a reformar por Pablo. Al menos otras dos mujeres con cofia y delantal blanco se movían tras las ventanas y recordé los quince minutos que teníamos que emplear en limpiar los cuartos del Castle. ¿También aquí estas serían malvadas y limpiarían los vasos y las tazas del té con la misma esponja verde con que limpiaban la taza del váter? Sonreí para mis adentros. Si todo aquel personal que se estaba poniendo ciego en el pabellón antes de echarse al monte conociera a fondo las pequeñas-grandes venganzas de los miserables y resentidos como yo, a los que echaban de comer, no estarían tan felices. A veces creo, que estoy un poco sonada de tanto resentimiento, pero luego me doy cuenta de que no, de que cada uno a su manera se va vengando como puede de la pobreza que nos persigue día a día. Por ejemplo, escupiendo un buen lapo en las migas ¿Quién dice que no se le habría ocurrido a la cocinera, que lo más probable es que llevara en pie desde las seis de la mañana por una mierda de sueldo, o al camarero, que claramente era un nini del pueblo más cercano? En realidad, no sé por qué no caen más a menudo en lo fácil que es el arsénico en la comida con la de ellos que somos. Y solo se nos ha ocurrido a nosotras tres. Les falta ingenio, seguro, o están acojonados por el cuento de los infiernos. O lo gastan en otras cosas.

Perdida en mis cavilaciones y mientras asimilaba que las hierbas autóctonas eran romero, lavanda, tomillo y en otoño huelen menos, pese a la buena temperatura, no me di cuenta de que la gente que salía del pabellón se iba colocando al pie de una mesa que no sé en qué momento alguien había colocado allí. Un señor con pinta de guarda de finca cogía unas papelas que había encima e iba leyendo los puestos —mi padre cazó durante un tiempo, pero como los pobres del pueblo— y explicando puesto tal para don Jaime, en la cuerda, puesto tal para doña Carlota, en la falda, puesto tal para don Ángel, en el risco del... Era el reparto de las posiciones para que los cazadores y sus escopetas —la armada, y me dio la risa al recordar a Totona, a quien vi al lado siempre del duque Jaime— esperaran en un sitio determinado el paso de los pobres bichos, azuzados por los perros. Al final, aquello se parecía a las cacerías de los pobres, donde a mi padre siempre le tocaba de ojeador por sus buenas piernas. Allí no hacía falta, los bichos estaban a mano, relativamente controlados, como me habían contado Totona y Carlota con lo de las cornamentas para medalla.

Al poco de decir los nombres y cuando parecía que todos sabían a qué jeep o todoterreno tenían que subirse, Abelardo se puso en el sitio del guarda, se santiguó, rezó un padrenuestro para que no hubiera accidentes —o algo así— y

lanzó un «¡Viva el rey!» que casi me hace trastabillar desde la esquina en la que estaba observando la parafernalia. El ¡Viva! fue contestado hasta por los perreros, que yo lo vi y lo oí con estas orejitas que tengo. Y no voy a negar que fue algo emocionante, igual que bobo, porque allí no había ningún rey. Al menos ese día. ¿Se lo contarían después o qué? A Javier le iba a dar un ataque de risa con las crónicas que podía hacerle a mi vuelta.

Mientras todos se subían a sus todoterrenos, disfrazados de boinas verdes, pero rechonchos, con escopetas y chalecos, sombreros, botas y no sé cuántos arreos más —también se fueron las tres mujeres que yo conocía, la de Sable, Toto y Carlota—, yo eché mano a mi bolsillo buscando el móvil para poner un WhatsApp a Javier. Cuando le había explicado que tenía que trabajar este fin de semana, él se había ofrecido también a cambiárselo a un compañero, para después podernos escapar un par de días a Cades, a ver a su hermana Pili, que andaba pachucha.

El resto del día lo pasé husmeando por las casas, los pabellones —había otro más pequeño, un poco más metido entre encinas, detrás de las caballerizas y las perreras— y un huerto muy chulo —«Don Abelardo es muy ecológico y le gusta que tengamos todo natural. Hoy con riego de goteo e invernadero conseguimos de todo», me contó un joven hortelano, simpático tengo que decir y del que salí huyendo porque quería enseñarme con todo detalle los tomates, lechugas y clases de patatas que tenía a mano—.

Solo a la hora de comer, pronto, sobre la una, en la cocina de la casita estuve a punto de toparme con el padre y el hijo, los asistentes del duque, con los que me tropecé a la entrada. Por suerte para mí, iban apresurados. Los demás —y había más doncellas porque las había visto por las ventanas— debían de estar trabajando en la casa grande. No hacía ni un par de horas que había visto como cargaban en los jeeps unas bandejas tapadas y humeantes, el taco para el frío que les llevaban hasta los puestos —unos pinchos calientes, me dijo el camarero de las migas—, cuando ya se oyó el traqueteo de motores que bajaba del monte. Eran sobre las dos de la tarde, y el cocido y las alubias hacía rato que estaban en las ollas enormes, en las mesas del pabellón con los hornillos calientes debajo. No sé cuánto cazaba aquel personal, pero te puedo asegurar, Cuaderno, que cebarse, desde luego que se cebaban bien, para después estar toda la semana a hoja de lechuga y pescado o a *coach* y ayurvédico. Al menos ellas, como yo muy bien sabía.

El espectáculo que se lio cuando desembarcaron los señores de los todoterrenos no lo olvidaré nunca. Venían tal cual, creo que hasta un poco más gordos por el efecto algo abotargado que el aire del monte había puesto en sus caras. Brutotes, vamos, dando voces y golpeándose las espaldas unos a otros, con carcajadas sobre los colmillos del jabalí de don Abelardo, afilados como navajas, o la cornamenta del venado de don Ángel. Solo las botas, algo manchadas de barro, y las manos de Abelardo tenían un poco de sangre. Un empleado se apresuró a sacarle una toalla caliente. Luego se las pasaron a todos dentro de recipientes como queseras tapadas, para que las toallas no se enfriaran. Yo pensé, joderrrr, se van a apretar otro taco antes del cocido, esto se me pone fácil, no voy a necesitar mucha digoxina para que reviente. El tal Sable parecía feliz y, como pretendían los anfitriones de la gran finca, daba la sensación de que la cornamenta del venado le había alejado de sus problemas. Menos de mí, claro. Su aspecto me resultaba repelente, entre fino y marqués, un quiero y no puedo atildado; pese a que las canas le favorecían, tenía una nariz grandota y cachiporra que desmerecía el resto del rostro. Los ojos eran tan pequeños que daban grima. No sentí nada especial al pensar que le iba a tener entre mis manos para darle el matarile, la verdad sea dicha.

Si en algún momento de lo que quedaba del día hubiera sentido algo, todo deseo de caridad se me borró al rato, cuando de tres enormes jeeps que pararon delante del pabellón y cuando acababan de secarse las manos, los hombres que había visto por la mañana empezaron a bajar jabalíes. Uno enorme al que Abelardo se apresuró a acariciar mientras se desangraba, y otros más pequeños, alguno de los cuales aún parecía estar caliente e incluso medio vivo. Ya sé, no sé cómo algo puede estar medio vivo, pero te juro que lo sentí así, aunque puede que tú, como el Amante, no me creáis. Después llegó la gran pieza, que sacaron entre cuatro hombres del segundo jeep, un bicho maravilloso cuyo pecado había sido poseer la cabeza para medalla por los enormes cuernos. Me dio tanta pena... Tenía mucha sangre y sus ojos redondos y grandes estaban abiertos, asombrados o aterrorizados. Ver al pobre bicho en el suelo, al tal Sable acercarse para acariciarlo y posar con Abelardo para hacerse una foto que les tiró Totona y acordarme de la madre de Bambi, fue todo uno. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me tuve que ir a toda prisa, pero mientras me giraba aún tuve tiempo de ver a otros cuantos corzos o gamos o venaditos, yo qué sé. Todos eran como Bambi y los arrojaban fuera del Land Rover con gran expectación y alborozo por parte de los presentes. Por un momento pensé que les hubiera dado igual que fueran los padres de

Javier timados, los desahuciados por sus bancos o los parados que cada principio de mes hacían cola en la oficina de desempleo. «Ese es el mío», oí decir a la secretaria convertida en fiel esposa, lo mismo que antes había escuchado a los presuntos tiradores de los otros jabalíes, menos espectaculares que el que había matado el dueño de la finca.

¡Pobre Bambi, pobre madre de Bambi y pobres todos nosotros! Aquellos bestias que había dejado fuera se me revelaban como lo que eran y sus presas también éramos nosotros, liquidados poco a poco, asfixiados de la forma más lenta, quizá porque el juego les resultaba más divertido. Hoy te echo de tu casa, mañana de tu trabajo que es mío, pasado tu niño emigra porque aquí no ha podido estudiar y ni estudia ni trabaja, so nini... En fin, verás, Cuaderno, que me iba cargando de razones con mi rosario para abordar la tarde... Y seguía en mis reflexiones. Tenía razón LaManuela, nos exterminaban al aire libre, sin escopetas, sin cámaras de gas y a la vista unos de otros, sin que hiciéramos nada porque el miedo nos atenazaba. Bueno, no. A nuestra pequeña banda, no. Íbamos a por el segundo cabrón, y luego, dependiendo de las circunstancias, ya se vería. Si hoy yo estaba aquí, lo que era un milagro tan solo si pensaba en un año antes, nosotras podíamos terminar hasta en Berlín con un poco de sensatez y organización. Estaba segura de que, alrededor de la tal Merkel y de los que no querían dar dinero para que despegara, había también más Tacias, Manuelas o Cruces, todo era encontrarlas pasito a pasito... Y con esa ensoñación me quedé dando una larga cabezada sobre mi cama, con una estupenda manta de cachemir puro que tapaba mi tripota. Mi propio ronquido me despertó cuando el sol se estaba poniendo. Unas voces almibaradas que venían de la rotonda de la casa grande estaban despidiendo a alguien con muchas atenciones.

Atardecía y el sol bajaba a esconderse por detrás de la casa. ¿Debía prepararme ya para el gran acontecimiento? Pese a la mantita de cachemir, estaba destemplada, así que me serví un descafeinado tras fregar bien la taza con el jabón de manos del lavabo. Eché de menos un cigarro, cogí la chaqueta y salí a respirar el aire y el ambiente. Por suerte, Totona me pilló a mitad de camino, cuando Carlota y Abelardo cerraban la puerta de un Lexus negro. «Qué bien, Tasia, todo transcurre estupendamente, no te despistes que aún nos queda un rato de sobremesa, ya sabes —no, no sabía—, los hombres están cerrando una operación de posible salida a bolsa de una empresa de alimentación de la que todos son socios. Ha venido uno de los gerifaltes de la Comisión de Valores a cazar, por eso había algunos nervios, aunque supongo

que tú ni te has dado cuenta. Han llegado muy temprano, eran dos hermanos». Ah, claro, lo que había visto en el pabellón muy temprano, los de la finca cercana, pensé, y la dejé seguir hablando. «No te preocupes, que yo me acercaré en una hora u hora y media y te aviso de que vienen. Están hasta el culo de vino, coñac y puros, que es en lo que andan ahora, así que lo mismo alguno se te queda dormido antes de tiempo». Asentí a todo: «Naturalmente, Totoná, no hay problema. Me las apañaré», y estuve a punto de carcajearme. Me di otro paseo por la finquita, entre encinas. Parecía que llevaba allí una vida en vez de día y medio. Vuelvo en un rato, Cuaderno.

Retomo, Cuaderno. Es una sorpresa desde donde te estoy escribiendo, pero habrás notado que ya no eres de pasta azul y con tu nombre fuera. Eres de pasta marrón, reciclado y yo he pintado fuera tu nombre para que sigas siendo mi amado confesor, eso sí, en renglones anchos de una línea. Es que desde el sitio que te escribo no lo he encontrado igual y te habrás dado cuenta de que me interrumpo a menudo. Es por las chicas.

Empiezo en lo que quieres saber y donde me quedé.

Abelardo fue el primero en entrar en la cabina, se conoce que para probar el experimento y explicar a sus invitados cómo le había ido, no fuera que Carlota se hubiera pasado. Le dejé como nuevo y me costó lo suyo, porque lo que tiene entre las piernas es un pellejito, que yo no sé ya estos hombres qué empeño tienen en seguir tomando de todo. Lo cierto es que no sentí nada especial, no me temblaban las manos, lo cual era un buen síntoma para empezar con el anfitrión. Le puse las correspondientes toallas calientes y comencé por la cabeza, las sienes y los lóbulos de las orejas. Paseé despacio por las clavículas, las costillas... Cuando estaba ya en el masaje por la ingle jugando con mis yemas de los dedos en los alrededores linfáticos y aquello hacía por revivir, me acordé de una película de Jack Nicholson, cuando le da el infarto o algo así, pero no quiere decir al doctor que toma Viagra. No sé si por mala leche o por relajarme o por las dos cosas a la vez, cuando le ofrecí el final feliz dado su estado y me dijo que sí, le añadí un «Lo lamento, pero tengo que preguntarle si toma usted Viagra. Lo digo por la intensidad del masaje final y la presión arterial». A punto estuvo de venírsele abajo el pingajillo y yo de estropear toda la jugada, pero confesó que sí en un susurro. Hasta compasiva, mientras me ponía los guantes mágicos, susurré un suave «¡Como todos!», para que animara al Sable, que esperaba turno afuera. Se marchó contento. Estaba claro por la propina que depositó sobre la mesa al pie de la vela.

Y por fin le tocó el turno al personaje deseado.

Nada más entrar dio las buenas tardes y, sin estirar la mano, me dijo que era don Ángel, que había cazado el segundo bicho con cornamenta. Te diría que el reloj de la cabina marcaba cerca de las ocho cuando estaba yo cambiando la

sábana de la camilla y él se presentó. Pese a mi entrenamiento mental, estaba algo tensa y cual águila avizora, de espaldas a la puerta, ni tiempo me dio a sentir un poco de asco por los rastros de Abelardo. Me volví despacio y allí estaba el culpable de la ruina de tantos viejos, de tanta gente de bien, o por lo menos uno de los culpables y yo le tenía frente a mí. Nadie somos nada ni en la taza del váter ni con una toalla enrollada en las caderas cuando ya has pasado la frontera de los cincuenta. El tipo estaba flaquísimo, pero moreno. Y unos tímidos abdominales le asomaban entre las costillas. Aunque ninguno lo dijera, a todos les gustaba en la intimidación lucir sus tabletillas, estilo Aznar. Miré sus ojos oscuros y, pese a la luz de la cabina, me parecieron tan fríos como los que había visto en las fotos y en los vídeos que me había estado poniendo por la noche en el móvil, para asegurarme de que era él y que tenía achaques, los necesarios para la digoxina. Lucía una sonrisa mecánica de dientes implantados y con el pelo casi blanco, sin un mechón fuera de su sitio. Nadie diría que estaba levantado desde las seis de la mañana, ni que había ido al monte y se acababa de comer un almuerzo repleto de colesterol y vino de los mejores de España, más copa y puro, salvo por las bolsas ligeramente hinchadas debajo de los ojos.

Saludé en voz baja y salí un momento, al tiempo que dejaba encima de la camilla el calzón de papel para el masaje y una toalla muy caliente. Le pedí también que me esperara bocabajo.

Muchos detalles de aquel sábado sobre la finca y la cacería son borrosos, salvo lo que te he escrito ya, menos lo que pasó en la cabina. Cuando entré, la nuca de aquel tipo reposaba perfecta sobre la camilla, había encajado la cara en el hueco de la tabla de masajes y le puse la toalla caliente sobre la espalda, sin taparle los hombros, lo que originó un profundo suspiro por su parte. «¡Qué gusto!», le oí ronronear mientras me untaba las manos con el aceite. Y comencé a conciencia, por los hombros y hasta la rabadilla, aunque no era mi tarea. Encomendándome a todos los santos en los que había creído de pequeña, a mi abuela y a LaManuela —no sé bien por qué a estas dos y no a las Tofanas—, me centré en mis palmas de las manos y en mis dedos, que se deslizaban por aquellos hombros y aquellas vértebras con una facilidad y sensibilidad que pocas veces había sentido. Hubo un momento en que pensé lo sencillo que sería acabar con él mientras estaba bocabajo, con una fuerte presión sobre las vértebras de la nuca, pero me faltaban conocimientos. El

tipo se deshacía entre mis manos, mientras mi ira interior crecía como un huracán y daba alas a mis dedos, cada vez más ágiles.

Cuando le pedí que se diera la vuelta, ya estaba medio empalmado, lo cual fue una alegría para mí, porque demostraba que estaba de Viagra o Cialis —o ambos— hasta el culo, con perdón. Tal y como había dicho Cruz, tenía que cumplir con la esposa nueva y seguro que la noche anterior había tomado Cialis y quizá se había endilgado una Viagra pensando en cumplir bien dentro de un rato, tras la cena. Porque al final todos tenían edad para derrengarse en la cama tras el trote de la caza. Si llegaba a la piltra el cretino. ¿Cómo aquel sinvergüenza, que había llevado la desgracia y hasta el suicidio a tantos hogares, podía estar allí tan tranquilo, disfrutando entre mis manos? Me dediqué a sus sienes plateadas, los lóbulos de sus orejas, las clavículas, los pómulos, los ojos e incluso le puse una mascarilla de colágeno maravillosa, de las que había preparado la tarde anterior para las mujeres. A medida que crecía la cólera en mi interior, aumentaba la gracia de mis manos y la energía de las yemas de mis dedos. Cuando llegué a las ingles y a los muslos, era tan evidente que aquel pingajo tenía ganas de juerga que le pregunté si deseaba terminar de forma feliz, y asintió sin abrir los ojos. Estaba claro que alguien, Abelardo o las mujeres, le habían advertido y, además, por lo que había leído de él, había viajado por todo el mundo por asuntos de la caza y otros deportes o buscando coches de lujo, así que hacía tiempo que debía de saber lo del final feliz.

Mientras le hacía la pertinente pregunta sobre la Viagra, le serví un vaso con la leche dorada, donde vertí el frasco de digoxina. Se lo alcancé sin que me temblara la mano antes de ponerme los guantes, advirtiéndole que quizá tenía un sabor raro, pero era reconstituyente para la presión arterial. Mientras me ajustaba un guante a los dedos, observé como se lo acercaba a los labios, que tenían las comisuras babosas. Hasta el final se bebió. Y ya está, Cuaderno, me centré en las ingles y en aquel ridículo falo como si fuera el de mi Javier y en ello me fuera la vida, con mis dedos ágiles y sin mirarle ni una sola vez a la cara, segura de que el invento iba a fracasar. Le hice un masaje final donde le extraje hasta la última gotita, tal y como se escurre un tubo de pasta de dientes o de leche condensada cuando no tienes ni un euro para comprar otro. No sé por qué, pero a veces cuando estoy en esa tarea de vaciado me acuerdo de mi abuela embuchando chorizos en la boca de una máquina donde empujaba la carne picada, que salía triturada por otro lado rellenando la tripa del cerdo con lo picado. Ella manoseaba la tripa, apretando bien las salchichas y, para

que no quedase aire, pinchaba el chorizo con una aguja. Lástima que no me estuviera permitida la aguja. Por lo demás, yo hacía lo mismo, en dirección contraria. Me daba la risa pensar en eso. Como los cerdos. Igualito.

Cuando descargó y yo seguí vaciándole la vena central, sentí la respiración algo más agitada, pero deposité el pellejillo sobre la ingle y me marché con el frasco de digoxina en el bolsillo de la bata, murmurando un descanse y vístase sin prisa.

Todo lo demás fue ¡tan fácil! Esperé como diez minutos fuera, asomándome a mirar al duque, el tal Jaime, que aguardaba su turno en una cómoda tumbona de teca. Al salir, murmuré un «Buenas tardes, en unos momentos le toca a usted», y él sonrió. Pasados los diez minutos en que me tomé un par de vasos de agua y miré los WhatsApp, regresé y puse cara extrañada al ver al duque aún fuera; él mismo se alzó de hombros y susurró un «Se habrá dormido». Golpeé con los nudillos. Sin respuesta. Entré en la cabina con gesto algo extrañado, y el duque, no sé aún por qué razón, se asomó detrás de mí. Reconozco que no me costó nada llevarme las manos a la boca, lanzarme sobre la cabeza inclinada de Ángel Sable y comenzar a darle un masaje de reanimación, tras dar un grito al duque para que buscara ayuda.

Llegó el mayordomo y, casi a la vez, un médico —debían de tenerlo muy cerquita, supongo— y fin de la historia. Les dejé su sitio. A partir de ese momento, no hubo más que carreras, médico y ambulancia. Desalojo ordenado de la finca —me enviaron con la criada o doncella de una pareja de banqueros y otros dos empleados no sé de quién—, previa petición de silencio y discreción absoluta. Por Dios, por Dios.

Llegué a Madrid sobre las diez de la noche, aturdida. Todo había ido tan rápido y mi Javier haciendo turno de noche. Me tomé un Orfidal y un Lexatín porque me sentía algo rara y me dormí. Ni siquiera escuché a Javier cuando llegó.

Lo peor vino al despertar por la mañana. Estaba tan abotargada que tardé un rato en caer en la realidad. Javier respiraba a mi lado y desde la calle subía el ruido de la mañana de domingo en Lavapiés, más ajeteo. Eran casi las ocho y el olor dulzón de las especias y las voces me espabilaron. Estiré la mano para coger el teléfono que había dejado en silencio en la mesilla y tenía al menos tres mensajes de Cruz. Me citaba a tomar el aperitivo en San Esteban con ella y LaManuela. ¡Era domingo! Y entonces, me reventó la cabeza con lo vivido la

tarde anterior. ¿Verdad o mentira? Verdad, si no los mensajes de Cruz, escuetos, no serían tres.

Cuando me senté en la cama, mi cuerpo ya temblaba como una hoja. Javier estiró la mano entre sueños y me susurró que me echara algo. Había sentido mis escalofríos. ¿Cómo no le iba a querer? Le besé y salí despacio del cuarto para llamar a Cruz. Me fallaban las fuerzas para coger el tren a Fuenlabrada, estaba literalmente cagada de miedo. Hasta la barbilla me tiritaba, metida en la parte más lejana de la cocina, la zona más templada. Marqué. ¿Es verdad o he soñado? Bendita risa de Cruz. «Estás en todas las noticias, amiga, que lo primero que he hecho mientras tú dormías es abrir el ordenador». Como tantas veces había hecho cuando Pablo me amenazaba en casa o después de una bronca, pegué la espalda a la pared de la cocina para sentir el frío de los azulejos. No había sido un sueño, todo era cierto. Increíblemente cierto. Me castañeteaban los dientes y a punto estuve de despuntarme el paleta bueno. De miedo y de alegría, creo. No podía articular más que balbuceos hasta que Cruz me ordenó que me sentara y me callara. «Tómame un café fuerte, la leche de almendras esa que tienes y escribe una nota a Javier de que descanse. Coge el tren y ven a tomar el aperitivo con nosotras, como hemos hechos otros domingos. Deja ya la temblequera joder, que has triunfado».

Dos horas después, cuando llegué al bar de enfrente de la iglesia de San Esteban, Cruz y LaManuela ya estaban desayunando café con leche y churros. Irían a misa de doce y yo, a dar una vuelta por mi antigua casa, que ya estaba cerrada y era propiedad del banco. Enfrente de nosotras, un tipo sujetaba el periódico con la noticia de la muerte de Ángel Sable y su foto, al lado de las de la corrupción de la jornada y el lío de Cataluña. Había muerto de un infarto de miocardio a última hora de la tarde, tras pasar el día haciendo deporte y echarse una siesta porque no se encontraba bien. Su mujer le había encontrado muerto en la cama. Cruz contó que la noticia no mencionaba ni una vez a Abelardo, ni al Jaime de Calatorre, ni la cacería, ni nada de nada. Lo había mirado en varios periódicos con el ordenador. En un momento dado, el parroquiano del periódico se lo enseñó al camarero con un sencillo «¡Un hijoputa menos!». «Qué cabrón, se ha largado sin devolvernos lo robado», respondió el camarero. LaManuela se levantó de la silla, con los ojos anegados en lágrimas y me dio un abrazo y un beso que me retumbó en el oído. «¡Qué grandes somos, y más tú!», me dijo. Después, me tranquilizaron con

todos los razonamientos posibles. El primero el de que ni los periódicos sabían la verdad. Al día siguiente, lunes, todas a nuestra vida diaria.

Lo que más me jode, Cuaderno, es que muchos creen que Dios hace justicia. Y una EME pinchada en un palo. Hasta mañana, querido, que me llaman estas pesadas.

Hola, Cuaderno. Ayer te dejé por las pesadas y ya es hora de que te cuente dónde estoy, por qué interrumpo tan a menudo nuestra intimidad. Llevo unos días de vacaciones en Torrevieja ¡con LaManuela y Cruz! Han pasado meses desde lo de la cacería y nadie se acuerda de Sable. Hay que ver lo breve que es la fama, el dinero y la vida, que estoy filosófica. Claro, no lo puedo evitar compartiendo apartamento con LaManuela, que nos ha salido filósofa, dice Cruz entre risas.

Corto rápido cuando te escribo porque a la enfermera no le gustaría nada saber que escribo esto en un diario, aunque todo empezara por culpa de su amiga, la médica Irene. Ja, iban ser unas notitas para llevarlas al psiquiatra, y ya ves, ahora soy adicta a ti. A Javier ha sido fácil engañarle, cada vez que me pillan con el Cuaderno le digo la verdad, que es un diario terapéutico. Que hay que ver la de palabras médicas que he aprendido con Irene y Cruz. O puede que esta ya la utilizara con Silda, cuando recomendaba las cremas. No sé, no me caben tantas cosas en la cabeza.

Tengo que contarte que, a pesar de las recomendaciones sensatas de Cruz, me costó lo mío volver a la normalidad del trabajo el lunes de marras, pero me armé de valor como tantas veces en la vida. Es más, recuerdo que ese domingo volví a casa y comimos Javier y yo juntos, que me subí unos pack de los chinos, con galletitas de la suerte incluidas. No quería salir a comer fuera, necesitaba meterme entre sus brazos e incluso darme un revolcón para saber que seguía siendo la misma. Echamos la siesta durante la película y me endosé otro Lexatín antes de bajar a cenar al indio con la Juana y su marido, que habíamos quedado. Javier y él se llevan muy bien, gracias a Dios, porque me costaría mucho tener que elegir entre el Amante y la Juana. Me tomé el Lexatín porque ella me conoce tan bien que era muy capaz de saber que algo me pasaba si veía mis nervios. Con todo y eso, me estuvo mirando raro una parte de la cena y encima, a Javier se le metió en la cabeza que contara algo de la cacería. Para que se rieran, tuve que echar mano de lo de «¡Viva el Rey!» que gritaron. Y de la pena que me había dado la madre de Bambi. Creo que logré despistar a mi amiga y con el par de copas de vinito blanco y fresco que me tomé más la pastilla, dormí relativamente bien.

Pero lo cierto es que durante mucho tiempo lo he pasado fatal. Cada vez que Germán el Guaperas —encantado con mi trabajo— me pone una mano en el

hombro, pego un brinco. Cada vez que en el metro o en la calle alguien corre, se me sube el corazón a la garganta pensando que vienen a por mí.

Por suerte, los síntomas, como los llama Cruz, han disminuido y estoy bien. A ello ayudó mucho que a la semana de la muerte de Sable, por el *spa* y la cabina pasaron doña Carlota y Totona para disfrutar de mis «manos mágicas» tras tanta tensión en los últimos días. Fueron ellas, no me llamaron para que yo acudiera al dúplex de Alfonso XII, como me hizo notar Cruz. Acudieron con un maravilloso regalo, un lote de cremas de La Perla, y lamentaron el desdichado incidente que había sucedido. Totona de Mendoza tuvo su gracia cuando me dijo: «No te disgustes, Tasia, ya sé que quedaste impresionada al entrar y verle tieso en la camilla, pero eso solo demuestra lo buenas y mágicas que son tus manos. Se fue para el otro mundo tan contento, seguro que mejor que echando un polvo a la secretaria».

Por un momento casi lamenté la muerte feliz del sinvergüenza, pero cuando se lo conté a Cruz y a LaManuela, sus risas me quitaron toda duda. «Somos más elegantes y finas y, además, lo que tiene que joder irte para allá sabiendo lo mucho que dejas acá» me soltó LaManuela.

Me quedan otras neuras que voy superando, unas mejor, otras peor. Pero hay más. Ese día que las de la cacería vinieron al *spa*, Carlota me dejó un montón de talonarios de tres cuentas diferentes, todos al portador y por menos de quinientos euros. «Si no he contado mal, Tasia, aquí van unos dieciocho mil euros, como premio a tu gran profesionalidad. Ingrésalo por separado durante unos meses. Que sepas que hemos concluido Abelardo y yo, junto con Totona, que con esas manos debes volver a tener tu negocio propio, y esto puede ser el principio. Hoy, tal y como está la economía, es muy fácil que encuentres un buen local y recibas ayudas incluso por eso de emprendedora. No dudes de que te apoyaremos tus mejores clientas». Te juro, Cuaderno, que estaba tan aturdida que al principio no entendí lo que decía y, cuando reaccioné, las dos estaban en el vestidor con otra señora que llegaba. Quise perseguirlas y devolvérselo, pero Totona me lanzó tal mirada que me quedé clavada. Solo le faltó gritarme ¡idiota! Por la tarde me llamó y me lo dejó claro: «Tasia, para ellos esas son pipas, quédatelo, idiota —sí, al final me lo soltó—; solo quieren comprar nuestro silencio y que no se sepa que Sable murió en casa de Abelardo, según están las cosas de la corrupción. Si te da asco —le dije que justo eso era lo que me sucedía—, repártelo, que probablemente tengas gente

alrededor que lo necesita, ¿no?». Aprovechó mi duda para colgar y yo me quedé pensando qué habría sacado ella.

Cruz fue más rotunda aún, me llamó gilipollas en vez de idiota. Dio toda la razón a Tona. Como siempre, estuvo al quite. Ella no quería el dinero, pero a LaManuela le iba a venir muy bien y no te digo a mi Tasio en Londres y a mi Ana. Con el primer talón cobrado, le compré a LaManuela la fregona que centrifuga y la vaporeta.

Luego le pasé a Cruz una parte de los talones y los va sacando en efectivo de vez en cuando, igual que yo. Y a la vieja le hemos contado solo media verdad. Que las ricachas, para tenerme callada, cada vez que van a verme dejan unas propinas de aúpa y es de justicia repartir entre la pandilla de las justicieras. Querido Cuaderno, al principio le dio un poco de vergüenza, pero no sabes cómo le viene de bien. Incluso que se lo demos fraccionado, porque si no a ella se lo choricean sus hijos y nietos, aunque trate de administrarlo.

Con las «propinas» también organizamos estas vacaciones en Torrevieja, en el apartamento que nos ha prestado mi amiga Juana. Se lo compraron hace años, al principio de los años 2000, cuando su carpintero aún tenía mucho trabajo y un montón de amigos de Fuenlabrada, no me digas por qué, decidieron que Torrevieja es un sitio ideal. Todo iba viento en popa. Hoy no se pueden vender, no los quiere nadie, aunque lo llevan intentando desde que el marido se quedó en el paro. Lo alquilan tirado en verano. Pero se está bien, a LaManuela le gusta y hasta se siente feliz con el bañador y los pies en el agua. Se mete hasta la tripa, que ella no sabe nadar. Es la segunda vez que viene a la playa en toda su vida y da gusto mirar sus arrugas y sus manos sobre su tripa, tumbada en una hamaca, que de la toalla sobre la arena no puede levantarse. Tuvimos bronca el primer día porque no quería gastar en la hamaca. Solo una vez la he visto sobresaltarse y fue por culpa mía. Metí en las bolsas un periódico gratuito en el súper cuando entré a comprar leche y fruta. Al abrirlo luego en la terraza, pegué un grito. Un famoso banquero y un empresario más famoso si cabe habían muerto con un día de diferencia, y grité. ¡Nos han copiado la idea, alguien sabe lo que hemos hecho! Cruz me quitó el periódico de entre las manos y tranquilizó a la vieja, que casi se cae de la silla, contándole la noticia. «Eres tonta, Tasia. Solo Dios nos ha copiado, que por fin hace justicia», exclamó la vieja riéndose. «Ni eso, simplemente eran viejos», remató Cruz tan realista ella. Esto ha sido hace cuatro días, pero aquí seguimos tan pichis hasta el domingo.

Por la mañana, con la brisa marina dándonos en la cara, desayunamos en la

terracita —el mar solo se ve por una esquina—, y por la noche, mientras tomamos una copa y vemos a los del Inverso bailar en la pista de un hotel, hablamos de nuestra historia y de lo que nos queda aún por hacer.

AGRADECIMIENTOS

No están todos los que son, pero sí son todos los que están. Muchas gracias a:

Sinda Bernabéu García, Pedro y Ana Cases Román, Mara de la Fuente, Chús de la Puente, Laura Díaz, Montserrat Domínguez, Javier Estefanía Moreira y hermanos, Miryam Galaz, María José Gil Arriola, Ana Hernández «Moskos», Irene Hernández Velasco, Librería Manuela Bravo, María Mouil, Pilar Portero, Ana Rosa Semprún, Titly, Pilar Toral, Carlos Tortosa y Carlos Varona Román.

Masaje para un cabrón
Ana Ramírez Cañil

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, María Pitironte, 2015

© De la imagen de la portada, Shutterstock

© Ana Ramírez Cañil, 2015

© portadillas, María Pitironte

© Espasa Libros, S. L. U., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2015

ISBN: 978-84-670-4460-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es